¿YO…? ¡CON JESÚS DE NAZARET!

DIÁLOGOS CON JESÚS DESDE EL EVANGELIO

Juan Manuel del Río

PÓRTICO

Amable lector/a: Este no es un libro *sobre Jesús*, sino *desde Jesús*. Las cuestiones fundamentales que, tarde o temprano, al ser humano se le plantean, no vienen de fuera, están impresas genéticamente en su ser. Luego, desde su libertad personal, cada quien podrá decidirse por aceptarlas o rechazarlas. Por creer en Dios o negarlo. Por seguir a Jesús o estar en su contra. Por actuar honestamente, o ser un pervertido. Pero las verdades definitivas no pasan. Permanecen para siempre. Son inmutables. Y la fe es fundamental para el ser humano.

Posiblemente sea más fácil ser creyente que increyente. Por simple comodidad. Sin embargo, esta actitud, por pasiva y aséptica, no se sostiene. Se vuelve intranscendente. Tarde o temprano, llega el momento en que, al hombre, –varón y mujer–, no le queda más remedio que enfrentarse con su propia y escueta realidad. No se puede ser creyente a tiempo completo por comodidad, sino por necesidad y por responsabilidad. Seguramente, al increyente se le plantean más dudas que al creyente. Pero *"el creyente debe ser capaz de dar respuesta de su fe"* (1Pe 3,15).

Esta acuciante verdad, intrínsecamente evidente, ha hecho posible la plasmación de este libro. Encontrarse con Jesús es también, como feliz contrapartida, encontrarse con uno mismo, a la hora de plantearse seguir responsablemente a Jesús, con fe creyente. O, por el contrario, como en tantos casos, rechazarlo. Esta es mi opción libre y personal. De ahí el título de este libro: *¿Yo…? ¡Con Jesús de Nazaret!*

Estos *diálogos–confidencia con Jesús* me han ayudado a valorar y reafirmar mi fe en Cristo Jesús desde la Biblia. Jesús de Nazaret es un Tú, en mayúscula, imprescindible para mí. Espero que también lo sea para ti, amable lector/a. Gracias.

ÁBRETE (EFFETÁ)

Jesús, debió resonar con fuerza tu voz:

–*"Ábrete" ("Effetá")*.

Fue un grito de vida. Y de esperanza. Se las dijiste a un pobre sordo, que, además, era medio mudo. Y sus oídos se abrieron de par en par. (Mc 7,31-37). Lo mismo que su corazón. Y es que, tu voz resuena siempre con fuerza. Si gritaste, no fue tanto, o sólo por el mudo para que sus tímpanos volvieran a vibrar con los sones de la naturaleza. Lo hiciste para que también los demás te oyeran y se dieran cuenta de que tu voz nos pone en sintonía con Dios.

También yo necesito estar en sintonía con Dios, con los demás, y conmigo mismo. Jesús, te necesito. Por eso acudo a ti. ¿Cómo no oír tu voz, si eres el Verbo, la Palabra de Dios? No hay conciencia que se te pueda resistir. Cierto que la conciencia es como una puerta carente de llave, porque sólo desde dentro se abre. Esa puerta de la conciencia, tantas veces trancada. A falta de llave le ponemos una tranca. Se supone que en uso de nuestra muy personal libertad. ¿Pero hay libertad sin ti? Lo ideal sería que la puerta estuviera siempre abierta. Lo más, lo más entornada, cuando a nuestro corazón llega el invierno. Es decir, la crisis de fe. Pero nunca cerrada.

El corazón necesita ser una puerta abierta a la libertad propia y ajena. Y sobre todo a la amistad del único verdadero amigo que eres tú. Y tú nunca te cansas de llamar a mi puerta.

Por lo mismo que no te cansas de llamar a mi puerta, te diré abiertamente: Jesús, te necesito. Y como un día Pedro, también yo te digo: "Señor, sálvame".

¡ADELANTE, JESÚS!

¡Adelante, Jesús! Pasa, que la puerta está abierta, sólo entornada. Estás en tu casa. Pasa, y charlemos. No te asustes al ver mi casa. Es vieja y con muchas goteras. Necesitada de urgentes reparaciones. Pero ya ves, es lo que hay. ¡Cómo te agradezco que te hayas dignado venir a mi pobre casa! También yo, como el centurión romano, te diré: *"No soy digno de entres en mi casa"* (Mt 8,8). ¡Pero te necesito tanto! Porque tú sí eres un amigo de verdad.

Bien, Jesús, me gustaría comentar contigo algunos de los elocuentes hechos que registra el Evangelio. Pero, antes de nada, y para comenzar, permíteme traer a colación un recuerdo personal que guardo en la memoria. Resulta que, entre tus discípulos de entonces, tuviste dos, muy señalados, muy majos, intrépidos ellos. Eran de carácter recio. Tanto, que los apodaste *"boanerges", "hijos del trueno"*. Un apodo que los retrata de cuerpo entero. Un mote, por lo demás, extensivo; es decir, que se puede aplicar a muchos de tus discípulos de hoy. Quizá sea por, pero a mí personalmente, Santiago y Juan me caen muy bien. Deja que te cuente.

En mis lejanos años de la adolescencia, solían predicarnos los *"retiros espirituales"* sacerdotes estupendos, de renombre; misioneros curtidos en mil batallas. Solía haber en bastantes de ellos una línea de predicación un tanto exaltada. ¿Cómo te diría…?, sí, como de *arte dramático*. Ya me entiendes. En algunos temas, más que elevar la voz, *"tronaban"*. Hasta las telas de araña se cimbreaban en las esquinas de aquel hermoso techo gótico de la iglesia. Cargaban mucho las tintas. Demasiado. Por ejemplo, en la parábola llamada del *"hijo pródigo"*. Más que hacer de ella la parábola de la misericordia y de la alegría por el regreso del hijo descarriado, la describían con tintes tan dramáticos que, por si fuera poco, lo que ya arrastraba el pobre *hijo pródigo*, aún le caían más anatemas de los sabidos. Porque, evidentemente, el pródigo no era propiamente el del evangelio, sino uno mismo. De tal manera que, si habías entrado a los retiros con mediana serenidad espiritual, salías convencido de ser el mayor pecador del mundo. Un pecador empedernido, necesitado de urgente confesión. Sí, Jesús, te cuento que era para echarse a temblar. Apabullante. En definitiva, salías de la meditación más tembloroso que un junco, viéndote empecatado de pies a cabeza.

Se dramatizaba excesivamente el pecado. Mientras que la misericordia hacía mutis por la tangente. Mientras que el verdadero protagonista de la parábola, el *Padre misericordioso*, prácticamente pasaba a ser actor secundario del drama. Apenas si se recalcaba la misericordia. La parte principal se la llevaba el pecado, mejor dicho, el pecador que, naturalmente,

era uno mismo. Con lo cual, el miedo, que no la misericordia, te movía a la *"conversión"*. Conversión por derribo, por miedo. ¿Dónde quedaban el amor y la ternura? ¿Dónde la misericordia? Pero los tiempos han cambiado. Y si no, que se lo digan al Papa Francisco.

Jesús, esta impresión personal de tiempos idos que te cuento, sirva como desahogo anecdótico. Y ahora, vayamos a la parábola del *"Padre misericordioso"*. La recoge san Lucas (Lc 15,1-3.11-32). En un ambiente natural judío, nos presenta tres personajes. Los tres varones. Un padre que tiene dos hijos. No aparece una madre, ni unas hermanas. El tema no es, pues, ni se dirige a la familia. El tema es Dios. Tampoco tal como lo entendían los fariseos, un Dios que gobierna y domina todo y al que uno se somete por el cumplimiento de unas determinadas leyes. Sino Dios, tal como tú, Jesús, nos lo has presentado: *Dios-Padre-Misericordioso*. Esto hace que las cosas que se vean con otra perspectiva. No bajo el prisma del miedo, y del hundimiento y fracaso personal, sino desde una profunda esperanza cristiana; porque el amor y la ternura vencen siempre al pecado.

Vamos por partes: *El hijo pequeño*. Siempre se le dio mucho protagonismo. *Puntería torcida* en la interpretación esencial del texto, porque el protagonista no es él. Es normal que un padre quiera por igual a sus hijos; y que el pequeño, por serlo, se lleve los mimos o caricias. Aquel día debió levantarse con el pie izquierdo, porque se le subieron los humos. En una actitud de orgullo y chulería, y hasta de desprecio a cuanto le rodea, una vez recibida por adelantado la herencia, se va lejos del Padre, de la familia y de la comunidad natural. En sueños de una quimérica felicidad en una vida de independencia y de libertad, al sentirse seguro con el dinero que lleva, se va. Como lleva dinero, le llueven los amigos. Pero, oh exquisita casualidad, cuando se termina el último céntimo se termina el último amigo. ¡Qué casualidad! Menos mal que se le acabó el dinero. Fue en ese momento cuando entró en razón. Recapacitó, reconoció su pecado; y regresó, harapiento, abatido, hambriento, con la dignidad perdida; no del todo, porque supo al menos reconocer su error, lo cual le dignifica.

El *Hijo mayor.* En dos brochazos se le puede hacer un retrato. Es un hijo bueno, obediente, trabajador..., en fin, como quien dice, nunca ha roto un plato. Pero de pronto queda al descubierto de que no es un buen hermano. Un intransigente. No se alegra con la vuelta de su hermano. Y encima, es un rencoroso y se encara con su padre, hasta dejar al descubierto sus más ocultos resentimientos.

Jesús, tú apuntabas al centro de la diana. Y el centro es *el Padre*. Tú no yerras el tiro, como nos pasa a nosotros. Tú apuntas y das en el mero centro de la diana. Y, así, nos presentas magistralmente lo que querías que se nos metiera bien metido en la cabeza. Que no es el miedo al pecado, ni al infierno, lo que nos debe hacer cambiar, sino *la ternura y la misericordia de Dios.*

Bien lo expresó el poeta:

–*"No me mueve, mi Dios, para quererte / cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme, tus afrentas y tu muerte. / Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues, aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera".*

Pero, sigamos con *el Padre*. Es el personaje central, el verdadero protagonista de la parábola. Sale al encuentro de los dos hijos, *"movido de compasión".* Sale al encuentro del hijo pequeño, que, por cierto, ya no era tan pequeño, bien sabía lo que se hacía. Lo abraza, lo besa..., ni le deja hablar.

–*"Padre, he pecado…",*

va recitando a lágrima viva el hijo. Ni caso. El Padre manda vestirlo de arriba abajo con la mejor ropa. Y organiza un banquete por todo lo grande. Y sale al encuentro del Hijo mayor, el "bueno", pero no tanto. Le suplica que entre, le convida a la fiesta, a la alegría.

Jesús, una conclusión surge de inmediato: En un fatídico momento de ceguera interior podemos abandonar nuestra dignidad de hijos. Pero Dios, al que tú, Jesús, siempre lo presentas como Padre, no abandona su misión de Padre. Sale a la búsqueda de los perdidos. Perdidos por caminos diferentes. Pero perdidos. Todos tenemos un poco de los dos hijos. Y organiza una fiesta al más alto nivel.

Esta es la parábola, mal llamada del *"hijo pródigo",* afortunadamente recuperada como del *"Padre misericordioso".* Padre que respeta la libertad de sus hijos, por más que le duelan las decisiones de éstos. Que continúa amándoles. Que está siempre preparado para abrazarlos en cuanto regresan. Que los acoge con amor y los reintegra a la familia y a la comunidad. Y que celebra con una gran fiesta la alegría de su regreso.

AMIGO INSUSTITUIBLE

Jesús, aparte de ser Dios eres Hombre. Representas y eres para todos, el modelo, la meta y la plenitud de la persona humana. La carta a los hebreos te llama *el sumo pontífice*. Es decir, puente. Efectivamente, eres el puente de unión entre Dios y el Hombre.

Cuando el cristiano se incorpora a ti por el bautismo, y es consciente de ser seguidor tuyo, representa y lleva en sí mismo la síntesis más hermosa de lo humano con lo divino. En realidad, el cristiano es en verdad ciudadano simultáneo de dos reinos; que, a la hora de la hora, no son dos, sino uno solo con dos vertientes. De un lado, el cristiano pertenece a la *"ciudad terrena",* empleando el símil agustiniano. Pero pertenece, al mismo tiempo, a la *"ciudad celestial",* en el hermoso término del Apocalipsis.

El cristiano es el hombre, o mujer, de la temporalidad y de las realidades eternas. Su tarea es construir la ciudad eterna, empezando por construir primero la ciudad terrena; llevando a cabo el mandato de Dios, señalado ya en el primer capítulo del Génesis, de gobernar la creación. Para llevar a cabo esta empresa magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Para lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual y la acción. Tal conjunción se realiza desde la fuerza y gracia del Espíritu Santo con la que tú mismo actuabas. Sin la experiencia de Dios, el hombre no va a poder tener la experiencia del hombre mismo. Es decir, sintonizar con Dios y sintonizar con los demás.

El cristiano, seguidor tuyo por vocación, está llamado a trabajar para hacer posible un humanismo pleno. El salmo 8 dice del hombre:

–*"Lo hiciste apenas inferior a un dios"* (Sal 8,4).

Su meta es la divinización. No en el sentido de que el hombre se vaya a convertir en Dios, sino en el sentido de la gloria que el mismo Dios le tiene reservada, al convertirlo en imagen y semejanza suyas.

Individual y socialmente el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera una transcendencia que revalorice no sólo al mismo hombre sino a toda la creación.

La creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también su responsabilidad, y su peligro. No llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación. ¿No es así, Jesús? De ahí que siempre habrá que mirarte a ti como el modelo perfecto de hombre. Hombre-puente que ha unido a Dios con toda la creación. Tú, Jesús, eres la síntesis de la Creación. De ahí que el cristiano no puede salirse del modelo único, que eres tú, si de verdad quiere cumplir con su cometido de ser y dar sentido al mundo.

En ti, Jesús, reside la plenitud del Espíritu. En ti se une lo divino con lo humano bajo la soberanía y fuerza del amor de Dios. El cristiano, unido a

ti, es un comunicador y dador de vida. La misma que Dios le ha dado, para que, a su vez, la comunique a los demás. El cristiano sabe que sin santidad de vida no se es cristiano.

La santidad no consiste en andarse vegetando y flotando por encima de alguna nube, sino en imitarte y seguirte a ti, Jesús. No hay verdadera santidad si el hombre no lucha por salir del subdesarrollado, o sacar a los demás del mismo. Porque el hombre es el responsable de llevar las riendas de la creación y conducirla a buen término. Para eso Dios le ha dotado de inteligencia, de libertad y de voluntad.

Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios. El cristiano está llamado a mantener viva la esperanza, y trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien. El cristiano es un testigo de la Verdad. Dios es la Verdad. Está llamado a tener encendida la luz de la fe, a pesar de vivir en un mundo atormentado por los conflictos y la violencia. Precisamente por eso, porque hay tanto desorden, se necesita un esfuerzo mayor. A la agresividad se responde con la paz. Y al odio con el amor. Sin amor no puede haber verdadera amistad. Y tú, Jesús, eres el amigo insustituible.

ÁNGELES Y ARCÁNGELES

Jesús, hablar contigo es sintonizar. ¿Con quién? Eres el centro y el sentido de la Creación. Sintonizar contigo es abrirse a la inconmensurable maravilla de la Creación. Es ponerse al habla con Dios. Y es verse a sí mismo en su escueta realidad.

Fuiste niño. Necesitaste de una madre para venir al mundo. Me figuro los maravillosos recuerdos que guardas de tu Madre desde el momento en que abriste los ojos al mundo y tu alma se fue llenando de las sensaciones y vibraciones vitales de que estamos rodeados. Y es que, la imagen materna, por encima de todo lo demás, queda grabada para siempre en el alma del hijo.

Te hablaré pues de mis recuerdos, teniendo de fondo, como imagen primordial, a mi madre, la misma que se fue al cielo, cuando yo apenas me asomaba a la pubertad. Entonces lloré por fuera. ¿Cómo no lo iba a hacer por un ser tan querido? Recuerda que tú lloraste por tu amigo Lázaro. Cuánto más por una madre. Pero hoy he cambiado mi llanto por el agradecimiento. Te presento, pues, uno de mis primeros recuerdos. No comenzaré diciendo: *érase una vez*. Que así es como empiezan los cuentos. Mis recuerdos de infancia, por el contrario, son realidad.

Pues bien, era yo todavía muy niño. En mi habitación había un cuadro grande, hermoso, de una Inmaculada de Murillo. Qué bonita era. Me gustaba mucho. La Virgen, tu Madre, bellísima. Y me gustaba contemplar, sobre todo, aquellos angelitos, muy niños, todos sonrientes, de los cuales sólo se veía la cabecita y un par de alas. Un encanto. Me fascinaban. Y al tiempo que los contemplaba, mi imaginación se adentraba en un cielo de fantasía. ¡Qué hermosa catequesis la de aquel cuadro para adentrarse en un cielo de inocencia y felicidad!

Mi madre, entonces, mientras yo miraba el cuadro, ella me miraba a mí. Sonreía y aprovechaba para darme una sencilla lección de catequesis, como sólo las madres buenas saben hacerlo. Me hablaba de Dios, y de un cielo, poblado de Ángeles y Arcángeles. Los mismos que revoloteaban en mi cabecita. Yo le preguntaba:

–Mamá, ¿quiénes son los Ángeles?

–Hijo mío, son *mensajeros* y *servidores* de Dios. Viven en el cielo, con Dios. Y son muy felices. ¿Y sabes por qué son muy felices? Porque son muy buenos. Además, también el Niño Jesús está en el cielo.

–Yo soy bueno, mamá...

–Sí, hijo mío, sí. Eres un cielo. Pero tienes que ser bueno siempre. Y portarte bien. Porque para poder ir a ver a los angelitos algún día en el cielo, hay que ser bueno.

¡Cómo disfrutaba yo viendo aquel cuadro de la Inmaculada, con un montón de cabecitas de angelitos en torno a María, e imaginándome a Dios en el cielo rodeado de tantos angelitos!

El tiempo, aliado de la prisa, vuela a toda velocidad. No sé qué habrá sido del cuadro. Cuando por ley de vida, uno tiene que volar lejos del hogar familiar, otras son las ocupaciones y preocupaciones que revolotean en la mente. Pero si en algún sitio aún perdura aquel cuadro, estoy seguro de que los angelitos, de sólo cabecita y cuerpo invisible, y gracioso par de alas, no han crecido. Siguen anclados en el cuadro. Para ellos, el tiempo no cuenta. El cielo es eternidad. En cambio, yo sí he crecido. Para mí el tiempo sí cuenta. Por eso, recordando aquel tiempo ido de la primera infancia, menester es decirlo, yo sí añoro aquella pureza de alma. Aquella cándida inocencia. Aquella felicidad varada en el cuadro y hermanada con los angelitos infantes revoloteando en torno a la Inmaculada.

Hoy, cuando y aunque, es imposible retroceder en el tiempo, y volver a aquella dorada infancia, ingenua y feliz, sí es posible seguir soñando con los angelitos, da igual que sean rubios o morenos ("Píntame angelitos negros que también los quiere Dios"). Y desde una perspectiva adulta, pensar con madurez en los Ángeles. Y sobre todo, que creer en su existencia. Sí, digo creer, y digo bien. Porque la existencia de los Ángeles es dogma de fe. La existencia de los Ángeles está atestiguada en la Biblia y en la Tradición de la Iglesia. (El IV Concilio de Letrán, de 1215, define:

–*"Firmemente creemos y sin reserva confesamos, que uno solo es el verdadero Dios, eterno... Creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, espirituales y corporales; que por su omnipotente virtud a la vez desde el principio del tiempo creó de la nada a una y otra creatura... [exnihilo], el mundo espiritual o angelical y el universo físico o visible"*. (IV Concilio de Letrán de 1215).

Tú mismo, Jesús, nos hablas de los Ángeles en el Evangelio. Nos dices que están viendo constantemente a Dios.

–*"Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeñitos, porque os digo que sus Ángeles en los cielos contemplan siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos"* (Mt 18,10).

Ahora bien, por encima de toda imaginación, del infante o del adulto, permanece la realidad; por más que ésta nos pueda rebasar tratándose del mundo sobrenatural. Poco, o casi nada, podemos saber los humanos del mundo sobrenatural. Por ejemplo, ¿qué podemos saber de la Naturaleza de los Ángeles? Si acaso, que son seres espirituales, creados por Dios. Incluso, que pueden tomar formas visibles, y aparentemente humanas, como sucedió con el Arcángel San Rafael cuando *acompañó a Tobías en su viaje* (Tb 5,12) o cuando en tu Resurrección, y después de la Ascensión, Jesús, aparecieron Ángeles en formas humanas (Mc 16,5 y Hch 1,10). Sin embargo, esos cuerpos no forman parte de la naturaleza angélica; son sólo apariencia.

–*"Vosotros me veíais comer y hablar, pero sólo era apariencia"* (Tb 12,19).

Tampoco sabemos nada en cuanto al número de Ángeles. No obstante, el Profeta Daniel usa una cifra muy elevada. Afirma:

–*"Miles y miles lo servían; miríadas y miríadas estaban en pie delante de Él"* (Dn 7,10). También san Juan, en el Apocalipsis, nos da una visión de cantidades incalculables de Ángeles que rodean el Trono de Dios:

–*"Se contaban por millones y millones" (Ap* 5,11).

Jesús, lo poco que sabemos, lo sabemos por ti. A lo largo y ancho de la Biblia se habla mucho de los Ángeles. Por ejemplo, en Isaías; en Ezequiel. Y no digamos los Salmos. En ellos se dice que

–*Sirven a Dios, que están atentos a la voz de Su palabra* (Sal 103,20-21).

Y tú añades que glorifican a Dios sin cesar y que

–*"Ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos"* (Mt 18,10). San Pablo (Col 1,6; Ef 1,21; Rom 8,38),

enumera nueve órdenes diferentes de Ángeles: Serafines - Querubines - Tronos - Dominaciones - Virtudes – Potestades - Arcángeles y Ángeles.

La Biblia habla de siete Arcángeles, pero enumera sólo a tres: *Miguel, Gabriel y Rafael.* El aludido libro de Tobías dice:

–*"Yo soy Rafael, uno de los siete Ángeles que tiene entrada a la gloria del Señor"* (Tb 12,15).

Y en Apocalipsis:

–*"Reciban gracia y paz de Aquel que Es, que era y que viene, de parte de los Siete Espíritus que están delante de Su Trono"* (Ap 1,4).

Mención especial merece san Miguel, cuyo significado es:

–*"Quién como Dios"*.

Se opuso a la rebelión de Luzbel (= Lucifer):

–*"Seré como el Altísimo"* (Is 14,14) y

–*"No serviré"* (Jer 2,20).

El nombre de Miguel aparece por primera vez en el libro del profeta Daniel:

–*"Miguel, uno de los primeros Ángeles, ha venido en mi ayuda"* (Dan 10,13).

–*"En aquel tiempo se levantará Miguel, el Gran Jefe que defiende a los hijos del pueblo"* (Dan 12,1).

Y aparece, finalmente, en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis:

–*"Entonces se libró una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron contra el Dragón, y éste contraatacó con sus ángeles, pero fueron vencidos y expulsados del cielo"* (Ap 12,7).

Jesús, hay otro Arcángel, sin duda muy querido para ti. ¿Por qué? Porque está relacionado directamente contigo. Es Gabriel. Fue el mensajero de Dios que anunció a tu Madre, la Santísima Virgen María, tu Encarnación. Lo mismo que antes había anunciado a Zacarías que tendría un hijo de su esposa Isabel. Pues bien, Jesús, tanto Gabriel como Miguel, nos resultan muy familiares a muchos. Que ¿por qué? Pues ya lo sabes. Porque son los que

aparecen a ambos lados de la Virgen y el Niño en el sagrado Icono del Perpetuo Socorro.

En conclusión. Que aquellos felices años de la infancia, bajo otro prisma, son recuperables para poder seguir soñando con angelitos bellos, entre los cuales se encuentra nuestro Ángel de la Guarda.

BÚSQUEDA DE DIOS

Jesús, bien sabes que hoy en día mucha gente no cree en Dios. Otros preguntan:
–*¿quién es Dios?* A quienes lo niegan, ¿qué se les puede decir? Seguramente nada. La opción que cada quién toma es responsabilidad personal. Cada quién responde de sus actos, de su vida. Pero a quienes preguntan con honestidad *¿quién es Dios?,* es difícil responder. Ya el apóstol Juan se adelantaba a la posible respuesta cuando afirmó:
–*"Nadie ha visto jamás a Dios"* (Jn 1,18).
Difícil definir a alguien que no se conoce. Sin embargo, como queriendo de algún modo dar respuesta dice:
–*"Dios es amor"* (1Jn 4,8). Es una definición imperfecta, pero lo más aproximada. Porque Dios no cabe en una definición. Está por encima de toda definición. No es posible creer en Dios si no se cree en el amor.

Hay muchas cosas que no caben en una definición, no sólo Dios. Tampoco la Vida cabe en una definición. Refiriéndonos a Dios, lo único que podemos decir con humildad es que lo Inefable nos desborda. Ahora bien, que no podamos definir a Dios no significa que no podamos llegar a Él. A Dios se llega desde el corazón, desde el amor, más que desde la mente. Y sobre todo se llega desde ti, Jesús, porque tú eres el rostro vivo de Dios. Más; tú eres Dios. El Dios hecho Hombre. Tú eres, tú mismo lo dijiste,
–*"el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14,6).
Desde ti, sí podemos saber quién es Dios.

Tú, Jesús, nos fuiste haciendo la revelación progresiva de Dios. Nos hiciste cercano, comprensible y presente, el misterio de Dios. Nos hablaste del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, nos has manifestado la realidad de Dios. Realidad que, no obstante, sigue siendo incomprensible, por inabarcable, desde y por nuestra capacidad limitada de entender.

Me surge la pregunta: ¿Qué imagen tenemos de este Misterio, que no tiene Nombre, y que llamamos Dios? Y la referencia obligada, una vez más y siempre, eres tú. Sin ti, Jesús, seguiríamos hablando de un Dios lejano e impersonal, y que, por último, se diluye en la nada.

Tú, Jesús, nos has hecho a Dios un Dios cercano, que da sentido a nuestra vida. Así que, aunque no podamos entender racionalmente el Misterio de Dios en sí mismo, sí podemos captar que Dios no es un Dios lejano, ni ausente; sino el fundamento de nuestra esperanza, la fuerza de nuestro caminar por la vida. Una vida, la presente, que sentimos corta, muy breve, sí, pero que tiene un sentido, una dirección, una proyección, y una razón de ser, en sí misma, desde el Misterio cercano y envolvente de Dios.

Pero hay más. No sólo nos has acercado a Dios. Nos has dicho que somos hijos de Dios. Esta es nuestra grandeza y dignidad.

–*"Somos hijos de Dios, por tanto, herederos también, y coherederos con Cristo"* (Rom 8,17).

Ahora bien, el ser hijos de Dios no depende de nosotros. Es fruto, únicamente, del amor que Dios nos tiene. Dios actúa dinámicamente en nuestra vida. De esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa, del Dios posesionado de nosotros.

CON EL CANDIL, TAMBIÉN EL ACEITE

Jesús, hay una frase acuñada: *"En aquel tiempo…".* La dice, como muletilla inicial, el sacerdote al proclamar el evangelio en la misa. *"En aquel tiempo…".* ¿Verdad que suena a tiempos idos, lejanos, históricos? Y, sin embargo, nada hay más actual, presente y real que el Evangelio.

Bien, pues he querido tomar esta frase, *"En aquel tiempo…",* para hablar, no del tiempo bíblico del Evangelio, sino del mío, que, aunque ya lejano, aún no llega a prehistórico.

En aquel tiempo…, ¡oh radiante edad de la infancia, cuando la luz eléctrica se iba con relativa frecuencia. Y te quedabas a oscuras cuando menos lo esperabas. El caso es, que era yo muy chiquito aún en la edad, pero recuerdo que mi madre siempre tenía a mano unas velas, en previsión de los cortes de luz. Yo deseaba que se fuera la luz. Así, y de este modo, mi madre comenzaría a encender las velas. Cosa y espectáculo que a mí me encantaba. Al menor descuido de mi madre, ya estaba yo traveseando con las velas.

–Hijo, no toques las velas, que te vas a quemar.

–Hijo, no juegues con el fuego, que te harás pis en la cama.

Parece que esa frase estaba en el vocabulario de todas las madres. Eran esas ocurrencias que se les vienen a la mente a las madres. A alguna se le debió ocurrir, siempre hay una primera vez, y una primera mujer, y luego todas las madres repiten la misma cantinela:

–Hijo, que te vas a hacer pis en la cama.

Jesús, si traigo a cuento esto de las velas, es porque, lo mismo que se trataba de velas, podía haberse tratado de candiles. Pero el candil parece que quedaba reservado para la iglesia, junto al sagrario.

Tú sí aludes a él en el Evangelio. El candil. Instrumento entonces, ahora sí que sí diremos *"en aquel tiempo*". Totalmente necesario porque aún no se había descubierto la maravilla de la luz eléctrica. Tú te serviste de él para descubrirnos otra luz, mucho más potente y necesaria: la del Evangelio. Efectivamente, la luz del Evangelio. La misma que el cristiano, sostenido y animado por el Espíritu, debe tener siempre encendida. Ahora bien, me pregunto, ¿quién tiene encendida esta luz? Y yo mismo me respondo, el que tiene la experiencia de Dios. Que, ¿en qué consiste? Lo tengo claro. En dejarse amar de Dios. Porque, desde ese amor es de donde nace la espiritualidad cristiana. En general, y necesariamente, en lo personal. El Evangelio es la luz que ilumina todo. Por eso el Evangelio es insustituible. Cualquier otra cosa, son añadiduras, complementos, y a veces suplementos. Lo sé, en cristiano no valen los suplementos. El Evangelio no se puede sustituir por nada ni por nadie. La línea de espiritualidad más clara y diáfana es el Evangelio. Desde él se comprende la cercanía de Dios. El Evangelio es

el centro radial de toda vida cristiana. Sostenida, y esto es importante, por el Espíritu.

Jesús, empleaste la imagen del candil muchas veces. Estabas familiarizado con él. Y cómo nos sirve a nosotros, aunque ya no lo usemos. Si, por ejemplo, a una buena señora se le caía una moneda en la cocina al regresar de la compra, ¿qué hacía? Guardaba las sobrantes, que no serían muchas, dada la pobreza ambiente. Se aluzaba con el candil, hasta que la encontraba. A veces, no tan fácilmente, porque la cocina, muchas veces, era pieza única en la casa. Ahí se desarrollaba toda la vida familiar. Lo mismo servía para dormir que para cocinar, que para guardar los diversos utensilios. Y a la par, detrás, solía estar la cuadra para el burro. La cocina, pues, era el espacio principal, y muchas veces único, de las humildes casas palestinas.

En tiempos más recientes, cuando se perdía algo, la gente acudía a una ingenua e inocente superstición: rezar un *padrenuestro* a san Antonio, o a otro santo de personal devoción, patronos de las causas y cosas perdidas. El problema, Jesús, es cuando lo que se ha perdido no es una moneda, sino la fe. Aquí sí que la innovación a los santos milagreros es estéril.

No deja de ser sorprendente y aleccionador constatar cómo, al realizar una curación, siempre acudes a la fe de las personas. Decías:

–*"Tu fe te ha salvado".*

Es decir, estás pidiendo la actitud cooperativa y personal del enfermo. Actitud que significa voluntad de cambiar, de mejorar. En definitiva, la conversión. Pero, al mismo tiempo, valorarse uno mismo. Y es que, la fuerza para cambiar está dentro de uno mismo. Que en esto consiste, metafóricamente, encender el candil. Pero el aceite lo pones tú. Tú eres, Jesús, quien impulsa la voluntad. Quien nos ayuda a cada ser humano a salir de la indigencia.

Pero hay más, Jesús. Siendo el candil parte integrante en la casa, cuando alguien se acerca a ti, debe tener mentalidad de candil y dejar que tú lo llenes del aceite de la amistad. A ti hay que verte como amigo. El amigo que se hace compañero de viaje en el diario caminar de la vida. En el Emaús que puede surgir cualquier día en nuestra vida. Y digo Emaús aludiendo a aquellos dos discípulos de la desesperanza. Los califico así porque la desesperanza parece ser que estaba aposentada en ellos. El mero día de la Resurrección, y a pesar de haber oído clamorosos rumores de que estabas vivo, de que habías resucitado, ellos se las piran. Se van. ¿Qué se les había perdido, me pregunto, en la aldea? ¿Qué prisa tenían por llegar a la aldea?

Estaba anocheciendo, de modo que lo primero que harían al entrar en la casa sería encender el candil. Pero tú, Jesús, les encendiste otra luz más potente que les encendió el alma. Les llenaste de aceite el candil de su mortecina esperanza.

Jesús, encontrarse contigo es un auténtico regalo. Los de Emaús, y no dejan de ser un símbolo de todos nosotros, no se encontraron contigo. Es al

revés. Tú te hiciste el encontradizo. Sabías que tenían el candil. Pero les faltaba el aceite. El aceite de la fe, y de la esperanza. Y es que, el cristiano ni puede ni debe caminar en solitario. No podemos ir por libres en la vida. De ahí que cuando ideaste la Iglesia, la quisiste como una Comunidad de fe, de esperanza y de amor. Con el candil encendido. Como aquellas muchachas de la boda. Esperaban al novio

–*"con las lámparas encendidas"* (Lc 12,35).

Podían haber esperado con un ramo de rosas. Pero un ramo de rosas de poco sirve en la oscuridad, en medio de la noche. Lámparas que alumbren el camino es lo que hace falta. Entonces y hoy.

Y es que, hay poca luz y mucha oscuridad hoy en día. Y no es porque generen poca luz las centrales térmicas, y las hidroeléctricas, y las ambientales, y no sé cuántas más. No se trata de eso. Sino de que estamos necesitados del candil de la fe. Seguirte a ti, Jesús, es todo lo contrario de un impulso romántico, o de una mística que envuelva nuestra personal religiosidad. El mundo necesita gente que tenga los pies en la tierra. Pero no sólo. También es necesario tener en las manos las lámparas encendidas para ver que tú vas con nosotros en nuestro diario caminar.

Si a la luz de la fe añadimos la oración, nunca nos faltará el aceite para nuestro imprescindible candil. La oración es la reserva del aceite espiritual siempre. Abiertos a Dios por la oración y la confianza, no necesitaremos ir a la tienda, como les ocurrió a las *vírgenes necias* de Mateo 25, a comprar más aceite cuando vemos que el nuestro se termina. Si se termina, la culpa es nuestra. Descuidos, desidia, cobardía.

¿Por qué tanta gente, hoy en día, se aleja de ti, Jesús? Yo diría que por cobardía. Por no tener la valentía de llevar consigo el aceite de reserva. Y cuando éste comienza a escasear y nos vamos quedando a oscuras, entonces se nos ocurre ir a comprarlo a la tienda. ¡A buenas horas!

Jesús, llena con tu aceite el candil de nuestras vidas.

CORAZONES DE PUERTAS ABIERTAS

Jesús, a buen seguro que Juan y Andrés se sintieron muy a gusto contigo aquella tarde. No tuvieron prisa por irse. Se quedaron toda la tarde. Bueno, y contigo siguen.

Nosotros, cuando llega una visita, empleamos una frase de arraigada cortesía:

–*"Está usted en su casa".*

Es una manera bonita de decir a esa persona que se sienta a gusto, cómoda. Juan y Andrés se sintieron muy cómodos. Como en su propia casa. No fueron a visitarte por conocer tu humilde casa, hecha de adobe. Eso hubiera ocurrido si estuvieran mirando casas con intención de comprar una. No era el caso. Aparte que la puerta de tu casa siempre estaba abierta. No tenía ni siquiera llave. Cada quien podía entrar y salir cuando quisiera.

Algo me queda muy claro. Juan y Andrés se llenaron de paz interior. Una paz que ya nadie se la quitaría. De hecho, Jesús, fue precisamente Juan, quien, unos años más tarde, quiso transmitirnos lo que sentía por dentro. Sentía a Dios. Y se atrevió a hablar de Dios, para lo cual empleó una proverbial expresión:

–*"Dios es amor"* (1Jn 4,8).

No te conocían. Tampoco podían imaginarse que tú eras el Hijo de Dios. Sin darse cuenta, viéndote a ti, vieron a Dios. No la Divinidad, por supuesto. Su corazón sellenó de amor.

A veces, nos pasa, Jesús, que tenemos de Dios un concepto tan grandilocuente y a nuestra medida, que se nos va de las manos. Dios, lo más inmenso. Infinito. Pero, a pesar de ser tan inmenso, cabe en nuestro corazón. Hablamos de la omnipotencia de Dios. Dios es omnipotente. Muy bien. Y de pronto, le da por hacerse hombre, y nace tan desvalido como cualquier criatura. Dios, inmensamente rico. Eso decimos, con un burdo materialismo. Pero, resulta que

–*"no tiene dónde reclinar la cabeza"* (Mt 8,20).

Nos imaginamos un Dios antropomorfo, a nuestra imagen y medida. Y nos olvidáis de que es al revés. Nosotros somos imagen de Dios. *Dios es Amor*. Y, porque es Amor, es también pobreza. Anonadado, hasta hacer hombre. Dios se ha hecho pobreza. Sí, pobreza, para enriqueceros a nosotros. Pablo lo confirma así de bien:

–*"Dios se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo"* (Flp 2,7).

Dios Padre ha tomado la condición de esclavo en ti, Jesús. Es el gesto más universal y cercano para demostrarnos su amor.

Bien sabemos que pobre es aquel que tiene que recibir, prácticamente, todo. Lo que equivale a estar a merced de los demás. Quien se da a los demás ya no se pertenece a sí mismo; es patrimonio y propiedad de los demás. Pues bien, Dios es propiedad del hombre. Patrimonio de todos. Lo sé, de un lado,

tenemos un concepto antropomorfo de Dios, y de otro, lo alejamos tanto de la realidad que lo convertimos en algo ambiguo. Y por lo mismo, manipulable, que se puede cosificar. Y cosificamos a Dios. De tal manera que nuestra relación con Él deja de tener el sentido transcendente y original de su significado. Es como el juguete aquel que tanta ilusión le hacía al niño, pero en cuanto se cansó de él, ahí quedó, abandonado en un rincón.

Necesitamos tener ideas claras. Lo dice Isaías:

–*"Vuestros pensamientos no son los pensamientos de Dios"* (Is 55,8).

¡Qué fácilmente confundimos las cosas! Entiendo, Jesús, que resulta muy diferente dirigirse a *Dios*, así, en abstracto. Hay que personalizar. Encuentro que hay un pequeño matiz a tener en cuenta. Si me dirijo a Dios como *Divinidad*, lo estoy personalizando. Me adentro en Él y me quedo en Él. Pero si no lo personalizo, si sólo me conformo con nombrarlo en abstracto, *Dios*, con ese Dios no me siento comprometido. Es necesario, pues, personalizar nuestra relación con Él.

–*"Ciérrate en tu cuarto y habla con Él, que es tu Padre"* (Mt 6,6).

Así nos lo dijiste, Jesús. Hablar con Dios con la confianza de un hijo. Hay que encerrarse en el cuarto, hay que aislarse de todo aquello que distrae la mente y el corazón. Está muy claro. No se puede estar rezando y al mismo tiempo viendo la tele. Sería perder el tiempo por partida doble.

Jesús, cuando tu discípulo más entrañable y de más confianza, escribió:

–*"Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros"* (Jn 1,14),

bien podía haber añadido también: *la Palabra se hizo casa*.

Porque tu casa es de puertas abiertas. Y eso quieres que sea nuestro corazón: una casa de puertas abiertas.

CRISTO EL BUEN PASTOR

Jesús, acostumbrado como estabas a la vida del campo, te resultaba muy familiar el contacto con la naturaleza. No sé qué, pero veo que algo muy maravilloso sucede con la vida campestre. Entiendo. Debe ser que la naturaleza nos hace estar más en contacto con Dios. Desde una simple flor, en toda su natural belleza, hasta las faenas más cotidianas como sembrar y recoger la cosecha de trigo, o vendimiar las viñas, nos hace sentir la pujanza de la vida. En la naturaleza todo es vida. En la ciudad todo son prisas corriendo sobre el asfalto. ¿Quién piensa en Dios en medio del ajetreo de la ciudad?

Ese ir y venir por los campos, te hacía estar en contacto permanente con la gente sencilla de las aldeas. Veías a los pastores llevando sus rebaños a pastar, o a abrevar a la caída de la tarde. Vida bucólica. No deja de ser un privilegio y una ventaja sobre la gente de la ciudad vivir en el campo. La gente de la ciudad suele sentirse superior. Y hasta mira por encima de los hombres, como suele decirse, a la gente de pueblo. Tú, por el contrario, sabías valorar el privilegio de vivir en el campo. Hablabas con los pastores. Te gustaba su vida. Y llega el momento en que tanto te identificas con los pastores que llegas a soñar que también tú tienes por oficio ser pastor. Más, afirmas que eres pastor. Pero no un pastor cualquiera. Y te defines como el *Buen Pastor*. Tus parábolas están inspiradas en la naturaleza, en la apacible vida campestre. Pero tus parábolas tienen también otros personajes, que no saben de campo. Son gente de la ciudad. Gente, en general, instruida. Pero no por eso más cerca de Dios, por más que sus labios no dejen de mencionarlo. Saber de Dios es saber teología. ¿Qué teología? ¿De qué Dios? ¿Del Dios del Sinaí envuelto en truenos y amenazas? Por el contrario, tú nos enseñas que el verdadero Dios no siempre es el de la teología. Nos dices, abiertamente, que Dios es un Padre. Un Padre que nos ama. Nada de truenos y relámpagos.

Te diré, Jesús. Me gustaba la vida del campo. Disfrutaba una barbaridad cuando, siendo aún muy niño, mis padres me llevaban a ver los rebaños de ovejas. Arrimado a las faldas de mi madre, me acercaba a ver de cerca a las ovejitas. Me encantaban los corderitos. Se dejaban tocar. Yo los acariciaba con mimo. No necesitaba contar ovejas para dormir. Pero soñaba con los corderitos. Eran mis amigos. Felices y traviesos como yo.

Con el paso del tiempo, y ya en mi vida de misionero, he tenido que explicar a la buena gente tus parábolas. De todas ellas, siento predilección por la del *Buen Pastor*. Cierto es que a veces entre los pastores buenos se cuelan pastores malos. Son ladrones, asalariados, como bien nos advertiste. Trepas. Que de todo hay en la Viña del Señor.

Nos hablaste del aprisco, lugar aparentemente seguro para el rebaño. Y tú te presentas como la Puerta, por donde pueden entrar y salir las ovejas. Y tú las conduces a donde hay buenos pastos. Pero no faltan salteadores. No entran por la puerta, sino que saltan la tapia. Y roban y hacen estragos.

De este modo, de manera tan sencilla y asequible para la gente, nos hablas de la Iglesia, la misma que está formada por todos tus seguidores.

Me figuro el gozo del Padre, Dios, al oírte hablar en estos términos. Porque, en definitiva, Dios, nuestro Padre, es quien abre la puerta a las ovejas que van hacia ti, el Buen Pastor. También lo dijiste: Nadie va al Padre sino por ti, Jesús. Vas conduciendo a tus ovejas, los fieles cristianos, por medio del Evangelio y por el Espíritu, a la salvación.

Por desgracia, no faltan los falsos cristianos. Son ladrones de tu gloria, que se buscan a sí mismos. No buscan la gloria del Padre. Salteadores que se apoderan de las ovejas y, en vez de darles el pasto de la Palabra de Dios, para que tengan Vida, las dejan

–*"esquilmadas y abatidas",* y

"se apacientan a sí mismos".

Y ésta, es alusión directa a los pastores. Triste, pero verídica realidad. Pero convendrás conmigo, Jesús, que éstos, los falsos pastores, son los menos. Más, en realidad no son pastores. Es gente disfrazada de pastor.

Pero fijémonos, sobre todo, en los pastores verdaderos. En los pastores buenos. Son los más. Primero, porque son pastores. Segundo, porque te siguen con amor y generosidad, pese a los fallos inherentes a la condición humana.

Y de este modo, es grande la alegría de poder pertenecer a tu rebaño. Grande la alegría de poder contemplar a las madres, las ovejitas. Y grande la alegría de poder contemplar a los corderitos triscando junto a sus madres en los abundantes pastos de tu Reino, donde se vive de amor. Donde tú, Jesús, eres el Buen Pastor.

DECIR SÍ A LA VIDA

Jesús, repetidas veces, el Evangelio te presentas caminando por la orilla del lago de Genesareth, Tiberíades, o Kinneret por su forma de arpa. Ese lago tan querido para ti. Le tuviste siempre especial cariño. Fuiste el primer pescador. Pero de hombres.

–*Pescador de hombres*.

Los apóstoles, no pusieron obstáculo a caer en tus salvíficas redes. Y a ellos encomendaste la misma misión. Ellos entendieron el Evangelio, y tu mandato de que fueran por el mundo entero a proclamarlo. Les dijiste:

–*"Seguidme, y os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19).

Kinneret. Este lago, con sus 212 metros bajo el nivel del mar, el más profundo del mundo de agua dulce, te invitaba a reflexionar. Siendo Dios, *te anonadaste,* como recuerda Pablo en la carta a los filipenses (Flp 2, 7-17) hasta lo más profundo. No te importó. Naciste pobre en Belén. Y pobre moriste en la cruz. Pasaste desapercibido la mayor parte de tu vida. Viniste a salvaros y quisiste ser uno más entre los humanos. Fue tu modo de manifestar el amor de Dios para con el hombre.

El entrañable lago era para ti como un jardín de libertad, donde iba creciendo tu personalidad de hombre. Ese jardín de libertad personal que ha de ser reducto bien custodiado por cada persona, pues la libertad va de la mano con las potencias del alma. A diferencia del cuerpo. El cuerpo se rige por las leyes de la naturaleza. De tal manera que, si las piernas andan torpes, o no pueden caminar, difícilmente podrá nadie subir al Everest, al Aconcagua, al Tabor, o la media docena de escalones del Ayuntamiento. Y si la vista se apaga, no se podrán ver más estrellas que las producidas si uno se da un golpe.

Tanto a la orilla de un lago, o del mar, como en las alturas, el alma se recrea. Y el cuerpo se oxigena. Como que uno se siente más cerca de Dios. Yo no sé, Jesús, ¿qué tienen las montañas? Para mí, tienen que humanizan. Te hacen sentir pequeño, y al mismo tiempo muy cerca de Dios. Lo experimenté viajado por los Andes. Impresiona el silencio. Siento que, en el silencio de la montaña, como que es más fácil oír la voz de Dios. Y de la naturaleza. ¡Maravillosa creación de Dios! En el silencio de la montaña como que se comprende mejor la grandiosidad de Dios. Las montañas, sigo pensando en los Andes, reflejan la belleza de la Creación. Y la Creación es Vida.

Y así, Jesús, volvemos a lo de siempre. Dios es el autor de la Vida. De toda vida. Dios es el Sí total a la Vida. La canción mexicana, dice:

–*"La vida no vale nada".*

Vaya que sí vale. Pero está amenazada por las cuatro esquinas. Por la violencia de los terroristas, en primer lugar. Y por otro terrorismo, muy

solapado y terrible, que hasta vergüenza da mencionarlo: el aborto. Me he preguntado más de una vez, ¿con qué derecho ciertos legisladores se atreven a promulgarlo? ¿Quiénes son ellos, para atreverse a enmendar la plana a Dios? El quinto mandamiento es rotundo:

–*"¡No matarás!".*

La vida es propiedad exclusiva de Dios. Nadie, con un mínimo al menos de dignidad puede suprimir éste o cualquiera otro de los Mandamientos. Las leyes se promulgan para ordenar el bien, de cada uno y de todos. ¡No para el mal!

Tú, Jesús, diste tu vida para que todos tengamos vida. Pero la sombra de Herodes es alargada. La vida vale, ¡claro que vale! Pero hay que saber defenderla. Y no por simple cuestión religiosa, sino por sí misma. La vida es anterior a cualquier religión. Y está por encima de todas las religiones. Se trata de humanidad y de humanismo. Y de dignidad. ¿Han pensado alguna vez los abortistas y defensores del aborto, si les hubiera gustado que su madre hubiera hecho lo mismo con ellos o ellas? Hay que ser consecuentes. No se puede querer para los demás lo que no se quiere para uno mismo.

Bien es verdad que nadie estamos libres de pecado. Cierto. Por eso, y contra aquellos que ven pecado únicamente en los demás, y nunca en ellos mismos, dijiste:

–*"La primera piedra que la lance aquel de vosotros que esté libre de pecado"* (Jn 8,7).

Debe haberse llenado del polvo del camino la piedra, porque nadie la tocó. Nadie la lanzó. Ahí quedó. Y ahí debe seguir aún. Todos se escabulleron de golpe.

La conversión tiene que ser tanto a nivel personal como social. Bien lo reconoce el salmista:

–*"Pecador me concibió mi madre"* (Sal 50, 7).

Pero entiendo, Jesús, que el problema está cuando se pierde el sentido del pecado. Gravísimo, si son los legisladores quienes lo han perdido. Es imprescindible, pues, dar un Sí a la Vida. En contra de todos los Herodes de la actualidad. He citado a Herodes desde tu experiencia personal. No habías cumplido ni dos años. Menos. Y tus padres tuvieron que salir pitando hacia Egipto, para salvarte. Ya ves. Te convertiste en el primer emigrante. Niño indefenso como eras, y ya te andaba buscando el sanguinario Herodes.

–*"Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo"* (Mt 2,13).

Egipto salió ganando con tu visita inesperada.

DEMASIADO ESCONDIDO

Jesús, no sé cómo expresarlo, pero vengo a darte las gracias. Mira, nos has hablado del Reino de Dios. Nos has dado el gozo de saber que Dios es el Padre que nos ama con infinita ternura. Que todos somos hijos de Dios y que debemos amarnos todos. Pero, sobre todo, por haberte encarnado. Eres Dios. Pero también hombre, como nosotros. Uno más entre nosotros. Eres de los nuestros. Y esto es sublime. ¿Cómo no darte las gracias, Jesús?

Dicho esto, paso a decirte que me encanta esa preciosa parábola del tesoro escondido. Bueno, más que escondido, que no lo habían descubierto aún. La recoge san Mateo (Mt 13,44). El descubrimiento del tesoro provoca, en quien los encuentra, dos actitudes: Alegría por encontrarlo, y prudente silencio. Esto se entiende fácilmente. Es como cuando a alguien le toca la lotería *"primitiva"*. No sé si en tu tiempo había loterías. Supongo que no. Hoy superabundan. Imagínate la alegría inmensa, para el agraciado ganador. Y más si esta persona está en el paro. Y lleno de deudas hasta la coronilla. De pronto, ve solucionados un montón de problemas. La vida resuelta. Pero, prudentemente, se calla, no lo divulga. De otro modo, en primer lugar, la prensa, lo atosigarían a entrevistas. En segundo lugar, hasta puede que tuviera problemas con los amigos de lo ajeno.

Pues bien, el Reino de los cielos anunciado por ti, Jesús, es una preciosa realidad. Y para que entendamos, lo presentas en forma de parábolas. Por ejemplo, el tesoro escondido. Escondido sí. Pero fácil de encontrar. Es como si nos hubieras convertido en zahoríes y dotado del instrumental adecuado para buscar y poder encontrar ese tesoro. En este caso, más que la inteligencia, es nuestro corazón inquieto el instrumento de búsqueda. Nuestro corazón está insatisfecho. Así nos ha hecho Dios: insatisfechos. Con lo que no nos queda más remedio que ponernos a buscar aquello que pueda llenar nuestro vacío interior.

En esa necesidad imperiosa de búsqueda, buscadores como somos, has querido que encontremos el Tesoro escondido. Y una vez hallado, nos dices que debemos renunciar a todo, con tal de poder quedarnos con el mismo.

Está claro, Jesús, que el Tesoro eres tú. Por ti debemos estar dispuestos a pagar cualquier precio. Ese precio nos va hacer cambiar nuestras rutinas de vida. Es hora de espabilarnos. Esto nos lleva a una pregunta necesaria. ¿En qué gastamos nuestra vida diaria? ¿En qué empleamos nuestro tiempo? ¿Cuánto tiempo dedicamos a la oración, a la formación, a la cultura, a hacer el bien a los demás? Y en la medida en que podamos respondernos positivamente, encontraremos una alegría mucho mayor que ninguna otra cosa. Si un comerciante, valga el ejemplo, ha realizado un buen negocio, se siente feliz. Pues el Reino de Dios es un tesoro por el que bien vale la pena renunciar a todos los bienes de este mundo.

Me pregunto, Jesús, si los cristianos hemos captado la importancia de esta parábola. Y, si tenemos conciencia de ese tesoro encontrado, ¿por qué permanecemos muchas veces abrumados, tristes o desanimados? ¿Por qué hay tantos hombres y mujeres que viven como si no hubieran encontrado el Tesoro del Reino de los cielos? ¿Por qué, los que nos llamamos buenos, no lo somos tanto? ¿Por qué no hacemos más para que desaparezca del mundo la violencia, que nace no sólo del empleo de las armas, sino también del mal uso de las riquezas materiales, del sarcasmo de los podemos, y de la indolencia de los débiles?

Jesús, tú, y sólo tú, eres nuestro verdadero Tesoro. Aunque a veces te tenemos demasiado escondido.

DIGNIDAD DEL SER HUMANO

Jesús, hoy que un ser tan querido como es la madre ya no está, de ella me queda siempre el recuerdo, su cariño, y las bellas lecciones que siendo niño me daba.

Los niños, y lo mismo los adultos, suelen ver el mundo que les rodea como si ellos fueran el centro acaparador de todas las atenciones. Dicho escuetamente, son egoístas. El egoísmo lleva a la tiranía. El niño manda, el niño se convierte, inconscientemente, en un pequeño tirano. Los padres responsables saben que no pueden ceder a todos los caprichos del niño. Ceder en todo lo que pide o exige significa maleducar. Significa dar alas a su egoísmo. Y el egoísmo termina por ser un peligro latente. Educar no es ceder, sino ayudar a potenciar las cualidades del niño. Ayudarle a desarrollar sus cualidades.

Los niños, si me permites la comparación, son como los tornados. Tan pronto avanzan en una dirección como en otra. Si están jugando varios niños, siempre empiezan amigablemente, pero en cualquier momento el juego suele terminar en pelea. En el fondo, es fruto del egoísmo, y del dominio de mando que comienza a desarrollarse. Si las mamás están presentes, no faltará la que jalee a su hijo: tú no te dejes. Otras, por el contrario, con mejor sentido, le hará ver que es mejor cultivar la amistad.

Cuando mi buena madre me veía pelear con los otros niños, no sólo paraba la pelea al instante. Me hacía pedir disculpas al niño agredido.

–Hijo, el juguete no es tuyo, es de él. Dáselo, y discúlpate. Dale un abrazo. Los niños buenos no deben pelearse. Tienen que ser amigos. ¿Tú quieres ser amigo?

–Sí, mami…

–Pues no te pelees.

A la altura del tiempo, tanto ya transcurrido, pienso que aquella buena mujer, sin mayores estudios, tenía dotes pedagógicas innatas. En el fondo, y sin saber expresarlo en conceptos, estaba hablando de que en el ser humano hay una dignidad, que no se adquiere por derribo de la dignidad ajena. En el ser humano, lo positivo y lo negativo son inherentes. El camino del bien y del mal, coexisten en todo ser humano, y no humano. De ahí la importancia vital de educar los valores de la persona para ir formando y modelando la personalidad individual.

Ahora bien, ¿de dónde procede la dignidad del ser humano? Digámoslo sin ambages: de Dios. Dios es el fundamento de la dignidad de todo ser humano. Y es también la razón última de la igualdad y la fraternidad de todos los hombres. Por eso, la vida humana es sagrada e inviolable. Por eso, la imperiosa necesidad de que los padres eduquen a sus hijos en los

valores, entre los cuales están los de tipo religioso, espiritual y moral. Y por descontado, los humanos.

Bien sé, Jesús, que, aunque la teoría de lo dicho es clara, llevarla a la práctica no siempre es fácil. Seguramente nunca es fácil. Y, sin embargo, el ser humano necesita, y debe, respetar la dignidad propia y ajena. Por ejemplo, es un derecho y un deber cultivar la autoestima y el amor a sí mismo. La persona no vale por lo que tiene, sino por lo que es.

Jesús, recuerdo que estos buenos principios, recibidos en el hogar familiar, también nos los inculcaban, y de qué manera, en el colegio. Nunca pensé, ni por chiripa, como suele decirse, en ser misionero. Pero está claro que los planes de Dios no son los planes del hombre. O, como también se dice,

–*"el hombre propone y Dios dispone"*.

En mi caso, ni propuse. Pero Dios sí dispuso. Y aquel chaval que de muy niño se admiraba viendo pasar por la carretera un camión, de los pocos que entonces circulaban; y aún más se admiraba del hombre que lo conducía, un supermán, diríamos hoy, su ilusión máxima era ser camionero. Porque en la cabecita del chaval ser camionero era una cosa muy grande. Era sentirse importante. Pero, ya ves, Dios tradujo *camionero* por *misionero*, de la manera que menos podía imaginarme. Y entré en el seminario menor redentorista de El Espino, fecunda cuna de misioneros. ¡Bendita la hora! Recuerdo las palabras de mi padre al despedirme:

–"Hijo, te vas con los frailes, pero si aquello no te gusta, coges la maleta y te regresas".

¡Vaya que, ¿si me gustó?! ¡Y tanto, que aquí estoy!

Pues bien, los redentoristas, hacían mucho hincapié en los valores humanos y religiosos, eje central de la educación de la persona. Potenciaban el valor de la vocación, educaban de verdad en el respeto y la dignidad de la persona; y, por ende, en ser servidores de los demás. De los demás, donde tú, Jesús, eres el centro.

Me pregunto, ¿dónde se cimienta el tema de la dignidad? Y la respuesta la encuentro, como siempre, en la Palabra de Dios. La Biblia abunda en pasajes al respecto. Por citar tan sólo alguno. En Gálatas 3,28, se dice:

–*"No hay judío, ni griego, no hay siervo, ni libre, no hay varón, ni hembra: porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús".*

Y en Juan 13,16:

–*"En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió".*

Y si acudimos al primer libro de la Biblia, el Génesis, dice en 1,27:

–*"Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó".*

Pero la verdadera raíz y fundamento de la dignidad humana está en la experiencia de la Resurrección de tu Resurrección, Jesús. Sí, Jesús, tu Resurrección impregna de Vida y Dignidad, no sólo al hombre, varón y mujer, sino al Universo Mundo. Al hacerte Hombre, te has constituido en el centro sobre el que gira la Creación y la Salvación.

Es cierto que no podemos olvidar la presencia del mal en el mundo. El enigma del dolor y la muerte son una realidad que a la vista de todos está. Pero nuestra fe cristiana nos ayuda a descubrir que, en ti, Jesús, la Gracia que nos otorgas está por encima del mal.

–*"Donde abundó el pecado, sobreabundó la Gracia"* (Rom 5,20). Porque tú eres Señor de la Vida. Tú nos has traído la dignidad y la salvación a todos.

DIOS EL ALFARERO DIVINO

Jesús, me gustan de modo particular los once primeros capítulos del Génesis, porque son una bellísima catequesis sobre verdades y temas que desbordan nuestra mente. Pues bien, en la hermosa metáfora que enmarca toda la catequesis sobre la Creación, el Génesis dice que Dios no creó todo de golpe. Sino poco a poco. De este modo, va poniendo días. A cada día le asigna una tarea. Pero Dios, que es el Creador, termina cansado, fatigado. Ha sido una semana de intenso trabajo para el Divino Alfarero. Necesita descansar.

Efectivamente, con toda justicia hay que presentar a Dios como el Divino Alfarero, no sólo por ser el Creador de todo. También por el modo que tiene el Génesis de presentar a Dios. Nos presenta un Dios antropomorfo. Es decir, como si fuera un hombre. Y, naturalmente, se fatiga y necesita descansar.

Lo dicho, es una presentación preciosa en forma de catequesis. ¿Y qué nos indica esto? En primer lugar, que el mundo no es autónomo, sino que procede de Dios. Que el mundo no ha surgido de golpe, sino que hay un proyecto, un proceso, una evolución.

Dios, presentado como si fuera capaz de cansarse, es un Dios amigo, cercano al hombre. Su descanso, no es tanto por el cansancio físico ni mental, que es inexistente. Dios no se puede cansar. Pero quiere que el hombre entre al relevo, entre en acción. Quiere que el hombre, varón y mujer, asuma su propia responsabilidad.

Así es, Jesús. El mundo no está terminado, sigue en construcción. Está en constante construcción. Por tanto, el Reino de Dios, que no es ningún ente extraño, o ajeno al mundo, también está en construcción. El mundo y el Reino, son obras inacabadas. Y si Dios, siguiendo la metáfora bíblica, descansó el séptimo día fue para que el hombre entrara en acción. El séptimo día bíblico es el día del Hombre.

Qué hermosamente concluye esta catequesis sobre la Creación:
–*"Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno"* (Gn 1,31). Y sigue siendo bueno. De las manos de Dios el mundo surgió hecho un pincel, como solemos decir. Suficientemente bueno. Más aún, perfecto. ¿Que el hombre emborronó el cuadro? Por desgracia, sí. Así fue. ¿Que donde se podía contemplar una acuarela bellísima, ahora aparece un mamarracho? Nuestra es la culpa. Es verdad. Pero, como bien sabemos, el defecto no es de fabricación, sino del hombre, que no supo estar a la altura de las circunstancias. Y hemos dañado el original.

Así que, me pregunto, Jesús, entonces, ¿qué debe hacer el hombre? Ante todo, no dormirse. Vigilar. Donde hay un roto, hay que aplicar un zurcido. Es decir, estar en vigilante espera y observar los acontecimientos de

cada día. Dios no hace siesta. Dios sigue codo con codo a la par del hombre. Por tanto, lo que el hombre tiene que hacer es estar siempre listo para responder al susurro sugerente de Dios que le indica cómo debe trabajar en la construcción del Reino. Esa actitud se llama vigilancia. Actitud muy bíblica, por cierto.

Vale recordar al respecto aquella noche de Liberación de los hebreos en Egipto, cuando pasó el ángel exterminador. Estaban listos. Estaban en vigilante espera. En pie, con el bastón en la mano para seguir al Señor que, con Moisés al frente, los llevó hacia el Mar Rojo. Y luego, por el desierto, hasta la Tierra Prometida. Fue la gran epopeya bíblica.

Por supuesto, Jesús, que fue una marcha no exenta de complicaciones. Ha quedado claro, según lo acabo de apuntar. Esa preciosa acuarela de la Creación quedó dañada, estropeada, por el hombre. Por supuesto que habían pasado millones de años desde la Creación hasta el momento del Éxodo.

–*"Para Dios mil años son como un día"* (Sal 90,4).

Millones de años desde aquel día primero de la Creación, donde Dios quedó contento, satisfecho de su obra. Todo lo que había hecho era muy bueno. Dios, el Divino Alfarero, se sintió satisfecho de su obra.

Para ir terminando, puntualizo, Jesús, algo que es evidente. El Reino de Dios comienza con la Creación. Esto es claro. Y sigue con la Redención. Podríamos decir que es aquí donde tú entras de lleno. Y contigo nosotros, puesto que somos discípulos tuyos, ovejas de tu rebaño. Ahora bien, si el mundo está inacabado, si sigue en construcción, esto mismo hay que aplicar, entiendo, al Reino de Dios. También el Reino está en constante construcción. Seguimos caminando. Con lo que, bien puede afirmarse que el Éxodo sigue en marcha. Vamos, sin detenernos, hacia la plenitud del Reino. Mientras tanto, necesitamos estar en constante y vigilante espera.

Jesús, gracias porque estamos hechos de Divina hechura.

DIOS ES CULTURA

Jesús, sé que es parte de la condición humana caer en estados anímicos de añoranza. El archivo de los recuerdos, disco duro del tiempo, se va llenando más y más cada año que pasa. De pronto, nos invade una cierta nostalgia. Algo parecido a lo expresado por Jorge Manrique en las *Coplas*:
–*"Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar".*

Me ha tocado conocer vidas largas y vidas cortas. Por cierto, la de Juan el Bautista, el que te señaló como
–*"el Cordero de Dios"* (Jn 1, 36),
fue corta. Como la de los corderos. Nunca mejor traído el símil. Corta. Los corderos pronto son sacrificados. La tuya, sobre la tierra, también fue corta. Otras han sido muy largas. A menos a tenor del Antiguo Testamento.

Pues bien, sirva esto de preámbulo, porque hoy me gustaría hablar contigo, Jesús, de culturas. Así, en general, que abarca más. Porque hay culturas que son de muerte. Mejor dicho, no son culturas. Las culturas no matan. Son los hombres los que matan. Ni son las religiones las que se enfrentan entre sí, sino los hombres. No es la pobreza o la riqueza. Somos los hombres los que nos afanamos por enriquecernos. Lo peor, cuando esto sucede recurriendo a la injusticia. Todo nos parece poco. Y terminamos peleándonos. O entablando una guerra. Unos, pensando sólo en sus propios intereses. Otros, porque quisieran tener la exclusiva de Dios. Hasta en la cuestión religiosa fallamos.

Está avanzado el segundo decenio del siglo XXI. Los comienzos del nuevo milenio no dieron para el aprobado. Y el siglo XX fue un siglo para olvidar. Pero, como también hubo y hay cosas buenas con ellas nos quedamos.

Ya ves, Jesús, estamos alcanzando espectaculares logros, por ejemplo, en la técnica nuclear, en informática, etc. Maravilloso. Pero fallamos en humanismo y humanización. Ahí no damos la talla. ¿Qué decir, por ejemplo, de la llamada *"violencia de género"?* Ya sé que mucha gente reza para que esta lacra se acabe. Pero no se acabará mientras el ser humano siga alejándose de Dios. Sexo, droga, guerra. Por ese camino no se llega a ninguna parte. Son los ídolos de actualidad.

Me pareció excelente la idea del papa Juan Pablo II, de dedicar el final de milenio a *"Dios Padre".* Mucho se escribió entonces sobre el tema. Sabios y entendidos escribieron y divulgaron mucha *teología sobre Dios*. De toda ella, me quedo con esto:
–*Dios es nuestro Padre*.
Esa sí es verdadera teología. De la buena. Donde la figura del Padre se nos hace tiernamente familiar y cercana. ¿No lo invocaste siempre con la dulce expresión de *Abbá*?

Pero en el siglo pasado, ya cada vez más lejano, hubo también cosas buenas. Por supuesto. A todos los niveles. Si nos fijamos en el campo teológico. Son importantes los teólogos. Por citar alguno, Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac, Yves Congar, Joseph Ratzinger, Walter Kasper, Hans Küng, el redentorista Bernhard Häring, Leonardo Boff, y tantos más que sería prolijo enumerar.

Me fijo en un detalle. Mira, Jesús, cuando los teólogos se ponen a hablar de Dios, en general, incluso en concreto del Padre, te habrás fijado que siempre acaban hablando del Hijo. De ti. Y te aseguro que no siempre es por aquello que abiertamente dijiste:

–*"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30),

sino porque del Padre, o del Espíritu, apenas sabemos nada. Todo lo que sabemos es a través de ti. Lo cual significa que es importante escribir buenas *cristologías*. La teología nos desborda. Pero seguimos llenando el mundo de documentos y más documentos eclesiásticos. Tantos, que no tenemos tiempo para leerlos. Y, me pregunto, la buena gente, ¿con qué se queda? Sobre todo, quienes no tienen acceso a estudios superiores.

Por eso estoy convencido, Jesús, de que lo mejor es hablar de ti. Y mejor aún, hablar contigo directamente. Hablad a la gente de ti, que por algo nos dijiste:

–*"Soy el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6).

A través de ti, Jesús, sí podemos experimentar a Dios, y sentirlo como el Padre bueno, pero bueno de verdad, que es.

Para terminar, estoy pensando en un aspecto muy concreto de Dios. No suele aparecer en los libros. Que Dios es Cultura. Así como suena. ¿Qué te parece? De algún modo lo expresó Juan Pablo II en el discurso a los Oficiales del Ejército Italiano, el 9 de julio de vuestro 1984.

–*"La auténtica cultura humana es cultura de libertad que emana de las profundidades del espíritu, de la claridad del pensamiento y del generoso desinterés del amor. Fuera de la libertad no puede haber cultura".*

Ahora bien, pregunto yo, ¿de dónde procede la cultura? ¿Quién ha dotado al hombre del don de la libertad? Exactamente, Dios. Pues bien, si la cultura humaniza al hombre, desde la libertad y belleza que emana de su espíritu, siendo el hombre imagen de Dios como es, Dios es Belleza, Dios es Libertad, Dios es Cultura. ¡Vamos, silogismo por bárbara!

Lo dicho, Dios es Cultura. Señor de todas las Culturas.

DIOS ES FRÁGIL

Jesús, si uno se pone a contemplar la Creación, ¡inconmensurable y maravillosa ella, cuya inmensidad no hay mente que pueda abarcarla!, uno queda tan fascinado que, de inmediato, no tiene más remedio que pensar en Dios. ¡Qué grande es Dios! Y, al mismo tiempo, uno piensa: ¡qué frágil es Dios! ¿Por qué digo que es frágil? Porque es tan maravilloso, tiene tanto amor, que se rompe de puro amor. Dios es una explosión de amor. ¡Todo un Dios, inmenso, maravilloso, indescriptible, inabarcable, de pronto, sí, se rompe de amor y se hace Niño en ti, Jesús! ¡Dios se hace Niño por nosotros, y para nosotros!

Como te digo, Jesús, la fragilidad de Dios es el amor. No puede dejar de ser Amor. Ahora bien, ¿hay algo más hermoso y frágil que un niño? Recuerda cuando naciste en Belén. ¡Cuánta ternura, y cuánta fragilidad a la vez! Eres el Dios humanado. Es tan grande el Amor de Dios que opta por la fragilidad en la ternura de un Niño. Ese Niño eres tú, Jesús. Ahí radica el encanto de la Navidad.

No me cansaré de decirlo. ¿Hay cosa más encantadora es un niño? Y, sin embargo, un niño es la cosa más frágil del mundo. Un niño no se vale por sí mismo; necesita de los demás. Tú, Jesús, todo un Dios, al hacerte Niño, fragilidad de Dios, necesitaste de los demás. En primer lugar, de la madre. Eres, pues, el Dios frágil. Voluntariamente frágil, por nosotros. Y al mismo tiempo, el Dios fuerte al asumir sobre tus hombros el tremendo compromiso de la Redención.

Pero la Navidad no se detiene, avanza. Igual que cualquier niño, fuiste creciendo. Tu meta no era la Navidad, sino la Redención. Y mira, a nivel de sentimientos, uno se quedaría para siempre junto al Portal de Belén. ¡Hay tanta ternura en ese Portal! Pero no puede ser. Hay que avanzar, hasta llegar al Monte del Calvario. Y enfrentar la realidad del dolor, de la tragedia, de la muerte. Tu muerte. Eso sí, a sabiendas de que la muerte no es el final. La Redención no termina en la muerte, sino en la Resurrección y Glorificación.

Jesús, te vemos colgar de un madero. Clavado y muerto en una Cruz. Pero la muerte no es lo tuyo, ni lo nuestro. Tuviste que pasar por ella, eso es claro. Mas nunca la muerte fue tu destino. Tu destino era, es, y seguirá siendo la Vida. La muerte, eso sí, fue el dramático y necesario acontecimiento para que la Vida triunfara sobre la misma muerte y el pecado. Libre y voluntariamente te ofreciste a la muerte. Desde siempre supiste, Jesús, que el Padre te llamaba a una misión: Anunciar la Buena Nueva a los pobres y dar la libertad a los oprimidos. En pos de la realización de este proyecto recorriste los caminos polvorientos de la Palestina. Pasaste

–*"haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio"* (Hch 10,38).

Anunciaste un mundo nuevo, de vida, de libertad, de paz y de amor para todos.

Nos enseñaste que Dios es amor, que no excluye a los pecadores; que los marginados son los preferidos de Dios. Al mismo tiempo, previniste a los poderosos de que el egoísmo los conduciría a la muerte. Por eso, tu designio liberador entró en contradicción con las autoridades, que se sintieron incómodas con la denuncia que hacías. ¿Por qué incómodas? Porque no estaban dispuestas a renunciar al poder, a la influencia, dominio, o privilegios. Y te prendieron, te juzgaron, y condenaron en un juicio sumarísimo donde no reinó la equidad y la justicia, sino el odio. Te odiaron, tanto los judíos como los romanos. Y te clavaron en la cruz. Fue la consecuencia del anuncio abierto que hiciste del Reino.

Pero antes del desenlace fatal en la cruz quisiste asegurar tu presencia entre nosotros, e instituiste la Eucaristía, bajo las especies familiares del pan y del vino, advirtiéndonos:

–*"Haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19).

Fue la donación total de tu vida. Por Amor. Jamás hubiéramos podido soñar cosa igual. Y una vez en la cruz, tu fragilidad, que es la fragilidad de Dios, se convirtió en la fuerza que es capaz de gritar:

–*"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34).

Esa es la fragilidad de Dios, tu propia fragilidad: el Amor.

DIOS NO ES GRANDE, SINO AMOR

Jesús, si te parece, hablemos hoy de Dios. ¡Tantas cosas se dicen de Dios! La violencia está activada en la actualidad, y de qué manera, por fanáticos sin entrañas. Aparentemente, son gente religiosa. No hay tal. Usan blasfemamente el nombre de Dios. Matan en nombre de Dios. Y olvidan que Dios no es ningún matón. Al grito de

–*"Alá (Dios) es grande"*

siembran la muerte y el terror. Son brutales criminales, simplemente. Despiadados. Sin entrañas. Se olvidan de que Dios, del que demuestran no conocer absolutamente nada, no es grande, como ellos gritan, sino Amor.

–*"Dios es Amor"* (1Jn 4,8).

Tú, Jesús, cuando hablabas a la gente de ese Dios, del que san Juan dice que es Amor, lo llamas Padre. Qué palabra más bonita. ¡Y cuánta ternura encierra!

Qué importante es tener las ideas claras. Porque de la idea o imagen que uno tenga de Dios dependerá el comportamiento personal a la hora de actuar en cada momento de la vida. Se puede pensar en Dios, como tú lo presentas en el Evangelio, como un Dios siempre presente y cercano. Como un Dios Padre, al que con ternura se le invoca llamándole *"Abbá"*. Pero también se puede pensar en un Dios lejano, que está en la estratosfera, más o menos lejos. Un Dios así, sería un Dios desentendido. No es el verdadero, y no interesa. Incluso, se puede pensar en un Dios al que ponemos adjetivos que son ciertos, como Omnipotente, y otros. Pero ante tal omnipotencia, y por respeto, podemos sentirnos distantes de Él por una humildad no bien entendida. Con lo cual, la relación con Él será, en el mejor de los casos, aseada y educada, pero distante por parte nuestra. Ahora bien, por el contrario, si se piensa en Dios, tal como tú nos lo has revelado, *Dios-Padre-Amor*, las cosas cambian. Dios es Amor.

Efectivamente, Dios es Amor. San Juan, sin intentar dar una definición de Dios, porque Dios no cabe en una definición, no encontró expresión mejor para la comprensión de Dios que decir: Dios es Amor.

De Dios también decimos que es Trinidad. Esto sí que nos resulta complejo. Tú, Jesús, nos revelaste que Dios es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo. Pero no nos dijiste cómo es que, siendo tres, no son tres sino Uno. Un solo Dios. No nos aclaraste el misterio. Misterio, por lo demás, que no cabe en nuestra cabeza. Pero Dios sí cabe en el corazón.

Querer acercarnos a Dios con la cabeza, con las ideas, es perder el tiempo. A Dios se llega desde el corazón. Sobran los esquemas intelectuales. Y todas las teodiceas. A sabiendas, además, de que no somos nosotros los que llegamos a Dios. Es Él quien llega a nosotros. Por eso, porque es Amor. Las razones del corazón están más cerca de la fe. Cuando nos acercamos a

Dios con el corazón estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente adorado y vivido. Dios es Amor.

La diferencia entre la cabeza y el corazón, metafóricamente empleados estos términos, es que la cabeza, léase la razón, sabe de leyes. El corazón sabe de Amor. Los humanos nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. El Antiguo Testamento está lleno de leyes. Como si no fuera suficiente con los Diez Mandamientos, fueron añadiendo otros. Más y más, hasta alcanzar un rimero de 613 mandamientos. Y si vamos al Nuevo Testamento, ¿cuántas leyes, normas, encíclicas, decretos, etc., no surgen cada día? Esto en la parte religiosa. Si a eso añadimos la parte civil, nos encontramos los ciudadanos aplastados bajo toneladas de leyes. ¿No podríamos hacer de la vida algo más simple y sencillo?

¡Qué hermosa es la vida, por sencilla! ¡Qué diáfano es el Evangelio, por sencillo! Pero nos falta corazón. Esto es cabalmente lo que falta a la política. Está regida por la Economía. Y ésta carece de corazón. La política tiene cabeza, pero le falta el corazón. Las leyes, en el fondo, delatan un complejo de inferioridad, que se sublima en el poder. El poder se sostiene en la ley. Son las leyes las que avalan el poder. De ahí que surjan tantas leyes, todos los días, y desde todas latitudes. Lo dicho, también la Iglesia sobreabunda en leyes. Pero la única ley válida, universalmente válida, es la ley del Amor. Dios es Amor.

¿Por qué hay tantas y tan diferentes religiones? Porque se sustentan en las leyes, en la fuerza de las leyes. Las divergencias señalan la falta de unidad. El Amor está en la unidad. Dios es Amor. Las leyes no sólo norman, también atemorizan y esclavizan. Y una religión de leyes lo único que consigue es ser una fábrica de ídolos, de falsos dioses. Y que llamemos, desde el fanatismo, Grande a Dios, pero olvidando que Dios es Amor.

Jesús, cuando el acercamiento a Dios se produce por la fuerza del miedo, producto muchas veces de las leyes, se cae en la magia. Pero la fe es lo contrario de la magia. Dios es Amor.

Sí, Jesús, Dios es Amor. Tú eres Amor. Por eso, adorar a Dios *"en espíritu y verdad"* (Jn 4,24) es adorarlo desde el Amor, en Amor y por Amor. Porque, Dios es Amor.

DONDE SIEMPRE ES PRIMAVERA

Jesús, tu exquisita sensibilidad te llevaba a amar la naturaleza. Lo mismo en el día que en la noche. En tus largas noches de oración con el Padre, a buen seguro que te quedarías largo rato contemplando el bellísimo cielo estrellado de Galilea. Admirabas los lirios del campo, la naturaleza en general, contemplabas fascinado la labor de los pastores, hasta aplicarte a ti mismo el título de Pastor:

–*"Yo soy el Buen Pastor"* (Jn 10,11).

Lo mismo que te fascinaba el candor e inocencia de los niños. Jugabas con ellos, los bendecías (Mc 10,13-16).

¿A quién no le gusta la primavera? ¿Verdad? Vemos cómo en el campo la vida resurge a borbotón. Ciertamente, los campos adquieren una belleza fascinante. El aroma ambiente es delicioso. Por supuesto, también a mí me encanta la primavera. Es natural, quien te sigue a ti se contagia de tus gustos. Te imagino paseando por los campos, o a orillas del lago, en plena primavera. La primavera es vida y tú eres la Vida. Cuando naciste, tu nacimiento supuso la plenitud de los tiempos. Fue el renacer de la Humanidad. Hasta tu querida Madre lo captó y expresó muy bien en su más ferviente acción de gracias, en el *magníficat*:

–*"Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador""* (Lc 1,46-47).

La traigo a colación no sólo por ser tu Madre, sino porque también es nuestra. Después de la Redención, fue el regalo más grande que nos has hecho: darnos por madre a tu Madre. Cuando el papa Juan Pablo II escribió la *Redemptor Hominis*, recuerdo que el comienzo dice:

–*"El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia".*

Y puntualiza:

–*"En la voluntad salvífica de Dios, María ocupa un lugar especialísimo"*.

Más tarde, el mismo Juan Pablo II, hoy en los altares, en *Millennio adveniente*, se dirigió a tu Madre como: *"La mujer de la esperanza…".* Yo incluso añadiría: *La Mujer de la eterna primavera*. ¿Qué mejor primavera que la esperanza? María es la Mujer de la Esperanza. Bien, detengámonos en esta palabra: *Esperanza*. Porque, mira Jesús, yo así lo veo: *Esperanza y Primavera* van unidas. No te hablo de la primavera climatológica. Te hablo ahora de otra primavera. Me refiero a la que se produjo cuando el *Holocausto*? ¿Qué estaba escrito en la pared de aquella celda? Aquel preso, condenado a muerte, de exquisita sensibilidad y cristiano de gran esperanza, supo que estaba a punto de morir. Su celda era de muerte. Fuera del barracón despuntaba la primavera. Con su sangre escribió en la pared el mejor de los testamentos:

–"En cada primavera mis sueños florecerán".

Impactante, sin duda. En el corazón de aquel preso estabas tú, Jesús. En medio de tanto dolor, en su corazón florecía una nueva y eterna Primavera. Había Esperanza. Me serví de la frase para hacer el siguiente poema. Espero te guste:

–Le dijeron que ya era primavera y el prisionero sonrió, / le dijeron que ya los campos florecían y él asintió, / le dijeron que si aún soñaba..., y de emoción lloró. / No vio que de pronto el cielo se oscureció, / y que aguanieve muy fría sobre los campos de concentración caía. / Entrecerró los ojos, y una luz en el cielo vislumbró. / Se fue el prisionero apagando, poco a poco, sin rencor, / y sin saber que en el álbum de sus Sueños un Poema / sin terminar quedó. / En grafía martirial, el manuscrito decía: / "En cada Primavera mis Sueños florecerán". / Y así, en silencio, el prisionero al cielo voló / y en Dios floreció.

Ya ves, Jesús, qué juego de significados se puede hacer con una sola palabra. ¿Cómo no amar, pues, la Primavera? La climatológica, sí. Y, sobre todo, la otra, la verdadera. Dios es la eterna Primavera. En el corazón donde no hay odio, sino amor, hay primavera.

Lo expresaste magistralmente en el sermón de la Montaña:

–"Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9). La gente que sufrió el *Holocausto*, la gran mayoría de tu ancestral raza humana, hizo posible una nueva y definitiva *Primavera*. ¡Shalom!

DOS CAMINOS

Jesús, leyendo la *Didajé*, me llama la atención cuando dice:

–*"Hay dos caminos, el de la vida y el de la muerte, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: 'Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú a otro'...".* (I,1-2).

Es decir, dos caminos que convergen en el mismo punto: el mandamiento del Amor, como expresaste en el Evangelio. Separar el camino de Dios, del camino del prójimo, es lo mismo que romper el Amor. Dios y el prójimo se identifican.

La *Didajé* apunta directamente al corazón: hay que amar. Y donde radica la fuerza para amar es la eucaristía, sacramento de vida; y, por consiguiente, compromiso real. Y concretiza en situaciones que son de acuciante actualidad:

–*"Segundo mandamiento de la doctrina: No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido".*

Entiendo que, al fijarse en cosas tan puntuales, es porque el problema existía entonces, como existe hoy. Con qué facilidad, en todos los tiempos, y hoy en particular, se mata. Y no solamente se mata, absurda e indiscriminadamente, en las guerras, tan continuas y constantes. Se mata, sólo pensarlo da vértigo, en el seno materno, de modo impune e inmisericorde. ¿Qué le pasa a nuestra sociedad actual?

Entiendo, además, Jesús, que es necesario tener espíritu de discernimiento, para saber distinguir, para saber optar. La guerra, y menos la muerte violenta, no tienen justificación alguna. De ahí que, hay mucha gente que no puede acercarse a la Eucaristía, en el supuesto de ser creyentes, si tienen las manos manchadas en sangre. Porque la Eucaristía es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad; de hoy y de siempre. Y así, prosigue la Didajé:

–*"No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma...".*

Me pregunto, Jesús: ¿Por qué hay, en muchos cristianos, una especie de deserción de la Eucaristía, ("no van a misa", decimos); o bien, una separación, de hecho, entre la Eucaristía y la vida real? Para quienes asistir

a la Eucaristía no pasa de ser un precepto, o mandato de la Iglesia, está claro que poco o nada les pueda decir la Eucaristía. Se va a misa por cumplir. Con lo cual, nos vinculamos a la tiranía de las leyes o normas. Si se trata de satisfacer personales exigencias de una religiosidad individualista, será una Eucaristía abstraída de la Comunidad. Religiosidad a la carta, de rigoroso individualismo. Si se participa por determinados compromisos sociales, bodas, comuniones, entierros, es una participación tipo florero, como los que adornan el altar. Lucen, quedan socialmente bien, donde la auténtica realidad es la pasividad. Así, bajo esas actitudes, la Eucaristía no les dirá nada.

Todo es cuestión de fe. O se tiene fe o no se tiene. La fe se manifiesta en las obras, como se expresa el apóstol Santiago:

–*"Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: «Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran», pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta"* (St 2,14-26).

En la Eucaristía, participada activa y comunitariamente, se escucha el Evangelio, se ora al Padre Dios, se reaviva el espíritu de fe. Y al comulgar, te recibimos a ti, Jesús, sacramentalmente. Pero también a los hermanos, espiritualmente. Porque la Eucaristía es un banquete de salvación universal, para todos.

De otro lado, querido Jesús, en la *"Epístola de Bernabé",* así denominada por Clemente de Alejandría a principios del siglo III, veo que también se dice que hay dos caminos; contrapuestos, desde luego:

–*"Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas".*

Y señala:

–*"Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad. El camino de la luz es éste. Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente: Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor".*

La *"Epístola de Bernabé"* incide también en tres aspectos concretos:

–*"No fornicarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los jóvenes".*

Está claro que el tema de la pederastia no es sólo de hoy, por desgracia. Pero lejos de ser una doctrina moralizante, esta carta es un juicio de valor,

un discernimiento de los valores y los contravalores. Y naturalmente, partiendo de la Eucaristía, por ser la Eucaristía sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión. San Pablo dirá:

–*"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,17).

Jesús, para terminar esta reflexión: has hecho de la *Eucaristía* tu espléndida *"acción de gracias"* al Padre, en nombre de toda la Creación. Con lo cual, la Eucaristía es al mismo tiempo el sacramento de la alegría. Es la ofrenda que haces al Padre para darle gracias, y para que sintonicemos con Él. De este modo, tu ofrenda se convierte en motivo de gozo, de alegría, y de fiesta, que culmina siempre en el banquete fraterno. Y, ¿puede haber algo más gratificante que un banquete? Los caminos de la fe convergen en la Eucaristía, donde el anfitrión eres tú, Jesús.

EL ALMA DE LOS HUMILDES

Jesús, te diré que disfruto una enormidad cuando las palabras tienen música de fondo. Por ejemplo, una conversación donde no hay crispación, tiene música de fondo. Me gustan las sinfonías. Por descontado que a ti también. ¿Y a quién no? La cadencia, la suavidad, toda la musicalidad que encierra una sinfonía, ayudan a que el alma se serene y, a su vez, se musicalice. ¿Cuántas veces te quedaste a escuchar el silencio del cosmos en una noche de verano, en medio del desierto? Qué contradicción, ¿verdad? Porque el cosmos no está callado, todo él es música. La sinfonía del cosmos.

Si me preguntas por qué te digo esto, te diré. Porque la música del cosmos está en sintonía y se parece a la música de lo humilde. ¿Qué quiero decir con *lo humilde*? Humilde es, por ejemplo, una flor. Pero hay tanta belleza en una flor que hace que vibren los sentimientos del alma. Todo el cosmos es una sinfonía inacabada, de la que también forma parte el ser humano. Y de qué manera.

Me pregunto, ¿qué sucede con una persona humilde? Pues que, sin darse cuenta, emite una música, imperceptible apenas, que transmite paz. Sí, Jesús, así es. Las personas humildes transmiten paz. Por el contrario, una persona soberbia transmite chirridos. Con razón te colocaste siempre al lado de los humildes. Ellos forman parte de la gran sinfonía de Dios.

Como ejemplo de distorsión, te pondría, Jesús, este ejemplo de la experiencia. Entras en una cafetería, alguien está jugando en una de las máquinas tragaperras. De pronto, acierta, la suerte le sonríe, y comienza a caer un chorro de monedas. ¿Te das cuenta el estruendo que forman las monedas al caer sobre la bandeja?

Pues mira, Jesús, para mí, ese ruido se asemeja al que metían los ricos en tiempos del profeta Amós. Pero con qué valor denunció severamente a los ricos y poderosos de su tiempo. Y es que, los prepotentes meten mucha bulla. Hasta los lujosos ropajes que visten rompen la tranquilidad al pasar, con el ruido a roce que producen. Si uno se pregunta, ¿cómo se han enriquecido tanto? Salvo los pocos honrados, que también los habrá, explotando a los pobres. Y lo peor de todo, es que se vuelven insensibles ante las miserias y las desgracias ajenas. Son capaces de pervertir hasta la justicia. Revelador lo que dice Amós, el profeta campesino, sin estudios apenas, pero elegido por Dios para ser profeta. Les hace esta pregunta:

–*"¿Acaso galopan los caballos por las rocas o se ara con bueyes en el mar? Pero vosotros habéis convertido el derecho en veneno, y el fruto de la justicia en ajenjo"* (Am 6,12).

Lenguaje fuerte. Pero es la realidad.

Qué diferente es la actitud del humilde. En la parábola del pobre Lázaro y el rico epulón (Lc 16,19-31), describiste lo que es un humilde.

¿Alguien más pobre y humilde que Lázaro? Pobre de solemnidad. ¿Alguna vez se le ocurrió al tal epulón, glotón como él solo, darle ni tan siquiera un mendrugo de pan? Jamás. Pero lo que son las cosas. Cuando menos lo esperas cambian los vientos. Lázaro muere. De hambre, por supuesto. ¡Qué remedio, si no comía el pobre! Muerto de hambre, sí, pero el rico jamás se compadeció de él. ¡Ah!, pero es que también los ricos se mueren. Y le llegó el turno al glotón. Seguro que no murió de muerte natural, no. ¡De un hartazgo! No debía andar bien ni del colesterol, ni del ácido úrico. Y ahora, a continuación, vienen las lamentaciones. Mientras el humilde Lázaro andaba ya disfrutando en el cielo con los ángeles de la música celestial, el epulón va a dar con sus huesos al infierno.

Una cosa me llama la atención, Jesús. No se te pasó por alto que, hasta en los más malos, siempre hay algo bueno también. De este modo, acabados los recursos suplicatorios de que alguien le eche una mano a él, que alivie su tormento, se acuerda de su gente. Y éste es el detalle a su favor: implora por sus hermanos. Sabe que son tan calaveras como él. Intercede por ellos. Esa era la pizquilla de bondad que aún le quedaba.

Pero aquí, das otra pincelada, Jesús. Ya que el epulón ha sacado a colación a sus hermanos, das un aviso a navegantes. El epulón acude al recurso del miedo. A ver si con un gran susto, como es que se les parezca un muerto, se convierten. Tú, en cambio, le haces ver que la vía del miedo no es camino de conversión. Sino la del amor, al cual nos lleva el conocimiento y práctica de la Palabra de Dios.

–*"Tienen a Moisés y a los profetas. Que los escuchen"* (Lc 16,29).

En definitiva, que una conversión por miedo, no es conversión, sino pura superstición. La conversión se produce desde la sinceridad, desde la humildad.

Queda claro pues que, el alma del humilde trasmite paz. Ahí brota también un surtidor de música de paz en la sinfonía del universo. Me gusta esa música, Jesús. Que sepamos sintonizar con ella.

EL REINO DE DIOS ES VER

Jesús, el Evangelio, en Marcos 10,46-52, nos habla de un ciego. No dice cómo se llamaba. Lo llamaban Bartimeo, es decir, el hijo de Timeo. No sabemos, pues, su nombre real. Pero sí que quería ver. ¡Es tan maravillosa la vista! Me imagino el sufrimiento que debe suponer el no ver, en alguien que carece del don de la vista. Y mira por dónde, dio la casualidad, no tan casual, seguro, de que tú, Jesús, pasabas por allí. No sé qué tienes, pero siempre te haces encontradizo con la gente. Siempre buscando hacer el bien. Cuando el tal Bartimeo se entera de que eras tú el que pasaba por el camino, se pone a gritar con fuerte voz:

–*"Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi"* (Mc 10,47).

Te detuviste, contra viento y marea. Porque la gente, comenzando por tus discípulos, cuya impresión es de que habían asumido un papel de guardaespaldas, no querían saber nada del ciego, ni de su problema. ¡Pobre! Vaya que si era serio su problema: era ciego. Lo llamaste, y se hizo el milagro.

Cabe fijarse en algunos detalles. El ciego gritaba, imploraba. Quería ver. Tú te detuviste. Mandaste llamarlo. El ciego, en cuanto supo que lo llamabas, arrojó el manto y las posibles monedas que le habrían caído como limosna. *"Saltó",* y en un santiamén fue hacia ti. No le importó que podía romperse la crisma, tropezando con cualquier piedra. Fue hasta ti. Tomaste la iniciativa:

–*"¿Qué quieres que haga por ti?"*.

–*"Maestro, que pueda ver"*.

–*"Anda, tu fe te ha curado"*. (Mc 10,51-52).

Jesús, quién hubiera podido estar allí y contemplar la escena en directo. Aquel hombre, de pronto, pudo ver. Debió quedar fascinado. Contemplar de golpe cuanto le rodeaba. Ver la luz. Ver la gente. Verte a ti. Aquel ciego, ahora ex-ciego, quedó, doblemente "iluminado", por dentro y por fuera. A buen seguro que se convirtió en un fiel seguidor tuyo, Jesús, sin necesidad de recorrer los caminos polvorientos de la Palestina. Había encontrado el Reino de Dios, que consiste en "*ver*". Ver lo que tanta gente no acierta a ver. Te había encontrado a ti.

Este episodio, más que una crónica de algo real que aconteció, es algo de acuciante actualidad. Bartimeo somos todos. Y tú, Jesús, "te manifiestas"; es decir, pasas a diario por nuestro camino. Hay quien percibe de golpe tu presencia. Seguramente porque se sabe ciego, necesitado de ti. Otros quizá nunca se enteran de su ceguera espiritual. Y el encuentro no se produce. Ni la curación, por consiguiente. No es suficiente ser "ciego", hay que estar convencido de serlo. Es entonces cuando se puede percibir tu presencia, Jesús. Tampoco hace falta que preparemos las palabras que te vamos a

dirigir. Lo nuestro no es la palabra, sino el grito apremiante de una esperanza sin final. Tú eres quien entabla el diálogo desde tu misericordia infinita. El resultado, a la vista está: el ciego recobró la vista, por fuera y por dentro.

Y esto aconteció, acontece, "a lo largo del *camino*". Todo un símbolo. Tú dijiste:

–*"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6).

En la Iglesia primitiva, *"el Camino"* designaba al cristianismo. Es verdad podríamos decir, metafóricamente hablando, que el ciego no estaba en el Camino, sino al margen de la religión y de la vida. O eso nos parece. Tú sí estabas. Siempre estás. Por eso, querido Jesús, que la curación de Bartimeo es más que la historia de un ciego. Puede ser la historia de todos nosotros, hombres y mujeres. Es la historia del camino de la Fe, de los que queremos ver y seguirte.

Ahora bien, me pregunto, ¿qué hizo el ciego? Ante todo, estar atento a tu paso. Tomar conciencia de su situación, y decidir salir de ella. Que es lo mismo que superar el miedo, la vergüenza, y comenzar a gritar, pedir ayuda. No se desanimó ante las contrariedades. Buscaba la luz y la encontró. Arrojó lejos el manto con que se cubría, y en el que recogía las limosnas. Seguramente todo lo que tenía.

También me pregunto:

–¿Con qué personas se encontró?

Con quienes le impiden llegar hasta ti, Jesús. ¿Por qué? Porque gritaba. Y los gritos molestan. Pero su grito era un grito de fe y de esperanza. También, que siempre hay gente buena, con quienes le ayudan:

–*"Ánimo, levántate, que te llama..."* (Mc 10,49).

Hoy, como ayer, sigues llamando, Jesús. Porque sigues escuchando el grito dolorido de cuantos se sienten descolocados en la vida de tu Reino. Y el Reino consiste en ver.

Como recoge el Evangelio:

–*"El reino de Dios está cerca, convertíos y creed la Buena Noticia"* (Mc 1,15; Mt 4,17).

–Convertíos.

Tu grito es apremiante. Quieres que despierten nuestras conciencias dormidas. Convertirse es volver, es girar, es desandar el camino. Es, hay que decirlo abiertamente, complicarse la vida. Ir contra corriente. Sí, Jesús, convertirse es "ver".

EL REY DE LA CASA

Jesús, sabemos que el niño pequeño, sobre todo a partir del momento en que comienza a andar por la casa, a *cuatro patas*, como suele decirse, se siente centro acaparador de todas las atenciones. Esto no cambia. Siempre ha sido y seguirá siendo así. Primero porque el niño tiene un encanto irresistible en sí mismo. Es como un juguete que atrae las atenciones de todos. Segundo, porque al sentirse centro de atenciones, más auto-protagoniza su personalidad. Lo cual sucede de modo natural e inconsciente.

Apostaría cualquier cosa, Jesús, a que esto también te sucedió a ti. Es natural. Te cuento lo siguiente. Siempre me han embelesado aquellas estampas religiosas, bellísimas, por cierto, y plenas de ternura. Estás tú en la carpintería con san José y tu Madre. Que es la carpintería, no hay duda; se ven tablones, mesas, y las herramientas con que trabaja san José. Tú estás en el centro. Qué tendrías, ¿ocho años? San José y tu Madre la Virgen a ambos lados de ti. Hay un ambiente de ternura y felicidad incomparable. Tus padres te contemplan embelesados. La Sagrada Familia. ¡Qué bien acuñado está el título! Por cierto, tu madre aparece con una madeja de lana, hilando. Siempre hacendosa. Así son las madres.

¿Hay algo más hermoso y entrañable que la familia? El niño es factor de felicidad en el hogar. A los papás se les cae la baba contemplando al fruto de su amor. El rey de la casa. Pues bien, ya que te voy contando mis experiencias primeras de niño, donde en realidad la protagonista es la madre, ya que a partir de ella arrancan estas experiencias, recuerdo que tendría unos tres años. Llegaron los Reyes Magos, ellos eran los encargados de traer ilusión, alegría, y felicidad cada año. Está visto que el niño valora más las cosas si éstas las han traído los Reyes Magos. Pues bien, como en la cocina, sitio habitual de estar la familia reunida en la casa, al menos en aquel entonces, no faltaban dos sillones, uno para la madre, y otro para el padre, lo mejor que se les pudo ocurrir a los Reyes Magos fue traer un sillón a medida para el rey de la casa. Era de mimbre. Muy bonito, por cierto. Lo recuerdo muy bien. Me hubieras visto, Jesús. Sentado en aquel silloncito de niño, me sentía, si ya antes ahora más, el verdadero rey de la casa. No te imaginas lo a gusto que me sentía. Y qué bien le venía a mi madre. Mientras yo disfrutaba de mi sillón, ella quedaba más libre para seguir trajinando las faenas de la casa.

La familia es un nido de amor. Y la fuente de los auténticos valores que todos necesitamos. Uno de estos valores: respetar la naturaleza. Porque la Creación, y por consiguiente la naturaleza, es obra maravillosa de Dios. Y nosotros somos parte de la misma. Toda la Naturaleza canta las maravillas de Dios Creador. Así, cómo no maravillarse, por ejemplo, ante un cielo estrellado; ante la belleza de una flor; o la laboriosidad de una abeja,

recogiendo el polen de las flores para fabricar la rica miel; o la inmensidad del mar… Todas las criaturas son un poema sinfónico al Creador. Y dentro de tanta belleza, lo más bonito: el amor de una madre.

Ya ves, Jesús, que es enormemente satisfactorio rememorar momentos puntuales de la infancia. Hacer retroceder el tiempo y volver a aquellos tiempos es imposible. Pero es gratificante rememorarlos. Como es igualmente gratificante saber situarse con realismo en el momento que a uno le toca vivir. Todo cambia. Todo evoluciona. A veces vamos dando bandazos. No faltan momentos duros, trágicos, en la vida de la gente y de las distintas sociedades. Sin embargo, después de la noche viene el día. Después de la tormenta llega la calma. Y es importante ver siempre el lado positivo de las cosas. Como importante es no perder nunca la sensibilidad para sintonizar con cuanto nos rodea, sabiendo que las cosas van cambiando. Que no se trata de comparar, ni de perder el tiempo discutiendo qué tiempo era mejor, si aquel o este.

Efectivamente, todo cambia. Pero la ciencia nos ayuda a comprender la evolución de todas las cosas. Ese proceso vital que corresponde a la inteligencia de Dios. Y donde el ser humano, creado por Dios y dotado de inteligencia, libertad y voluntad, debe cuidar y respetar siempre la naturaleza en general y cada cosa en particular.

El azar no existe, todo está regido por la inteligencia infinita de Dios. No podemos dejarnos arrastrar por la ignorancia. Nada existiría sin Dios. El mejor salmo de alabanza al Creador es la misma y entera Creación. Y dentro de la Creación ese ser, pequeño y gracioso, que es el niño, varón o hembra, rey de la casa. Y de tu corazón, Jesús. Lo recoge san Mateo. Resulta que estabas en el templo, donde curaste a ciegos y paralíticos. Esto molestó a los sumos sacerdotes y escribas. Y aún quizá más el que los niños cantaran

–*"¡Hosanna al Hijo de David!".*

Y te dijeron:

–*"¿Oyes lo que éstos dicen?"*.

Y tú, Jesús, les respondiste:

"Sí, ¿pero nunca habéis leído este pasaje: 'de la boca de las criaturas y de los niños de pecho has hecho brotar una alabanza?'" (Mt 21,15-16).

No sólo los salmos alaban a Dios. Los niños son una verdadera alabanza al Padre Dios. Quien mejor debe alabar a Dios es el ser humano, varón y mujer, por haber sido creado a semejanza de Dios, y por haber sido dotado de alma inmortal. La alabanza consiste en dar gracias infinitas a Dios, Creador de todas las cosas. Es imposible admirar, maravillarse, ante la Naturaleza, e ignorar a Dios. La inteligencia que hemos recibido de Dios, y que nos hace ir descubriendo cosas nuevas cada día nos tiene que llevar a exclamar con el salmo:

–*"Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento proclama la obra de sus manos"* (Sal 19,1).

EL ROSTRO HUMANO DEL PADRE

Jesús, dicen que los hijos se parecen a los padres. Normal. De tal palo tal astilla. Las madres se ponen tan anchas que no caben en sí mismas cuando alguien les dice:

–*¡Tu hijo es clavadito a ti! ¡Ay, cómo se te parece!*

Cuando la criatura es aún muy pequeña no es tan fácil distinguir con qué rasgos se parecen más al padre o la madre. Por lo pronto, siempre hay rasgos de los dos progenitores, si bien a veces destacan más unos que otros. De modo que decir: Es clavadito a ti, no deja de ser una *piadosa mentira*; si es que las mentiras alguna vez pudieran llegar a ser piadosas.

Eso sí, a las madres les gusta que les digan que su hijo, tan guapo él, se parece a ella. Menos mal que no hay niños feos, si no, pobres papás. Y es que, en el fondo hay un sentimiento sub-liminal, inconsciente, o no tanto. Si aplicamos lo de *"de tal palo tal astilla*", tenemos resuelta la incógnita. Si el hijo es el más guapo del mundo, y el hijo se parece a la madre, conclusión: *"Toda madre es la más guapa del mundo".* Si a esto añadimos, con el sentido de cierto humorista, de que *"las madres nunca mienten, porque nunca dicen la verdad",* tenemos que, efectivamente, *"mi niño es el más guapo del mundo*". Pero aquí tenemos el problema: ¿a quién damos el primer premio de guapura?". Porque hay un empate universal *ex aequo* en el primer puesto. Ni siquiera hay un segundo puesto. Todos los niños, sin diferenciar si son niños o niñas, ocupan el primer puesto. Ahora bien, como hay un solo premio, y los premiados son innumerable, es imposible repartir uno entre tantos. Así que, mejor dejémoslo vacante.

Bien, Jesús, precedida esta reflexión de tan inocente broma, vamos al tema. Y es que, partiendo de que Dios es espíritu puro, por consiguiente, no materia; partiendo de que Dios no es antropomorfo, sino puro espíritu; que por consiguiente no tiene un cuerpo como nosotros; luego, tampoco rostro humano, tú, Jesús, que eres hombre como nosotros, sí tienes un rostro humano. Así que, bien podemos decir con toda razón que tú eres el rostro visible de Dios. ¡Premio! Eres la versión humana del Dios invisible; el rostro humano, y para nosotros abarcable e inteligible, del Padre. Porque Dios ante todo es eso: Padre. Tuyo y nuestro. Dios Padre es también nuestro Padre. Una grande y extraordinaria verdad que tú nos has revelado. Cuando resucitaste, dijiste:

–*"Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"* (Jn. 20, 17).

Y, en otra ocasión, al hablarnos del Padre, nos dijiste:

–*"El Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios"* (Jn. 16, 27).

Que Dios nos ama, a la vista está. De manera que, si nos preguntamos, ¿qué hace Dios Padre por nosotros?, la respuesta es: amarnos. Dios nos ama. A pesar de nosotros, que somos como somos. Tú, Jesús, que no tenías pelos en la lengua, como suele decirse, afirmarte rotundamente:

–*"Si, vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide!"* (Mt. 7, 11).

Si una persona cualquiera nos llamara malos, seguro que nos sentiríamos ofendidos. Pero ¡amigo!, nos lo dices tú, que no puedes mentir. No nos queda más remedio que aceptar la realidad.

Y siendo tú, humano y divino, eres el rostro humano del Padre. Trasluces los sentimientos del Padre. Por ejemplo, el amor y cuidado que el Padre Dios tiene por todas las cosas.

–*"Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?"* (Mt. 6, 26).

Tú te has quedado con nosotros en la Eucaristía, en forma de Pan. Tú eres el Pan de Vida. Y sin embargo dices:

–*"Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo"* (Jn. 6, 32). Al mismo tiempo que afirmas que no has venido por tu cuenta, nadie puede venir por su cuenta, sino que has sido enviado por el Padre.

–*"Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí"* (Jn. 6, 57). Tú, Jesús, vives por el Padre, y nosotros vivimos por ti.

De esto se sigue una consecuencia lógica. Al identificarte con el Padre, y al querer que nosotros nos identifiquemos contigo, nos exiges el sello de identificación, que no es otro que el amor. Cabe la pregunta: ¿Cómo podemos demostrar que amamos a Dios? Sólo con hechos. Las palabras son fáciles de pronunciar, como cuando alguien dice a otra persona ¡te amo! Hay que demostrarlo en hechos, ya que las palabras las lleva el viento. Los hechos quedan. Y los hechos se plasman en el hermano. Lo que hacemos al hermano, de bien o de mal, lo hacemos contigo, y por consiguiente con el Padre.

De ahí que hayas querido que tomemos conciencia de nuestra identidad, que consiste en que somos hijos de Dios. Por eso nos has enseñado a dirigirnos a Dios como Padre.

–*"Vosotros, cuando oréis, decid así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre"* (Mt. 6, 9) (Lc. 11, 2).

Reconocer que Dios es nuestro Padre es al mismo reconocer, por lógica, que somos hermanos unos de otros. Todos. No importa si no compartimos la misma religión, o las ideas como ciudadanos. No importa si somos de distintas sensibilidades.

Con lo cual, es lógico también que nos hables del perdón.

–*"Cuando os pongáis a orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas"* (Mc. 11,25).

El perdón es misericordia. La misericordia es la cara del perdón. De modo que nos dices que seamos misericordiosos, que es la señal de que perdonamos. El perdón es por activa y por pasiva. ¡Cuántas veces seremos nosotros mismos los que tenemos que ser perdonados! Seguramente más de las que tenemos que perdonar.

Nuestra misericordia, signo del perdón, es reflejo de la misericordia que el Padre nos tiene.

–*"Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso"* (Lc. 6, 36).

Todo se centra, pues, en el amor. Es la esencia de la vida cristiana. Y ese modelo de amor, tanto al Padre Dios, como a todos nosotros, eres tú, Jesús.

Y mira, retomando el principio de esta reflexión, y en alusión a la felicidad que sienten las mamás cuando les dicen que sus hijos, tan guapos, se les parecen. Qué duda cabe de que ese inmenso amor que las madres sienten hacia sus hijos debe servirles para inculcar en ellos el amor a todos, comenzando por Dios. Amar a Dios sobre todas las cosas. Amar a los padres y hermanos. Amar a todos los semejantes. Y amar a los demás seres y a la naturaleza.

Entonces sí que nos pareceremos, no a nuestras madres, sino a nuestro Padre del Cielo. Que, en definitiva, es lo que importa. ¿No es así, Jesús?

EL SAQUE DE HONOR

Jesús, aquel día andabas enseñando en el templo. Y, como siempre, los escribas andaban fiscalizándolo todo. Te tenían ganas. Como siempre, buscaban pretextos para acusarte. ¿De qué? De lo que fueran. Te tenían manía. Y en esto, con gran estrépito, se te acercan trayendo a una pobre mujer sorprendida en el pecado de adulterio. Sorprendida. Pillada. No era *sospechosa* de adulterio, no, sino que *la pescaron in fraganti*. A ella sí, ¿y al adúltero no? Porque para que haya adulterio hacen falta dos. Entonces, ¿por qué no trajeron también al cómplice? ¿Logró escapar? Tal vez. ¿O no sería más bien porque en una sociedad hipócrita y machista, el fiel de la balanza se inclinaba siempre del mismo lado?

Te argumentaron:

–*"Según la ley de Moisés tales personas deben ser apedreadas. Y tú, ¿qué dices?"*. (Jn 8,5).

Debieron quedar un tanto desconcertados cuando les viniste a dar a entender que, puesto que Moisés lo dice, pues que por ti no había inconveniente en apedrearla. Que estabas de acuerdo con Moisés… ¡Qué sorpresa! ¡Qué extraño! ¿No es éste el que anda siempre defendiendo las causas perdidas?, debieron pensar. Esperaban, sin duda, y en consecuencia que te opusieras rotundamente al apedreamiento. Con lo cual, te oponías a Moisés; estabas contra la ley. Y cometías delito. Podían llevarte a juicio de inmediato.

Se equivocaron, los muy pardillos. Resulta que, tú también "estabas de acuerdo", ¡vaya por Dios!; de acuerdo entre comillas. No se lo esperaban. Y es, precisamente en este momento, cuando tomas la sartén por el mango. Te levantas, puesto que, como quien no hace nada, y dando tiempo a que desembucharan todo el rollo que traían, andabas haciendo no sé qué garabatos en el suelo, y les sueltas a bocajarro: *El saque de honor*, es decir, *la primera piedra*, va a lanzarla aquel de vosotros que esté sin pecado. ¡¿Qué…? ¡Vaya gol que les metiste! Los pillaste totalmente desprevenidos. Les salió el tiro por la culata, como se dice vulgarmente.

–*"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7).

Se acabó lo que se daba. Ahí terminó el sainete.

Te habían puesto en una situación embarazosa. Así debieron pensar.

–*"Maestro, ¿qué vamos a hacer de esta mujer, perdonarla o apedrearla, como manda nuestra ley?* ¡La ley…! La ley inmisericorde, la única que ellos saben aplicar.

Escribas y fariseos, de ayer y de hoy, buscaban una oportunidad para probar tu fidelidad, o no, a las exigencias de la Ley. Salieron trasquilados. Pero para ti, Jesús, fue una excelente oportunidad para revelar la actitud de Dios frente al pecado y frente al pecador. No podías aceptar una ley que, en nombre de Dios, ¿de qué dios?, engendra muerte.

–*"Dios no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27).
Y les lanzaste un dardo muy acerado:
–*"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra".*

Lección para ellos, y lección para nosotros. Cuántas veces nos contentamos con ser *"cumplidores"* de la ley, olvidándonos de que las leyes están al servicio del hombre, y no al revés. Y que el pecador, por pecador que sea, sigue siendo hijo de Dios, amado de Dios, y sujeto de salvación. A la mujer le dijiste:
–*"Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado? Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más..."*. Abriste para ella un camino nuevo de libertad y de salvación.

En el Sacramento de la *Reconciliación,* continúas diciéndonos:
–*"Tus pecados quedan perdonados. Vete en paz y no peques más...".* Eso, no peques más. Porque el pecado ofende a Dios, ofende a la comunidad y ofende a la propia dignidad personal.

Dios no cambia, sigue siendo el mismo, el Dios misericordioso; no el Dios justiciero, o vengativo, que presenta el Antiguo Testamento, sino el Dios Padre que tú, Jesús, nos has mostrado. Dios es Amor.

Así que, entonces, como hoy, nadie podemos hacer *el saque de honor,* lanzando la primera piedra. Bueno, ni la primera ni la última. Todos somos pecadores, por eso, Jesús, sigues invitándonos a que cambiemos. Estamos urgidos de conversión, porque también hoy la intransigencia, la violencia, la hipocresía, está hablando más fuerte que el amor. Se mata, se oprime, se esclaviza en nombre de Dios, ¿de qué dios?, con minúscula. Del verdadero, no.

EL TIEMPO CORRE QUE VUELA

Jesús, solemos decir: El tiempo corre que vuela. Con este dicho popular, nos referimos a la brevedad de la vida. Ya ves, hasta el salmo lo dice:

–"*Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, su afán es fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan"* (Sal 90,10).

Cuando se es niño, hay prisa por hacerse adulto. Y cuando se es adulto, nos quejamos por lo breve que es la vida. Tan apegados estamos a la vida temporal. El problema, creo yo, no es estar apegado a la vida. Es tan hermosa. Ciertamente, la vida es hermosa. Yo amo la vida. Tú, Jesús, amabas esta vida. El problema está en descuidar la otra vida, la que viene tras la muerte. ¿No será falta de fe? Quizá sea miopía espiritual.

Es cierto que no tenemos certeza metafísica de si hay, o no, un después, un más allá de la muerte. Por eso necesitamos que avives y afiances más la fe. Verdad es que la fe tampoco da seguridades ni evidencias absolutas. Pero es nuestro salvavidas. A diferencia del niño, al adulto se le presentan muchos interrogantes en la vida. El niño vive feliz en su particular paraíso infantil. No se plantea problemas. La metafísica no va con él.

Tampoco la gente sencilla que a través de los siglos ha habitado el planeta Tierra se ha planteado mayores problemas en este sentido. Nacer, vivir, reproducirse y morir, ha sido el esquema básico para la inmensa mayoría de las personas. Realismo y naturalismo iban de la mano. Pero todo evoluciona. También el ser humano. La mente se va despertando. Se suceden las civilizaciones. Los estudios van abriendo las mentes. Nuevos horizontes hacen que la gente comience plantearse más a fondo los grandes y serios interrogantes. ¿Estás de acuerdo, Jesús? Bien. Dejemos la prehistoria. Qué poco sabemos del pasado. Damos un salto de miles de milenios y nos situamos en nuestro tiempo. Ahí nos encontramos con una corriente filosófica: el *existencialismo*. Eso es. Cierto es que el pensamiento no es de hoy. Pero tengo la impresión, Jesús, de que filosofamos más que nunca. Pues bien, cuando el ser humano comienza a pensar, está haciendo filosofía. Eso es. Se pone a pensar, a reflexionar. ¿Por qué? Porque le vienen a la mente un montón de interrogantes. Temas que le son fundamentales. Por ejemplo, el *"Más Alla".* Pero el más allá nos está vedado. ¿Entonces?

Pues que el hombre, varón y mujer, se juega el tipo a una sola carta. Si cambiamos el "*ser o no ser"* shakesperiano por "*creer o no creer"*, quizá encontraremos una pista orientadora. Sí, porque lo primero que el ser humano necesita es despojarse de la soberbia humana. Y no intentar regresar al paraíso perdido del mítico Adán y Eva. Hay que optar por la humildad. Y confiar plenamente en Dios. Que, precisamente porque no lo vemos, hace que nos movamos en el campo de la fe.

He aludido al mítico Adán, arquetipo y metáfora universal desde la preciosa catequesis que nos presentan los once primeros capítulos del Génesis. Es la Biblia, precisamente, la que airea los grandes interrogantes que el ser humano se plantea sobre la faz de la tierra. Unas veces se decantará por Dios. Otras, por su negación, o por los ídolos. Sin embargo, nadie puede negar lo transcendente. Es lástima que hoy, y a medida que afinamos más nuestra sensibilidad intelectual, en vez de acercarnos más a Dios, muchos lo niegan. Tremendo error.

Los pensadores existencialistas, al centrarse en el análisis de la condición del ser humano, se han fijado sobre todo en dos aspectos fundamentales: la *libertad* y la *responsabilidad* individual. Analizan las emociones. El por qué y el significado de la vida. Es un avance significativo. Pero no es homogéneo. Y choca con la filosofía tradicional. Esto ha dado lugar a tres movimientos existencialistas. Uno de tipo cristiano, otro de tipo agnóstico, y el tercero claramente ateo.

Como ves, Jesús, hoy estoy en plan filosófico. Pero eso es bueno. Es señal de que uno es humano. Y mira, si por un casual se dieran cita en una tertulia representantes de estas tres opciones, estoy seguro que no serían capaces de ponerse de acuerdo en nada, o en casi nada. Excepto en el dicho popular: *"El tiempo corre que vuela".* Estamos apegados a la vida, y la brevedad de la misma nos inquieta. Como que quisiéramos eternizarnos en esta vida actual. El célebre cordobés Séneca, alude a dicha brevedad cuando dice:

–*"Vivir es morirse cada día, y nos equivocamos en eso de ver la muerte como algo futuro: gran parte de ella ya ha transcurrido, cualquier momento de la vida pasada lo posee ahora la muerte"* (Cartas 1.2).

–*"Nada es tan útil para la templanza como el pensar continuamente en una existencia que es breve e insegura: en cada acción el hombre debe tener en cuenta la muerte"* (Cartas 114.27).

La muerte, sí, y algo más, también. Hay que saber estar abierto al más allá. Sin miedo alguno. Pero con humildad y confianza. Y con la certeza de que tú, Jesús, alientas nuestra fe.

EN EL AMOR DE LAS MADRES

Jesús, lo viviste personalmente. Hay personas que se molestan si los niños alborotan, si meten bulla, si lloran. Tú, todo lo contrario. Disfrutabas jugando con los niños. Lo cuenta el Evangelio. Protagonistas los niños. Coprotagonistas, entre bambalinas, las madres. ¿Qué veían en ti? En cuanto se enteraban de que andabas por allí, se te acercaban a escucharte. Naturalmente, venían con sus hijitos. Estos se lo pasaban bomba. Y tú también. Te agarraban, jugaban contigo. Y tú con ellos, sin dejar por ello de dar tu mensaje. No te molestaban para nada. Al contrario. Esto enojaba a los discípulos. Tenían poco aguante. Querían que todos escucharan tu mensaje sin interferencias. Las madres encantadas de ver a sus niños jugar contigo.

Los sinópticos recogen la escena casi con las mismas palabras:

–*"Le presentaban a los niños pequeños para que los tocara; pero, al ver esto, los discípulos los reprendían. Entonces Jesús los hizo llamar y dijo: "Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos"* (Lc 18,15-16; Mt 19, 13-14; Mc 10,13-15).

De esta manera, los niños se convertían en protagonistas y ejemplo fehaciente de tus catequesis. Dicho lo cual, hoy no voy a hablarte de los niños, sino de sus madres. Digo madres, en plural. Aunque, singularizando, me referiré a la tuya. Porque siendo tuya, es también nuestra. De este modo, siendo singular, adquiere una dimensión plural. María es universal. De ahí que, la Iglesia, en sus dogmas, la ha exaltado y colocado en el más alto podio de la Historia. Ahí están los dogmas referidos a ella.

Un primer dogma: *la Maternidad Divina*, definido por el Concilio de Éfeso (año 431). Y más tarde, por el de Calcedonia y los de Constantinopla. Era entonces papa, cuando el Concilio de Éfeso, San Clementino I (422-432). En un salto de siglos, saltamos hasta mediados del siglo XX, y nos encontramos con el Concilio Vaticano II. Este hace alusión a este dogma al decir:

–*"Desde los tiempos más antiguos, la Bienaventurada Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles acuden con sus súplicas en todos sus peligros y necesidades"* (Constitución Dogmática Lumen Gentium, 66)

Otro dogma importante: el de la *Inmaculada Concepción*. ¿Qué indica o define? Pues que María fue concebida sin mancha de pecado original. Es curioso. Aunque este dogma lo proclamó oficialmente el papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, el pueblo cristiano estaba ya muy metido en la fe y devoción a María desde muy atrás en el tiempo. De hecho, ya en el siglo V San Pedro Crisólogo habla de ella como:

–*"Madre de los vivientes mediante la Gracia".*

San Venancio Fortunato, un siglo después, exclama:

–*"Oh excelente belleza, oh mujer que eres la imagen de la salvación, potente por causa del fruto de tu parto y que gustas por tu virginidad, por tu medio la salvación del mundo se ha dignado nacer y restaurar el género humano que la soberbia Eva ha traído al mundo".*

Y así, incontable son los escritores y santos que han escrito sobre tu Madre María. Entre otros muchos, San Cirilo de Jerusalén. Escribe:

–*"Por medio de la Virgen Eva entró la muerte; era necesario que, por medio de una virgen, es decir, de la Virgen, viniera la vida…"* (Catequesis, XII, 15).

Pero, mira, Jesús, en lo personal siento enorme satisfacción de que uno de los santos que ha destacado más por la devoción a tu Madre, haya sido san Alfonso, fundador de los Redentoristas. Hablando de la Inmaculada Concepción, dice, por ejemplo:

–*"… Pero quiso Dios hacer una excepción y librar de la mancha del pecado original a la Santísima Virgen a la que Él había destinado para ser Madre del segundo Adán, Jesucristo, el cual venía a reparar los daños que causó el primer Adán".*

Va luego desgranando en tres amplios apartados el por qué convenía que Dios librara del pecado original a la Virgen María. Resumiendo, dice san Alfonso:

–Convenía: *"Al Padre como a su Hija preferida. Al Hijo como a su Madre Santísima, y al Espíritu Santo como a la que había de ser Sagrario de la divinidad".*

Otro dogma para honrar a tu Madre: El de su *Perpetua Virginidad.* El Catecismo de la Iglesia Católica dice en el número 499:

–*"La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, el nacimiento de Cristo "lejos de disminuir consagró la integridad virginal" de su Madre. La liturgia de la Iglesia celebra a María como la 'Aeiparthenos', la 'siempre-virgen'"*.

Cierto es que los dogmas expresan en palabras humanas realidades maravillosas cuya intelección humana puede quedar muy por debajo del significado real pretendido y contenido en los mismos. El Evangelio es la clave.

Y vamos al cuarto dogma: el de *la Asunción*. Lo considero muy importante. Si un día, en el Tabor, quisiste que tres de tus discípulos pudieran contemplarte transfigurado, fue para que comenzaran a pensar lo que iba a ser la gloria eterna. Incluso para el cuerpo. Esta *carcacha* que envuelve a la persona, también será glorificada.

De este modo, Jesús, podemos comprender mejor que, tratándose de tu Madre, y Madre nuestra, no iba a esperar para su glorificación que llegara el fin del mundo. Con lo cual este dogma de la Asunción se refiere a que:

–La Madre de Dios, luego de su vida terrena fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial.

Conviene recordar fechas. este dogma fue proclamado por el Papa Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, en la Constitución *Munificentisimus Deus*. Así que, al recordar con amor a tu Madre, estamos recordando a todas las madres, con sus hijitos, modelo de cómo hemos de ser los grandes para poder entrar en el Reino de los cielos.

ERES COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Jesús, tus sentimientos para con las personas, sobre todo las más necesitadas, fueron siempre de compasión. Querías que nadie sufriera. Por eso tratabas de suprimir, o al menos, aliviar el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo decía que *la muerte,* y por consiguiente el dolor,

–*"entró en el mundo por el pecado"* (Rom 5,12).

Desde el enfoque y contexto que el apóstol le da, no hay duda. Teológicamente el dolor entra en el mundo por el pecado. Se trata, por lo demás, del dolor moral. A nivel humano y físico, por el contrario, y sin contradecir para nada la teología, sin duda que el dolor es anterior al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza. Y si tomamos prestada la metáfora bíblica, catequética, de Adán y Eva, en el caso hipotético que un día estuvieran jugando los dos a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso, y en un descuido llegaran a caerse, sin duda que en el golpetazo "verían las estrellas", como suele decirse.

Pero aquí me refiero sobre todo al dolor moral (teológico). Nadie mejor que tú, Jesús, para saberlo desde tu experiencia personal. El abandono que sentiste en la cruz rebasa lo cósmico e imaginario. Ese, sólo tú lo padeciste a plenitud. Pero trataste de aliviar tanto uno como otro. Por eso perdonaste los pecados (dolor moral), de quienes acudían a ti; pero también cura a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico). De ahí que la compasión no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Nos dijiste:

–*"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36).

La compasión es una actitud que ha de configurar tanto al creyente, en lo individual, como a la Iglesia en su globalidad. ¡Con qué claridad lo manifiesta constantemente el Papa Francisco! Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación de ti en el mundo.

Cuántas revisiones de vida no habré, (habremos), hecho en la vida. También la Iglesia necesita hacer una "revisión de vida" y preguntarse si muchas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación de la compasión, de la misericordia, en el sentido del evangelio. Cada obra buena, por ejemplo, una limosna, que cualquiera puede realizar, puede ser, a veces, más la forma de aquietar la conciencia, que una obra de *"compasión evangélica".* Y es que, tanto la Iglesia, como cada cristiano, estamos urgidos de ser signos de la misericordia de Dios.

Si por algo te distinguiste, Jesús, fue sobre todo por tu infinita misericordia. De ahí tu sentencia:

–*"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9, 12).

ERES EL AMIGO DE VERDAD

Jesús, todos sabemos lo que es la amistad. Todos tenemos amigos. Pero entre todos ellos, siempre destacamos a alguno, o alguna, en particular. Un buen amigo es un verdadero tesoro. Destacan en él una serie de cualidades enriquecedoras, como la nobleza, la lealtad, la fidelidad, la generosidad, la sinceridad, etc. Pero, por encima de todos ellos, tú te llevas la palma. Tú sí eres el amigo de verdad.

Jesús, posiblemente el rasgo que más acentúa el Evangelio de tu persona y personalidad es la Misericordia, la cual adquiere cuotas muy altas de ternura cuando te presentas como el Buen Pastor, solícito siempre de las ovejas, que las conduces a idílicas praderas donde están los mejores pastos.

Pero hoy quiero fijarme en un detalle que me resulta conmovedor. Resulta que los apóstoles han estado misionando, les ha ido todo muy bien, y regresan muy felices. Cansados, sí, pero muy felices. Y comienzan a contarte sus hazañas, sus experiencias, sus vivencias. Están que no caben de gozo. Y tú les dices:

–*"Vamos a un lugar tranquilo para descansar un poco"* (Mc 6,30).

Bonito el detalle. Demuestras que no eres el jefe que pide cuentas de la gestión de sus subordinados; sino el amigo, más, el padre lleno de ternura que lo primero que hace es preocuparse de que sus hijos disfruten, estén felices y contentos. Y se tomen un merecido descanso. Eso se llama ternura, delicadeza, misericordia. En una palabra, verdadera amistad.

Efectivamente, actúas con la misericordia y la solicitud de un Pastor. En el gesto de acoger a los discípulos estás acogiendo a todos y cada uno de nosotros que, a fin de cuentas, siendo ovejas de tu rebaño somos también discípulos tuyos.

Qué bonito tuvo que ser, tras la "experiencia pastoral" de los Apóstoles, veros reunidos como un grupo de amigos entrañables y sinceros. Como ovejas alrededor del Pastor, diré siguiendo el símil evangélico. Hay alegría, hay paz, hay un ambiente extraordinario cuando, a su vez, te transmiten con alegría y entusiasmo las maravillas que han realizado y han visto. Con qué atención les escuchas. Lo mismo que un padre escucha a su hijo pequeño relatar su experiencia en su primer día de escuela, los amigos que ha hecho, etc. Feliz el niño, feliz el padre. Y aquí, diremos, feliz el Pastor, felices las ovejas.

Ahora bien, entiendo, Jesús, que quieres que graben bien en sus mentes esta experiencia, y que la interioricen. En el apostolado tendrán días buenos, y habrá días grises, difíciles. No todo será miel sobre hojuelas. También experimentarán persecuciones, cárceles, azotes. Aunque, valientemente, también dirán con Pedro:

–*"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29).

Como Pastor, comprometido con ellos en el éxito de la misión encomendada, los has llevado a un lugar tranquilo. Ahí, no sólo cuentan éxitos, toman también fuerzas para la tarea que les aguarda en adelante. Pero la ternura que están experimentando por parte tuya será sin duda la imagen que mejor les quedará grabada. Esa será la imagen que, a su vez, transmitirán. Será el mejor modo de revelar el amor del Padre. Porque no los envías como funcionarios a desempeñar un trabajo. A tus discípulos no los quieres funcionarios de lo sagrado, sino *pescadores de hombres*, que deberán mostrar al mundo el rostro compasivo del Padre.

Jesús, cuando al terminar el día hago balance del día, ya ves que muchas veces tengo que terminar pidiéndote perdón porque la tarea realizada tiene más de activismo que de sentido misional. Mucho trabajo, y ni siquiera siempre, en activismo social y religioso. Pero a poco que me examine, descubro que he hablado poco contigo a lo largo del día. ¿Dónde ha quedado la oración? ¿No habrán sido rezos, en vez de oración, lo que he hecho? La oración no consiste en rezos. La oración es amistad. Y, te diré, Jesús, hay tanto peligro de convertir en rezos la misma oración litúrgica, por ejemplo, de las horas… Sin oración corremos el riesgo de convertirnos en ovejas sin pastor. Menos mal que tú siempre estás a nuestro lado. Tu presencia es como la luz ámbar, indicadora de un peligro, cuando nos despistamos.

Jesús, te lo repito. Tú sí eres el amigo de verdad. Siempre atento a los amigos. Por eso, te digo: no dejes que las ocupaciones diarias me desvíen, o alejen de ti.

ERES EL HIJO DE DIOS

Jesús, vengo hoy a presentarte otro de mis gratos recuerdos de infancia. Estaba ya más talludito, como suele decirse, aunque aún no había hecho la Primera Comunión. No te imaginas la algarabía que formábamos tanto crío acompañados de las mamás. Se acercaba la Navidad y en la parroquia se celebraba todos los años por esas fechas la *Novenica* (sic) *del Niño Jesús*. Eran tiempos de fervor y de práctica religiosa. Pero la *Novenica*, tenía un algo especial. Primero, porque estaba adaptada a los niños. Así que acudíamos toda la chiquillería. Cada quien, con su madre. Segundo, porque además había un aliciente. Al terminar cada día la Novenica nos regalaban a cada uno un tique numerado. ¿Motivo? El último día rifaban en la parroquia varios corderitos, aparte de juguetes y otros regalos. Nueve días de novena, nueve números para la rifa. Era una gozada. Me imagino que las mamás estarían pensando más en los corderitos que en el Niño Jesús.

Pero voy a lo que voy. Como te digo, el último día rifaban corderos. Como si los viera. Todos blanquitos, preciosos. Además, les ponían un lacito al cuello que daba gusto verlos. Un primor. Pero en aquel entonces aún no había yo entendido que aquellos corderitos, aparte de hacer más agradable la Navidad a las familias que les tocaran, eran también un simbolismo. Lo entendí más tarde.

–*"Cristo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"* (Jn 1,29).

De verdad, tiempos bonitos. Cómo no recordarlos con cariño. Desde luego, a esa edad, si me hubieran preguntado ¿quién es el Niño Jesús?, no se me hubiera ocurrido responder: un Cordero. Ese lenguaje alegórico requiere tiempo para entenderlo. Pero qué bien elegido está. ¿Hay algo más tierno y entrañable que un corderito recental? El corderito no huye de las personas. Al contrario, se acerca, es cariñoso. Le das un poco de pan en la mano y lo come agradecido.

Esto me lleva a otra edad. Cuando ya quedó atrás la edad primera. Cuando uno ya es adulto y se plantea a nivel personal y en profundidad el tema de la fe. Cuando toma el Evangelio en sus manos y se encuentra pasajes como éste:

–*"Un día preguntó Jesús a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo?"* (Lc 9,18).

El mismo texto indica que había división de opiniones: que si eras Juan el Bautista resucitado, que si eras un profeta, que si tal que si cual. Eran las respuestas de la gente. Hasta ahí, los discípulos no quedaban comprometidos ni en evidencia. Pero tú, Jesús, les apretaste las tuercas:

–*¿Y vosotros qué decís quién soy yo?*

Silencio. Todos quedaron callados. Seguro que bajaron la cabeza. No se atrevían a dar una respuesta. Hasta que saltó Pedro:

–*"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"* (Mt 16,16).
Menos mal que estaba Pedro. Era el que siempre sacaba las castañas del fuego. He ahí la respuesta. Antes que él, Juan el Bautista había dado otra respuesta de propia cosecha:
–*"El Cordero de Dios"* (Jn 1,29).

Hoy, a la misma pregunta, surgen también respuestas. Pero bien distintas a las del Evangelio. Hay respuestas como éstas, o parecidas:
–*Jesús es el primer revolucionario de la Historia.*

¡Hombre!, digo yo, desde un punto de vista sociológico, que no religioso, parece una respuesta bastante acertada. A fin de cuentas, tú, Jesús, has cambiado la Historia. Implantaste el Amor. Y eso sí que es novedad. Una verdadera revolución. Pero *no es el todo que se busca*, como dicen en un programa de la tele.

Otros, analizan tu figura, se quedan admirados, positivamente admirados, y *"tras un amoroso lance"* que diría san Juan de la Cruz, ni siquiera suben alto *para dar a la caza alcance*, se quedan a ras de tierra y concluyen:
–*Fue un hombre honesto, idealista, soñador, utópico.* O sea, uno más de los muchos que en el mundo han sido.

Un tercer grupo lo forman aquellos que, con más sensibilidad social, dicen:
–*Jesús fue la voz de los pobres, de los humildes y de los marginados.* Respuesta bonita, pero tampoco satisface. Falta algo. Ese algo puede ayudar a completarlo el cuarto grupo.

El cuarto grupo dice:
–*Jesús es el amigo y confidente que da sentido a mi vida...* Exacto. Sólo tú puedes dar, y das, sentido a la vida. ¿Por qué? Porque eres Dios y Hombre verdadero.

De modo que, si nos quedáramos sólo con las respuestas anteriores, ¿a dónde podríamos llegar? Pues no muy lejos. Visto desde la *sociología*:
–serías un líder, uno más, de los muchos que ha habido en la historia. Visto desde la *psicología*:
–serías un modelo referencial hecho a medida, la nuestra. Así que, agua de borrajas, con permiso de la expresión. Visto desde la *teología*:
–estaríamos ante un cristianismo que bien pudiéramos calificarlo de ateo. Con lo que no tendríamos ni para andar por casa.

Pero, ¡qué bueno que hicieras la pregunta!:
–*¿Quién soy yo?* Porque nos obliga a pararnos y pensar; para no dar una respuesta evasiva, sino la de un creyente de verdad.

La respuesta del creyente, así lo entiendo, Jesús, es:
–*Creo en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre.* Que es una sola persona en dos naturalezas, la humana y la divina. Que es consustancial al Padre. Que con el Padre y el Espíritu Santo forman la Santísima Trinidad.

Esa es tu identidad, Jesús. Y el contenido central de nuestra fe. En consecuencia, bien podemos decir:
–*Jesús es el Señor* (Rm 4, 24; etc.).
–*Jesús es el Mesías* (Mt 16, 20; etc.).
–*Jesús es el Hijo de Dios* (Mt 16, 16 etc.).
Tres títulos que van unidos a la Resurrección.

Para ir concluyendo. Entiendo por qué los discípulos no se animaban a responder a tu pregunta. Aún no había acontecido tu Resurrección. En cambio, ya ves, a partir de la experiencia pascual los discípulos descubren tu verdadera identidad. Viven y predican tu mensaje. Si la pregunta se la hubieras formulado después de tu Resurrección, a buen seguro que no se habrían quedado callados. Habrían respondido de inmediato, y además, acertadamente.

ESTAR EN LA HIGUERA

Jesús: Varias veces aludes en el Evangelio a un árbol, común en tu tierra: la *higuera*. Con esta alusión a la higuera nos dices cosas estupendas. Pues bien, no es lo mismo *"estar en la higuera",* o sea, andar despistado, que *"estar bajo la higuera",* saboreando los higos, tan sabrosos ellos. En esta ocasión, empleas el símil de la higuera para hablarnos de *conversión*.

Bien. Lo cuenta san Lucas (Lc 13,1-9). Y es que, tú, Jesús, como siempre, vas por lo derecho. Ya sabes, nuestra tendencia habitual, cuando algo sale mal, es echar la culpa a los demás. Siempre, ¡oh casualidad!, los culpables, son los otros. Y si a los otros, algo malo les acontece, hasta nos atrevemos a decir: *"Por algo será".* O bien, *"castigo de Dios".* Y de esta manera, nos lavamos las manos y, encima, metemos a Dios donde no debemos. Así nos equivocamos de parte a parte.

A los judíos se lo dejaste bien claro, convencidos como estaban de que aquellos dos acontecimientos trágicos acontecidos por aquellos días, la matanza que hizo Pilatos, y la caída de la torre de Siloé donde hubo 18 muertos, les había sucedido porque eran malos. De eso, nada. Tú les hiciste ver, en primer lugar, que no estás de acuerdo, para nada, en que las desgracias sean una señal de castigo de Dios. Antes, por lo contrario, esos hechos son una llamada a la conversión:

–*"¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que los demás galileos?"*.

Y es entonces cuando acudes al símil de la higuera. Pero muy intencionadamente matizas que es una *higuera estéril*. Dicha esterilidad la aplicas a la resistencia de Israel a la *conversión*. Conversión a la bondad, y a la paciencia de Dios, siempre dispuesto a esperar:

–*"Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré alrededor y le echaré abono, a ver si da fruto..."*.

Y añades:

–*"Si no os convertís, todos moriréis de la misma manera..."*.

Pero la espera no es indefinida. ¿Por qué? Porque cuando no hay voluntad de conversión se produce la esterilidad. Y ésta no da frutos. Ahí no hay más que hacer.

Jesús, la higuera no deja de ser una hermosa metáfora aplicable a nosotros. Porque tú no hablabas sólo para la gente de tu tiempo. Y, me pregunto, personalizándola: No qué es, sino quién es, esa higuera. Y encuentro que la respuesta es obvia: Soy yo. Somos todos, nuestra familia, la Iglesia, la sociedad. Porque, dicho sea, sin paliativos, hay cristianos que hemos sido educados en la fe del evangelio. Hemos recibido de nuestros padres lo que podríamos llamar una buena educación en la fe. Sin embargo, ¿dónde están los frutos? También es preocupante que haya grupos de cristianos, de movimientos, y comunidades de Iglesia, muy habituados a

celebraciones de misas especiales, encuentros multitudinarios… ¿Y los frutos? ¡Ay, Jesús, con lo ricos que son los higos! Pero de *otra higuera*. ¿No habrá llegado el momento de menos boatos públicos y más humildad colectiva? ¿De dejar de *estar en la higuera* y situarnos en lo que tú nos pides, es decir, la conversión del corazón?

FE: TRANSMITIDA, RECIBIDA, VIVIDA

Jesús, en el mundo de hoy, y me figuro que en el de siempre, hay gente que se autoproclama, y manifiesta, como creyente. Por el contrario, también hay quien se declara increyente. No deja de ser un misterio esta polaridad. ¿Por qué unos tienen fe y otros no? ¿Es sólo cuestión de fe? Entiendo que aquí lo personal es primordial. Desde luego, si no se tiene fe no se es creyente. Con lo cual, la fe misma, pasa a ser también un misterio. Entonces, pregunto, ¿qué es la fe? Sé que, si busco una definición, me encontraré con que la fe es seguridad, confianza, y cosas así. Vale. Pero las definiciones, a veces claudican, hacen agua. De hecho, las cosas más sublimes no caben en una definición. Por ejemplo, *Dios, la vida, el amor*. No caben. Desbordan. Dios, la vida, el amor…, o se tienen, o no hay nada que hacer. La Carta a los Hebreos dice:

–*"La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven"* (Heb 11,1).

Me gusta, Jesús, la interpretación que de la fe da la Carta a los Hebreos:

–*Una garantía de los bienes que se esperan*.

No estamos pues en el vacío existencial.

–*La plena certeza de las realidades que no se ven*.

No estamos tampoco ante una lotería, que te puede tocar o no. Generalmente, es que no. No toca. Aquí estamos ante una certeza. La primera certeza eres tú, Jesús. Cierto que no te vemos *físicamente* en la actualidad. Pero la actualidad tiene un presente, un pasado, y un futuro. El pasado de nuestra actualidad fueron los apóstoles. Ellos sí te vieron, estuvieron contigo, evangelizaron contigo. Fueron testigos directos de tu muerte, y partícipes de las consecuencias de la resurrección. Tú les infundiste una nueva vida, como creyentes. Y la fe que tú les transmitiste, les dio alas para ir al mundo entero a proclamar el Evangelio.

La fe de los cristianos parte de tu Resurrección. Esa fe, tú la diste a la Iglesia. Y esa fe recibida y vivida en la Iglesia; transmitida también y contenida en la Sagrada Escritura; celebrada en la Sagrada Liturgia, sobre todo en la celebración de la Eucarística; y en los demás Sacramentos, como la Reconciliación; y en la Oración personal y comunitaria; y hecha realidad viva y permanente en la Comunidad, sobre todo por el amor fraterno, nos remite directamente a ti. De modo que la fe no es una entelequia. Por el contrario, nos hace descubrir la alegría y el gozo de servir, amar, y perdonar, siguiendo tu ejemplo y mandato.

Ahora bien, amigo Jesús, por lo mismo que la fe no es una entelequia, sino que, como dice Santiago:

–*"De la misma manera que un cuerpo sin alma está muerto, así está muerta la fe sin obras"* (Sant 2,26),

me viene a la mente aquel certero mensaje del *Documento de Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Es bueno rememorarlo. En el *Capítulo II: Visión socio-cultural de la realidad de América Latina*, se dice, y permíteme la larga cita, números 31 a 39:

–*"31. La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela: 32. —rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar; 33. —rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; 34. —rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; 35. —rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan; 36. —rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos; 37. —rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos; 38. —rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; 39. —rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen"*.

Sí, Jesús, son los rostros de tus hermanos y hermanas de este mundo, *tus rasgos sufrientes.* Es decir, no sólo te encarnaste en nuestra realidad humana al hacerte hombre. Te encarnas también en cada hombre y en cada mujer mencionados en el *Documento de Puebla*, tan vivo, tan de actualidad, y quizá tan olvidado. Por eso, cuando alguien dice que no tiene fe porque sólo cree en lo que ve, pues que mire y vea. Y vaya que sí se ve. Se ve la realidad, y tú estás, Jesús, encarnado en la realidad. Qué examen, pues, de conciencia nos toca hacer a cada uno partiendo de la realidad. Es ahí donde te vemos, si no miramos para otra parte.

Gracias, Jesús, por encarnarte y encarnar cada uno de tus gestos en el rostro de cada persona humana con la que nos encontramos en nuestro diario caminar.

FELICIDAD PARA TODOS

Jesús, quisiera comentarte hoy la tan manida frase que solemos emplear a comienzos de año:

–*"Feliz Año nuevo".*

Indica buenos deseos, sin duda. Pero, si nos fijamos bien, parece un tanto fría esta frase. Al comienzo de año, todo son parabienes. Nos deseamos mucha salud y mucha felicidad.

Hay otra frase que me gusta más. Fue aquel día. Me encontré con dos matrimonios, algo entrados en años. Los llamaremos matrimonio uno. Y matrimonio dos. El señor del matrimonio uno, no sin cierto buen humor, dice a la pareja número dos:

–*"Les deseamos que sean muy felices en el nuevo año que comenzamos".* Le contesta el señor de la pareja número dos:

–*"Y nosotros, que sean muy felices los próximos mil años".*

–*"¡Oiga, que mil años…, a lo mejor ya no estaremos aquí…!".*

–*"Puede que no estemos, salvo que el Altísimo tenga otros planes. Pero otros estarán".*

Me quedé con la frase inicial:

–*"Les deseamos que sean muy felices…"*

Y me gustó. Sentí que era un deseo más personal, en ambas direcciones. Vamos, que había calor humano de amistad. A diferencia del aséptico: *"Feliz Año".*

Pero vayamos también a la frase final:

–*"Otros estarán".*

Convendrás conmigo, Jesús, en que no le faltaba razón. Unos nos vamos, otros vendrán. Salvo que... ¿Quién puede asegurar que en los próximos mil años no pueda haber una conflagración apocalíptica en el planeta Tierra, provocada por la mano terrorista del hombre, que ha sido capaz de llenar el mundo de armamento nuclear, y que acabe con todos los habitantes de la tierra? El planeta de vuestros sustos diarios no deja de ser una cáscara de nuez en el espacio. Y dados los bajos instintos que el ser humano alberga, todo es posible.

Pero optemos por el optimismo. Esperemos que nuestros sucesores sean más civilizados que nosotros. Y digo, más civilizados. Y más cultos. Y menos belicosos. ¿Para qué queremos tanto artefacto de guerra y de destrucción? Optemos por la civilización racional, y el buen entendimiento entre todos los países. ¿No te parece, Jesús? En cierta ocasión te preguntaron sobre el final del mundo. Seguro que no pensaste en una conflagración mundial, sino en un final natural. Respondiste:

–*"En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre"* (Mt 24,36).

Ni el Hijo, sólo el Padre. Mientras tanto, es bueno que nos deseemos buenos augurios en cada comienzo de año. Que no quede en puro formulismo. Porque, mira, Jesús, en el corazón de cada persona, a pesar de los pesares, hay siempre algo bueno. A fin de cuentas, hemos sido creados por Dios para ser felices. Esa es, por consiguiente, nuestra primera tarea. Aunque tantas veces la descuidamos.

Ya sé que la felicidad es efímera, que a tiempo completo no existe. La felicidad es como un juguete abollado que un niño arrastra por la calle. ¿Cuándo se os abolló el juguete? Fue aquel día, ¡oh, metáfora bíblica, tan certera, del paraíso terrenal!, cuando el hombre, varón y mujer, pretendió arbitrariamente ser omnímodo. Muy egoísta, por cierto. Desde entonces somos mendigos. Buscadores incansables de una felicidad inalcanzable en esta vida.

Hay quien busca la felicidad en el placer por el placer. Eso es absurdo. El mismo Epicuro decía que *en la búsqueda del placer hay que actuar con prudencia*. Predicaba que la naturaleza es fruto del azar. Con esto, echaba por tierra los mitos religiosos. De ellos decía que lo único que hacen es amargar la vida del hombre sobre la tierra. Entonces, ¿habrá que acudir al dicho, tan nuestro, de ¡*ancha es Castilla*!? Sé que no, Jesús. Afirmaba también Epicuro que el placer es lo mejor para evitar el dolor. ¿Diría lo mismo, y se acordaría del placer, si de pronto le entra un terrible cáncer mortal? Sin embargo, Epicuro no era un degenerado. Por eso decía también que hay que *actuar de manera racional*. Más aún, superponía los placeres del espíritu a los del cuerpo. En el fondo, tenía alma de poeta. Era sensible a las cosas bellas. Yo diría, Jesús, que era un buscador de felicidad.

Tu doctrina, en cambio, es bien distinta. Tú nos quieres felices. Sólo que la felicidad que tú ofreces no está exenta de la cruz de cada día.

–*"El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"* (Mt 16,24).

La felicidad que tú ofreces va más allá de todo lo efímero. Bien lo dice la Biblia:

–*"Hay más felicidad en dar que en recibir"* (Hechos, 20, 35).

Prueba al canto, si damos un regalo a un niño, lo de menos es el valor del regalo. Lo que no tiene precio es la cara de felicidad y alegría que pone el niño.

La felicidad debemos construirla entre todos. Esto es muy real. Me pregunto, Jesús, ¿cuánta gente no colabora para levantar una catedral? Es una labor artesanal. Personal por comunitaria, y comunitaria por personal. Pues, ayúdanos, Jesús, a poner decisión, voluntad y esfuerzo. Eso es. Porque, la catedral de la felicidad nos toca levantarla entre todos.

FELICIDAD QUE DA EL AGUA

Jesús, hablemos del agua, ese don tan necesario. Hay lugares donde escasea. En otros, causa inundaciones. Pero yo voy más allá del líquido elemento que llamamos agua.

La Cuaresma, siempre, pero más en la Iglesia primitiva, además de ser un tiempo de penitencia, lo era también de conversión. ¿Por qué de conversión? Simplemente, porque se trataba de un tiempo de preparación para los catecúmenos. Es decir, aquellos que en la Pascua iban a recibir el bautismo, si nos atenemos a la historia de la Iglesia ¿Cuándo se celebraba el bautismo? Históricamente, el Sábado Santo. Es decir, en la Vigilia Pascual.

Recordemos los símbolos propios del bautismo. En primer lugar, el agua. Un elemento que aparece repetidas veces en la Biblia. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, cuando Dios, en la Creación, separó las aguas.

–*"Y separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él"* (Gn 1,7).

Otro episodio, cuando Moisés golpeó la roca.

–*"Tú golpearás la roca, y de ella brotará agua para que beba el pueblo"* (Ex 17,6).

Este hecho lo cuenta también el libro de los Números:

–*"Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la peña dos veces con su vara, y brotó agua en abundancia, y bebió el pueblo y sus animales"* (Num 20,11).

Y si pasamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con un acontecimiento extraordinario, de honda repercusión. Tuvo lugar sobre el brocal del pozo de Jacob. Era el mediodía. Tus discípulos, y tú mismo, habíais estado recorriendo distintas aldeas, proclamando la Palabra. Hacía calor. A esa hora, el reloj del estómago marcaba la hora de comer. Así que los discípulos fueron a comprar comida, mientras tú descansabas un poco de la fatiga acumulada. Te sentaste en el brocal del pozo. En esto se presenta una mujer, con su cantarillo. Según su rutina, venía a buscar agua. Y, mira por dónde, ha pasado a la historia como *la mujer samaritana*. Es claro que no te sentaste en el brocal del pozo sólo porque estabas cansado. Tu intención iba más allá. En cuanto se acercó le dijiste:

–*"Dame de beber"* (Jn 4,7).

Se sorprendió de que tú, siendo judío, le pidieras agua a ella, que era samaritana. Ya que judíos y samaritanos andaban a la greña. Por supuesto, no te dio agua. Ni hablar. Por el contrario, comenzó por increparte:

–*"¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?"* (Jn 4,9).

Ese era el momento que tú, Jesús, esperabas. Así que le dijiste:

–*"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú se lo hubieras pedido, y él te habría dado el agua viva"* (Jn 4,10).
Está claro que no captó el sentido doble de tus palabras. Para nada. Siguió argumentando, que si no tenías con qué sacar el agua. Que si acaso eras más que Jacob. Y tal. Así que fuiste al grano. Sin que sirva de precedente, como suele decirse, te metiste en su vida sentimental. Su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta de que conocías perfectamente sus fracasos matrimoniales. Entonces fue cuando se cambiaron las tornas y fue ella la que te pidió agua. Pero para que le quedara claro que no le hablabas del agua H2O, sino del agua que salta hasta la vida eterna, añadiste:
–*"El que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la vida eterna"* (Jn 4,14).

Ese fue el día en que, por fin, aquella mujer encontró el sentido de su vida. En el Agua que tú le ofreciste, encontró la felicidad. Bien podemos decir, pues, que la felicidad está en el Agua.

El agua representa, y expresa, el milagro renovado de la Vida. Jesús, cuando decimos que a nadie se niega un vaso de agua, ¿cómo ibas tú a negarle a ella el Agua de la salvación? Ni a ella ni a nadie.

¿Qué hiciste en ese momento sino romper los prejuicios de raza, de sexo, de religión...? Tomaste la iniciativa:
–*"Dame de beber".*
La realidad es que, en toda mujer, como en todo hombre, hay una sed profunda de amor. Mucha gente vive en un gran vacío, a todos los niveles. Sobre todo, en el nivel sentimental. Ahora bien, para todo aquel, o aquella, que quiera seguirte, tú te manifiestas como Agua viva, capaz de saciar cualquier sed humana. De este modo, tras un posible momento de sorpresa, y hasta de escepticismo, todos acaban por pedirte *"esa Agua".* La Salvación.

De este pasaje, Jesús, saco una conclusión. Es hora de que olvidemos el pequeño cantarillo de nuestras penurias, y de acudir por el agua auténtica. Nadie va a encontrar la felicidad en su cantarillo particular, de muy limitada felicidad. Fíjate que hasta los discípulos se extrañaron de que estuvieras hablando con una mujer. Seguramente te dijeron:
–*"Come, maestro"* (Jn 4,31).
También ellos andaban fuera de onda. Así que les dije:
–*"Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis"* (Jn 4,32). *"Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra"* (Jn 4,34).

No cabe duda. La felicidad está en el Agua. Aquella que es más importante que la del pozo. Pero el pozo pasa así a ser un buen signo sacramental, un signo bautismal.

FUERON LOS PRIMEROS

Jesús, cierto día, dos discípulos de Juan, el Bautista, te preguntaron:
–*"¿Dónde vives?"* (Jn 1,38)
Les respondiste:
–*"Venid y lo veréis"* (Jn 1,39).
Te siguieron. Vieron dónde vivías y se quedaron contigo aquel día (Jn 1,39). Así de sencillo y expedito.

Resulta que estos dos discípulos de Juan el Bautista, son hermanos entre sí. Se llaman Juan y Andrés. A partir de ahora, a partir del encuentro contigo, la vida de los dos va a tomar un rumbo bien marcado, diferente, definitivo.

Ellos indagaron. Algo vieron en ti que les cautivó. De ahí la pregunta. Y algo viste en ellos. De ahí la respuesta. La llamada, en definitiva, partió de ti. Solo que te serviste de Juan el Bautista. Que no es el hombre quien busca a Dios, sino Dios quien busca al hombre. Por lo tanto, cuando hablamos de vocación, o llamada, es Dios, siempre Dios, el que llama. Me atrevo a añadir: no se te puede seguir por intereses o conveniencias personales. Pongo el caso, si alguien se metiera a *cura* por intereses personales, como tener un status social, sentirse alguien en la sociedad, trepar en la vida, etc., mejor es *"que tome las de Villadiego cuanto antes",* como decimos en el lenguaje coloquial.

Juan y su hermano Andrés oyeron tu llamada. En ese momento, no me cabe duda, no cayeron en la cuenta de quién era el que los llamaba. Algún día, más tarde, se darían cuenta. La iniciativa parte de ti. Que ese día, y a esa hora, pasaras por donde el Bautista, no fue por casualidad. Querías hacer de los dos hermanos discípulos tuyos. Total, te preguntaron: *"¿Dónde vives?".* Fueron, vieron, y se quedaron conmigo. No se trata de *qué* buscaban, sino de a *quién* buscaban.

Entiendo, Jesús, que responder a la llamada pide un conocimiento lúcido, no tanto de lo que se busca, sino de a quién se busca. Te buscaban a ti. También yo, desde mi evidente pequeñez, te busco a ti. Porque eres el único, y lo único, que vale la pena. *"Sólo tú tienes palabras de vida eterna"* (Jn 6,68), te responderé con el apóstol Pedro. No podía ser de otra manera. Eres el Hijo de Dios. Sin saberlo, ellos lo intuyeron. Te siguieron. Y perseveraron, que ésta es otra cuestión. Una cosa es comenzar a caminar, otra muy distinta llegar a la meta. Se trata, pues, de llegar a la meta. Eso sí, quien te sigue no queda defraudado.

Los fracasos en la vida no dependen tanto de las cosas, cuanto de no dar con la persona adecuada. Es necesario dar con la persona adecuada. El hombre es un buscador de eternidad, que, en definitiva, es la búsqueda de la felicidad total.

A partir de ahí, los dos discípulos comenzaron a ver dentro de ellos mismos. Para conocer a una persona se requiere entrar en la propia y personal intimidad. Se quedaron contigo, no sólo aquella tarde, como dice el Evangelio, sino para siempre. Para siempre.

En el reloj de Dios, *"las cuatro de la tarde"* (Jn 1,39), significa siempre. Esa es la hora de Dios. Siempre. Se quedaron contigo para siempre. Fue la hora capital y definitiva en sus vidas. En cambio, el reloj del mundo marca todas las horas, *menos las cuatro*.

Ellos fueron los primeros en quedarse contigo. Jesús, aunque sea ya hora undécima, yo también he optado por quedarme contigo. Juan y su hermano Andrés, fueron los primeros. Pero no los únicos.

¿HAY CRISIS DE DIOS?

Jesús, se oye decir, con cierta frecuencia, esta afirmación: *Hay crisis de Dios.* Creo que conviene aclarar conceptos. Una misma palabra, según dónde, cuándo y cómo se use, no significa lo mismo. Por ejemplo, la palabra *crisis*. En su origen, tanto latino como griego, viene a significar, juzgar, valorar. En definitiva, hacer un juicio de valor sobre algo. Lo que viene a significar algo así como una coyuntura de cambios, porque todo evoluciona. Entiendo que eso es crisis, en el bueno y literal sentido. Ciertamente, toda evolución puede llevar también consigo una cierta inestabilidad e incertidumbre.

Pero en la actualidad, cuando hablamos de crisis, solemos referirnos a algo que no sólo se tambalea, sino que fracasa, que se derrumba estrepitosamente. Es una palabra muy manida, por actual. Es cierto, muchas cosas están hoy en crisis. Particularmente, determinados valores que deberían regir a las personas y a la sociedad.

Lo dicho, Jesús. No deja de ser llamativa la facilidad con que se emplea el vocablo *crisis.* Nuestro error consiste, y recalco lo de error, en aplicarlo a Dios. Y así, decimos: *Hay crisis de Dios*. Llega el momento en que, de tanto repetirlo, casi llegamos a convencernos de que sí, de que hay crisis de Dios. Y yo, Jesús, me pregunto: De verdad, ¿hay crisis de Dios? De verdad, ¿alguien se lo cree? Me atrevo a disentir de quienes así lo piensan. Porque la crisis es más bien del hombre. Hay crisis de humanidad. Hay crisis de humanismo. Muchos valores nos están fallando, se nos tambalean. Por ejemplo, el de la convivencia. ¿Será porque los tiempos son difíciles? ¿Y cuándo no lo han sido? Pensar que los tiempos pasados fueron mejores, resulta ser una exageración semítica, que ya es decir. O de un optimismo ingenuo. No hay, pues, crisis de Dios, sino del ser humano. Éste es el que está en crisis, en el sentido negativo del término.

San Pablo, tu gran apóstol, ése sí que tuvo una enorme crisis. Para bien. Su sentido religioso evolucionó, cambió. Se decantó por ti, Jesús. Cuando escribe a los romanos, les dice que ya es *"hora de espabilarse"* (Rom 13,11). Y lo más curioso, que *"no se acomoden al tiempo presente"* (Rom 12,2). *El tiempo presente*, de entonces, era tiempo de paganismo. Y éste, lejos de ser una evolución, significaba un retroceso.

La verdad, Jesús, que el tiempo actual también es de paganismo. Que, traducido a nuestro lenguaje, equivale a decir que con lamentos no arreglamos nada. Las lamentaciones no solucionan los problemas. ¿Entonces? Es cuestión de ponerse en acción. Y ponerse en acción, significa que hay que moverse, que hay que tomar en serio el Evangelio. Que hay que lanzarse a evangelizar. Dicho de otro modo, podríamos pasarnos la vida dando gritos contra las tinieblas, pero no por más gritar éstas desaparecerán.

El único enemigo de las tinieblas es la luz. Basta encender una cerilla y las tinieblas huyen.

Jesús, entiendo que hoy, el desafío de los cristianos, en general, y de la Iglesia, con mayor motivo, es evangelizar. Es decir: anunciarte a ti, Jesús resucitado. Tú nos dijiste:

–*"Id y proclamad la Buena Nueva"* (Mt 28).

Tú eres la luz; tú nos vas abriendo paso entre las tinieblas. De modo que los cristianos estamos obligados, no a dar gritos contra las tinieblas, sino a encender la luz.

–*"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,14).

Porque la función de la luz es iluminar. Sólo desde ti, Jesús, que eres la Luz del mundo, se puede construir la paz que el mundo, es decir, todos, necesitamos.

Si el mundo se centrara en Dios, no habría crisis. Pero se centra en la economía. Y la economía es despiadada, es cruel. Nos urge, pues, pasar de un mundo centrado en la economía, a un mundo centrado en los valores de la persona. Esa es la crisis buena. La verdadera evolución que aún no hemos sido capaces de descubrir.

Necesitamos valores. Y entre esos valores está la libertad individual, la participación en todo lo relacionado con el mundo laboral, la participación real en el gobierno de los pueblos. La luz del Evangelio debe iluminar el mundo precioso de la cultura, tan distinta y plural, tan rica. La riqueza de los pueblos no está en la Banca, sino en las personas y su dignidad. Y ya ves, Jesús, cómo está, por ejemplo, el tema de los emigrantes y refugiados. Cuántas absurdas e inhumanas barreras y fronteras ponemos. Cuánta guerra y cuánta explotación. Es decir, estamos en crisis, sí, pero de la mala.

¿Cuándo llegaremos a un grado, mínimo al menos, de respeto a la libertad y dignidad de las personas? Tú nos dijiste que nos tenemos que amar. ¡Y qué lejos estamos de conseguirlo! El egoísmo se ha adueñado de una gran parte de los humanos.

En conclusión, Jesús, ¿hay crisis de Dios? ¿O no es más bien crisis del hombre, que ha hipotecado su libertad, su responsabilidad y su dignidad? La verdadera crisis es del sentido común, del que nos estamos alejando.

Jesús, quiero hacer mías las palabras de Pablo:

–*"Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros*" (2Cor 4,7).

Sí, porque las cosas tienen su lógica y su razón de ser. La razón nos lleva siempre a la Causa primera de todas las cosas: Dios. A partir de ahí, todo tiene una lógica aplastante.

Hijos del tiempo, no podemos andar perdidos. El tiempo nos urge para encontrar al Dios. Situados en el tiempo, desconocemos nuestro futuro; precariamente y apenas, conocemos el presente; y del pasado sólo tenemos datos insuficientes que nos presenta la historia, de cuya objetividad no

podemos estar seguros. De lo que sí podemos estar ciertos es del momento que vivimos; de que somos habitantes de este planeta, llamado Tierra, aquí y ahora. Aquí y ahora significa el presente. Siempre estamos en presente. Y el futuro, por más que lo imaginemos lejano, más allá del presente, es sólo imaginación. El futuro no existe, en cuanto tal. Estamos inmersos en un eterno presente, como más de una vez hemos comentado. En la dimensión de Dios todo es presente en efervescente vitalidad. La temporalidad nos la da Dios como marco donde realizarnos como humanos.

Esto es, somos Humanos. Lo cual significa, a la vez, que la temporalidad es parte de la eternidad. Venimos de Dios. Y a Dios vamos. En consecuencia, nuestra temporalidad es, simultáneamente, tiempo de Gracia. Pero nos movemos en la contingencia, con nuestra frágil estructura de barro, entre un pasado irreversible y un presente que no dominamos. Mientras tanto, todo lo que transcurre en torno, y en primer lugar en nosotros mismos, es Historia de Salvación.

HAY TIEMPO PARA TODO

Jesús, lo he leído en el *Eclesiastés*. Hay tiempo para todo. No hay duda. En el principio del capítulo 3, se dice que hay un tiempo para cada cosa.

–*Tiempo para nacer, para morir, para plantar, para arrancar, para matar, para curar, para demoler, para edificar, para llorar, para reír, para lamentarse, para bailar…* (Ecl.3)

Ya ves, para todo. Me pregunto que si para matar también. Por desgracia, sí. Somos pecadores. Lo recuerda el salmo:

–*"Pecador me concibió mi madre"* (Sal 50,7).

Esto, Jesús, no se me aplica a ti, que naciste por obra y gracia del Espíritu Santo. También tu madre fue concebida sin pecado original. Y tu precursor fue santificado en el seno materno. Si exceptuamos estos pocos casos, los demás mortales nacemos en pecado. Inclinados al pecado. Por desgracia.

Las cosas podrían ser muy distintas si supiéramos manejar el don precioso de la libertad. Pongo un ejemplo. No basta *tener* el permiso de conducir. Hay que *saber* conducir. De otro modo la exposición a tener un accidente es segura. Sé que la libertad consiste, precisamente en poder hacer el bien o hacer el mal. Que no es lo mismo que hacer lo que a uno le dé la gana. Caín hizo el mal, y su sombra es alargada.

Siguiendo los señalamientos del Eclesiastés, podríamos añadir: hay un tiempo para las vacaciones. Al menos para quien las pueda tomar. ¿O no, Jesús? Al cuerpo hay que darle descanso. El cuerpo no es una máquina, y necesita descanso. Que no significa no hacer nada; sino hacer otra cosa distinta a la rutina diaria.

Estamos muy apegados al trabajo. No por el trabajo en sí, sino porque estamos agobiados por el mañana. Eso que tú nos dijiste:

–*"No os agobiéis por vuestra vida, qué vais a comer, qué vais a vestir"* (Mt 6,25).

¿Tú crees, Jesús, que alguien te ha hecho caso? ¡Paciencia! De todos modos, las más de las veces es más importante el descanso psicológico que el físico. El espíritu sí que necesita cuidados. ¿Cuántos humanos hay que toman esto en cuenta?

Vamos ahora a la *Palabra de Dios*. Un día te correspondió leerla ante todos los feligreses en la sinagoga de tu pueblo. Se trataba del precioso pasaje el de Isaías:

–*"El Espíritu del Señor está sobre mí…"* (Lc, 4,17s).

El pasaje se refería a ti. Y, lo que son las cosas. Te escucharon con tal atención que se podía oír el ruido de un mosquito. Te escucharon, sí, pero no se enteraron del mensaje, de la Palabra. ¿En qué pensaban? En todo, menos en la Palabra de Dios. A continuación, tras la lectura del profeta Isaías, les

hablaste. No les gustó nada tu sermón. ¡Hasta se escandalizaron! Escándalo farisaico, por supuesto, y nunca mejor dicho. Armaron el alboroto padre.

–*"¿No es éste el hijo de José?"* (Lc 4,22). ¡Con qué carga de desprecio lo dijeron! ¿Qué pensaban, que la gente de un extracto social humilde es de menor categoría que la de alto nivel social o económico? La cosa fue a más. Fue tal el enfado, que te sacaron en volandas. ¿Intención? Despeñarme por un barranco. ¡Vaya pandilla de energúmenos! Pero no había llegado tu hora. Así que, con total aplomo, te abrí paso entre ellos y te marchaste. Lucas lo recoge en el Evangelio:

–*"Pero Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino"* (Lc 4,30).

Hay gente, Jesús, a la que no le queda tiempo ni para dedicarle un rato a la lectura. Y menos si se trata de la Palabra de Dios. Sin embargo, también hay gente, sobre todo en la franja joven de la sociedad, que aprovecha precisamente las vacaciones para pensar en ayudar a los demás. Y se marchan, como bien sabes, aunque sea por un tiempo breve, ya sea a África, América, etc. O ya sea con alguna Ong. Incluso por cuenta propia. Van en plan humanitario. Eso está muy bien. Y aún mejor, si van en plan directamente misionero. Unos y otros, tratan de hacer el bien. Y de paso, oxigenan su propio espíritu, por la energía espiritual que reciben.

Ayudar a los necesitados es alimentar también el alma. En plan misionero, mejor que mejor, porque se abarca lo material y lo espiritual. Se ayuda en lo material y en lo espiritual. Ya lo dijiste:

–*"No sólo de pan vive el hombre"* (Mt 4,4).

Misionar significa dejarse guiar por ti. Significa marcar caminos de esperanza. Significa entrar en contacto con los hombres y mujeres de hoy para ayudarles a potenciar sus valores culturales, étnicos, religiosos, humanos, etc. Por lo mismo, resulta muy confortante ver que, mientras muchos jóvenes se desvían por caminos de un vacío humano y espiritual total, otros, cada día más, van adquiriendo una mayor sensibilidad ante los problemas que aquejan a sus semejantes. No se quedan pasotas. Son solidarios.

¿Ves, Jesús? ¡Qué razón tiene el Eclesiastés!: Hay tiempo para todo. Para finalizar. A continuación del pasaje en la sinagoga, san Lucas puntualiza:

–*"Jesús bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y enseñaba los sábados. Y todos estaban asombrados de su enseñanza, porque enseñaba con autoridad"* (Lc 4,31-32).

Como debe ser. Enhorabuena, Jesús.

HUMILDAD

Jesús, ¡qué difícil nos resulta muchas veces conformarnos con lo que tenemos! Siempre buscamos más y más. Puro egoísmo. La prepotencia es uno de los pecados que más atacan a la sociedad. Cuando alguien pretende ocupar los primeros puestos, ¡malo!, acaba pisoteando los derechos ajenos. ¡Ay, la prepotencia! Está muy unida con la vanidad y la ostentación.

Tú, Jesús, dejaste constancia de esto con ocasión de un banquete al que fuiste invitado. Viste que algunos buscaban situarse en los primeros puestos. Pasaban de los demás olímpicamente. No te quedaste callado.

–*"Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer lugar, porque puede ser que haya sido invitada otra persona más importante que tú, y cuando llegue el que os invitó a los dos, tenga que decirte: Déjale el sitio, y así, lleno de vergüenza, tengas que ponerte en el último lugar"* (Lc 14,8-9).

Es decir, que la humildad está en el camino de la verdad. La prepotencia, en el de la falsedad. No es de extrañar que se produzcan tantos enfrentamientos y conflictos entre la gente *trepa*, los que se pasan la vida *trepando*, es decir, tratando de subir lo más alto posible en el escalafón de la sociedad. Esta lacra se da hasta en la vida religiosa. No tienen más horizonte que su propia persona. Para estos, los demás no cuentan. Pero el camino que tú propusiste es el de la humildad. El humilde es agradecido. El soberbio, un egoísta redomado.

Esto ya lo había captado el Eclesiástico:

–*"No hay remedio para el mal del orgulloso, porque una planta maligna ha echado raíces en él"* (Eclo 3,28).

En cambio, en actitud humilde se llega muy lejos. El humilde tiene en cuenta a los demás. La humildad beneficia a todos. Pero la humildad, en el mundo actual, es un bien escaso.

–*"El más grande entre vosotros será el que os sirva, porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado"* (Mt 23,11.12).

El humilde no tiene ningún inconveniente en codearse con los más pobres.

–*"Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte, y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos!"* (Lc 14,13-14).

Me viene a la mente ahora mismo, ¿qué otra es, si no, lo que hacen tantos y tantos misioneros y misioneras, en países de misión, con la gente más pobre? Personas que sin la labor ingente de los misioneros no podrían sobrevivir. ¿Se interesan por ellos sus gobernantes?

Jesús, se habla mucho de la sociedad del bienestar. ¿Qué sociedad es esa? ¿Y para quién? Repetidas veces llamaste hipócritas a los fariseos. Hoy tendrías que repetir las mismas palabras. Aunque esto no sea correcto, políticamente hablando. Entonces, buena señal. Hay que desconfiar cuando alguien nos dice lo que es políticamente correcto. La política de Dios va por otro camino. Dios no tiene otra política que la del Amor.

Si por un milagro, de esos que no suelen darse, los poderosos del mundo optaran por la humildad, veríamos qué pronto cambiaba el mundo. Habría trabajo para todos. Habría pan para todos. Y la dignidad de las personas estaría a la orden del día.

También la misma Iglesia necesita un baño de humildad. ¿No es así, Jesús? También en la Iglesia aparecen, con demasiada frecuencia, los trepas. Lo están diciendo los últimos papas. Pero hay muchos oídos sordos. Si la Iglesia tiene una composición vertical, no es para que haya rangos de poder. No es para que haya *príncipes de la Iglesia*. Eso pasó a la historia. Es simplemente para que haya una estructura de organización, y de este modo, se pueda servir mejor a todos. La Iglesia está al servicio de todos. Es cierto que en gran medida esto se cumple. Es cierto que es una comunidad de amor y fraternidad. Es cierto que los movimientos nacidos de la Iglesia, la pastoral, y sobre todo la evangelización de vanguardia, está transmitiendo al mundo el Amor que tú pusiste como distintivo de tus seguidores. Pero aún se puede hacer más.

Cuanto más humilde sea, más bien hará la Iglesia a todos. Más atraerá al redil a las ovejas descarriadas. Y cuando digo descarriadas, debo añadir que muchas de estas ovejas lo están porque nadie se ha preocupado de ellas. También es cierto que muchas personas entran en el redil de la Iglesia, donde tú eres el Buen Pastor, lo hacen al ver la labor ingente que realizan los misioneras y misioneras, religiosos o laicos. Son el testimonio más fehaciente de un trabajo hecho con humildad. Y sin esperar nada a cambio. Eso es amor. Eso es humildad. Son casi, casi, los únicos que no abusan de los demás. ¿No es así, Jesús?

ÍDOLOS Y LIBERTAD

Jesús, en la actualidad, todavía se conservan muchos castillos. Formidables edificios de defensa en las guerras. Unos se conservan en perfecto estado. Otros, son ya ruinas arqueológicas. Hoy, están obsoletos. No sirven para defenderse de ninguna guerra. Los tiempos han cambiado, y las guerras se hacen con armas muy sofisticadas. Pero voy a esto. Los castillos eran custodiados por los centinelas. Guardias muy bien preparados. Pues bien, igual que un centinela, siempre en pie y en constante alerta, nuestra libertad también permanece en pie.

Nuestra libertad, Jesús, con lo que tiene de sublime y de dramatismo, al mismo tiempo. Junto a nuestra libertad, en pie también, hacen guardia los falsos dioses, los ídolos cotidianos, y su tiranía inexorable.

Los ídolos, casi sin que nos demos cuenta, nos alejan del verdadero Dios. Nos presentan quimeras, revestidas de falsas necesidades y apetencias, como pueden ser el confort desmedido, el hedonismo egoísta, el apego irracional al dinero, etc. El paulatino descenso del número de los creyentes en el Dios verdadero, va en proporción directa al aumento de los que creen en los falsos dioses, o ídolos, como algunos de los enumerados. Pero lo curioso es que el ser humano no puede vivir sin Dios, o a falta de él, sin los sucedáneos correspondientes.

En definitiva, Jesús, el ser humano, o bien opta por el verdadero Dios, o bien tiene que elegir entre el número ingente de los sucedáneos de conveniencia: poder, dinero, producción, consumo, culto al cuerpo y a la belleza física, como sublimación del mito de la eterna juventud, o el placer, como aspiración prioritaria, manifestado en el sexo, el erotismo, las drogas...

Ahora bien, la libertad, también necesita aprendizaje. Cuando san Pablo preguntó a un grupo de personas que estaban siendo evangelizadas, si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron:

–*"No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo"* (Hch 19,2).

Sin duda que aquella gente tenía una excusa razonable. Era los comienzos de la evangelización; era pues razonable su desconocimiento. El desconocimiento tiene sus causas: Falta de formación y catequesis, inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios, abuso de las supuestas aplicaciones de una eficacia mecánica de los sacramentos -los sacramentos no son mágicos-, o el no entender los símbolos que acompañan. Lo que se llama el lenguaje de los signos, que muchas veces es el lenguaje de Dios, expresado constantemente en la Biblia, como viento, fuego, agua viva, defensor o abogado, etc.

Dios actúa constantemente en la Creación y en el ser humano. La actuación de Dios la entendemos mejor como *don*, como regalo. Por ejemplo: el don de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de

ciencia, de piedad, de temor de Dios, etc. Los dones o regalos que Dios nos hace son infinitos. Y esta actuación de Dios produce abundantes frutos, como son el Amor, la Alegría, la Paz, la Comprensión, la Servicialidad, la Bondad, la Lealtad, la Amabilidad, el dominio de sí, etc. Y Dios sigue actuando en nosotros. Sigue amándonos.

No cabe duda, Jesús, de que la manida expresión

–*"Es la Hora de Dios",*

es real, y de acuciante actualidad. El Espíritu de Dios sigue actuando en nosotros, todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, porque Dios es inmensidad de amor. Y de la idea o imagen que se tenga de Dios dependerá el comportamiento o desenvolvimiento de la vida en cada quién. Si, por ejemplo, pensamos en un Dios que está en la estratosfera, o sea, lejano, fácilmente nos desentenderemos de él, no interesará. Si pensamos en un Dios omnipotente, posiblemente nuestra relación con Él será fría, distante o, simplemente, aseada y educada. Si, por el contrario, pensamos en un Dios que es Amor, nuestra relación será cercana, confiada, filial, cálida; en una palabra, de Amor. Porque *Dios es Amor* (1Jn 4,8).

Ahora bien, querer acercarse a Dios con la cabeza, creo que es perder el tiempo. A Dios se le entiende desde el corazón, por ser Amor. Sobran, por consiguiente, los esquemas intelectuales. Son mejor las razones del corazón. Siempre son más certeras. Por eso, Jesús, cuando nos acercamos a Dios con el corazón, con amor, estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente adorado y vivido. Y es cuando estamos empleando sabiamente nuestra libertad.

Los humanos, Jesús, nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. Igual que podríamos llenar un pizarrón de números. Pura aritmética. Pero los números, como las leyes, carecen de corazón. Lo que hacen muchas veces es delatar nuestros complejos de inferioridad, sublimados por la paranoia del poder o la prepotencia. El poder se sostiene en la ley. Pero las leyes tiranizan. La vida, en cambio, es cuestión de amor. La vida se sostiene en el amor. Y la libertad, lo es, está bien utilizada, cuando se escora hacia el amor, y en el amor queda varada.

JESÚS, EL SEMBRADOR

Jesús, ¿qué te parece? Hoy te llamaré así: *Jesús, el Sembrador.* Podría ser un buen título para un auto sacramental. Pero, no. Lo saco del mismo Evangelio. Porque releyendo la Parábola del Sembrador (Mt 13,1-23), se me han ocurrido tres cosas:
–la primera, que es una parábola muy poética;
–la segunda, que es muy real;
–la tercera y más importante, que se trata de un serio examen de conciencia.

Te cuento. ¿Cómo no recordar aquellos años idos, de la infancia, cuando las faenas agrícolas se parecían a las de tu tiempo? Era yo muy niño. Apenas comenzaban a hacer acto de presencia las máquinas sembradoras. Los sembradores se echaban al hombro una especie de alforja, llena de trigo y lo esparcían a voleo, con la mano. ¡Oh tiempos idílicos!, al menos para la mente de un niño. Es la parte poética, podríamos decir, que empalma con la segunda parte: la realidad. Está en primer lugar la tierra, donde se siembra. Tú, Jesús, distingues distintas calidades de tierra en la misma pieza. Nos dices también que a la vera de la finca hay un camino. Y que a los lados hay piedras amontonadas; y maleza. Normal.

Luego describes, tan gráficamente, que parece que uno lo estuviera viendo en directo:
–*"El Sembrador salió a sembrar... la simiente*".
Normal. Pero viene el detalle:
–*"Parte cayó en el camino..., los pájaros vinieron y la comieron..."*.
¡Vaya!, ¡cómo disfrutarían los pajarillos! Banquete abundante. No podía ser de otro modo. Si tú mismo lo dices en otra parábola:
–el Padre celestial los alimenta...
Y, claro, junto al camino, el pedregal, las zarzas... También allí fue a parar algo de la semilla. Pero,
–*"brotó y luego se secó"*.
Y a continuación, la parte positiva: la tierra buena que produjo el treinta, el sesenta o el ciento por uno. Ésta sería la tercera cosa que se me ocurre. Es decir, que se trata de un serio examen de conciencia.

Efectivamente, Jesús. Partiendo de que tú eres el sembrador, la conclusión es que la tierra somos nosotros. Eso en el mejor de los casos. Porque está el camino. No es lugar de siembra. Nadie quiere ser camino, donde la semilla es pisoteada. Están las piedras y la maleza, donde la semilla, aunque germina, no puede dar cosecha. Entonces, y con alegre optimismo, hay que concluir que la buena tierra somos nosotros. Pero, y éste es el detalle para el examen de conciencia: no toda la tierra produce lo mismo. Me pregunto: ¿por qué? Lo adivino: todos somos diferentes.

En otra ocasión hablaste de los talentos: unos han recibido más, otros menos. Lo que, aplicado a la tierra, es lo mismo. Pero el asunto va más allá.

Si yo puedo producir el ochenta por ciento, pongamos por caso, no puede contentarme con producir el cincuenta por ciento. Es decir, la conclusión, tras el examen de conciencia, es que he claudicado. ¿En qué? En el amor. Toda claudicación es claudicación en el amor.

De otro lado, me figuro, Jesús, que con esta parábola quisiste también salir al paso de aquellos que tal vez encontraban dificultades para seguirte. Eso entre los que te veían con simpatía. Porque los que definitivamente te rechazaban eran camino. Pura esterilidad, a todos los niveles. Otros oscilarían entre ser tierra entre zarzas o tierra buena.

Jesús, otro punto de reflexión es la simiente misma. Siendo tú el Sembrador, has elegido simiente de la mejor calidad. Y siembras a voleo; sobre buenos y malos. No rechazas, ni a los constituidos en camino, ni a los del borde del camino. Si dejamos de lado el camino, por imposible, y nos fijamos en el resto del terreno, para seguir el examen de conciencia que sugiere esta parábola, vemos que en el mundo hay pecadores empedernidos. Abundan las personas superficiales. Otras gentes viven inmersas en las preocupaciones del mundo. ¡Qué difícil es que la simiente pueda germinar en su corazón! El materialismo nos envuelve. La riqueza nos sofoca. La hipocresía nos hace ser mentirosos y tramposos. El poder nos convierte en ídolos con pies de barro. Y nuestra religiosidad, a veces, no pasa de ser puro maquillaje. Es lo negativo, hay que decirlo con sinceridad y arrepentimiento:
–¡A mí me pesa, pésame, Señor…!

Menos mal, Jesús, que hay también mucha gente de buen corazón, abierto y disponible, donde tu Palabra es acogida y da mucho fruto. En fin, y para terminar este coloquio. Creo que, además de ser la tierra donde tú siembras tu Palabra, tu semilla, somos también a la par tuya, sembradores. Porque tú nos quieres sembradores. Para eso nos has dicho que vayamos por el mundo entero a proclamar la Buena Nueva del Evangelio. Es importante, en consecuencia, la pregunta:
–¿Qué tipo de sembradores somos nosotros?

Y la conclusión que se me ocurre, querido Jesús, es que debemos ser sembradores de esperanza. Si el sembrador no tuviera esperanza de cosechar, no saldría a sembrar. El mejor ejemplo de gente con esperanza son los labradores. Ellos trabajan la tierra, la preparan, y la siembran. Y tú, Jesús, eres el Sembrador. Reitero el título:
–Jesús, el Sembrador.

LA CONCIENCIA, SANTUARIO PERSONAL

Jesús, por ti sabemos que cada persona es sagrada. Lo dijiste por boca de Pablo:

–*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1Cor 3,16).

Por eso, en la mismidad de la persona hay algo intocable. Lo más sagrado. Es la conciencia. Y ahí sí que nadie puede entrar. Lo que hay en la conciencia, sólo Dios y la propia persona lo saben. Incluso, a veces ni la persona. Siempre caben espacios nebulosos. Es como cuando uno va en el coche, y se encuentra con bancos de niebla. En tal caso, no cabe más remedio que aminorar la marcha. De otro modo, el accidente puede estar a la vuelta de la esquina. Es un imprevisto. Y la vida está llena de imprevistos. Hay, pues, que evitar los estados nebulosos de la conciencia.

Creo que lo primero que el ser humano descubrió, antes que el fuego, o que el sentido del universo, descubrió su propia conciencia personal. La misma que le decía: esto está bien, o está mal. Haz esto, o no lo hagas. Y creo, Jesús, que por la conciencia el ser humano intuyó a Dios. Y entabló una relación íntima, personal, con la Divinidad. Se la imaginara como se la imaginara. Sólo al correr del tiempo, de siglos y siglos, el ser humano ha ido afinando su conciencia. Pero este afinamiento de la conciencia aún no está logrado del todo.

Me ha tocado vivir la mayor parte de mi vida en el siglo XX. Un siglo funesto en muchas cosas, como las dos guerras mundiales, y otras; las hambrunas en algunos países, etc. Pero también ha sido un siglo glorioso en otras cosas más, como los grandes avances en la ciencia, etc. Y, ¿qué me dices, Jesús, de la celebración del Concilio Vaticano II? Lástima que, documentos brillantes, importantes, estén algunos de ellos semi olvidados por las distintas mentalidades partidistas que también se dan en la Iglesia.

Pero quiero fijarme en un punto concreto, que no se refiere al Concilio, salvo como punto referencial a un antes y a un después. Mira. Una de las grandes cuestiones que ha ocupado a la Teología Moral Católica durante el siglo XX, ha sido hacer un cambio, entre el antes y el después del Concilio. ¿Qué cambio? El cambio de paradigma. Hasta el Concilio, prevaleció un paradigma legalista. La Moral prevalente era la casuista. La casuista consiste, fundamentalmente, en obedecer a la ley. Si cumplías la ley, ibas bien. Y si no, ibas mal. Hasta que, mediado el siglo y como referente el Concilio, los teólogos más críticos advierten de que la obediencia a la ley se estaba convirtiendo en una *"idolatría de la norma".* Es decir, que cumplir las normas era para muchos más importante que la relación personal con Dios. ¡Cuánta gente iba a misa, por poner un ejemplo, porque estaba mandado! ¿Dónde quedaba la relación con Dios y con la comunidad?

Esto me lleva a una conclusión lógica: Es responsabilidad de la persona formar bien su conciencia. ¿Por qué?, me pregunto. En vista al Reino de los cielos. Al Reino de los cielos no se va con los ojos cerrados. Una conciencia bien formada nos abre los ojos de par en par para ser responsables de nuestros actos. Cierto es que en la conciencia hay oscuridades. Pero eres tú, Jesús, quien disipa la niebla, que muchas veces, por humanos, se nos echa encima.

Y como quiera que la niebla de la conciencia tiene mucho que ver con el pecado, no queda más salida que tomar en serio tus palabras:
–*"¡Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado!"* (Mt 4,17).

LA CONFIANZA VIRTUD SOLIDARIA

Jesús, los niños, por su candor e inocencia, suelen ser confiados. Carecen de prejuicios. Si están en brazos de su madre y alguien se acerca, y les hace una caricia, lo más probable es que se deje tomar en brazos por esa persona. Le es desconocida, pero se fía, y confía. En parte, porque ha visto la actitud de su madre. Actitud de confianza. Y es que, la confianza es una virtud solidaria. Por suerte, es fácil encontrarla. Sin confianza no se puede dar un paso.

Vamos a ver. Bíblicamente hablando, si hablamos de fe, estamos hablando de confianza. Ambas van muy unidas. Ya lo creo, y tan unidas. Imagínate. Alguien que no tuviera fe en una persona, ¿iba a fiarse de ella? En absoluto. Pues bien, una persona de fe. Fue Abraham. Bien. La Biblia al respecto:

–"*Yahvé dijo a Abram: "Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, y vete al país que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, el cual será una bendición. Yo bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra"* (Génesis, 12, 1-3).

Vale. Vamos por partes, Jesús. Lo primero, Dios llama a Abrahán, y le invita a dejar su tierra y salir camino de otra tierra. ¿Ves? El protagonismo lo lleva Dios. Como no podía ser de otro modo. Vale. ¿Por qué elige Dios precisamente a Abraham? Muy sencillo. Porque quiere que sea una señal de Dios para la humanidad.

En segundo lugar, Dios lo bendice y le hace la promesa de una familia muy numerosa. Y como Dios no hace las cosas así porque sí, ¿qué significado, me pregunto, puede tener esa bendición? Pues servir de testimonio de la Salvación que Dios ofrece a todos los pueblos. Así es. Seguimos.

En tercer lugar, Abrahán se pone en camino. Se ha fiado de Dios, ha confiado plenamente en él. Ha entendido el proyecto de Dios y se dispone a ponerlo en marcha.

Esto es genial, Jesús. Cuando hay confianza, cuánto se puede avanzar. La confianza es también fuente de progreso. Confiar en la Palabra de Dios, se convierte en fuente de felicidad y seguridad para el creyente. Y ahí tenemos un modelo de una fe obediente. Y, eso que, tener fe no significa caminar sobre pétalos de rosas. Abraham pasó por el trago amargo de tener que sacrificar a su hijo Isaac. Menos mal que era sólo una prueba.

Y aún podríamos añadir otro aspecto. Muy importante, por cierto. Abraham salió *hacia otra tierra* que Dios le propone. Una Tierra que está más allá de la comodidad de uno, o de los propios sueños y proyectos. Necesaria, pues, la fe, la confianza. La vida está llena de caminos. Se trata de dar con el correcto. Está claro con dos casos. Están en el Evangelio. Mira

que habías empleado tiempo y paciencia para catequizar a tus discípulos. Pues algunos, ¡el colmo!, incluso el día de la Ascensión aún dudaban de ti. Evangelio de san Mateo:

–*"Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de él; sin embargo, algunos todavía dudaron"* (Mt 28, 16-17).

No me dirás, Jesús, que no hay que tener paciencia. Menos mal que unos días más tarde el Espíritu Santo iba a purificar esas mentes con su fuego divino.

El segundo caso, lo tenemos igualmente en san Mateo (Mt 17,1-9). Ibais camino de Jerusalén. Veías a los discípulos un tanto confundidos y desanimados. Para colmo, le fuiste anunciando la Pasión. Esto no encajaba en sus mentes. ¿Qué hiciste? Tomar contigo a Pedro, Santiago y Juan. Los llevaste al Tabor, y allí dejaste que vislumbraran la gloria de la divinidad. Te transfiguraste.

Al pronto se asustaron. Pero enseguida encontraron la paz y la alegría. Más. Fueron testigos de la presencia de dos importantes personajes: Moisés y Elías. Ambos representaban para los israelitas todo el Antiguo Testamento. Pero, lo verdaderamente importante. Es que pudieron enterarse, sin opción para las dudas, quién eras tú.

–*"El Hijo amado del Padre"* (Mt 17,5).

Con esto les estaba indicando, bien a las claras, que seguirte a ti no era un camino equivocado.

La visión duró un instante. Para cuando quisieron salir de su sorpresa y asombro, había desaparecido. Tan a gusto se sintieron que estaban dispuestos a poner tiendas de acampada permanente en el Tabor. No se lo permitiste. En la Transfiguración, pudieron descubrir la belleza de cada ser humano, y de toda la Creación. Volver a la cotidianidad significó para ellos que, aunque la vida pueda resultar ardua muchas veces, todos los caminos están trillados por los pasos del Abraham de todos los tiempos. Caminos iluminados por la luz de la fe y la confianza. Caminos que llevan a Dios.

LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE RESURRECCIÓN

Jesús, quisiste instituir y quedarte en la Eucaristía como eje central de la Comunidad. Sin Eucaristía no hay Comunidad cristiana. La Eucaristía constituye el centro de la Comunidad creyente. Tú prometiste tu presencia permanente en medio de nosotros. Es verdad que de muchas maneras te haces presente en cada uno de nosotros. Pero en la Eucaristía te haces Pan de Vida para toda la Comunidad cristiana.

Y es que, la Comunidad cristiana se forma a partir de tu Resurrección; si bien toma carta de identidad a partir de Pentecostés, con la venida del Espíritu Santo. Porque la Eucaristía es celebrar tu Resurrección. Gozosamente. Y con la sorpresa refrescante de un amor vivificador, como le ocurrió a María Magdalena al encontrarse contigo en la mañana de la Resurrección. O con el fuego florecido en fe, de los discípulos de Emaús. Y con el ánimo renovado y fortalecido de los demás discípulos tras tu aparición en medio de ellos.

Jesús, tu presencia, ya resucitado, en medio de los tuyos, no fue un sueño, o imaginación de los discípulos, alertada por el deseo anhelante de seguir a tu lado. Tu presencia fue real, gozosa, y trasformadora. Y así sigue siendo, y para siempre será. Cuantos se encuentran contigo, Jesús, su vida cambia. Tu presencia comunica vida. Tu vida. La misma que entregaste en la cruz por nuestra salvación. Qué bien captaron esto los cristianos desde el principio. Y qué bien puntualiza el Evangelio que entendieron esto "a partir de la Resurrección".

–*"Todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos"* (Jn, 20,9).

Las primeras Comunidades cristianas sabían perfectamente que no es suficiente creer en lo que dicen las Escrituras. Que es necesario ponerlo en práctica. Y así, los cristianos comprendieron la necesidad de vivir la fe en, y como, Comunidad. Y supieron que la Comunidad se construye desde ti, Jesús, cuya presencia está garantizada en la Eucaristía. Y supieron también que el punto de encuentro contigo Resucitado es la Eucaristía. De modo que la Eucaristía es Sacramento de Resurrección.

Ahora bien, la Iglesia sabe perfectamente que es una Comunidad formada, no por gente santa y maravillosa, sino por pecadores. Elegiste a los apóstoles no por ser personas mejores ni peores que los demás; sino por ser gente normal y corriente. Que es nuestro modo de ser. Pero la gente normal y corriente, tenemos la conciencia clara de nuestra condición de pecadores; pecadores, sí, pero en camino de salvación. De ahí que, y como, la definió el Concilio Vaticano II, la Iglesia es

–*"Sacramento de Salvación"* (LG 1,2; 48,2; 59,1; GS 45,1; AG 1,1; 5,1).

Es ésta una clave preciosa para entender la realidad de la Iglesia. Que la Iglesia se sabe pecadora. Quien se siente lleno de todo, que nada le falta,

no acudirá a nadie. ¿Para qué? En cambio, quien se siente pobre, necesitado, indigente, acude, ¿a quién? A quien ha venido a echarnos una mano, para que superemos nuestras dificultades. En definitiva, a salvarnos. De ahí que la Eucaristía, es decir, tu presencia misteriosa y desbordante de amor, sea sacramento de gratitud, de amor y de perdón. En definitiva, signo de fraternidad.

En realidad, Jesús, cuando nos acercamos a la Eucaristía, recibimos el abrazo de tu misericordia, ternura y perdón. La Eucaristía es al mismo tiempo sacramento de unidad, centro de la Comunidad. Tú, Jesús, eres el centro. Lo expresó muy bien San Pablo:

–*"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,16-17).

Con lo cual, quienes participan en la Eucaristía, no lo hacen única y exclusivamente a nivel individual. Lo hacen como miembros de tu Cuerpo total, que es la Iglesia, cuya Cabeza eres tú.

Es verdad, por otra parte, que, incluso dentro de los cristianos, hay tensiones, divisiones. Normal. Somos humanos. Pero también es verdad, y bien lo sabemos, que por encima de nuestras divisiones estás tú, Jesús. La fuerza de nuestra unión como cristianos eres tú. Estamos llamados a ser señal inequívoca de tu presencia en medio de nuestro mundo, por ser la Eucaristía el sentido pleno de tu Resurrección, y la fuente perenne de Vida.

Dijiste:

–*"Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre".* (ver Jn 6,51-58).

–*"Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía".* (Lc 22,19).

Y te quedaste con nosotros, en espíritu y en verdad, una vez resucitado. Porque la Eucaristía es Sacramento de Resurrección.

LA FAMILIA NO SE TOCA

Jesús, naciste en el corazón y gozo de una familia. Empleo corazón como sinónimo de amor, pues la familia no tendría sentido si faltara el amor. En la familia el amor lo es todo. Y empleo gozo en el sentido propio de la palabra. ¿Cabe mayor gozo que sentirse amado por los padres?

No obstante, esto no significa que en la familia no vayan a surgir problemas. La vida no está libre de problemas. Y nadie lo estamos. Como tampoco tú lo estuviste. Ahora bien, cuando surge un problema, sea de la índole que sea, lo natural es tratar de solucionarlo, si se puede. Valga la comparación. No es lo mismo que se pinche una llanta del coche, a que éste se vaya por un precipicio y se haga trizas. Una llanta pinchada tiene remedio. Un coche destrozado en el fondo de un barranco se convierte en chatarra.

En la vida real los problemas también son de verdad. La clave está en que unos son fácilmente solucionables y otros no tienen remedio. El único problema que no tiene remedio es la muerte. Con esto, y viendo como estamos viendo, los ataques constantes a que se ve sometida la entidad familiar, ya sea por infidelidad de alguno de los cónyuges, o de los dos, la lacra del aborto criminal, la poca protección estatal en determinados momentos, y siendo la familia el espacio natural de la vida, hay que gritar a los cuatro vientos: La familia no se toca, porque es el espacio natural de la vida, porque es la base principal de la sociedad.

Tras esta introducción, quiero fijarme en otro punto debatido por los científicos. Veo que los científicos investigan, hablan, escriben, y no se ponen de acuerdo, sobre cuál es el momento primero en que el feto es capaz de archivar en su cerebro su primera memoria. ¿Hay memoria fetal? ¿Alguien puede demostrar que recuerda algo de cuando estaba en gestación? Yo, profano en la materia, sólo diré: doctores tiene la ciencia. A ellos les toca seguir investigando. Dicho lo cual, cada quien puede rebobinar la película de su vida, y encontrará que todos tenemos un primer recuerdo anclado en la memoria de nuestra más tierna infancia.

Puedo decirte, Jesús, que, estrujando mi memoria, mi primer recuerdo, el primerísimo, más allá del cual no encuentro otro, es de cuando era un bebé en brazos de mi madre. Ella tenía un problema. Que a cualquier cosa se llama problema. Naturalmente, esto lo supe más tarde. Era muy buena repostera. Esto también lo pude comprobar con el tiempo. Hacía unas rosquillas, por san Blas, extraordinarias. Con aquel saborcito a anís…, ¡uff!..., se me hacía la boca agua. ¿Pero cuál era el mentado problema? Pues que le gustaba cocinar con aceite de oliva, del auténtico, del bueno. Ese que hoy denominan *¡Aceite de oliva virgen extra!* Y que nosotros teníamos de cosecha propia. ¡Qué rico sabía, traído directamente del trujal! Sin manipulaciones de ningún tipo. Sin intermediarios. Pues bien, puntualizo, porque es un dato importante

y hay que retroceder ligeramente en el tiempo, había terminado la incivil, bárbara y cruel *Civil guerra española*. Todo había quedado desolado y había que volver a rehacerlo todo. Pues bien, se nos había acabado el aceite propio. Sólo a estraperlo se podía conseguir aceite del bueno. Eso sí, a precios supersónicos. Y, mi madre, vasco-navarra ella, de cabeza bien puesta, empeñada en querer hacer las famosas rosquillas por san Blas, por ser una tradición familiar, se encontraba sin aceite. Pues, ni corta ni perezosa, me tomó en sus brazos, y en busca del aceite que nos fuimos. Ir, lo que se dice ir, iba ella. Que yo bastante tenía con ir bien arropado en sus brazos.
–¡*Vamos por aceite*!,
me decía, con aquella alegría tan de ella.

¡Bendita y feliz testarudez de mi madre! Problema solucionado. Y yo, tales vibraciones maternas debí recibir, que hicieron posible que este fuera el primer recuerdo que tengo de mi vida. El primero. En cambio, no recuerdo el sabor de las rosquillas elaboradas con aquel aceite de estraperlo. Mi recuerdo rosquillero es posterior.

Ay, Jesús, si todos los problemas fueran como éste. No hubiera pasado nada si no se hubiera conseguido el aceite, o si por una vez no hubiera habido rosquillas, por san Blas, por falta de aceite de oliva, del bueno, como decía mi madre. El problema es cuando en las familias falta el aceite del amor, del entendimiento, de la comprensión, del cariño. Ni de estraperlo se consigue ese aceite del amor.

Lo fundamental en toda familia es que haya amor. No sabemos qué dulces, qué rosquillas, prepararía tu Madre. Seguro que de lo más sabroso. Pero de esto no nos dijiste nada en el Evangelio. Tampoco sabemos si en la Sagrada Familia llegó a faltar el aceite. Se podía carecer de muchas cosas, pero nunca faltó el amor. Lo que se mama en la casa se trasmite luego. Y tú nos hablaste continuamente de amor. Señal inequívoca de que en tu familia no faltó.

Pero hay otros problemas que vienen de afuera. Normalmente los problemas suelen venir de afuera. En tu caso, el problema fue Herodes. San Mateo lo cuenta así en su Evangelio:
–*"El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo"* (Mt 2,13).
¿Llegaste a tener memoria de este atropellado y urgente viaje a Egipto? Porque las vibraciones que, en esos momentos, tanto María como José, inconscientemente transmitían, debieron ser muy fuertes.

Y ya ves, Jesús, el tema de tu Sagrada Familia es de acuciante actualidad. ¿Qué está pasando hoy en día a tanta gente? Lo que está pasando hoy a tanta gente, es lo mismo que os pasó a vosotros. Tuvisteis que huir de vuestra tierra por culpa de la violencia desatada por el tirano rey Herodes. Fuisteis los primeros emigrantes. Vosotros por tierra. Otros, hoy, por mar.

Problema muy serio, el de entonces y el de hoy, para tanta gente que tiene que emigrar.

Más allá de todos estos avatares adversos, y sin olvidarnos de ellos, nos fijamos en la familia en cuanto tal. ¿Qué es la familia? No está de más la pregunta. Y hasta convendría formularla más de una vez. La Familia es, antes que nada, la primera comunidad natural. Formada, primariamente, por los padres y los hijos. Circunstancialmente, otras personas. Pero eso, es un añadido, que podrá resultar bien, regular, o mal.

La Familia es, pues, una institución: Natural. Necesaria. Social. Es el cauce natural para reproducir y perpetuar la vida. También para protegerla. Porque la Familia es la base imprescindible para construir la sociedad. De ahí se sigue: Que es necesario respetar la dignidad de sus propios miembros. Respetar la dignidad de los demás. Respetar el orden de la misma naturaleza. Respetar la ley natural y moral. Respetar los derechos propios y de los demás.

Lo cual nos lleva, por último, a ver que la familia es sujeto de derechos y obligaciones. Entre los derechos está en primer lugar la vida misma. Respetar y defender la vida. Que es derecho y obligación a la vez. Derecho a la integridad. Si hay amor la integridad no se rompe. La familia tiene también derecho a la propiedad y a la subsistencia. Igualmente, al trabajo, para salvaguardar la subsistencia. A la educación. A la religión. Otro derecho fundamental de los padres es ejercer en exclusiva la responsabilidad y autoridad sobre los hijos, sin que otras instancias se inmiscuyan o interfieran.

En cuanto a las obligaciones, vale la pena reiterar: Defender la vida propia y ajena. Defender los intereses propios y ajenos. Contribuir al bienestar propio y ajeno. Y, desde luego, colaborar en el bien común de la sociedad.

LA FAMOSA RIADA

Jesús, hoy quiero contarte lo siguiente: Era yo muy chico, y es muy vago el recuerdo de la *Famosa riada*. Así la recordaban los viejos del lugar. Pues bien, desde las ventanas de la segunda planta de la casa solariega, y sostenido por los brazos de mi madre, veíamos la inmensidad del agua, tanta que parecía un mar. Los campos anegados. Yo, por supuesto, no entendía nada. No sabía si aquello era normal, o no. Ni siquiera que la invasión del agua se debía al desbordamiento del Arga, tan cantado en jotas navarras. Yo era muy pequeño aún, sí. Pero las cosas, aun no entendiéndolas, quedan impresas en la retina y en la memoria, como más tarde llegué a comprobar al oír a las personas mayores hablar de *"la famosa riada".* Así decían: *"La famosa riada"*, término acuñado que perduró varios años. Aquella imagen, anclada en mi memoria siendo un tierno infante, cobró vida años más tarde como uno de mis primeros recuerdos. Muy famosa debió ser la tal *riada* para que la gente la etiquetara como *"la famosa".*

Con el paso del tiempo, aquella imagen del agua que había inundado los campos, me vino de repente a la memoria. Fue celebrando un bautizo. Estaba explicando los signos sacramentales, entre los cuales el agua, tan importante. Me fascina explicar este signo, de tan rico contenido bíblico. No pude evitarlo. Fue una asociación de ideas desde el recuerdo. Aquel infante, que aún no sabía hablar, pero que veía la riada, ¿sabía qué era el agua?, ¿su importancia?, ¿su necesidad vital? Las cosas suceden. Uno las ve, pero no siempre las comprende. El agua es vital para la vida, y es al mismo tiempo un elemento purificador. Esto no lo puede entender un bebé. No importa. Las cosas no están sujetas a nuestro entendimiento.

En el Bautismo se emplea el agua, precisamente por ser signo de vida y de purificación. Limpia el pecado y nos da la Gracia santificante. Con independencia de si quien lo recibe entiende o no. Naturalmente, y tocante al Bautismo, estoy pensando en los niños que se bautizan sin tener aún uso de razón. No entienden nada de nada. En cambio, se sobrentiende que sí entienden sus padres. No tiene por qué entenderlo aún el niño. Tampoco entendía, ni nadie le preguntó si quería nacer. Y todo mundo se siente feliz de haber nacido.

¿Qué podía entender yo contemplando en directo desde los brazos maternos *la famosa riada*? Los adultos, por el contrario, sí entendían, y sabían perfectamente que una riada puede convertirse en una catástrofe. O en un bien, como sucede con el Nilo cuando este crece y deja abonados los campos.

Naturalmente, en el Bautismo todo es para bien. ¿Qué mayor bien que renacer a la vida divina y ser hechos hijos de Dios? ¿Qué mayor bien que ser

limpiados del pecado, recibir la fe, y pertenecer a la Iglesia, y ser un seguidor tuyo, Jesús?

El Bautismo es la puerta de entrada a la vida cristiana. Por lo mismo, es el primero de los sacramentos porque abre el acceso a los demás sacramentos.

No sé, Jesús, si alguna vez seremos capaces, al menos yo, de llegar a entender en profundidad que todo un Dios que no cabe en el Universo pueda cohabitar en nosotros por el Bautismo. Limpios de pecado, quedamos habitados a continuación por las tres Divinas Personas, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Como si esto fuera poco, el Bautismo nos infunde la gracia santificante, las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo, imprimiendo en el alma el carácter sacramental que nos hace cristianos para siempre. Y nos incorpora a la Iglesia.

Pero ya ves, Jesús, hemos pasado de un tiempo de cristiandad, donde las cosas más sublimes se vivían con naturalidad, a un tiempo de enorme pérdida de sensibilidad, donde las cosas de Dios quedan relegadas a un segundo plano, incluso al olvido.

Mala cosa es perder la sensibilidad. De los sentidos y del alma. Sin sensibilidad, sin sentir las cosas que nos rodean, sin sentir el fuego que nos quema, uno puede arder y morir sin enterarse a tiempo de evitarlo.

Se necesita, pues, mucha sensibilidad, tanto espiritual como material. Y lo mismo para lo espiritual que para lo material. Salvo que pretendamos convertirnos en robots. He conocido personalmente varios casos de médicos que, asistiendo al nacimiento de una criatura, y viendo que ésta se moría, ellos mismos han realizado un bautismo de emergencia con la criatura. Sabían perfectamente el valor del bautismo. Y sabían, saben, que el bautismo no es un acto mágico, sino un don sublime de Dios. Médicos con sensibilidad. Esos médicos con sensibilidad, personalmente me dan mucha confianza.

Pues bien, Jesús, siendo el ministro ordinario del bautismo tanto el Obispo, como el Sacerdote y el Diácono, en caso de necesidad cualquier persona que tenga intención de hacer lo que hace la Iglesia puede bautizar. Es doctrina antigua de la Iglesia. Y es tan sencillo. En caso de emergencia, basta con derramar un poco de agua en la cabeza de la criatura diciendo:

–*"Yo te Bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".*

Y aun quiero puntualizar algo más. Según la sociedad ha ido cambiando de un tiempo de cristiandad, a un tiempo de omnipresente materialismo, y en consecuencia, pérdida consecuente de humanismo, hemos ido cerrando el sentido de lo transcendente. Como si no hubiera otra vida que la actual. Es el materialismo del absurdo. Y no obstante y ser constatable esta realidad, lo lógico sería decir: ¿Para qué prepararse para ser médico, ingeniero, arquitecto, cura, o astronauta? Total, ¿para cuatro días, si llegan,

que vamos a vivir? Pero la gente se prepara, estudia, saca su título universitario, ejerce su profesión. ¿Hay lógica en esto?

Pues bien, lo mismo que nos preparamos para ejercer una profesión, sea cual sea, que nos ayuda a realizarnos y nos asegura un porvenir, igualmente hay que prepararse para ser cristiano. Se necesita un catecumenado bautismal, como en los primeros tiempos de la cristiandad. Si se perdió el catecumenado personal fue debido a que el ambiente familiar y social era cristiano. El mismo ambiente servía de catecumenado, de preparación, no tanto ya al Bautismo, que ya se había recibido al poco de nacer, sino a vivir una vida cristiana con responsabilidad. Hoy la situación ha cambiado. Y no podemos vivir de las rentas, porque éstas se han acabado. Para prepararse a cualquier profesión se necesita estudiar. Se acude a la universidad. En lo referente al Bautismo, la familia y el ambiente cristiano era la mejor universidad. Eso ha cambiado. Es el momento en que cada quien tendrá que sacar las castañas del fuego, como se dice. Y responsabilizarse personalmente para dar el paso al Bautismo. Porque la necesidad de Dios no ha cambiado. Sigue en pie.

LA HISTORIA LA CONSTRUYEN LAS MADRES

Jesús, sé que sólo se aprende a valorar la importancia de una madre cuando ya no se tiene. Me dirás que esta es una frase hecha. Es cierto, Jesús. Pero es la realidad. El niño se pega a las faldas de su madre, siente su cariño, sus mimos, sus atenciones. Y no piensa que un día le puede llegar a faltar. Pienso en los niños huérfanos. Algunos lo son desde tan pequeñitos que nunca supieron lo que es el calor y el amor de una madre. Quizá y por lo mismo, no la echen tanto de menos como cuando se queda uno sin madre siendo ya consciente de su pérdida. El dolor de la orfandad queda clavado en lo más hondo del alma. Es una carencia imposible de llenar. Finalmente, por ley de vida llega el momento en que todos terminamos por pasar por la experiencia de la orfandad, si se sobrevive a la madre. Pero no hay ni punto de comparación entre perder a la madre cuando se es aún niño, que perderla siendo ya mayor.

Otra frase, acuñada como muletilla es: *Madre sólo hay una*. Lo cual es una verdad a medias. Para cada quien sólo hay una madre. Cierto. Pero el mundo está lleno de madres. Y son ellas, las madres, quienes construyen la Historia.

Jesús, ya que estas reflexiones están plasmadas desde mis recuerdos primeros, junto a mi madre, sigo arañando en mi memoria infantil. Y encuentro que, como buenos navarros, a mis padres les gustaban las corridas de toros. Lógicamente, me llevaban con ellos a ver los toros. ¿Cuándo fue la primera vez que me llevaron? Mi memoria no lo registra. Pero sí lo que calificaría de nebulosa en la lejanía. Recuerdo que hablaban de *Manolete*, el famoso torero. Seguramente vi torear a Manolete, sin yo enterarme quién era el tal *Manolete*. Sin embargo, por lo que sigue, es claro que algunas escenas de lo que pasaba en el ruedo debieron quedar grabadas en el disco duro de mi subconsciente. Aún no tenía cuatro años.

Eso es. Aún no tenía cuatro años. Pero un día, jugando en la calle con los demás críos de mi edad que, por pequeños, aún no íbamos a la escuela, -guarderías no había, estas fueron posteriores-, resulta que allá a los lejos, ¿quinientos metros…?, vi venir un camión, de los pocos que entonces había. Ni corto ni perezoso, me planto en medio de la calle. Y en plan torero, con la camisa a guisa de capote, me pongo a citar de lejos, mejor dicho, de lejísimos, al toro. Léase, camión.

–*¡Jeeee, toro…! ¡Jeeee, toro…!*

A los demás críos les debió resultar gracioso el gesto del espontáneo lanzado al ruedo de la calle. Y como los críos, críos son, alguno de los mayorcitos debió ir con el chivatazo a mi madre, que no andaba lejos. Esta se presentó al momento.

¡Pobre madre! Venía asustada. A saber qué se imaginó. Seguro, en el mejor de los casos, me vio camino de la *enfermería*. ¿Y en el peor? De golpe debió venirle a la mente alguna tragedia estilo Shakespeare. Tragedia. Las madres tienden a ser alarmistas. Ahora bien, como la realidad es la que es, el toro, léase camión, ajeno al valor del tierno infante en función de espontáneo, aparcó a los quinientos metros, o más, donde yo lo vi aparecer. Pero mi madre, cogiéndome en volandas, me metió de inmediato en casa, donde me dio una buena regañina.

–¡Hijo, jamás me vuelvas a hacer eso! ¡No sabes el susto que me has dado! ¡¿Me has oído…?!

–¡Si yo no he hecho nada…!

Con un beso terminó la regañina.

Los niños nunca hacen nada. Es su autodefensa. Y todo se arregla con un pequeño lloro del niño, lágrimas de cocodrilo, y un montón de besos de la madre. Porque las madres, eso sí, se comen a sus hijos a besos. Mi madre no pasaba del regaño. Por más que levantara la voz. No recuerdo que nunca me pegara. Sabía corregir y educar sin acudir a la *zapatilla*.

–"¡Te voy a dar con la zapatilla…!",

Solían decir las madres. Frase hecha. Ahí terminaba todo. Menos mal que a mi madre, el hijo no le salió torero.

Jesús, resulta grato recordar a la madre. Para el hijo, o hijos, la madre es siempre la mujer ideal. La mejor. ¿No sentiste lo mismo con respecto a la tuya? Por supuesto.

Dicho lo cual, por más que digan que *madre sólo hay una*, yo encuentro más de una. La primera Eva, allá en el paraíso terrenal. Madre de la Humanidad. Pero no vayamos tan lejos. Y vaya por delante lo que pienso. Mira, Jesús, no me cabe duda. De haber vivido hoy les hubieran tenido que dar el Nobel de la Paz. ¿Sus nombres? Isabel y María, en orden cronológico. María e Isabel, en orden de importancia. La una, Isabel, simboliza y cierra el Antiguo Testamento. La otra, María, simboliza y abre el Nuevo Testamento.

Son dos mujeres llenas de la luz de Dios por la gracia de un embarazo feliz. Las dos van a ser madres, en los designios transcendentes de Dios. Las dos se encuentran y abrazan en Ain Karen. Su abrazo simboliza el Encuentro de los dos Testamentos bíblicos, el Viejo y el Nuevo. Isabel, madre de Juan, el Precursor. María, tu madre, el Hijo de Dios.

–*"¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?"* (Lc 1,42-43).

Y yo me pregunto: ¿Y quiénes somos nosotros para que Dios se haya dignado hacerse hombre y habitar entre nosotros? Desde el encuentro de aquellas dos mujeres el mundo cambió. Ojalá nuestros humanos encuentros fueran al estilo de aquellas dos sensacionales mujeres.

Cuando la mujer responde al plan de Dios se convierte en auténtico evangelio. El Evangelio no son palabras, discursos, lanzados al viento. El

Evangelio es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. La Vida en Cristo. Vida en ti, Jesús.

Evangelio significa curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, les roba vida o la ilusión de vivir. Y ¿quién mejor que la madre para curar las heridas, para luchar por erradicar el mal y el sufrimiento? Y, sobre todo, ¿quién mejor que la madre para infundir esperanza? Porque el Evangelio es despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios.

Jesús, ya ves. Es en definitiva la mujer la que tiene que lidiar con todos los problemas que se van presentando a diario. Aunque los hijos son salgan toreros. Que también.

LA HORA DE DIOS

Jesús, con reloj, o sin él, hablemos de la hora. Me dirás, ¿de qué hora? Pues, mira. Por larga que sea nuestra vida, esta pasa en un santiamén. La tuya fue tronchada en plena lozanía. No te dejaron que fueras más allá de la juventud. Bien es verdad que entregaste tu vida voluntariamente. Lo cual no significa que no te costara. Morir cuesta. Vaya que si te costó. Tanto que le dijiste al Padre:

–*"Padre, si es posible, pase de mí este cáliz"* (Mt 26,39).

No fue posible. Igual que el trigo se siega cuando está maduro, tu vida estaba madura para la cosecha. Y te hiciste pan candeal. Y vino de eternidad. Esta fue tu vida y tu muerte. Una ofrenda de Amor. Pan de Eucaristía.

Jesús, te cuento lo siguiente. Fidel Castro tuvo una larga vida. También a él le llegó la Hora de Dios. No vamos a discutir sobre su vida. Si fue malo o fue bueno. Eso corresponde sólo al juicio de Dios. Yo me quedo con dos detalles. El Primero, cuando la guerra sandinista en Nicaragua, por cierto, yo andaba misionando por tierras centroamericanas, Fidel dijo a los sandinistas:

–*"No se metan con la Iglesia".*

Por Iglesia entendía él los curas. Y no se mató a ningún cura. En cambio, en El Salvador, donde me tocó estar en plena guerra, vaya que si asesinaron curas. Y no digamos laicos.

Detalle segundo. del que te hablo es el siguiente. Fue cuando el Papa Juan Pablo II visitó Cuba. Hay una foto en la que aparecen juntos Juan Pablo II y Fidel. Los dos están mirando, curiosamente, el reloj de Fidel. Interesante escena. Me llamó la atención. La foto dio la vuelta al mundo. Todo un símbolo. Los dos miran el reloj de Fidel, no en el del papa. Como si el mundo estuviera pendiente de la hora que marcaba Fidel. Si todo viaje papal es seguido por el mundo entero, con marcado interés, más lo fue el realizado a Cuba por Juan Pablo II. Se trataba del encuentro de dos personajes históricos, aunque por motivos bien distintos.

Y es que, el lenguaje de los signos es muy expresivo. El de mirar el reloj, no pasó desapercibido. El Papa preguntaba por la *"Hora",* no por el *"tiempo".* Fidel miró su reloj. Y el Papa y Fidel miraron juntos el reloj. El de Fidel. En ese momento era más protagonista Fidel que el Papa. Los dos miraban la *"Hora".* Y el mundo entero los miraba a ellos. Fue un mirar convergente, muy significativo. ¿Esperaba el Papa un cambio en Fidel? Sería mucho pedir. Pero, de momento, era suficiente con que Fidel hubiera recibido al Papa. Desde el silencio, es como si el reloj le dijera:

–*"Es hora de cambiar".*

¿Cambiar qué? ¿La Revolución? La de Fidel estaba hecha. Quedaba, pues, la del Papa. La verdadera. La del Amor. Y ésta sólo es posible desde el Evangelio. La revolución de la opresión, de la persecución, de los atropellos

e injusticias, estaba caduca y caducada. Caducada de necesidad. La *Revolución de la dignidad de la persona y sus derechos*, estaba por hacer.

Jesús, he querido recordarte esta anécdota que, por cierto, me sirvió para el editorial en la revista Icono, que, a la sazón, yo dirigía. La verdadera Revolución sólo es posible desde el Amor. Qué distinto sería el mundo si hubiéramos seguido tu consejo:

–*"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34).

Es la *"Hora"* de mirarnos en el reloj de la Reconciliación con Dios. Es, Jesús, tu Hora: *la Hora de Dios*.

LA LECCIÓN DEL LÁTIGO

Jesús, fuiste audaz y provocativo. Aquel gesto tuyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén, fue valiente, comprometedor y tremendamente arriesgado, al arrojar del mismo a vendedores de novillos, corderos y palomas; y al volcar las mesas de quienes cambiaban moneda extranjera por nacional. Esto te supuso un enfrentamiento frontal con la oligarquía dirigente y dominante del país. Habían hecho del Templo, principal símbolo religioso y unificador, el cuartel general de la política y de la economía.

Tu gesto inusitado iba más allá de la provocación. El abuso de poder de los dirigentes había sobrepasado los límites tolerables. Denunciabas al mismo tiempo que la religión, por sí misma, no es sinónimo de santidad, ni el acudir al Templo garantía de salvación personal.

Naturalmente, la fuerza profética con que actuaste desencadenó tu detención, y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. Mentira. Tú jamás atacaste la vida religiosa de nadie. Atacaste, sí, la política corrupta, escudada en la religión, por quienes detentaban el poder. Dejaste en evidencia que el Templo no es patrimonio de nadie, ni la coartada de intereses personalistas. Dejabas en evidencia también a quienes quieren manipular para sus intereses a Dios, reduciéndolo a ocupar un lugar geográfico concreto. Buscabas signos del Reino de Dios y su justicia. Allí apenas los había. El de Jerusalén, como cualquier otro templo, debía ser casa de oración, no almacén de absurdo mercado; ni banca de divisas, donde los diezmos y primicias ofrecidas a Dios se convertían en negocio lucrativo.

A saber, por qué universal mecanismo psicológico del complejo de poder, quien se instala en el mando tiende, y de hecho lo consigue, a separarse del pueblo. Y el pueblo queda en un teledirigido e irrelevante segundo plano. La religión, así practicada, puede llegar a tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado bajo la bandera de la religión.

Naturalmente Dios no podía legitimar una religión como aquella, creadora de las clases sociales, compuesta de dominados y dominadores. Como no se puede legitimar una religión que proclame la guerra santa como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista. ¿De cuándo acá las guerras son santas? Ante tu actuación, Jesús, cabe preguntarse por el papel que desempeñan las religiones. ¿Una religión de puros? Tú viniste a salvar a los pecadores. Tú viniste a decirnos que tenemos que:

–*"Sed santos como el Padre celestial es santo"* (Mt 5,48).

Cada religión tiene sentido y vale en la medida que ayuda a sus seguidores a llevar un estilo de vida en consonancia con la santidad de Dios y el respeto que todo ser merece.

Lo primero no es la religión, sino la santidad que nos ayuda a adentrarnos en el reino de Dios. Cuántas veces ritualismos y prácticas religiosas no pasan de ser simples sucedáneos de la realidad ideal. Y, todavía peor si se mezcla con la magia, o con las supersticiones.

La magia es todo lo contrario de la religión. Mientras la religión acerca el ser humano a Dios, la magia lo aleja. Amor y magia se dan de coces, dicho vulgarmente. La religión va en la línea del amor. La magia, por el contrario, va en la línea del miedo o del interés. El miedo nos lleva a buscar toda clase de medios de defensa, para defendernos de un poder amenazador. Desde la magia, Dios es alguien que amenaza, o estorba. Desde la religión, Dios es alguien que ama. Cercano. Que crea confianza. Dios es un Padre que nos ama, y nos ama de verdad. Esto es lo que tú, Jesús, nos has revelado. Es más, nos has dicho que eres el Camino. El único camino seguro para llegar al Dios que es Amor. Esto la gente lo entendió. Por eso, cuando hablabas a la gente, con ese enorme sentido pedagógico que te caracterizaba, lo hacías con palabras y símiles que la gente pudiera entender su mensaje. La gente de tu entorno, era gente acostumbrada a los rigores del desierto, donde los caminos se diluyen y es fácil perderse. Y tú les dices:

–*"Yo soy el Camino"* (Jn 14,6).

¡Ay, Jesús, o te buscamos a ti, o nos buscamos otros caminos! ¡Pero esos caminos no llevan a ninguna parte! ¡Sólo tú eres el Camino!

LA LUZ SIEMPRE ENCENDIDA

Jesús, hoy gozamos de la comodidad de tener luz eléctrica. Tan normal nos parece que ni cuenta nos damos. Pero en los tiempos pretéritos fue distinto. Hasta que se hizo este maravilloso descubrimiento. Y digo descubrimiento, porque inventar, lo que se dice inventar, entiendo que no es correcto. El Eclesiastés, al respecto, dice:

–*"No hay nada nuevo bajo el sol"* (Ecl 1,9).

Es decir, todo está ahí, al alcance de cualquiera. Sólo hay que descubrirlo, destaparlo. Pero bueno, no quiero desviarme del tema. Te decía, Jesús, que esto de la luz eléctrica es cosa nueva. Antes, la gente se valía de candiles. Bien. En el Evangelio empleaste siempre términos que hasta la gente más sencilla pudiera comprender. Para iluminar la estancia usaban candiles. Y, tú hablaste del candil. Utilizaban la sal. Y, tú hablaste de la sal. Tu lenguaje era transmisor, siempre, de un mensaje.

La luz y la sal. Dos elementos bien conocidos. Pero hay que ver, cómo los resaltaste, al presentarlos como símbolos del Reino de Dios. Esto es maravilloso, Jesús, porque el Reino de Dios no es un ente de razón, sino algo muy real, que está constituido por personas. Al aplicar estos símbolos a las personas, estás haciendo que todos nos impliquen en este Reino de Dios. Por eso tu lenguaje era, lo sigue siendo, directo. Dices: Vosotros. Los de entonces, ahora, y siempre:

–*"Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,13-14).

Me fijo en la sal. ¿Para qué sirve? Por obvia, pareciera sobrar pregunta y respuesta. Pero no. No sobra. Tu lenguaje, Jesús, implica a las personas. Estamos ante dos símbolos. Más allá de que la sal es para sazonar las comidas, son las personas quienes debemos sazonar. Lo primero de todo, sazonar la persona. Luego, la sociedad, el mundo en el que vivimos. Que el mundo sea más agradable. Que la gente sea más feliz. Que la misma religión más atrayente. Que la gente disfrute del encuentro con Dios y con los hermanos. Es así como la vida tendrá otro sabor.

Te dolía ver a la gente triste y aburrida. La gente que languidece por falta de sintonía con Dios. Y hay gente que languidece porque otros les impedimos acercarse a Dios. Y, ese impedimento es profanar la religión, es profanar a Dios y al hermano. La religión tiene que ser fuente de alegría.

Pienso en la luz. Cuando, por ejemplo, los espeleólogos bajan a las grandes simas en la profundidad de la tierra, van equipados de buenas y potentes linternas. Hemos conseguido meter la luz en unas simples pilas. Basta dar al contacto y se hace la luz. Una maravilla, ¿verdad? La luz sirve también para mostrar el camino cuando cae la noche. Para romper las tinieblas. Las mismas que impiden ver que el camino está henchido de la belleza radiante de la creación. Esto es maravilloso, Jesús. No quieres que

las tinieblas nos envuelvan. Nos invitas a encender la luz. Que no la apaguemos. Tu Luz no pasa factura.

Más. Nos dices:

"Yo soy la Luz del Mundo y *el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida"* (Jn 8,12).

Luz para que podamos ver con total claridad el camino de la vida, de la libertad, del amor, de la fraternidad... Quieres que nuestra luz ilumine a todos. Que no la metamos debajo del celemín. El celemín, utensilio de medida. Quieres que nuestra medida sea la del amor cristiano. Un amor sin límites.

Jesús, que tu Luz no se apague nunca en nosotros.

LA MUJER GUARDIANA DE LA VIDA

Jesús, entre las cosas que tengo claras está ésta: La mujer es la fuente de la vida. Y, en consecuencia, es, al mismo tiempo, la guardiana de la vida. Nadie podrá negarlo. Esta fue la tarea que Dios asignó a la mujer: Ser la fuente de la vida. Es su vocación más sublime. Aunque no fuera más que por esa excelsa vocación, es motivo más que suficiente para darle todo el respeto del mundo. ¿No parece, Jesús?

La maternidad hace que la mujer se parezca en gran medida a Dios. ¿Por qué? Dios es el Creador de cuanto existe. Los creyentes tenemos esto muy claro. ¿Y los no creyentes? Pues si no lo tienen claro, tendrán que esforzarse por encontrar otra fuente de donde brota la vida. Te garantizo que no la encontrarán fuera de Dios. Dios es la vida. Y si el mismo Dios quiso que el hombre, varón y mujer, fuera su lugarteniente en la tierra, a la mujer le asignó el don sublime de la maternidad.

Desde esta base, y partiendo del rol universal asignado a la mujer en general de ser guardiana de la vida, podríamos fijarnos ahora en determinadas mujeres que han destacado en la Historia de la Humanidad. Sí, la mítica Eva fue la primera. Fue la madre de todos los vivientes. De acuerdo. Cuando digo mujer, estoy universalizando un ente concreto: la Mujer. Bien, pero ahora tratemos de individualizar este universal arquetípico. Y nos fijamos en algunas mujeres concretas, de carne y hueso, que aparecen en la Biblia, y cuya labor ha sido fundamental y sublime.

Bien, Jesús, por su importancia en la Historia de la Salvación, aludiré en primer a María, tu Madre. Sé que la amabas entrañablemente. Como entrañablemente la amamos también los cristianos. El Padre Dios la eligió para la misión más sublime que ninguna mujer, ni ella misma, hubiera podido jamás soñar. Ser la Madre del Redentor. La hizo Inmaculada. Y al llegar el momento en que tenías que venir al mundo, El Padre le envió al arcángel Gabriel para anunciarle la sorprendente noticia. Que ella era la elegida. No se lo podía creer. Humilde como era, y puesto que no alcanzaba a comprender la misión que Dios le asignaba, preguntó, pidió una explicación. No buscaba ningún honor para ella. Ni se consideró digna de tan impensable misión. Al comprender cuál era la voluntad de Dios, con total humildad respondió al ángel:

–*"Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho"* (Lc 1,38).

¿Otra mujer destacada? Isabel, la madre de Juan, conocido como *el Bautista,* por su labor pastoral ejercida en el río Jordán. Juan fue el que te preparó el camino para que te lanzaras a proclamar el Evangelio. Isabel era estéril. Me pregunto, ¿por qué Dios elige a mujeres estériles para misiones sumamente extraordinarias? Y entiendo que es para recordarnos que toda mujer es fuente de vida, aunque sea estéril, pero que la vida es de Dios. La

auténtica fuente de vida es Dios. ¿Puede haber algo más maravilloso que la vida? Lo que estaba siendo una frustración para Isabel, no poder tener hijos por ser estéril, se convierte de pronto en un gozo inenarrable. Y Juan lo celebra, por ella y por él mismo, saltando de alegría en el vientre materno.

–*"Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno"* (Lc 1,44).

Cada mujer es hija de Dios. Tiene una dignidad intrínseca. Nadie como tú, Jesús, supo valorar esa dignidad. Por eso dejaste que una pobre pecadora te lavara los pies, escándalo incluido de los fariseos, cuando estabas comiendo, invitado precisamente por un fariseo. (Lc 7,37-40). Y, ya ves. Nadie pudo acusarte del más mínimo desliz con alguna mujer. Jamás. Y bien que cultivaste la amistad humana con mujeres. Basta recordar tu amistad con Marta y María (Lc 10,38-42).

Es natural, por consiguiente, que, viendo tu comportamiento limpio ante cada mujer, nadie pudiera reprocharte nada, al respecto. Anduviste siempre a la luz del día. Todos sabían por dónde andabas en cada momento. De esta manera, se comprende también que las mujeres te tuvieran respeto y confianza. Y se te acercaran. Unas para ser curadas. En el cuerpo o en el alma. ¿Qué hiciste, si no, con María Magdalena cuando te lavó los pies en la casa del fariseo, sino perdonarle los pecados?

Hubo otras mujeres que formaban parte del grupo junto con los apóstoles. Viajaban con vosotros. Hasta os ayudaban con sus bienes. El evangelista Lucas lo anota:

–*"Jesús recorría las ciudades y los pueblos, predicando y anunciando la Buena Noticia del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres que había sido curadas de malos espíritus y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cusa, intendente de Herodes, Susana y muchas otras, que los ayudaban con sus bienes"* (Lc 8,1-3).

Toda mujer desea ser comprendida, valorada, amada. María Magdalena es el prototipo de mujer que se sintió valorada y amada. Por eso supo también corresponder con su agradecimiento. ¿Quién fue, si no, la primera en acudir el domingo temprano al sepulcro? Ella. Fue la mujer con el amor más limpio que he visto en mi vida. Al verte resucitado, en un primer momento no te reconoció. Sus lágrimas eran un velo que le impedían verte. Eran las lágrimas de un amor verdadero, agradecido, sin egoísmos. Su premio, como agradecimiento, fue ser mensajera de la más novedosa y sublime noticia: tu Resurrección.

Así que, Jesús, ¿cómo no valorar y respetar a la Mujer, guardiana de la vida?

LA PAZ ES POSIBLE

Jesús, desde el Evangelio que proclamaste, se pueden construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. Sí, de paz. Y mira que andamos escasos de ella. Nos soliviantáis por cualquier cosa, nos destrozamos, y luego tratamos de medio arreglar las cosas con los acuerdos de paz, que duran, como se dice, lo que un caramelo a la puerta de un colegio. Se restablece la paz. Vale. Y, ¿cuánto os dura? Una pena.

Las casi dos décadas que llevamos del siglo XXI están resultando salvajes. La deshumanización en algunos países, bestial. Como los países más castigados pertenecen en su mayoría al islam, a la guerra se le ha dado tintes claramente religiosos. Islam contra cristianismo. Que también. Pero la realidad, creo, Jesús, que va por otro camino. Es de índole política. De otro modo no se daría esa inhumana crueldad. Crueldad que clama al cielo. Hay un ataque frontal a los cristianos. A la vista está. Pero los islamistas golpean también, y de qué manera, a los mismos seguidores del islam.

Esto me hace pensar, en primer lugar, que necesitamos un buen baño de humanismo. En segundo lugar, ponernos a trabajar el llamado sentido común. Ya sé que, aun y con esto, la paz seguirá siendo precaria. La paz es difícil. Cierto. Y es difícil porque lo que realmente nos cuesta es aunar la suficiente buena voluntad por parte de todos. El islam es el primero que debe frenar el comportamiento bestial de quienes, amparados en ese credo, donde por cierto hay mucha gente buena, van sembrando el terror y la desolación.

¿Quién no siente enorme tristeza al ver que no se respeta la vida, ni la cultura? Esa cultura acumulada en siglos de civilización y de historia. No importa desde qué razas o religiones hayan sido levantados esos sensacionales monumentos, reducidos hoy a testimonial arqueología.

Antes de venir tú al mundo, Jesús, de tomar la condición de hombre, la tierra había sido habitada por incontables razas y religiones. Todas dejaron huella de su paso por la tierra. ¿Cómo no va a doler, pues, este claro retroceso actual, en humanización y humanidad, sobre todo en ciertos sectores de la sociedad actual? Pues a pesar de todo, hay que apostar por la paz. La difícil paz, sí. Mas no imposible. En el Evangelio lo dejaste muy claro:

–*"La paz os dejo, mi paz os doy*" (Jn 14,27).

Y añadiste:

–*"Pero no como la da el mundo"* (Jn 14,27).

¿Qué paz da el mundo? Ninguna. Nadie da lo que no tiene.

El día en que por fin se empiece a escribir la política con letras mayúsculas habremos dado un paso gigante hacia la paz. Pero es necesario que la hegemonía no la lleven ni la economía ni el poder partidista. De seguir así, terminaremos por arruinarnos todos. Sobre todo, en valores humanos y

cristianos. La civilización no se consigue en un día, es cierto, pero en menos tiempo se puede terminar con ella.

Creo, Jesús, que debemos dar un viraje de ciento ochenta grados y poner la mira, no en las armas de destrucción, sino en los valores superiores de la cultura, del bienestar nacional e internacional, en aras de un patrimonio raíz que sea común a todos y para todos.

No basta concertar la paz. La paz no viene, como la lluvia, de una nube. La paz se construye. Entre todos. De lo contrario, todo queda en parches efímeros que infectan todavía más las heridas.

Solías repetir, Jesús, este estribillo:

–*"El que tenga oídos para oír, que oiga".* (Mt 13,9), (Mc4,23).

Es como cuando de niños, en la escuela, aprendíamos la tabla de multiplicar canturreando todos a coro: "Dos por una es dos, dos por dos son cuatro…" Eso intentaba yo. A base de repetir el estribillo, aprendíamos la lección.

Jesús, tú nos enseñaste a construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. Ayúdanos a poner manos a la obra.

LA VERDAD DEL EVANGELIO

Jesús, nuestra vida está llena de *las Verdades de la Fe cristiana*. Que, por cierto, todas están contenidas en el Evangelio. Y, el Evangelio es sumamente claro, diáfano. Pero sucede que, la tentación de añadir cosas paralelas al mismo, es constante. Interpretaciones que no casan, normas. Nos llenamos de normas, escritos, documentos, y libros paralelos que no siempre reflejan *la nitidez* del Evangelio que tú nos anunciaste.

Por ejemplo, la Moral. La de los libros, claro. Mira que se han escrito libros y más libros de moral. Me pregunto. ¿Qué ha pasado con la moral? Pues que, al convertirla en una ciencia autónoma, automáticamente se ha convertido en un tratado extenso de casuística, de actos concretos. Mientras que el Evangelio presenta un camino diáfano a seguir. Naturalmente, en este camino hay un proceso. La misma persona, toda persona, es un proceso. Es un hacerse, día a día. No se nace hecho, de una vez. Hay un proceso. Pero el Evangelio es la gran luz que ilumina y ayuda a ese proceso.

Entiendo, Jesús, que ese proceso está avalado por la libertad, la cual es inherente a cada persona. Pero la libertad es precaria. ¿Por qué? Muy sencillo. La libertad humana está condicionada, por ejemplo, y entre otras cosas, por la formación que cada persona ha tenido. El ambiente condiciona. Los rápidos cambios del mundo actual, son un condicionante muy a tener en cuenta. Lo mismo sucede con las dificultades, sobre todo psíquicas, que cada persona pueda tener. No es el mismo el estado psíquico de un apóstol Pedro, o Pablo, por ponerte un ejemplo, que el del pobre loco aquel de los sepulcros. –*"Apenas Jesús desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu impuro"* (Mc 5,2).

Es decir, un pobre desquiciado. Un loco. Sólo que, en tu tiempo, Jesús, con menos conocimientos en cuestiones psíquicas que hoy, se etiquetaba a estas personas como *endemoniados*, o *poseídos por espíritus impuros*. Por consiguiente, dentro de los condicionantes que rodean a cada persona, hay sin embargo una jerarquía de Verdades en la fe cristiana. Y estas Verdades culminan en la Resurrección. Quien no cree que estás vivo, y que además vives en cada creyente, se cierra a la esperanza. Carece de un futuro cristiano. Y entonces buscará cimentar su fe en otras. Como pueden ser las imágenes. He observado, muchas veces, que mucha gente cuando entra a una iglesia, lo primero que hacen es ir a rezar ante la imagen de un santo. Del sagrario, ni se acuerdan. A veces, ni una venia. Menos, una genuflexión. Te desconocen, Jesús.

Pero siguiendo con el tema de la moral. ¡Cuántos tratados de moral! ¡Sobre todo en el tema de la sexualidad! Primero, se la ha convertido en tabú. Luego, se ha visto la sexualidad en plan negativo. Y, para colmo, el sexto mandamiento ha pasado a ser el primero, para mucha gente. Tiempos ha

habido en que ¡todo era pecado! Para luego pasar el péndulo al lado contrario. ¡Ancha es Castilla! Pues ni una cosa ni otra.

Desde el siglo XVI, en materia de moral sexual, pareciera que no hubiera otro tipo de pecados. Es importante tener en cuenta lo que dijiste en el Evangelio:

–*"Si el ojo está sano, todo el cuerpo estará iluminado"* (Mt 6,22).

Que también el cuerpo es obra de Dios. Cierto es que hay que tener cuidado de no confundir sexualidad con lujuria. Pero de ahí, a que todo sea pecado, sobre todo mortal, va un abismo. Por supuesto que hay una jerarquización en los principios morales.

Yo me pregunto, ¿dónde quedó el tema de la justicia? Porque la justicia es la base de la caridad. Del Amor. En cambio, ¿cuánta preocupación ha habido por tanta gente que lo pasa mal, teniendo que huir, incluso de sus países para salvar la vida? Ese sí es un gravísimo pecado. Como lo es dejar que mueran a diario miles de niños, sobre todo, por causas evitables. Y nadie se rasga las vestiduras. Clama al cielo la situación de tantas personas desplazadas. Muchas mueren por el camino. Unas ahogadas en el mar, otras porque se les cierran las fronteras. Clama al cielo. Y aún clama más, la actitud indiferente, pasiva y vergonzosa, de quienes teniendo en sus manos los medios para poder solucionar tan trágica situación no lo hacen.

De esto sí nos va a pedir cuenta Dios. Urge, pues, el discernimiento, que es la principal categoría moral en el Nuevo Testamento. Es ahí donde entra en acción la conciencia personal. Cada quien es responsable de sus acciones, de su comportamiento, y de su vida.

Jesús, lo hemos comentado en alguna otra ocasión. ¿No habrá nadie que, al igual que se rechazó el comunismo en su día, no sea capaz de levantar la voz y pedir que se rechace el capitalismo? Comunismo y capitalismo son igual de perversos. Ni uno ni otro están en la línea del Evangelio. Cuando el dinero, o las finanzas por las finanzas, cobran protagonismo, malo. Economía que no sirva para humanizar, termina por convertirse en inmoral. Como inmoral es toda guerra. Y, aún peor, si para justificarla invocan a Dios. ¿A qué dios? Así, en minúscula. Porque el Dios verdadero es Dios de amor y de misericordia.

Jesús, ayúdanos a volver a las raíces mismas del Evangelio.

LA VIDA ES LINEAL

Jesús, vengo observando, desde que tenía uso de razón, que los acontecimientos en general, por ejemplo, los de la naturaleza, son rotativos. Se va la primavera. Pero vendrá otra primavera. En cambio, la vida es lineal. Está estirada, como una vía del tren. Llega hasta donde llega. La vida, se nos va y no retorna.

Las religiones tienen ritos iniciáticos que marcan la entrada y pertenencia de sus nuevos adeptos. Uno de estos ritos más universalmente empleados, ha sido el Bautismo. Es anterior al cristianismo. También los judíos lo empleaban. De hecho, tú, Jesús, te hiciste bautizar a manos de Juan. Con ello estabas indicando públicamente tu pertenencia al pueblo judío. Como hombre, te sometiste a las leyes y normas de tu pueblo. Pero siendo Dios al mismo tiempo, el Padre se encargó de darlo a conocer. Expresamente lo dice el Evangelio:

–*"Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: "Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección"* (Mc 1,9-11).

Tu bautismo, por consiguiente, fue mucho más que un rito de iniciación.

Lo mismo pasa con los cristianos. El Bautismo va más allá de un rito. Es un Sacramento. De esta manera, la vida cristiana se inicia por la Fe. Y la fe, en general, se transmite, fundamentalmente, de padres a hijos. Pero no sólo. Cuenta también el ambiente geográfico y cultural. O sea, si uno nace en un país cristiano, lo lógico es que sea cristiano; si nace en un país que tenga otra religión, lo lógico es que pertenezca a esa determinada religión. El ambiente absorbe. Para bien y para mal. Hasta que llegue el momento en que cada uno personalice y responda de su fe. Esto conlleva un proceso. La fe, como tantas otras cosas, está sometida a un proceso de profundización. Cuando nacemos no se nos pregunta si queremos nacer. Nos dejamos llevar por otros, generalmente los padres. Hasta que llega el momento en que cada uno tiene que buscarse la vida por su cuenta.

Ya hace años, sabes, Jesús, que los obispos vascos, en la Carta que cada año suelen publicar en la Cuaresma, publicaron la que titularon *"Transmitir hoy la Fe"* (Cuaresma-Pascua 2001). Decían:

–*"La catequesis es un proceso de profundización en el conocimiento y vivencia de la fe, que se desarrolla a partir de una adhesión fundamental a Jesucristo, a quien se ha llegado a descubrir al menos inicialmente como revelación de Dios y centro de unificación para nuestra vida..."*.

Gran verdad.

Vivir la fe. Sí, Jesús. Esa es la cuestión. Para cualquier cristiano, hombre o mujer, que se plantee de verdad su fe, es bueno, más, es necesario reflexionar en la famosa pregunta que un día lanzaste a los discípulos:

–*"¿Quién dice la gente que soy yo?"* (Mc 8,27).

De sobra sabías lo que la gente opinaba de ti, estando, como estabas, todo el día en medio de la gente. Pero querías ir más lejos, en forma lineal, sin rodeos. Querías implicar personalmente a los discípulos en la respuesta. Y les dices, directamente:

–*"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"* (Mc 8,29).

Me figuro que hubo un momento de perplejidad y silencio. Seguramente no se esperaban la pregunta tan directa y con tanta puntería. Quedaron callados. Hasta que, como siempre, el bueno de Pedro, responde por él y por los demás:

–*"Tú eres el Mesías"* (Mc 8,29).

Sí, Jesús, sé que la Fe debe personalizarse. De lo contrario, no sería fe; sería otra cosa. Pues lo mismo que cuidamos nuestra vida corporal, debemos cuidar nuestra vida sobrenatural. Y si convenimos en que la vida es lineal, es decir, nacemos y vamos en línea recta hasta que morimos. No hay recodos, ni vuelta a empezar. La vida es de una pieza, toda seguida. No importa si es larga o es corta. Es la vida. Lo mismo acontece con la vida de Fe. También es lineal. Comienza en el Bautismo y llega hasta el encuentro amoroso con el Padre, en la eternidad. Porque la Fe es adhesión total a ti, Jesús. Por eso, el que se bautiza en ti, Jesús, resucitará contigo en la vida nueva de la Gracia, que es el camino y puerta de la eternidad.

LAS HERIDAS DEL MUNDO

Jesús, todos sabemos que hay mucha gente buena. Unos a diario, otros cuando pueden, te visitan en el sagrario. Muchos se compadecen de tus cinco llagas en la cruz. Expresan sus sentimientos. Las miran con ternura y compunción. Pues bien, creo que esas tus cinco llagas representan también *las heridas del mundo*. El mundo está herido, llagado, de pies a cabeza. La gente, al fijarse en tus llagas, hablan de cinco llagas. Se quedan cortos. Todo tu cuerpo está llagado. Lo que pasa es que, te representamos con las cinco llagas gloriosas. Ya resucitado. Pero si pensamos en el comienzo de la Pasión, las cosas cambian. Los treinta y nueve azotes te habían dejado la espalda en carne viva.

–*"Pilato mandó entonces azotar a Jesús"* (Jn 19,1).

El dolor terrible. Quizá porque esa tremenda llaga que, prácticamente, abarcaba todo tu cuerpo fue anterior a la crucifixión, no se suele tener en cuenta. Mira, la única que no te dolió fue la del costado, porque ya habías muerto.

Jesús, en el ser humano, gracias a Dios, aún queda un rescoldo de buenos sentimientos. Surge la conmiseración y la compasión cuando se ve sufrir a alguien. Pero esto me lleva a lo siguiente: Nadie tendría derecho a proclamarte como su Redentor, si no toca tus heridas. No digo, físicamente. Sino con el corazón. En plan físico, dejémoslo para el apóstol Tomás. Fue el primero, y único, que quiso tocarlas. No les creyó a los compañeros cuando le dijeron que habías resucitado. Respondió:

–*"Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré"* (Jn 20,27).

Por esta actitud se le ha considerado como el discípulo incrédulo. Yo, con todo respeto, opino lo contrario. En ti, Jesús, sí creía. De esto no hay duda. Tanto, que quiso verificar por sí mismo que no estaba ante una alucinación. Que aquello no era un sueño. Buscaba certezas. De ti no dudaba. De hecho, en cuanto le invitaste a tocar tus llagas, sucumbió a la evidencia.

De otro lado, hoy hablamos mucho de ir a *las periferias del mundo*. Lo malo de ciertas frases, ¿sabes?, es que son bonitas, suenan bien, y no nos damos cuenta suficientemente del dramatismo que en cierran. Me gustan los poetas. Pero el mundo actual necesita sobre todo profetas. Hay mucha distancia entre poetas y profetas. El poeta sale al mundo a pasear su fantasía. El profeta sale a palpar y denunciar las tremendas llagas que hieren y martirizan a la humanidad. Sobre todo, la injusticia, la pobreza. Una de esas llagas es la falta de solidaridad ante tanta pobreza. Tus llagas están reproducidas y vivas en la gente que sufre. El apóstol Pedro lo recuerda:

–*"Cristo padeció por vosotros, y os dejó un ejemplo a fin de que sigáis sus huellas"* (1Pe 2,21). *"Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos*

en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia" (1Pe 2,24).

Justicia. ¿Hay justicia en el mundo de hoy?

Es urgente que escuchemos a los más pobres, a los más abandonados. Y que, en vez de fijarnos en las distintas religiones, y de que hay quien quiere imponer una religión sobre otra, lo cual es prepotencia, soberbia, y flagrante alarde de falsedad, se imponga el sentido humanitario. Tú no viniste a fundar ninguna religión. Viniste a enseñar el camino para construir un mundo nuevo y posible. Un mundo con corazón. Con amor. Cualquier religión que carezca de amor al prójimo, está muy lejos de Dios. Ni siquiera puede llamarse religión. Se impone, pues, la realidad. Y la realidad es que el mundo sufre. Y, en consecuencia, hay que poner remedio a esta situación.

Reitero, Jesús, faltan profetas, y sobran demagogos. Las personas buscan autenticidad, sobre todo en sus gobernantes. ¿Cómo conseguir esta autenticidad? Es fundamental una íntima comunión contigo, que eres el Redentor, que has dado tu vida por todos. Pero si los gobernantes están alejados de Dios, ¿qué se puede esperar de ellos? No basta ver las heridas. Hay que tratar de curarlas. Necesitamos la cultura del diálogo, del entendimiento, de una convivencia pacífica.

Lo ha recordado el papa Francisco, cuando anima a todos a

–*"salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio"* (EG 20).

En estas *periferias* están los emigrantes, los más desfavorecidos, muchos adultos que, enfriada su fe, se han ido alejando de ti. Y una vez lejos de ti, no han transmitido a los jóvenes, ni lo han intentado, el don de la fe. De modo que, muchos jóvenes están también en estas periferias. Abandonados a su suerte, como ovejas sin pastor.

Jesús, que quienes tenemos la gracia de conservar el don sagrado de la fe, tratemos de ser testimonio de cercanía y amor para todas las personas. Que seamos instrumentos de la misericordia de Dios para los demás. Que mantengamos la fidelidad al Evangelio. Que seamos profetas de la verdad y la misericordia en medio del mundo.

LIBERTAD ENJAULADA

Jesús, con frecuencia los niños cogen berrinches. Es normal, son niños. Cualquier persona adulta puede tener un berrinche en algún momento. Diremos que también es normal. Cabe en lo posible. Los berrinches en los niños suelen ser frecuentes. Es un modo reivindicativo de defender su personalidad. No miran a si tienen o no la razón. Quieren que se cumpla su capricho, llamémosle su santa voluntad. Y se ponen tercos. Se enrabietan, patalean, lloran. En tal caso, los padres suelen tomar actitudes muy dispares, con que, a su vez, desahogar los nervios: o se enfadan e imponen su autoridad por la fuerza dando un cachete o niño/a; o ceden a los caprichos del niño/a. El cachete no sirve. Y ceder al capricho tampoco. Ambas actitudes son negativas. Hay que ingeniárselas para dialogar con el niño/a y ayudarle a comprender las cosas. Al niño, como al adulto, hay que razonarle las cosas. Hacerle ver por qué tal cosa le hace bien o le hace mal. Le conviene, o no. Hablando, como se dice, se entiende la gente. Y los niños, por tercos que sean, también entienden. También saben ceder cuando han comprendido. El castigo crea resentimiento. La ternura, en cambio, educa.

A este respecto recuerdo, Jesús, que a veces me ponía huraño con ciertas personas. No con todas. El niño pequeño es como un juguete para los mayores, pero el niño sabe distinguir a las personas amistosas de las empalagosas. Todo mundo desea besuquear al niño. Cuando querían darme un beso, me dejaba o no, en base a ese criterio. Aún me parece escuchar a mi madre.

–Dale un beso, que es…

Ya podía ser quien fuera. Por no sé qué personal intuición, yo torcía la cabeza, la apoyaba en el hombre de mi madre. Y no había beso. Otras veces, en cambio:

–Dale un beso a…

Y había beso.

Con el tiempo me he preguntado: ¿No sería esa negativa mía a besar a determinadas personas la mejor forma de salvaguardar mi propia libertad? Creo que sí. Que a fin de cuentas la libertad consiste en ser uno mismo. Aunque el niño no sepa explicarlo.

La libertad necesita aprendizaje. ¿No es así, Jesús? Pues bien, cuando me planteo este tema, más de una vez me he preguntado: ¿Cuál es el lugar propio y mejor para aprender qué es la libertad y saber ejercitarla? Y dando vueltas y más vueltas en mi cabeza, llego a la conclusión de que es en la familia donde se aprende a ser libre, y por consiguiente, a salvaguardar el valor de la libertad.

La libertad es necesaria para todo. Porque se trata de ser uno mismo, y de este modo, asumir la responsabilidad de serlo. ¿Qué puede hacer alguien

sin libertad? Se necesita libertad, por ejemplo, para acercarse a Dios. Ahora bien, la libertad necesita aprendizaje, para no confundir libertad con libertinaje.

La ignorancia nos minimiza, como personas y como cristianos. Hasta para algo, que por habitual parece normal, como es el conducir un coche, se necesita aprendizaje y práctica. De lo contrario, podemos tener o provocar un accidente, o destrozar el motor. La ignorancia es mala compañera de vida si es por culpa de uno mismo. Que tampoco es lo mismo ignorancia que desconocimiento. Así, por ejemplo: cuando san Pablo preguntó a un grupo de personas que estaban siendo evangelizadas, si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron:

–*"Nosotros ni siquiera hemos oído decir que exista el Espíritu Santo"* (Hch 19,2).

Era un desconocimiento o ignorancia no culpable. La ignorancia tiene sus causas. Como puede ser la falta de formación. En cuestión religiosa, una buena catequesis es la forma más adecuada de formarse.

En cuestión de ignorancia, hay que ponerse la mano en el pecho y preguntarse con sinceridad qué parte de responsabilidad le corresponde a uno mismo. Si se tiene inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios, uno podrá aducir desconocimiento de Dios en muchas cosas. No todos tienen medios de estudiar teología. Pero nunca se podrá poner como excusa la ignorancia. En el ser humano hay como un instinto, que podríamos llamar genético, que te habla de Dios. Por más que la imagen de Dios pueda estar un tanto difuminada, ahí está. El alejamiento de Dios depende, y es responsabilidad, de uno mismo.

Cuando la familia funciona bien, y para eso es necesario que Dios sea el centro, la libertad funciona, porque es de verdad. La libertad no puede estar enjaulada. De otro modo, no sería libertad. No obstante, creo, Jesús, que también se puede usar mal la libertad. Es el caso si uno se deja llevar de la rutina. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se hace abuso de los sacramentos y se reciben por *rutina*, sin valorarlos. Y si aplicamos la rutina a la oración, nos quedamos sin oración. Oración es hablar con Dios. Es hablar contigo, Jesús, de amigo a amigo. La rutina, por el contrario, no es hablar, sino convertirse en un disco que dice sin saber qué.

Antes de terminar, quiero agradecerte, Jesús, no sólo el don de la libertad, sino también que podamos expresarnos con el lenguaje de los signos. Es Dios, en primer lugar, quien se expresa en la Biblia con signos. Así, tú has querido usarlos en los sacramentos, como es el agua en el bautismo. O el fuego para entender al Espíritu Santo. Y que un concepto tan abstracto como la libertad, hasta un niño en brazos maternos lo pueda solventar con un simple volver la cabeza sobre el hombro de su madre, rechazando un beso que, por alguna personal intuición, no quiere dar o recibir.

LIBERTAD Y DEMOCRACIA

Jesús, hay dos palabras que utilizamos con frecuencia: *Libertad* y *Democracia*. Vamos con la primera: *Libertad*. Tengo para mí que es el don más grande que Dios nos ha dado, después de la vida, claro. La segunda es: *Democracia*. Y también tengo para mí que ésta tiene mucho de figura decorativa. De marchamo griego, Democracia, ¿a que suena bien? Se nos llena la boca con ella. La usamos con frecuencia. Pero, siempre hay un pero, creo que sirve para casi nada. Sí, sí. Como te lo digo, Jesús. Para casi nada. Eso sí, es muy decorativa. ¿Sabes por qué? Porque, a mi entender, no es constitutiva del ser humano. Histórica y fundamentalmente la han ejercido los reyes. Dime si esto no es una contradicción in términos. Los reyes. Por algo Dios no quería que Israel tuviera reyes. Basta leer el primer libro de Samuel. Pero, mira por dónde, Israel no quería ser menos que los pueblos circunvecinos, y optó por la monarquía. Surgió así la figura de Saúl.

–*"El Señor dijo a Samuel: escucha al pueblo en todo lo que ellos digan, porque no es a ti a quien rechazan: me rechazan a mí, para que no reine más sobre ellos"* (1Sm 8,7).

Los reyes se desentendieron de Dios, el único verdaderamente Soberano. Y buscaron sucedáneos. Vale. Dios explica a Samuel que comunique al pueblo cómo lo van a tratar los reyes. Cómo les va a ir. Y, en efecto, los reyes los trataron de modo despótico. Me remito al capítulo 8 del primer libro de Samuel.

La dictadura es una de las formas más inaceptables de mando. A la experiencia me remito. También resulta erróneo poner al mismo nivel Libertad y Democracia. Cuando en aras de la libertad se acude a la democracia, se produce una especie de sinécdoque. Se desubstantiviza el concepto mismo de libertad, que pasa entonces a ser un descarado y vulgar libertinaje.

Yo, Jesús, me quedo con la palabra *Libertad*. Que, ¿por qué? Pues, porque quizá nunca antes, como hoy, habíamos estado tan vacíos de valores. Hay quien se abroga derechos que no le pertenecen. Nadie está por encima de los demás. Por supuesto, tampoco los políticos. Lo expresó muy bien Pablo VI:

–*"Los derechos de uno terminan donde empiezan los de los demás"*.

También la palabra Libertad se presta a malos entendidos. Con total impunidad se invaden áreas que no nos pertenecen. Pongo un ejemplo. Una mujer que aborta, porque no quiere tener el hijo, está conculcando los derechos de la criatura que está gestando. A eso, hay quien llama libertad. Bonito modo de profanar la libertad, tanto propia como ajena.

Pero convendrás entonces conmigo, Jesús, que importa resaltar el concepto de libertad, sobre todo, ante el magnífico avance de la ciencia, de la técnica, de la electrónica, y no sé cuántas cosas más. La libertad tiene que

ser siempre para bien. De otro modo, no es libertad. De esta manera, aquí el binomio sería, *libertad e inteligencia*. ¿Qué te parece? Con los descubrimientos de la ingeniería biogenética, por ejemplo, estamos ante un mundo fascinante, maravilloso, pero de impredecible futuro. Sí, de impredecible futuro. ¿Por qué? Porque más allá de la eticidad, o no, de la clonación humana, por ejemplo, tan debatido hoy, está la posibilidad de un holocausto total de la humanidad.

Ya ves, Jesús, en juego están la libertad y la inteligencia. Ni una ni otra deben hipotecarse. De lo contrario, seguiremos con el sinsentido de las guerras, de la violencia, del hambre. Cuando dentro de unos cuantos años se escriba la historia de nuestro tiempo, al menos a mí, no me gustaría que nos calificaran de salvajes, de despiadados.

Leyendo el *León el Africano*, recuerdo aquella frase:

–*"Nunca he visto de cerca tanta bestialidad, tanto odio, tanto sanguinario encarnizamiento, tanto placer en la matanza, la destrucción, el sacrilegio" (*Amín Maalouf, *León el Africano)*.

Es un diagnóstico certero, y un señalamiento de actualidad, por desgracia.

De modo que, el instinto de vida debe ser, no solamente por la sobrevivencia personal, sino por el respeto total a la vida ajena. ¿No nos dio Dios, el libre albedrío, la inteligencia, la libertad, la voluntad? Son para ponerlos siempre al servicio del bien.

¿Por qué, si no, gritaste desde lo más alto de la cruz, cuando estabas ya agonizando?:

–*"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34).

Así que, ya ves, Jesús, *Libertad* y *Democracia*, son dos palabras preciosas que debemos poner al servicio del bien. La dos son importantes, aunque es más fácil ejercer la primera. Pero siempre para el bien.

LIBRO DE UNA SOLA PÁGINA

Jesús, me gustaría comenzar hoy esta conversación contigo citando un párrafo de un buen amigo. Doctorado en no sé cuántas cosas, a mí me gusta su sensibilidad como poeta. Ha escrito, y te lo leo:

–*"Bajaba de escuchar el silencio de la nieve cuando los castaños me salieron al encuentro y me dijeron: Dimos castañas a generaciones y generaciones. Mientras nos asaban escuchamos leyendas, cuentos, aprendimos la genealogía de todas las casas, la historia de cada pedazo de tierra y hasta de las vacas. En nuestras ramas anidaron los pájaros, hasta pájaros que ya no vienen por aquí. Hemos visto desaparecer costumbres, palabras. Hemos asistido a nacimientos, a muertes de gentes en plena juventud. A nuestra sombra pastaron vacas y muchos burros cargaron con sacos de nuestras castañas. Ya no vemos vacas ni burros. Con nuestras ramas ya no hacen vigas porque las utilizan de hierro y cemento. Ahora vienen por aquí gentes que no son de aquí y dicen: "Parece una escultura", cosas bonitas, pero no saben nuestra historia y muchos ni siquiera saben que las castañas asadas son nuestras lágrimas y nuestras sonrisas". (Manuel Mandianes).*

Bonito, ¿verdad? Tú, Jesús, el Hijo eterno de Dios, eres el Poeta universal. Nadie como tú ha sido capaz de manifestar y tener tanta sensibilidad, tanta capacidad de admiración ante la maravillosa obra de la Creación, salida de las manos del Padre Dios. La Creación, el Poema de Dios.

La Biblia recoge, de algún modo, algo de este poema sinfónico de la Creación. La Biblia atestigua, sobre todo, la Buena Nueva de la Salvación. Porque tú, Jesús, eres *el centro del Cosmos y de la Creación*. Has traído al mundo esperanza y alegría. Lo demostraste fehacientemente aquel día en la sinagoga de Nazaret. Cuántas veces no habrías asistido al culto…, porque a nadie se le ocurre invitar a hacer la lectura bíblica a un desconocido, a un recién llegado. Confiaron en ti. Hiciste la lectura, pausada, proclamada. Y de pronto, les dijiste que todo eso se cumplía "aquí y ahora". Que la Palabra de Dios no se archiva en los anaqueles de una biblioteca. Y, personalizando las palabras del profeta Isaías, les dijiste a tus paisanos:

–*"Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura…"* (ver Lc 4,18-22).

Y los pobres encontraron los brazos abiertos de Dios. Los presos se vieron liberados de la miseria, de los vicios, de las injusticias, del pecado. Los ciegos pudieron ver por dentro y por fuera. Diste las claves para erradicar la miseria, la explotación, y estructuras anticristianas. Los oprimidos comprendieron que podían conquistar sus derechos.

Es que, efectivamente, la Biblia es la Palabra de Dios para nosotros, hombres y mujeres de todos los tiempos. El Pueblo de Dios, Israel,

sirviéndose de la Palabra de Dios pudo reconstruir el país, al regreso del exilio.

Tú, Jesús, te serviste de la Palabra de Dios escrita, como base referencial, para comenzar tu Misión. Este bellísimo y conmovedor pasaje que recoge san Lucas (Lc 4,18-22) fue tu punto de arranque, y el programa a realizar. Bien podemos concluir que la Biblia es el Libro que tiene una sola hoja. No hace falta pasar páginas. En esa sola Hoja, diáfana y transparente, está contenido todo el Mensaje de Dios a la Humanidad. Y tú, Jesús, nos lo hiciste comprender, con total claridad, aquel día en Nazaret.

LIRIOS DEL CAMPO Y DEL ALMA

Jesús, por instinto maternal las madres se preocupan de que, a su hijo, o hijos, no les falte nada. En particular, el alimento. ¿Qué en la historia ha habido madres que han sido excepción a esta regle universal? ¿Desnaturalizadas? Sí. Pero supongo que es la excepción. Es más, a sabiendas de que esto puede ocurrir, pero como cosa muy rara y excepcional, ya el profeta Isaías llega a decir:

–*"¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo* (Dios) *no te olvidaré*" (Is. 49, 15).

Difícilmente puede olvidarse, cierto. Pues, aunque llegara a ese extremo, el profeta advierte que Dios jamás haría tal cosa. Que Dios es como una madre cariñosa que por nada del mundo podría olvidar al hijito de sus entrañas.

Dios no es sólo como una madre llena de ternura. Es además como un Padre providente. Cuida de sus hijos. De cada uno personalmente. Lo advertiste en el Evangelio:

–*"No andéis agobiados con el día de mañana"* Mt 6, 34).

Agobiarse es ponerse nervioso. Nada sale bien. Es entonces cuando comienza uno a dar vueltas en su cabeza. Ideas van, ideas vienen. Y posiblemente, ninguna acertada. Y lo primero que se le ocurre es que tiene que sobrevivir. Entonces amarra su corazón a los bienes materiales. El dinero se le convierte en obsesión. Hasta hacerse esclavo del mismo. Por eso nos dijiste:

–*"Nadie puede estar al servicio de dos amos. No podéis servir a Dios y al dinero"* (Mt 6,24).

La preocupación excesiva por los bienes materiales impide acercarse a Dios. Desaparece la confianza debida a Dios.

El estado de agobio y de nervios nos puede hacer caer en depresión. En una crisis de angustia. Se nos va la alegría de vivir. Vamos a la ruina, a todos los niveles. Pero tú, Jesús, nos dices que no perdamos la alegría de vivir. Que demos primacía al Reino de Dios y a su justicia. Que lo demás vendrá por añadidura. Nos lo dijiste de un modo casi, y sin casi, poético. Pero muy real. Nos invitaste a fijarnos en

–"*los pájaros y en los lirios del campo"* (Mt 6,28).

Todos ellos son objeto del cuidado de Dios.

–*"Ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos"* (Mt 6,29).

Bien podríamos decir que estás

–*en los lirios del campo*.

Y, habría que añadir:

–*en los Lirios del alma*.

Muy poético, esto de los lirios ¿verdad? Pero muy real. A propósito de los lirios, se me ocurrió escribir lo siguiente:

–Tiempo ha, que no saco a pasear mis sentimientos/ por las riberas reverdecidas del alma/ donde en otro tiempo cantaban los cenzontles al alba/ y las alondras al caer la tarde./ Tiempo ha, que lucho por impedir/ que se cuele en mi mente la insidiosa nostalgia del pasado/ por los recuerdos de las cosas buenas que pasaron/ y en un santiamén se esfumaron,/ o de aquellas que debieron suceder/ pero nunca cuajaron./ Tiempo ha, que a los pocos amigos que aún me quedan/ les sucede exactamente lo mismo que a mí me sucede,/ -sin contar los que ya se fueron la víspera de hoy,/ como ocurre siempre con los seres más queridos-./ Pero hoy, quiero pasear y respirar el aroma limpio de los lirios/ y el canto alegre de los pájaros cantores/ que aún anidan en la enramada de mi alma.

¿Qué te parece, Jesús? Te confieso que hay un cierto deje de nostalgia por aquello de *los amigos que se fueron*. También tú sentiste, como me imagino, la muerte de tu amigo Lázaro. A fin de cuentas, tus sentimientos de hombre son como los nuestros. Pero como Dios, pudiste hacer que recobrase la vida.

Antes de concluir, quiero insistir en tus palabras:

–"No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni qué os vais a vestir, ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso" (Mt 6,25-34).

–"Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

El *Reino,* del que tanto nos hablaste en el Evangelio, tiene que ser transparencia de Dios en nuestra vida. Y, que no nos dejemos agobiar por las cosas materiales, no significa, entiendo, que lo dejemos todo en manos de Dios, y que él se preocupe de que no nos falte de nada, y mientras tanto, nosotros tumbados en una hamaca. Ciertamente, es importante el trabajo para que no nos falte el pan de cada día. Y es importante la salud, y el vestido. Pero, por encima de todo, lo importante es construir el Reino de Dios. ¿Cómo? Desde la confianza en Dios. Esa confianza en Dios no es alienante. No nos exime de nuestra responsabilidad en las tareas temporales. Ni de arrimar el hombro en los compromisos cristianos en el mundo.

LOS AVATARES DE LAS PERSONAS

Jesús, me pregunto qué sería el mundo si tú no te hubieras encarnado. Por lo pronto, no sería cristiano. Y tampoco estaríamos redimidos. Ni hubiera existido tanta gente ilustre, que ha dejado huella precisamente por ser cristiana. Ninguno hubiera pasado a la historia.

Si damos por hecho que, *avatar,* independientemente de su raíz etimológica, es un sustantivo equivalente a *contingencia* o *alternativa*, cierto que el cristianismo no es un avatar, no es una contingencia. Algo que sucede por azar. Porque las cosas no suceden por casualidad. En cambio, la alternativa sí. Es diferente. Alternativa, tiene otro significado. No es contingencia. Me explico.

Hay gente que acepta el cristianismo, mientras que otros lo rechazan. Y la alternativa consiste en decantarse por una o por la otra opción. El cristianismo no es una contingencia. Es una realidad. O lo tomas o lo dejas. Unos lo aceptan y siguen, otros no. Ahora bien, tú, Jesús, que respetaste la libertad de todos, incluyendo la de Judas Iscariote, o la del bueno de Pedro, también estás en los avatares o contingencias de todas las personas. Sí, sí, también en quienes te rechazan.

Pues bien, son innumerables, incontables las personas que te han seguido y han dejado huella. Podemos recordar algunos. Comenzando por los primeros años del cristianismo, recordemos a san *Clemente de Roma*. Es de los llamados Padres apostólicos, por su proximidad en el tiempo a los apóstoles. Fue como la voz amplificada de los apóstoles. Fue obispo de Roma. Y desde allí escribió una preciosa, larga y espléndida

–*Carta a los Corintios*.

Les recuerda a los corintios lo que fueron sus buenos tiempos. Que no los olviden. Para ello, les hace un repaso amplio de pasajes importantes de las Escrituras, exhortándoles a volver al buen camino. Insiste en que sean humildes. Que eviten las divisiones entre ellos, como ya el apóstol Pablo, les dice, se lo había advertido. Que depongan todo orgullo. Y, hacia el final de la carta les dice:

–*"Pues es mejor que seáis hallados siendo poco en el rebaño de Cristo y tener el nombre en el libro de Dios, que ser tenidos en gran honor y, con todo, ser expulsados de la esperanza de Él*".

Pienso. ¿Qué hubiera sido de Clemente, de no haber seguido tu camino? Posiblemente un pagado desconocido.

Para conocer la Iglesia es muy importante conocer su historia. Y en la historia, sus grandes hombres. Si a acudimos a la *Patrística*, nos encontramos con hombres de la talla de un san Justino, por ejemplo. De un Tertuliano. De un san Agustín. Su quehacer filosófico dominó hasta el siglo XIII. Sin salirnos del siglo II y III, no podemos olvidar la importancia de la Escuela cristiana de Alejandría. ¿Qué hizo esta Escuela? Pues ilustrar y formar a los

cristianos. Al tiempo que invitaba a los gentiles a adherirse al cristianismo. Ahí tenemos dos figuras importantes, como son san Clemente de Alejandría y Orígenes. Y, si nos asomamos al siglo IV, tenemos en la Capadocia, actual Turquía, figuras tan importantes como san Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Gregorio de Nisa.

Jesús, creo que hoy en día hay mucha sensibilidad social. Cáritas, por ejemplo, hace mucho por la gente más pobre. Pues bien, tal sensibilidad no es nueva. No le fue ajena a san Basilio. Y creó las *basileias*, un equivalente a la Cáritas actual, para atender a los pobres.

Si pasamos a la península Ibérica, nos encontramos en el siglo VI con una figura descollante, como san Isidoro de Sevilla. Se preocupó y tuvo gran cuidado de que el clero estuviera bien formado.

–*"No pueden ser buenos pastores de su grey los clérigos sin cultura".*

Y si vamos a los siglos IX al XIV, tenemos la *Escolástica*. El renacimiento carolingio con Carlomagno. Si san Isidoro se había preocupado de la formación del clero, Carlomagno se preocupó de la formación de los gobernantes. Fue un tiempo de un gran desarrollo cultural. Con figuras importantes como un Juan Escoto Erígena, un san Anselmo, la Escuela de Chartres con Juan de Salisbury, o la de San Víctor con Hugo de san Víctor. El siglo de más apogeo: fue el XIII, con hombres de la talla de san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino, san Buenaventura y Duns Scoto.

Pero, Jesús, la historia funciona como las olas del mar. Suben y bajan. Así que, vino luego un tiempo de decadencia. De bajada, diríamos. Y llegó la Reforma, que va del siglo XV al XVII. También ahí hubo hombres importantes. Recordemos a un Erasmo de Rotterdam, a un Francisco de Vitoria, a un Juan Luis Vives. Para llegar a continuación la Ilustración, en el siglo XVIII. El Siglo de las Luces.

Eso es, el Siglo de las Luces. Llegado este momento, permíteme, Jesús, mencionar con cariño al fundador de los Redentoristas, san Alfonso María de Ligorio. El hombre más prestigioso en Teología Moral, de su tiempo. Al revés de los jansenistas, Alfonso aplicó en su moral, y sobre todo en el confesonario, la *benignidad pastoral*. ¿No fue esta precisamente tu actuación, Jesús, ante la pobre gente, que

–*"andaban como ovejas sin pastor?"* (Mt 9,36).

El mundo da muchas vueltas. Muchos avatares. Motivo, pues, más que suficiente para que nos preocupemos de la gente, siguiendo tu ejemplo.

LOS BUENOS Y LOS MALOS

Jesús, en cierta ocasión en que andabas predicando, dijiste:

–"Pues *si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos se las dará también a quienes se las pidan"* (Mt 7,11).

¡Más claro, agua! Somos malos. Y a pesar de todo, el Padre Dios no nos abandona. Nada merecemos, pero nada nos niega. Esto es maravilloso. Dios ama a todos.

Y voy a esto. En todo tiempo y lugar, la gente ha buscado divertirse. Lo ha hecho mediante el juego y el teatro. Los griegos, por ejemplo, fueron expertos en teatro. Los romanos, como gladiadores en el circo. Los mayas, tenían el juego de la pelota. Nosotros, en cambio, somos muy aficionados al fútbol. ¡Y de qué manera! Del fútbol hemos hecho una especie de religión. Religión de masas, donde no faltan los ídolos de turno. Los árbitros, parece ser que no entran en esta categoría de ídolos. ¡Lo que tienen que aguantar!

El tema del juego no aparece en el Evangelio. Pero, imaginemos, Jesús, que organizamos un partido de fútbol. Once contra once. Equipo A, equipo B. Vale. Supongamos que el equipo A, está formado por los *buenos*. Y el equipo B, por los *malos*. ¡Pobre entrenador que tuviera que entrenar el equipo A, o sea, los *buenos*! Tendría más problemas que Abraham cuando, para que Dios perdonara a la ciudad, se compromete a buscar cuarenta justos, o sea, buenos. ¡No los encontró! Entonces, pidió rebaja: ¡treinta! Vale. Dios estaba dispuesto a perdonar si encontraba treinta buenos. Vale la pena repasar *Génesis, 18*. ¡Que si quieres! Ni treinta, ni veinte, ni nada. ¡No encontró ni uno bueno! Traducido a nuestro lenguaje: ¡no logró formar equipo! Nos quedamos sin derbi.

Esto me lleva a la conclusión, y aplicación del cuento: hay que volver a la edad de la inocencia. Cuando de niño, recuerdo, nos juntábamos los amigos, ¿qué hacíamos el domingo por la tarde? Todos nos íbamos al cine. Y lo pasábamos bomba con aquellas películas apasionantes, de indios y de vaqueros, de buenos y de malos. Inolvidables *películas del oeste* ¿verdad? Con una mínima trama había mucha acción. Hasta nos levantábamos de la butaca. Como si fuéramos nosotros mismos espoleando los caballos.

Jesús, sin quitar ni una coma a tu aseveración de que somos malos, en el día a día de nuestra vida, vemos que siempre ha habido buenos y malos. Pero los malos juegan siempre con ventaja. No sé si son más los malos que los buenos. Pienso que los malos son menos. Pero meten más ruido. Al leer el Evangelio, me fijo en un detalle. Los fariseos y tú andabais constantemente a la greña. Curiosamente, los fariseos eran buenos, puesto que eran *piadosos*, que eso significa fariseo. Pero aquí está la cuestión. Ser piadoso no significa exactamente ser bueno. Bueno es el que se fía plenamente de Dios. El que

abre su corazón de par en par a Dios. Pero, dime, Jesús, ¿quiénes abrían su corazón a Dios? Los malos. O sea, los *publicanos* y *pecadores*.

Les decían *publicanos* porque ejercían cargos administrativos, del gobierno. Por consiguiente, públicos. No tenían buena fama, la verdad sea dicha. Se aprovechaban de los demás. Pero en cuanto su conciencia se rebelaba, sabían pedir perdón. Estoy pensando en la parábola:

–*"Un fariseo y un publicano subieron al templo a rezar…"* (Lc 18,10).

Ya ves, el único que hizo oración, de verdad, fue el publicano. El fariseo, por el contrario, se comportó como un farsante engreído y ostentoso.

Luego estaban los pecadores. Sin comentarios. Y tú, Jesús, tomaste partido por ellos, por los publicanos y pecadores. Fueron los que, a la hora de la hora, se tomaron en serio a Dios.

Fue el motivo por el que dijiste abiertamente:

–*"He venido a llamar a los pecadores"* (Mc 2,13; Lc 5,32).

Se dieron por aludidos. Y se acercaban a ti con una fe increíble. Y te volcaste en ternura hacia ellos, hombres y mujeres. Dijiste:

–*"Yo soy le camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6).

Vieron los cielos abiertos. Comprendieron que Dios los ama. Que Dios es un Padre. Y es que, los pobres de espíritu tienen más sensibilidad. El problema radica en creerse bueno, al estilo de los fariseos. Es entonces cuando se endurece la piel, se pierde la sensibilidad. Y no hay reacción. No hay conversión. De ahí que tu mensaje primero fuera:

–*"¡Convertíos y creed en el Evangelio!"* (Mc 1,15).

Cierto es que también había fariseos buenos. En todo caso, tú viniste a salvar a todos, buenos y malos. Unos te damos más trabajo que otros. Es verdad. Pero a todos nos quieres por igual.

LOS CAMINOS PEDREGOSOS

Jesús, los caminos de la Palestina los tenías bien trillados. Los recorrías para predicar el Evangelio y buscar a la *oveja perdida*. Caminos pedregosos, polvorientos, desérticos. Pero no me refiero ahora a los caminos que recorrían los viajeros, por donde pasan las caravanas. Caminos que intercomunicaban a pueblos y naciones. No. Me refiero a otro muy diferente camino: el camino de las Bienaventuranzas.

Tu apóstol y evangelista Mateo es el que presenta esta que podríamos llamar tu Carta programática. Sí: las Bienaventuranzas. Practicarlas es como recorrer un camino mal asfaltado, pedregoso. Lo reconozco. Y, sin embargo, es un camino seguro. Terminas diciendo:

–*"Alegraos y regocijaos porque tendréis una gran recompensa en el cielo"* (Mt 5,12).

Sabes de sobra, Jesús, que a todos nos cuesta cumplir los Mandamientos de la Ley de Dios. Y eso que son de ley natural. Es decir, aunque Moisés no los hubiera presentado al Pueblo en las famosas tablas de piedra, están impresos en la naturaleza. Por consiguiente, son de ley natural. Como es de ley natural que una madre ame a su hijo.

Las Bienaventuranzas, en cambio, no son de ley natural. No están impresas en la naturaleza, ya que, lo que es congénito a la naturaleza no necesita leyes. Las Bienaventuranzas son de ley positiva. Es decir, van más allá de los Mandamientos. Son más exigentes que los Mandamientos. Sabes, Jesús, que todo mundo busca la felicidad. El problema es dónde encontrarla. Como hormigas alborotadas, corremos a buscar la felicidad. Hay quien piensa encontrarla en la riqueza. Otros en el bienestar, como puede ser el status social. Otros se inclinan por el poder. Y hasta lo sacrifican todo por conseguirla. Tanto afán de búsqueda puede incluso convertirse en causa de mucho sufrimiento.

¿Dónde está la felicidad? ¡Hombre!, entiendo que la felicidad, a tiempo completo, no existe. Sin embargo, tú nos has indicado un camino seguro. Es pedregoso, sí. Pero seguro. Es el de las Bienaventuranzas. Practicarlas, bien lo sabemos, nos llevará a una felicidad que nada tiene que ver con la felicidad mundana, material. Naturalmente, esto choca frontalmente con el espíritu mundano. Lo sabemos.

Me imagino, imagínate, Jesús, un pugilato: Bienaventuranzas versus felicidad mundana. Para los incautos, las Bienaventuranzas llevan siempre las de perder. No nos equivoquemos. No hay mayor felicidad que estar en paz con Dios, con los demás, y consigo mismo. Porque el espíritu está siempre por encima de la materia.

A los aparentemente perdedores, los que hemos optado por las Bienaventuranzas, tú nos garantizas que seremos los auténticos ganadores.

Es, pues, una felicidad interior, espiritual, que está por encima de todo lo demás. Y como culminación, nos dices:

–*"Tendréis una gran recompensa en el cielo"* (Mt 5,12).

Cuando dices, por ejemplo:

–*"Bienaventurados los pobres en el espíritu",*

Estoy seguro, Jesús, de que el mundo en general, y el de las finanzas en particular, te responderá:

–*"Bienaventurados más bien los que tienen dinero, porque con él se pueden comprar influencia, comodidad, poder, seguridad y bienestar".*

Y no sé cuántas cosas más. Pero tú, en cambio, das un testimonio que hace pensar:

–*Yo no tengo ni dónde reclinar la cabeza*. (Mt 8,20).

Cuando formaste el pequeño grupo de los apóstoles, naturalmente tuviste que establecer un mínimo al menos de organización. Nombraste a Judas Iscariote administrador del grupo. A buen seguro que la bolsa de los dineros andaba más escurrida que una bota de vino. Y, sin embargo, erais felices. Cierto es que en algún momento algunos debieron pensar que siguiéndome a ti iban a conseguir un status social alto. Pronto se desengañaron. Sus miras, en ese momento, eran mundanas. Pensaron con criterio humano. Y pensaron, concretamente, en la política. Según ellos, uno estaría a tu derecha, el otro a tu izquierda. O sea, ministro de gobernación el uno, y ministro de no sé qué, el otro. Claro, a ti, hay que suponer, te ponían en el centro, porque daban por hecho que ibas a ser rey. Te reíste de ellos porque no sabían lo que decían. Ahora sí, ahora están en tu Reino, pero en el de arriba. Hubo también quien se ofreció a seguirme. *(Mc 10, 17-30; Mt 19, 16-26; Lc 18,18-30).* En cuanto le dijiste que se desprendiera de su riqueza, desapareció del mapa. No supiste más de él.

Veamos otra de las Bienaventuranzas:

–*"Bienaventurados los mansos".*

Qué bonito sería el mundo si esta Bienaventuranza se practicara. Eres enemigo mortal de la violencia. Pero ya ves. Guerras por aquí, guerras por allá, guerras por todas partes. Y todo por intereses puramente económicos. El petróleo es el ídolo de la discordia. ¿Tiene sentido que la gente se mate así, sin ton ni son?

Lo dicho, Jesús. El camino de las Bienaventuranzas es un camino pedregoso. Pero lleva a la felicidad. Ayúdanos a recorrerlo sin titubeos.

LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

Jesús, los humanos tenemos la costumbre de orientarnos marcando cuatro estratégicas direcciones. Los llamados cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este, Oeste. Muy bien. No obstante, y bajo otro enfoque, y con permiso de los entendidos, yo los hubiera dejado en tres. Así:
–*Dirección Dios,*
–*Dirección los demás,*
–*Dirección uno mismo*.
¿Qué te parece, Jesús? Alguien podrá decir que ni son cuatro, ni son cardinales. Vamos a ver. No son cuatro. De acuerdo. Pero cardinales, sí. *Cardinales* significa que son *fundamentales*. Pregunto. ¿Hay algo más fundamental que Dios? ¿O que los demás? ¿O uno mismo?

En la liturgia cristiana, cuando celebramos los momentos más importantes del Misterio Pascual, es decir, tu Vida, Pasión, Muerte, Resurrección, y Glorificación, actuamos con exquisita pedagogía al presentar al mismo tiempo una catequesis muy viva de cada acontecimiento. Por ejemplo, la Navidad. Qué bonito resulta, por ejemplo, montar el *belén.* Es un modo muy sencillo de que los niños comiencen, desde pequeñitos, a captar el significado del anonadamiento de Dios que se hace Hombre por salvarnos a todos. Es una bella catequesis que entra por los ojos y mueve la imaginación.

Lo mismo digo de la Semana Santa. Comenzando por los Oficios litúrgicos dentro de los templos, y siguiendo por la escenificación en las calles a través de los *pasos* de las procesiones, el misterio de la Redención entra también por los ojos. Y mueve el corazón. Me imagino la cantidad de conversiones que habrán tenido lugar gracias a la escenificación de los distintos momentos de la Pasión.

Si volvemos la vista hacia América, nos fijamos concretamente en Guatemala. ¡Qué bella ¿verdad? la música de sus marchas! ¡Qué impresionante el *paso* más grande del mundo, ubicado en la Antigua, la ciudad colonial por excelencia de las Américas! Es memoria viva de la evangelización que llevaron los misioneros.

Pues bien, Jesús, volviendo a las direcciones que he señalado. La primera:
–*Dirección a Dios*.
Es preciso que asumamos, consciente y personalmente, el camino que nos señalaste para poder llegar hasta la Pascua, hasta la Resurrección. Hay que pasar por la cruz.
–*"El que quiera seguirme, que tome su cruz y me siga"* (Mt 16,24).
Si nuestra brújula cristiana no indica esta dirección, no sirve para nada. El hombre, sin *Dirección a Dios*, no es nada.

Vamos a la segunda.

–La *Dirección a los demás*.

Dios se identifica con el hombre. Lo dijiste muy clarito:

–*"Lo que hicisteis a uno de* estos *mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis"* (Mt 25,40).

Dios ha tomado partido por el hombre, varón y mujer. Lo ha hecho por puro amor. Consecuentemente, nosotros debemos tomar partido por Dios y por nosotros mismos. Tenemos que amarnos. Olvidarnos de las guerras de una vez por todas. Hay que tomar partido por la verdad. Hay que romper las esclavitudes. Urge también que asumir la responsabilidad de respetar nuestra propia dignidad.

Sí, nuestra dignidad. Con esto, llegamos a la tercera.

–*Dirección a uno mismo*.

En general, qué poco nos valoramos. Qué poca visión de la realidad tenemos. ¿Cuándo caeremos en la cuenta de que el hombre tiene más derechos de los que se imagina? También tiene obligaciones. Por supuesto, y cierto. La primera obligación que nos incumbe, buscar esos derechos. Y, al mismo tiempo, buscar a quien nos los proporciona: Dios. Porque a veces nos acordamos de Dios, como de santa Bárbara, sólo cuando truena. Es decir, cuando nos conviene, porque nos vemos con la soga al cuello.

Sí, Jesús, necesitamos hacer una inversión de valores. Pero en sentido totalmente contrario a como tenemos costumbre. ¿No andamos a todas horas tras la felicidad? Pues no hay felicidad sin sintonía con Dios, con los demás, y con uno mismo.

¡Qué mal buscamos la felicidad! Así es, Jesús. Y todo porque, reitero, la buscamos en las cosas materiales. En el tener. Y ya se sabe que tener significa acaparar. Tener dinero, tener salud, tener bienes materiales. Tener, tener… ¡Somos insaciables! Nos llenamos de cachivaches. Me viene a la mente tu parábola. Aquel que tuvo que construir graneros más grandes por la superabundante cosecha. Y de pronto, ¡zas!, nos entra un cáncer y sanseacabó.

La falta de sintonía es carencia de felicidad, por más rodeados que estemos de cachivaches. Pura bisutería.

Ayúdanos, Jesús, a encontrar la triple dirección: *Dirección Dios, Dirección los demás, Dirección uno mismo*.

LOS MISIONEROS, ARTÍFICES DE SOLIDARIDAD

Jesús, creo que necesitamos asumir mejor el reto de vivir, y construir bien la verdadera solidaridad. Con todas las personas. Solidaridad con nuestro mundo. Comenzando por la creación. Y siguiendo con los hombres y mujeres que habitamos el planeta tierra. Y, apuntando bien a la diana, con los más desfavorecidos de la sociedad. Que por ahí empieza la solidaridad. Sabemos de sobra que existen enormes estructuras de pecado en nuestro mundo. Que hay injusticias flagrantes. Abusos de todo género, en cantidades industriales. Escandalosos gastos en armamento bélico. ¿Y para qué? ¡Pero qué ganas tienen algunos de que haya guerras, de que nos matemos! Desde luego, si las guerras no fueran el enorme negocio que son, desaparecerían todas. Que gasten en alimentación, y no en armamentos bélicos, el dinero. ¿O es que no tienen cosa mejor que hacer determinados gobernantes?

El ser humano es el mayor depredador de la naturaleza. Voraz insaciable, no se contenta con nada. Además, es, emocionalmente, inestable. Cambia de parecer con una facilidad pasmosa. Hoy firma armisticios de paz, y a la media hora los rompe. ¡Así le luce el pelo a la política! La que se escribe con minúsculas, naturalmente. Porque la política de verdad, la que mira por el bien de todos, merece todos los respetos.

Sin embargo, Jesús, hay también gente buena. Mucha gente buena. Gente artífice de solidaridad. Pienso ahora mismo en la disponibilidad de tantos y tantos misioneros, ellos y ellas. Con qué generosidad se entregan a la causa del bien. Muchas veces aun a riesgo de perder la propia vida.

Pero los misioneros no son ONGs. Tampoco la Iglesia es una ONG. Los misioneros son artífices de la mejor solidaridad. Es una lástima que vayan disminuyendo. En muchos sitios están siendo sustituidos por ONGs. Sin duda que éstas hacen una labor social buena. A veces, imprescindible. Aunque algunas ONGs parece ser que se han convertido en empresas. En fuertes empresas. Puro negocio. De ser así, automáticamente quedan descalificadas.

Desde luego, el cometido de las ONGs no es evangelizar. El problema radica en que donde antes había un misionero o misionera, ejerciendo una labor social y evangelizadora, ahora las ONGs los han desplazado. Las ONGs realizan únicamente una labor humanitaria. Que no es poco. Y a tiempo muy parcial. En cambio, los misioneros se entregan con cuerpo y alma a la evangelización.

Los misioneros están llamados a llevar el Evangelio a todo el mundo. –"*No sólo de pan vivirá el hombre, sino también de toda palabra que salga de los labios de Dios"* (Mt 4,4).

Los misioneros están llamados a pregonar la historia de la Redención. La realidad de un Dios que se ha hecho presente en ti, Jesús. Urge llevar

–"un anuncio renovado que ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora" (EG 11).

Así os lo ha recordado el papa Francisco.

Los misioneros son un testimonio vivo de cercanía y amor con todas las personas. Dios mismo actúa en ellos. Tú estás con ellos, Jesús. La misericordia de Dios que han experimentado en su propia vida, tratan de llevarla a sus hermanos, los hombres y mujeres del mundo actual. Son los que llevan y ponen en práctica tu mandato:

–"Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva" (Mc 16,15).

Así se construye la solidaridad. Esta solidaridad abarca a hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños. Y porque ellos mismos experimentan en carne propia sus personales carencias, están más capacitados para sanar las heridas de tanta gente carente de atención material y espiritual. Son tu presencia profética en el mundo. Testigos de tu Evangelio. Instrumentos muy valiosos para hacer efectiva tu presencia en cada persona. Porque cada persona es hijo o hija de Dios.

Bajo la guía del Espíritu se construye la solidaridad que el mundo necesita. Ahora bien, Jesús, ¿qué pides a los misioneros y misioneras, religiosos o laicos? Sólo que sean perseverantes en atender a los más necesitados, tanto en el aspecto material como espiritual. Que no olviden que son los artífices de la verdadera solidaridad.

LOS NIÑOS HUÉRFANOS DEL MUNDO

Jesús, qué pena da ver tanto niño huérfano en el mundo. Son incontables. Muchedumbre ingente. Unos, porque han perdido a sus padres por muerte natural. Otros, porque se han quedado sin padres, o al menos sin uno de los dos, por diversos accidentes. Pero hay millares en situación de orfandad por causa de las guerras y la violencia. Y existen los niños que, viviendo sus progenitores, es como si no los tuvieran. Niños que han sido abandonados. Niños sin hogar. Niños sin cariño. Niños de la calle. Muchos que ni tan siquiera han oído hablar de ti. Sin embargo, son tus preferidos. A todos ellos les dices que tienen un Padre en los Cielos.

Dios Padre es Padre de todos. Nos lo revelaste con total claridad. Tras la resurrección, antes de subir al Cielo, nos dijiste:

–*"Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"* (Jn 20,17).

Y en cuanto al amor que el Padre nos tiene, también dijiste:

–*"El Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo vengo de Dios"* (Jn 16,27).

Qué consolador es saber que el Padre no se olvida de nadie:

–*"Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?"* (Mt 6,26).

Pues si Dios tiene cuidado de los pajarillos, y de los lirios del campo, ¿no va a cuidar con mayor motivo a sus pequeños hijos, los pobres niños huérfanos, los mismos que siembran el mundo de soledad, de dolor, de llanto?

Cuando rezamos el *Padrenuestro,* nos dices que no pidamos el pan sólo para vosotros. Hablas en plural: *Danos* el pan de cada día. Por eso, lo pedimos también para tanto niño abandonado. Pero el pan tenemos que dárselo nosotros mismos. Hay mil modos de socorrer al necesitado. Unas veces, directamente. Indirectamente, otras. Quienes tienen dinero de sobra, que inviertan en albergues, en casas de acogida para tanta criatura abandonada a su suerte. Y quienes estén en posibilidad de adoptar niños abandonados, que lo hagan. El cariño que podamos dar a estas criaturas no tiene precio. ¿Y quién más necesitado de cariño que los niños?

Jesús, en el aburguesamiento en que vivimos gran parte de la sociedad, donde a los hijos no les falta de nada, y les sobra de todo, perdemos sensibilidad humana y social. Los hijos aburguesados corren el peligro de ser más tarde unos déspotas. Viven como en una burbuja aséptica, para que no se contaminen. ¡Qué equivocados están los padres que así maleducan a sus hijos! Los hijos necesitan estar en contacto con la realidad. Si ellos tienen medios para vivir holgadamente, muy bien, que den gracias a Dios. Pero que piensen que podía haber sido al revés: que ellos fueran los pobres huérfanos. El contacto con la realidad sensibiliza. Educa. Ayuda a tomar conciencia de que el mundo no es igual para todos. Cierto. Pero que todos somos iguales

para Dios. La humanidad que Dios quiere es cabalmente la que humaniza. El amor, hecho acogida para tanto ser que lo necesita, no quedará sin recompensa.

¿Cómo podemos demostrar a Dios que lo amamos? Amando al prójimo. No demos más vueltas. Porque el amor a Dios pasa por el amor al prójimo. Nos lo dijiste:

–*"Os aseguro que cualquiera que dé de beber, aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa"* (Mt 10,42).

Jesús, insistiendo en el *Padrenuestro*, ayúdanos a que no lo recemos mecánicamente, de carretilla. Que pensemos bien cada palabra. Que nos fijemos que dice Padre *nuestro*. En plural. Padre de todos. También de los niños y niñas huérfanos, no importa cuál haya sido la causa de su situación. Son tantas las causas. Puede haber sido por un huracán, por un terremoto devastador. Aunque lo más probable es que haya sido por causas, desgraciadamente, humanas. Guerras, persecuciones religiosas, o el sinsentido de una sociedad que rinde culto a la hipocresía y al ídolo del dinero.

Fue inmenso el cariño que demostraste a todos los niños. Cómo se te acercaban. Buscaban que los bendijeras. Las mismas mamás los traían para que los bendijeras. Si los niños de hoy te conocieran, harían lo mismo. Vendrían corriendo a ti. Pero, muchos ni siquiera han oído hablar de ti. Somos nosotros quienes estamos obligados a decirles quién eres, Jesús. Obligados a catequizarlos. A hablarles de ti. Que se enteren que tú los amas. Y que construyamos un mundo donde tenga cabida la misericordia.

–*"Sed, misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso"* (Lc 6,36).

Todos estamos necesitados de amor. Pero, fundamentalmente los niños. Con mayor motivo y urgencia, los niños huérfanos. Jesús, que no olvidemos tu Evangelio:

–*"Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor"* (Jn 15,9-10).

LOS REYES MAGOS

Jesús, tengo una curiosidad. Es la siguiente. Cuando eras niño, muy niño, como lo fui yo, o cualquier otro niño, ¿a qué jugabas?, ¿tenías juguetes?, ¿cómo te divertías? Porque, a buen seguro que el bueno de san José, como buen ebanista que era, algún juguete de madera te construiría.

Mira, yo recuerdo de dos. Me hicieron mucha ilusión. ¡Ay qué ver, cómo se actualiza la memoria de aquel entonces! Tendría yo poco más de dos años. Y los *Reyes Magos…*, ¡esos sí que eran Reyes!, me *echaron*, esa era la expresión que se empleaba, un carrusel. Había que darle cuerda, y daba vueltas. Como los de verdad, de las ferias. ¡Qué divertido resultaba! Y cuando fui un mocito de cuatro añitos, los mismos Reyes Magos, puntualísimos todos los años en la noche del cinco al seis de enero, me trajeron, o sea, me echaron, un triciclo. Me hubieras visto dando pedales. Ahí sí que podemos decir que todo iba sobre ruedas. La cosa más divertida. ¡Qué felices éramos! "¡O témpora, o mores!, que diría Cicerón. ¡Imagínate, con qué ilusión esperábamos los niños la llegada de los Reyes Magos!

Tiempos idos, irreversibles, en parte y sin duda, por los grandes avances de la técnica. En cambio, donde no veo que hayamos avanzado es en inocencia y felicidad infantil.

En aquel tiempo, los *Reyes Magos* eran *Reyes Magos*. Sembradores de mucha ilusión para los niños. Traían felicidad. ¡Traían *ilusión*! Hoy que los grandes almacenes, y su enorme despliegue de publicidad lo llenan todo, han contribuido a que los niños, ellos y ellas, se conviertan en voraces acaparadores de juguetes. Todo el año hay juguetes, cada vez más sofisticados. Los niños están atiborrados de juguetes, pero se les ha matado la ilusión. Me pregunto si los niños de hoy son felices. ¿Les damos opción a la ilusión?

Y mira por dónde. Tú, Jesús, fuiste el primero en recibir a los auténticos Reyes Magos, cargados de simbología. Y no obstante de ser aún tan pequeñito, entendiste, les sonreíste, y seguro que te divertiste tirándoles de la barba. Pero, al poco de tú nacer, tuviste que huir a Egipto, con tus padres, para libraros de Herodes. No me resisto a transcribir un pasaje del evangelio apócrifo conocido como el *Pseudo Mateo*. Dice:

–"Aconteció que, al tercer día de camino, María se sintió fatigada por la canícula del desierto. Y viendo una palmera le dijo a José: "Quisiera descansar un poco a la sombra de ella".

José a toda prisa la condujo hasta la palmera y la hizo descender del jumento. Y cuando María se sentó, miró hacia la copa de la palmera y la vio llena de frutos, y le dijo a José: "Me gustaría, si fuera posible, tomar algún fruto de esta palmera".

Mas José le respondió: "Me admira el que digas esto, viendo lo alta que está la palmera, y el que pienses comer de sus frutos". "A mí me admira más la escasez de agua, pues ya se acabó la que llevábamos en los odres y no queda más para saciarnos nosotros y abrevar los jumentos".
Entonces el niño Jesús, que plácidamente reposaba en el regazo de su madre, dijo a la palmera: "agáchate árbol, y con tus frutos da algún refrigerio a mi madre". Y a estas palabras inclinó la palmera su penacho hasta las plantas de María, pudiendo así recoger todo el fruto que necesitaban para saciarse" (PsMt. 20, 1-2).

Te inventaste sobre la marcha un bonito juego, camino de Egipto. Hiciste a las palmeras aliadas de tus juegos. Se inclinaban ante ti. Tú te divertías con ellas. Lógico, los niños no pueden estarse quietos. Juegan, se divierten, son felices. ¡Bendita edad de la inocencia!

Pues bien, todo esto me sirve de preámbulo para dar un paso adelante y reflexionar en algo muy importante. Hay Alguien que tampoco se está quieto. Me refiero al Espíritu Santo. Ni más, ni menos: El Espíritu Santo.

Fuiste tú, Jesús, quien nos reveló la plenitud de Dios, que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo. Quiero centrarme en Él. En la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo aparece como: Presencia y acción de Dios, actuando, sobre todo, en tu persona, Jesús.

San Juan Bautista, mientras bautizaba en el Jordán, anunció que él bautizaba con agua, pero que
–*"aquel que viene detrás de mí… os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego"* (Mt 3,11).
Y, a propósito del bautismo, tú dijiste a los apóstoles:
–*"Id, y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"* (Mt 28,19).

De modo que, bautizados en Dios, Uno y Trino, los cristianos poseemos, o por mejor decir, hemos sido poseídos por el Espíritu Santo. Tanto en el sacramento del bautismo como de la Confirmación. En consecuencia, nuestra vida está movida por el Espíritu Santo.

Cabe una pregunta: ¿Pero sabemos quién es el Espíritu Santo? La Biblia no da una definición, propiamente tal. Más bien se refiere a Él a base de imágenes y símbolos, como: *Viento* (Gn 1,1), *Fuego* (Hch 2), *Agua viva* (Jn 3,5; 7,38; 1Jn 5,8).

También lo presenta como Abogado y Consolador (Jn 14, 16-26); como Impulsor de la vocación de los profetas (Is 61,1; Ez 11,5; 1Sam 16,13), etc. Se nos habla también en la Biblia de sus Siete dones (Is 11,2). O de sus Frutos (Gal 5,22-23). También de sus Carismas (1Cor 12-13). Y de nuestra adopción filial (Rom 8,14-16).

Y qué maravilloso resulta saber que el Espíritu Santo actúa, se mueve, siempre está en acción. El Espíritu Santo fue Presencia viva y activa en todas tus acciones, Jesús, mientras vivías en el mundo. Y lo mismo ahora,

glorificado en la Iglesia y en cada creyente. Pero actúa también en la misión de la Iglesia, con lo cual atestigua que la Iglesia es una obra divina; que es Dios quien la conduce, a pesar de las deficiencias humanas. Efectivamente, actúa en la vida de los cristianos para que bajo su acción seamos testigos tuyos, Jesús resucitado. San Pablo tiene una frase preciosa:

–*"Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo"* (1 Co 12, 3).

La presencia activa del Espíritu Santo en nosotros comenzó en el bautismo, y continúa a lo largo de toda nuestra vida. Por eso, bajo su acción, en verdad podemos decir: Creo en Dios como Ser omnipotente, Creador de todas las cosas. Creo en Dios, que sostiene el mundo en sus manos y está metido de lleno en la Historia de la Humanidad. Dios que es Padre, lleno de ternura y misericordia. Dios que es Espíritu, cuyo soplo alienta y vivifica todas las cosas. Espíritu que es Fuego purificador y vivificador, como en Pentecostés. Que es Agua, aleteando sobre las aguas primordiales (Gn 1,1), donde la Historia se convierte en Historia de Salvación.

En consecuencia: El Hombre, varón o mujer, está animado y vivificado por el Espíritu de Dios. Por lo mismo, toda la vida del hombre necesita ser una búsqueda continua de Dios, sí. Pero, sobre todo, un dejarse querer por Dios. De ahí que, a Dios no se le estudia: a Dios se le ama. A Dios se le vive, puesto que *"en Él vivimos, nos movemos, y somos"* (Hch 17,18). La auténtica teología es la del Amor. Dios es Amor. Con razón nos dijiste, Jesús:

–*"Si me amáis de verdad, obedeceréis mis mandamientos, y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Abogado que os ayude y esté siempre con vosotros: el Espíritu de la verdad"* (Jn 14,15).

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Jesús, en tu tiempo no había satélites, ni televisión. Tampoco los hombres, o mujeres, ni tantos maravillosos medios que hay hoy, que nos informaran sobre el estado del tiempo, y nos dijeran si va a llover, si va a nevar, o si se aproxima un huracán. La gente barruntaba el tiempo mirando al horizonte. Hoy, a diferencia de los antiguos, si queremos saber si va a llover, o no, en vez de mirar al cielo o al horizonte, miramos el parte meteorológico; y *"el hombre"* o *"la mujer del tiempo",* nos informan en la tele, y lo hacen con un alto grado de acierto. Tú, Jesús, aludes a esto en Lucas 12, 54-56, cuando echas en cara a los fariseos que, sabiendo interpretar el estado meteorológico del tiempo, no saben interpretar el tiempo real en que viven. Es decir, los signos de los tiempos.

Los *"Signos de los tiempos",* esa expresión tan socorrida por el Papa san Juan XXIII. También por el Concilio Vaticano II, que él mismo promovió y convocó. El mismo Concilio en los decretos sobre la Iglesia, sobre la liturgia, sobre la relación con el mundo actual, hace hincapié en el tema. Predominaba en los obispos reunidos en el Concilio la convicción de que la salvación a la que nos convoca Dios a todos, nos lleva a un dinamismo necesario para construir la historia. Si hay algo realmente dinámico, es precisamente la Historia. Con mayúscula. La Historia, tomada naturalmente en el sentido de vida. Pues la vida es dinámica; se desarrolla y crece. Lo mismo que pasa con un árbol, por poner un ejemplo, sucede con la vida en general. Las hojas nacen, van creciendo en las ramas, hasta que terminan su ciclo y caen. Es decir, lo que ayer valía, puede que hoy ya no valga. Pero la Vida sigue en pie.

El Vaticano II lo tuvo muy claro. Sabía que aquello que ayer era actual, podía no serlo hoy. Lo cual, aplicado a la Iglesia, tiene una fuerza y exigencia vital. Porque resulta que en la Historia de la Iglesia se plasma la Historia bíblica: los fariseos, lo mismo que nosotros, leían a los profetas, pero no comprendían, o no comprendemos, que lo que los profetas habían preanunciado estaba sucediendo ya. Y se lo echas en cara. No entendían la importancia de los tiempos nuevos. No supieron interpretar los signos del tiempo de Dios. No captaron que había que actualizarse.

La Iglesia sabe que no puede caer en el mismo error de los fariseos. Y se puso a estudiar su pasado, para poder comprender su presente, sabiendo que es preciso respetar su tradición, rica de la presencia de Dios, pero sin interrumpir la ineludible relación con el presente. Y con toda la problemática que conlleva. Este fue el cometido del Concilio. Dios habló, habla y seguirá hablando, a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por consiguiente, también hoy. Porque Dios tiene también su propia Historia. Siendo eterno, su Historia es de Amor. Y así, de pronto, Dios se metió, y metido sigue, en

la historia del ser humano haciéndose hombre en ti, para conducirnos a la salvación. Eres tú, Jesús, quien conduce la Historia de la Salvación. Esta es para todos. Porque Dios es universal; no es patrimonio de nadie en particular. Nadie tiene la exclusiva de Dios. Ni judíos, ni cristianos, ni musulmanes. Nadie.

–"*Dios es Amor"* (1Jn 4,8).

Y, por lo tanto, es un Dios de todos y para todos. Nosotros, todos sin excepción, aún los no creyentes, incluso quienes rechazan a Dios, participamos de su Amor.

En el mundo actual, tan lleno de ruidos, y de voces incoherentes; tan lleno de relativismo moral, cuanto vacío de valores espirituales existe. No es fácil escuchar o distinguir la voz de Dios. Esto, la Iglesia lo sabe muy bien. Y sabe que se necesita, por consiguiente, un esfuerzo grande y continuo para atisbar los signos de los tiempos y conocer la voluntad de Dios.

Jesús, sabemos que hay tres tipos de personas particularmente sensibles para captar los signos de los tiempos. Son:

–*los pensadores*,

–*los poetas,* y

–*los santos*.

No importa el orden en que los coloquemos. Estos tres pertenecen al selecto grupo de la gente sensible, capaz de captar los signos de los tiempos. Naturalmente, en estos tres, espero estés de acuerdo, no entran los políticos; aunque pueda haber, y sin duda que las hay, honrosas excepciones. Metidos en el ruido y en los negocios del mundo, es difícil tener, como si se tratara de un violín, las cuerdas bien templadas, para sentir las vibraciones más sutiles y sensibles de la humanidad.

El Espíritu de Dios, tu Espíritu, Jesús, conduce la

–*Historia de la Salvación*,

y sigue revelándose, en primer lugar, en la Iglesia. De ahí que el Concilio Vaticano II intentara identificar los problemas principales del mundo actual; y haya expresado su posición diáfana al respecto en Constituciones y Decretos. Otra cosa es si el mundo, tan lleno de ruidos y voces inconexas, quiere enterarse.

Necesitamos, igual que del alimento diario, de una bien acendrada espiritualidad. Es la espiritualidad la que sensibiliza al ser humano llevándolo hacia su destino transcendente y eterno. Y la Iglesia no ha dejado de recordarlo en sus dos mil años de historia, mientras tú, Jesús, continúas realizando la Salvación, de modo muy particular, en el mundo y en la Iglesia. Por eso la Iglesia, ni tiene ni puede tener, fronteras. Es universal, no es patrimonio de nadie en particular, porque es de todos y para todos. Ella hermana a todos los seres humanos sin distinción de colores, razas, lenguas, nacionalidades, culturas, o religiones, tratando de ayudarles a conseguir la

salvación que tú ofreces a todos sin excepción, porque, el auténtico Signo de los tiempos eres tú, Jesús.

MAESTRO, ¿DÓNDE VIVES?

Jesús, en el *Evangelio de Juan* (Jn 1,35-42) aparece el *encuentro* que tuvieron contigo los primeros discípulos. *Juan Bautista* te reconoce cuando llegas al Jordán, y les dice a Andrés y Felipe, discípulos suyos, que eres
–*"El Cordero de Dios…"*.
O sea, que eres de más categoría que él. Por consiguiente, que eres tú a quien hay que seguir es. Entonces, Andrés y Felipe, no sin cierta timidez, te siguen. Para que no les quepa duda de que no se han equivocado, les preguntas:
–*"¿Qué buscáis?"*.
Un tanto azorados, como sin duda estaban, a su vez te preguntan:
–*"Maestro, ¿dónde vives?"*.
Y tu respuesta, llana y amigables es:
–*"Venid y lo veréis"*.

Qué gratamente impactados debieron quedar, cuando al día siguiente Andrés te trae a su hermano Pedro. Felipe, a su vez, trae a Natanael, alias Bartolomé. Le ha informado:
–*"Hemos encontrado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret"* (Jn 1,45).

Jesús, si traigo a colación este pasaje, es porque lo siento muy sugerente. Cuando alguien nos habla de ti, cuando alguien nos lleva hasta ti, queda prendado de ti; y se convierte en discípulo tuyo. No se prendan de tu casa, ni del lugar donde vives. Se prendan de ti. Y éstos, a su vez, buscarán otros candidatos a seguirte. ¿Qué tienes, Jesús, que de tal manera arrastras?

El hombre, varón y mujer, de todos los tiempos, se ha caracterizado por ser un buscador. El hombre busca, más allá de sí mismo, algo o *Alguien* que llene su corazón, que dé sentido a su vida. Ese *Alguien* eres tú, Jesús. Tú no eres una entelequia, no eres un sueño, o un espejismo, sino el Dios hecho Hombre. Y lo más sorprendente, es que vives en nuestro propio corazón.

Jesús, la misma pregunta, ¿Dónde vives…?, te la han hecho los músicos, los poetas, los artistas, los grandes pensadores, y la gente, en general, de más exquisita sensibilidad espiritual. Y te han cantado en prosa y en verso, en obras de majestuosa arquitectura, y en la sencillez de la vida que va transcurriendo en el día a día de nuestro existir. Por ti han dado la vida innumerables mártires. Por ti han sacrificado los más nobles instintos, hombres y mujeres, consagrando todo su ser en la vida religiosa y sacerdotal. Por ti, tanta gente anónima, va abriendo surcos de luz y de esperanza con su trabajo callado, con su entrega amorosa y generosa a la familia. Por ti, la vida tiene un sabor nuevo y es bella. Por ti el cosmos infinito es el gran salmo de la Creación. Y todos se han quedado contigo.

MEJOR UNIÓN QUE DIVISIÓN

Jesús, hablemos hoy de un tema que a muchos nos preocupa. Es un tema candente que tenemos los cristianos. Me refiero a la división existente entre los diversos grupos cristianos. Sabemos que desde Juan XXIII, y mucho antes, se han hecho, y se siguen haciendo, grandes esfuerzos, y también avances, en pro de la unidad. No deja de ser un escándalo que los cristianos estemos divididos. Que si ortodoxos, que si católicos, que si protestantes. Para comenzar, conviene distinguir entre *unidad* y *uniformidad*. Buscar la uniformidad, me parece absurdo. No creo que nadie esté por la labor. No somos seres clonados. Además, la diversidad es una riqueza. En cambio, la unidad es de acuciante necesidad. Sobre todo, en lo fundamental.

La historia del cristianismo ha conocido muchas rupturas. Desde los comienzos. Ha habido rupturas de pensamiento, de interpretación de la doctrina, de ideas, etc. Y ruptura del dogma. Todo ello ha golpeado con fuerza el sentido de la unidad de los cristianos. En tiempo de los apóstoles, surge la primera discrepancia: los judaizantes. Da lugar al primer Concilio de la Iglesia, el de Jerusalén. El problema se soluciona. Viene luego una serie interminable de herejías.

Pero hay varios momentos muy señalados en la ruptura de los cristianos: En primer lugar, el Cisma de Oriente en el siglo XI, con Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla (1043-1059). Al no aceptar la primacía de Roma, fue excomulgado por los legados de León X el 16 de julio de 1054. En un sínodo que él mismo convocó, anatematizó la bula pontificia. Y el cisma, que ya venía de atrás, se consumó el 25 de julio de 1054, dando origen a la división: Iglesia ortodoxa, Iglesia católica. Con buen criterio, el Concilio Vaticano II levantó la excomunión.

En segundo lugar, tenemos el Cisma de Occidente. Tuvo lugar en 1.378, durante los la Guerra de los Cien Años. A la muerte del Papa Gregorio XI son elegidos para sucederle, no uno, sino dos pontífices: Urbano VI en Roma y Clemente VII en Aviñón. Durante 36 años, la Iglesia estuvo dividida en facciones seguidoras de dos y hasta de tres papas. El Concilio de Constanza, en 1.414, pone fin al Cisma depositando la tiara papal sobre Martín V.

Luego, en el siglo XVI, con Martín Lutero, en Alemania (1517) tiene lugar la peor de las rupturas dentro del cristianismo. Es la llegada del protestantismo. Sin olvidar a Enrique VIII en Inglaterra (1539), que dio lugar a la Iglesia anglicana. Lutero hace su ruptura oficial con la Iglesia en 1520, cuando desarrolla sus teorías reformistas. El papa León X le condena y excomulga como hereje mediante una bula que Lutero quemó públicamente. Carlos V lo declara proscrito tras escuchar sus razones en la Dieta de Worms (Alemania), en 1521.

Mientras tanto, Lutero permaneció escondido bajo la protección de Federico III de Sajonia. Pero el mal estaba hecho. Sus ideas no quedaron en el ámbito de la teología y de la Iglesia. Pasaron al campo político y civil. Lo que fue aprovechado por algunos príncipes deseosos de afirmar su independencia frente al Papa de Roma y frente al emperador.

Lutero, con todos los apoyos recibidos, se convierte en dirigente del movimiento protestante, conocido como La Reforma. Movimiento que, lejos de guardar una unidad, se fracciona en distintos grupos o iglesias, dando lugar a las sectas protestantes. Así las cosas, y aunque visto todo a vuelo de pájaro, es claro que hoy, a pesar del gran esfuerzo ecuménico que se lleva a cabo entre las distintas Iglesias, resulta imposible unir lo roto. El jarrón de la unidad se hizo trizas. Imposible volverlo a su estado primigenio. En cambio, sí se puede lograr, al menos, un mínimo de unidad dentro de la pluralidad. Arreglar lo roto es imposible, pero juntar los trozos rotos y juntarlos, como restos arqueológicos que se exponen en un museo, sí es posible.

Para conseguir la unidad convendremos, Jesús, en que hace falta conversión. Todos cuantos creemos en ti, Jesús, tenemos que estar bajo el gran signo de la unidad. Por esa unidad, aunque en una escala muy diferente, luchó san Pablo en Corinto. San Pablo descubre una situación poco ejemplar en la primitiva comunidad de Corinto. No era una comunidad de perfectos e impecables. Una comunidad perfecta, no existe. Pero la fuerza del Espíritu que es más grande que nuestra debilidad, hace posible ponerse de acuerdo y que no anden divididos, sino unidos en un mismo pensar y sentir. Pablo les dice que tú, Jesús, no puedes estar dividido. Y apela a la necesidad de conversión. La unidad se produce cuando previamente hay una actitud de conversión. Ahora bien, la conversión se realiza cuando nos encontramos contigo, Jesús.

Si la unidad la aplicamos a nivel ecuménico, tenemos lo siguiente: el antitestimonio que ofrecemos al mundo los que nos decimos creyentes en ti, Jesús, al estar divididos en diversas confesiones cristianas, da la impresión, y es la realidad, de estar encerrados en nosotros mismos. Tú nos quieres abiertos, acogedores, fraternos. Por eso rezaste al Padre:

–*"Que todos sean uno, como nosotros somos Uno, para que el mundo crea que tú me has enviado"* (Jn 17,21).

Pero, mira, Jesús, poco a poco, vamos madurando. Eso creo. Y al hacer una revisión histórica y doctrinal, vemos que cada día se hace en un clima más fraterno y ecuménico. Es natural. Hay muchos puntos comunes de unión, porque es mucho más lo que nos une que lo que nos divide, como bien decía Juan XXIII. Por otro lado, el autor de la carta a los Efesios expresa:

–*"Un solo Señor y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos"* (Ef 4,4s).

Cabe preguntarse, ¿y cuáles son los puntos básicos de unidad? Entiendo que fundamentalmente son tres:

–Fe en un solo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.

–Fe en Jesucristo, hijo de Dios y Redentor de la Humanidad.

–Fe en el Espíritu Santo que santifica y guía la Iglesia.

Alimentados, básicamente, por la Palabra de Dios, la Biblia, es fácil llegar a la unidad. El problema está en los Sacramentos. Con la Iglesia ortodoxa no hay problema. Y tampoco sería problema con la Iglesia anglicana. El problema está con determinadas Iglesias protestantes. Dejemos de lado el tema de las sectas. Ese es punto aparte, ya que, yendo por libres, es difícil que se avengan a un diálogo ecuménico. En cambio, en cuanto a ortodoxos, católicos y protestantes, siendo más lo que nos une que lo que nos separa, como apuntaba *"el papa bueno"* san Juan XXIII, es cuestión de seguir creciendo en la unidad desde la diversidad. Y en la unidad podremos amarnos de verdad. Es decir, que es mejor la unión que la división. Ayúdanos, Jesús, a que tomemos en serio el tema de la unión, desde la fuerza del Amor, que es el Mandamiento primero y fundamental que tú nos diste como distintivo básico para ser seguidores tuyos.

MEMORIAL DE LA IGLESIA

Jesús, hablabas de tu Hora:
–*"Cuanto he deseado comer esta cena con vosotros"* (Lc 22,15).
Y llegó la Hora. Tu Hora. Como en el mejor brindis de la mejor amistad les diste a probar el Vino Nuevo de la Redención a tus amigos, los apóstoles. Compartisteis, primero el Pan. Luego el Vino. Fue la Acción de gracias más auténtica al Padre. Eucaristía permanente de tu presencia para siempre en la Iglesia. El Evangelio deja entrever que estabas enormemente emocionado. Tus discípulos también. Fue una cena distendida, amigable, agradable, en un ambiente muy familiar. Estaba próximo el final. Tus discípulos ni se lo imaginaban. En ese momento no fueron capaces de entender la magnitud de tu gesto. Que aquel vino ya era otro Vino. El Vino Nuevo. Y aquel pan, el Pan de Vida eterna.

En ese ambiente entrañablemente familiar, hiciste lo que debías hacer. Tomaste un pan normal. Diste gracias al Padre por el pan de cada día, y en especial por el pan de esa noche que, en adelante sería Pan con mayúsculas. Pan de Eucaristía. Lo bendijiste, y en gesto de amigo, lo partiste y lo repartiste. Todos lo comieron.
–*"Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19).
A continuación, llenaste una copa de vino. La pasaste a cada uno.
–*"Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que es derramada por vosotros"* (Lc 22,20).

Jesús, ¿estabas nervioso? Me figuro que más que nervioso, emocionado. Además, eras consciente de que se aproximaba el momento de tu muerte. Y a nadie le gusta morirse. Una especie de tensión interna, sí que tendrías. Pero al mismo tiempo, apareces en el Evangelio con una enorme serenidad. Y también gozo. Se aproximaba el momento del triunfo definitivo del amor. Te marchabas. Y al mismo tiempo te quedabas. Para siempre. En el Sacramento de la Eucaristía. Sacramento de Amor. Pero, además, eras consciente, plenamente consciente de que
–*"el Padre había puesto todo en mis manos, que venía de Dios y a Dios volvía"* (Jn 13,3).
Volver al Padre. Eso supone una alegría inenarrable. Estabas a punto de culminar la realización del plan de Dios.

La Cena con tus discípulos era al mismo tiempo una despedida. Para ellos una pascua más. La Pascua judía. Donde las cosas, a fuerza de repetirlas, se vuelven rutinarias. Para ti era una Pascua Nueva y definitiva. También para ellos, por supuesto. Pero en ese momento no estaban

capacitados para entenderlo. A partir de la Resurrección lo entenderían. Y entenderían también que la Eucaristía, eterna e infinita acción de gracias al Padre, a partir de ese instante, era el Sacramento del Amor.

–*"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34).

Fue un mandato. Tenía la frescura de lo nuevo. Y para que nunca lo olvidaran, hice un gesto, todo un símbolo de esos que entran por los ojos y mueven la inteligencia y la voluntad. Te pusiste a lavarles los pies. A Pedro lo pillaste descolocado. ¡Qué gesto de extrañeza! ¡Y su actitud! Actitud que en el fondo le honra. Se puso terco. Dijo que ni hablar. Que no se dejaría lavar los pies por nadie. Jamás. Y menos por ti.

–*"Tú jamás me lavarás los pies a mí"* (Jn 13,8).

Le amenazaste con romper vuestra amistad. Sólo entonces, y a regañadientes, consintió en que se los lavaras. Ese es Pedro, buenazo como él solo.

La Eucaristía, Jesús, es memorial no sólo de la Ultima Cena, sino de tu Muerte. Y, sobre todo, de tu Resurrección. Ese interregno entre la Muerte y la Resurrección, lo dejaste caer como quien no hace nada.

–*"Un poco y ya no me veréis y otro poco y me volveréis a ver"* (Jn 16,16).

Ojalá algún día los cristianos tomáramos más interés por adquirir una formación cristiana más personal, desmasificándonos. Así nos daríamos cuenta de que la Eucaristía es al mismo tiempo el Sacramento del perdón y de la misericordia. Porque tu Sangre es

–*"la Sangre de la Alianza que se derrama por muchos para la remisión de los pecados"* (Mt 26,28).

Quien haya experimentado en su corazón lo que es el amor de verdad, por pasiva y por activa, entenderá estas palabras:

–*"Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él tenga Vida eterna"* (Jn 3,16).

Creo, Jesús, que ahora estamos más capacitados para entender, primero el sentido de la Pascua judía. Lo que comenzó en el Éxodo, hasta dónde ha llegado. Y segundo, la Pascua Nueva y definitiva. Y por qué *vives en la Eucaristía, memorial de la Iglesia*. Gracias, Jesús, por quedarte con nosotros.

MISNÁ Y TALMUD

Jesús, es evidente que amabas tu Pueblo, tu gente, tus raíces, las tradiciones, la religión, y las costumbres de tus antepasados. En cuanto hombre, naciste judío. Un buen judío conoce y estudia las Escrituras. Sus gentes.

En las numerosas diatribas que sostuviste con los fariseos les demostraste el perfecto conocimiento que tenías, no sólo de las Escrituras, también de las tradiciones. Tus padres fueron muy religiosos. Fieles cumplidores de los preceptos y normas litúrgicas de un pueblo creyente. Recuerdo aquel episodio, apenas cumpliste los doce años, que tanto desconcertó a tu madre. Subisteis a Jerusalén a cumplir vuestras obligaciones religiosas, por la Pascua. De regreso, te quedaste en Jerusalén, en el templo, sin avisarles. ¡Buena la hiciste! No les avisaste, y el susto que se llevaron tus padres, sobre todo tu madre, fue mayúsculo. Lo curioso es que, aquella aparente falta de obediencia, no lo era. Cuando leo y releo este pasaje concluyo que fue lo más acertado no haberles aviado de que te quedabas en Jerusalén. No lo hubieran entendido. Y se hubieran dificultado más las cosas. Tú debías hacer la voluntad del Padre.

Cuando tu buena Madre te llamó la atención, entonces sí, entonces les dijiste claramente por qué te habías quedado en el templo sin previo aviso.

–*"¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía"* (Lc 2,49-50).

No entendieron, pero comprendieron. De hecho, tu madre, humilde y buena como ella sola,

–*"guardaba todas estas cosas en su corazón"* (Lc 2,19).

Dicho esto, paso a otra cosa. Hay un libro posterior a ti. Me refiero a la *Misná*. Fue redactada unos doscientos años después de ti. Es posterior a ti en cuanto a su redacción escrita. Y al mismo tiempo, es anterior a ti, por tratarse de una tradición oral. Me explico. La *Torá*, o ley escrita, abarca los cinco primeros libros de la Biblia. Lo que se conoce como el Pentateuco. Esa es la ley escrita, a partir de Moisés. Pero está la ley no escrita, conocida como *ley oral*. Es la que se conoce como Misná. ¿Correcto, no, Jesús?

Bien, pues todo ese material de estudio exegético de las leyes judías recopiladas, y que recogen la tradición oral judía de siglos, es sin duda un arduo trabajo. Se debe al rabino Yehudá Hanasí, de finales del siglo II. La Misná, en consecuencia, es un cuerpo jurídico. Forma parte del Talmud. Y junto con la Torá, forman la *Halajá*, es decir, el *cuerpo de reglas religiosas judías* provenientes de las leyes escritas en la Torá. Y de las no escritas, o sea, orales.

Sé, Jesús, que la *Halajá* es la forma de comportarse. Que estemos donde estemos, hemos de saber estar. Saber comportarnos.

En cuanto al *Talmud*. En primer lugar, el Talmud recoge, sobre todo, las discusiones rabínicas referentes a las leyes judías, tradiciones, costumbres, historias, leyendas, etc. En segundo lugar, existen dos versiones del Talmud:

–el *Talmud de Jerusalén*,

así llamado por el lugar de redacción. Y

–el *Talmud de Babilonia*,

por haberse redactado en Babilonia, Mesopotamia. Elaborado a lo largo de varios siglos y, naturalmente, por gente erudita.

Hoy, cualquier persona que se precie, sea hombre o mujer, con mayor motivo los cristianos, debemos conocer a fondo la Biblia. Pero bueno sería también conocer la Misná y el Talmud. Imprescindible este estudio, por lo demás, si se trata de judíos que se preparan para ser rabinos

Jesús, fuiste considerado por tus contemporáneos como un maestro judío. De otro modo, no te hubieran llamado *"rabí".* Con frecuencia tenías acaloradas discusiones con los auténticos rabinos sobre cómo aplicar la Ley a la vida real. Por ejemplo, *no matar, no cometer adulterio, no dar falso testimonio*, etc., que son mandamientos del Decálogo. Columnas básicas de la moral. Vale. Pero tu estilo de discutir era provocador. Por ejemplo, si sacaban a relucir cualquier mandamiento, sobre todo si la interpretación era un tanto de manga ancha, como decimos, tú, de inmediato, les argüías:

–*"Habéis oído que se dijo… pero yo os digo…"* (Mt 5,21-48).

Es decir, llevabas los mandamientos al límite. Para mostrarles que Dios no se conforma con el mero *cumplimiento* de la ley. Cumplir por cumplir, no tiene sentido. Hay que poner alma y corazón.

Para terminar. Cada pueblo, cada religión, tiene sus leyes, sus libros. Pienso, por ejemplo, en el *Popol Vuh*, de los Mayas. Pero ningún libro tan rico como la Biblia. Es la Historia de tu Pueblo, Jesús. Y es, sobre todo, el Libro de la Revelación de Dios para todos los que tenemos la dicha de ser tus seguidores.

¿Cómo no estar orgullosos de la Historia de la Salvación, transmitida a través de la Biblia?

MÍSTICA DIVINA Y HUMANA

Jesús, hablemos hoy de la Mística. Porque veo que hay muy diversas opiniones sobre el tema. Entiendo que *Mística* significa experiencia de lo divino. También entiendo que no es lo mismo *divino* que *Divinidad*. Esta se refiere a Dios. Pero lo que llamamos divino, no siempre tiene que ver con la Divinidad. Por *divino* puede entenderse aquello que queda encerrado en el misterio. O que nos transciende. Pero en el misterio cabe mucha fantasía y mucha subjetividad.

Cualquier persona que se acerque a ti, Jesús, sea creyente o no, enseguida se da cuenta de que tú tenías de todo menos de místico, entendiendo místico en el sentido de fantasía. En cambio, sí eras un místico, si tomamos místico como sinónimo de santidad, por tu identidad con Dios.

Por consiguiente, Jesús, tampoco fuiste alguien encerrado en sí mismo. Por el contrario, unido en total y constante sintonía con Dios, sintonizabas al mismo tiempo con la naturaleza y con los demás. No te andabas por las ramas. Metido de lleno en la realidad del mundo, de las personas, y del ambiente en general, amabas cuanto te rodeaba. Comprometido de lleno con las personas,

–"*pasaste por el mundo haciendo el bien"* (Hech 10,38).

Enviado por el Padre, viniste al mundo para salvarnos a todos. En la totalidad de la persona. No viniste a salvar simplemente "*almas*", como tantas veces se oye decir, sino "*personas*" concretas. Y, en su totalidad.

Brillantemente lo expresó Juan Pablo II en su Encíclica programática, la *"Redemptor Hominis",* Cristo es el *Redentor del Hombre*. Es *"el centro del Cosmos y de la Historia".* Por consiguiente, ama cuanto le rodea.

Efectivamente, ¡hay que ver, con qué delicadeza y ternura amabas los niños y a los que sufren. Te admirabas ante la belleza de los lirios del campo. Evocabas bucólicamente al rebaño que pasta en el campo, imagen que te sirvió para conceptuar la unidad que quieres que haya entre tú y nosotros:

–*"Yo soy el buen pastor…"* (Jn 10,11-18).

Sintonizabas con las personas y con la naturaleza, lo mismo que con Dios; y al revés.

Jesús, sí eras místico en el sentido tan original y bellamente expresado por el papa Francisco en la Encíclica *"Laudato si'":*

–*"El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre"* (nº 233). Y aquí, atinadamente, el papa añade una cita, como nota a pie de página, de un poeta sufí. Nota muy elogiada, por cierto, por el Islam:

–*"Un maestro espiritual, Ali al-Khawas, desde su propia experiencia, también destacaba la necesidad de no separar demasiado las criaturas del mundo de la experiencia de Dios en el interior. Decía: «No hace falta criticar prejuiciosamente a los que buscan el éxtasis en la música o en la*

poesía. Hay un secreto sutil en cada uno de los movimientos y sonidos de este mundo. Los iniciados llegan a captar lo que dicen el viento que sopla, los árboles que se doblan, el agua que corre, las moscas que zumban, las puertas que crujen, el canto de los pájaros, el sonido de las cuerdas o las flautas, el suspiro de los enfermos, el gemido de los afligidos…»". (Eva de Vitray-Meyerovitch [ed.], *Anthologie du soufisme*, París: Editions du Seuil, 1978, 200). Porque la mística, más que misterio, es evidencia.

Fuiste compasivo y misericordioso. Metido de lleno en la realidad de las personas, sabías *descubrir la acción de Dios no sólo en el alma, sino en todas las cosas,* como prosigue la Laudato si'. De ahí que, con tanta fuerza resalte el evangelio la *misericordia* del Señor para con todos. Buenos y malos. Pero tu misericordia se acentúa más cuando se trata de personas necesitadas, al nivel que sea. Porque a Dios le duele el dolor y el sufrimiento de la gente. Y tú, que eres Dios y Hombre verdadero, afirmas:

–*"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mc 2,17).

Tus sentimientos para con las personas, sobre todo las más necesitadas, fueron siempre de compasión. No quieres que nadie sufra. Por eso tratabas de suprimir, o al menos aliviar, el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo dirá que el dolor entró en el mundo por el pecado. Desde el enfoque y contexto teológico que el apóstol le da, sin duda. Se trata, por lo demás, del dolor moral y espiritual. Sin embargo, nivel humano y físico, que no contradice para nada la teología, sin duda que el dolor es ajeno al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza. Pongamos por caso: supongamos, tomando prestada la imagen de la biblia, que Adán y Eva, un día estuvieran jugando los dos a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso; de pronto, la rama se rompe, ellos se caen. Qué duda cabe de que en el topetazo contra el suelo "verían las estrellas", como suele decirse.

Y es que, una cosa es el dolor moral (teológico) y otra, el dolor físico (naturaleza). Nadie mejor que tú, Jesús, para saberlo desde tu experiencia personal. Por ejemplo, en el abandono que sentiste en la cruz, y el suplicio de la cruz misma. Pero hay más, trataste de aliviar tanto un dolor como otro. Y no en ti, sino en los demás. Por eso perdonabas los pecados (dolor moral), y también curabas a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico). De ahí que la *compasión* no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Repetías:

–*"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36).

Por consiguiente, la compasión tiene que ser una actitud configurante, tanto del creyente, en lo individual, como de la Iglesia en su globalidad. Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación tuya, mi buen Jesús, en el mundo.

Para terminar esta conversación. No me cabe duda de que los falsos místicos carecen del don de la realidad. Flotan en una nube autocomplaciente. Les falta la dimensión de los grandes soñadores. Los verdaderos místicos son hombres y mujeres, clarividentes en ideas, utópicos donde los haya, porque ven más allá de lo que los demás ven. Se adelantan a los acontecimientos y hacen historia. Es el caso de los profetas bíblicos. Es tu caso, mi querido y buen Jesús. Fuiste el gran Soñador. Tu utopía está anclada en la realidad. Por eso fuiste capaz de construir una humanidad nueva, donde el *vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos*. Por eso fuiste capaz de redimir al mundo. Y de hacer nueva la Historia. Queda, pues, claro por qué digo que hay mística a lo divino y mística a lo humano. Buena a lo divino, vacía a lo humano. Con razón dice el salmo:
–*"Sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales"* (Sal 9,11).

NO APAGAR LA LUZ

Jesús, estamos tan acostumbrados hoy a la luz que puede ocurrir que perdamos de vista la dimensión de la oscuridad. La inmensa mayoría de los cachivaches, llamémoslos electrodomésticos, que utilizamos, funcionan por energía eléctrica. Tan familiar es la luz eléctrica que parece haber caído en desuso aquella frase que los padres decían a los hijos, si éstos se portaban mal: "que viene el coco", "que te meto en el cuarto oscuro". Con tanta luz, hoy ni hay coco, ni tal cuarto oscuro. Te diré por qué aludo al símil de la luz.

La Iglesia es una Comunidad que tiene la misión de testimoniar y concretizar tu proyecto liberador. ¿Correcto, no, Jesús? Vale. Pues sin ti, la Iglesia no sería Iglesia. Sería un club, una sociedad de a saber qué. Pero resulta que no es un club, sino una Comunidad. Un Cuerpo vivo, cuya Cabeza eres tú. Este es el motivo por el que, cuando a los apóstoles los llamaron al orden las autoridades de Jerusalén, el apóstol Pedro dando testimonio de ti, el Resucitado, dijera:

–*"Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29).

De este modo, estaba testimoniando tu soberanía universal.

Algo que llama a la reflexión es el hecho de que los apóstoles tuvieron que bregar en doble dirección. Por una parte, seguían siendo los mismos a nivel humano. Debían continuar ganándose el pan con el trabajo ordinario. Por otro lado, ahora eran apóstoles, *enviados*, debían proclamar la Buena Nueva. Esto fue lo que les acarreó problemas con las autoridades. Pero ellos,

–*"salieron del Sanedrín, dichosos por haber sido considerados dignos de padecer ultrajes a causa del Nombre de Jesús.* (Hch 5,41).

Es decir, su vida cambió. Eran los mismos, sí, pero con una tarea añadida: dar testimonio de ti. Por consiguiente, llevar la Luz; luchar contra las tinieblas que envolvía a la humanidad.

En todo el tiempo que estuvieron contigo, aquellos alrededor de tres años, seguro que aprendieron mucho. Pero les faltaba lo principal: creer en ti de modo transcendente y transcendental. Creer en ti como el Hijo de Dios. Esto sólo fue posible a partir de la Resurrección. Tú, Jesús, habías dicho:

–*"Yo soy la luz del mundo"* (Jn 8,12).

¿Lo entendieron cuando te lo oyeron decir? Supongo que no. Sus mentes estaban enredadas en las redes y en las barcas que tenían varadas a la orilla del lago. Y de pronto, en el lago de Tiberíades, precisamente, fueron descubriendo el sentido de esta frase. No deja de ser conmovedora la escena, en realidad repetida, a la orilla del idílico lago de Tiberíades. Ellos andaban faenando. Tú apareciste en la orilla. Te vieron. Sólo Juan se percató:

–*"¡Es el Señor!"* (Jn 21,7).

Les dijiste que echaran la red a la derecha de la barca. Lo hicieron. Y la captura de peces fue superabundante. (Jn 21,4-14).

Esa *pesca milagrosa* estaba simbolizando la Misión de la Iglesia, misión que tú, Jesús, les habías encomendado: ser pescadores de hombres. Pero, además de decirles que echaran las redes a la derecha, fuiste tú quien les invitó a almorzar. No almorzaron de la pesca abundante que acababan de arrastrar en la red hasta la orilla. Tú tenías preparado fuego en la playa, y sobre las brasas, asándose, un pez; también tenías pan. Sabroso almuerzo, de enorme significado simbólico: pescado, pan, el fuego mismo, que calienta, te representaban a ti, con sabor eucarístico.

La noche, en la que no habían pescado nada, era la oscuridad, era la ausencia de luz. Faltabas tú, Jesús. Tu Palabra cambió la situación. Se hizo la Luz. La Resurrección iluminó su existencia; de ellos, los apóstoles; y de la Comunidad. Pero hay otra conclusión más, que es preciso tener muy en cuenta, y es que, el éxito no depende del esfuerzo humano, sino de ti. Que la Iglesia guiada por Pedro, según tu voluntad, no se rompe, como no se rompió la red. Y tu Palabra es Palabra de eternidad.

A continuación, les haces una entrañable invitación:

–*"Venid a comer"* (Jn 21, 12).

¡Qué entrañable fraternidad!

A continuación, se produce un diálogo, la mar de interesante e importante. Preguntas a Pedro:

–*"¿Me amas?"* (Jn 21,15).

De modo muy significativo y cariñoso, y no sin cierta ironía, se lo preguntas tres veces. Tres veces te había negado. Bien que lo reconoció, y cómo le dolió al bueno de Pedro el haberte negado. Con lo buenazo que era. Pero así es la vida. Cuando menos lo esperas…, ¡zas!, al suelo.

–*"Tú sabes que te amo..."*.

Conmovedora la actitud humilde y sincera de Pedro. Triple pregunta, triple respuesta, triple prueba de amor.

–*"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas…"* (Jn 21, 15-17).

Y una lección aprendida: Lo esencial no es ejercer la autoridad, sino servir en el amor. A partir de ahí, todo es Luz. Señor, que no se apague nuestra luz.

NO TIRAR LA TOALLA

Jesús, cuando me pregunto qué debo hacer para seguirte a ti, la primera palabra que me viene a la mente es decisión. La decisión es cuestión personal. Y las decisiones personales las toma uno con total libertad. Nadie que vaya en pos de ti a la fuerza será buen seguidor. Más, no será seguidor.

Tú, Jesús, nos has hecho esta invitación:

–*"Quien quiera seguirme..."* (Mt 16,24).

No obligas. Quien quiera, dices Y no obligas porque respetas totalmente la libertad de cada persona. Nada más libre que el amor. Es amor es libre. Y el seguimiento se realiza desde el amor. Ahora bien, quien esté dispuesto a seguirte tendrá que hacerlo bajo la fuerza del Espíritu. Tú prometiste enviarnos al Espíritu Santo. Lo hiciste el día de Pentecostés. Es el Espíritu quien sostiene la fe del creyente.

De este modo, el cristiano es alguien que, sostenido y animado por el Espíritu, tiene la experiencia de Dios. Y la experiencia de Dios consiste en dejarse amar de Dios. De ese amor nace lo que llamamos la *espiritualidad cristiana*, que está iluminada por el Evangelio. Para un cristiano no hay más espiritualidad que la del Evangelio. Todo lo demás son añadiduras, complementos, y a veces suplementos. Hablando en cristiano, los suplementos son malos. El Evangelio no se puede sustituir por nada ni por nadie. No hay línea de espiritualidad más clara y diáfana que el Evangelio. Desde él se comprende la cercanía de Dios. El Evangelio es el centro radial de toda vida cristiana, sostenida por el Espíritu.

Resulta sorprendente y maravilloso constatar que cuando realizas, por ejemplo, una curación, siempre dices:

–*"Tu fe te ha salvado"* (Lc 7,50: Mc 5,34, etc.).

Es decir, estás pidiendo la actitud cooperativa del enfermo. Voluntad de cambiar. La fuerza para cambiar está dentro de uno mismo. Tú lo único que haces es impulsar esa voluntad, ayudando a la indigencia de cada ser humano, con su amor infinitamente misericordioso. Cuando a ti se te ve como redentor, necesariamente se te está viendo como amigo, como compañero de viaje en el diario caminar de la vida.

Encontrarse contigo, Jesús, es un auténtico regalo. Los cristianos ni podemos ni debemos caminar en solitario. De ahí que hayas ideado la Iglesia como una Comunidad de fe, de esperanza y de amor. Y es que, la Comunidad engloba a todos, sin diferencia ni distinción de edad, sexo, cultura, y hasta religión. Cuando se es capaz de captarte como alguien que pasa haciendo el bien, que nos acompaña a lo largo y ancho de la vida, entonces es cuando se es capaz de tirar el manto, como el ciego de Jericó, y salir corriendo a tu encuentro y seguimiento. Tirar el manto, tan distinto de nuestro lenguaje coloquial de *tirar la toalla*.

Seguirte a ti, Jesús, no significa llevar un ramo de rosas en las manos, ni flotar en una nube de mística vacía. Seguirte a ti es todo lo contrario de una mística lírica, o romántica. El mundo no necesita este tipo de místicos. Tú, Jesús, no fuiste un místico. Fuiste, por el contrario, un hombre de oración. Y, por lo mismo, pediste a tus seguidores una actitud de oración constante.

De oración. No hablabas de *rezos*, sino de *oración*. Es una lástima que en el lenguaje español oración y rezo sean sinónimos, porque a veces los sinónimos, lejos de enriquecer la realidad, la confunden y empobrecen. Así, rezar, puede hacerlo una simple grabadora; pero sólo las personas somos capaces de hacer oración. Y es que, la oración abre a la comunicación con Dios, a la confianza en Dios. Es lo mismo que acontece con los niños. Los niños no aprenden ni preparan de memoria un discurso cuando van a hablar con su madre o con su padre. Lo hacen espontáneamente, con las palabras que en ese momento le vengan a la boca, y aunque sea con su lengua de trapo, el niño pequeño se hace entender.

Te digo, Jesús, como un día Moisés a Dios, que tampoco yo sé hablar. Pero no me preocupa. Porque mi corazón está en ti. Y tú entiendes perfectamente el lenguaje de mi corazón, aunque la lengua tartamudee, y la voluntad, tantas veces, flaquee. Sé que la oración no es recitar fórmulas estereotipadas, sino abrir el corazón a Dios.

Así resulta que el vivir del cristiano es un vivir nuevo. Ser cristiano consiste en ser hombres o mujeres nuevos. Ir en tu misma dirección. O, mejor dicho, ir tú junto a nosotros, como lo hizo con los discípulos de Emaús. De esta manera aprenderemos a organizar la propia vida. Y al mismo tiempo, a formar comunidad.

Jesús, el listón de la santidad nos lo pusiste muy alto. ¿Te acuerdas? ¡Sólo faltaba!, me dirás. Vale.

–*"Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto".* (Mt 5,48).

Como el Padre celestial… Lo entiendo, Jesús, lo entiendo. Nadie puede llegar a ser tan santo como Dios. Pero con eso nos indicabas que tenemos que ser como el artista que se pasa la vida esculpiendo sobre roca una imagen. No importa si al morir la obra no se ha concluido. Lo importante es que no dejemos de estar manos a la obra en cuestión de santidad.

Nos dijiste también que, para seguirte, hace falta tomar la cruz. Llevar la cruz significa que no se puede tener la cabeza en el cielo si los pies no están bien asentados sobre la tierra, es decir, sobre la realidad. Y tú, Jesús, fuiste profundamente realista. Por eso mismo sintonizabas perfectamente con la gente. Y la gente captó perfectamente tu comportamiento, te seguía. No importa que no entendieran que además de ser Hombre eras también Dios. Tampoco los discípulos descubrieron en un principio tu divinidad. Incluso a última hora, antes de irte a los cielos, aún te preguntan:

–*"¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?"* (Hch 1,6).

Una pregunta que no tenía un sentido religioso, sino político. Seguían pensando en un reino terrenal. A partir de la Resurrección lo comprendieron todo. Es entonces cuando, iluminados por tu Espíritu, comienzan a ser de verdad profetas y misioneros. El mundo lo construyen los profetas, bajo la guía y el poder del Espíritu Santo. Por eso, aunque no sepamos hablar, no hay que tirar la toalla.

NOMBRE, GENIO Y FIGURA

Jesús, hay cosas imposibles, como son: poder elegir personalmente nacer o no nacer. Dónde. De qué padres. Con qué sexo. Y un largo etcétera. Hay cosas que sí las puede elegir uno, aunque sea a posteriori. Por ejemplo, el nombre.

Al nacer se nos da un nombre. Con él quedamos inscritos en el registro civil, y los cristianos en el parroquial. Por ese nombre se nos identifica, se nos llama, nos damos por aludidos, y por él respondemos. Normalmente, el nombre que se nos da al nacer es el que llevamos toda la vida. No obstante, hay quienes optan por un cambio de nombre, y a tal efecto acuden al registro civil. El nombre no es congénito. Cosa distinta son los apodos, o sobrenombres. Estos no son oficiales, sino etiquetas añadidas por diferentes motivos. Cosa muy frecuente en los pueblos.

Pero de tal manera asimilamos nuestro nombre, que con él somos *nombre, genio y figura*. Y por cierto, hasta al amigo humilde, cariñoso y fiel del hombre, el perro, le ponemos un nombre.

Es otro de mis primeros recuerdos. Tenía escasos tres años. En el jardín de la vecindad estábamos jugando un montón de críos. Tenían un perro grande, al que también le gustaba jugar con los niños. Pero a los chuchos se les pega lo bueno y lo malo de los humanos. Por ejemplo, el egoísmo. Pues bien, la hija de la familia dueña del perro, niña de unos cinco años, le saca al simpático can un recipiente con comida. Y los niños alrededor, viéndole comer. Yo debí acercarme demasiado. ¿Se pensaría el chucho que le iba a quitar su comida? Ni corto ni perezoso, me estampa un mordisco en el costado. No debió de ser gran cosa, pues ni siquiera lloré. Pero cuando mi madre me cambió la ropa interior, vio algo de sangre en la camiseta:

–Hijo, ¿qué te ha pasado?

Mentira al canto:

–Me caí.

Difícil es engañar a una madre. Le faltó tiempo para saber la verdad. Le bastó con preguntar a los demás críos, con los que había estado jugando. No recuerdo que nunca me pegara, pero cuando me llamó al orden temí que lo hiciera por primera vez. Por supuesto, no lo hizo. Nunca lo hizo. Pero aprovechó la circunstancia para darme, pacientemente, su lección sobre la sinceridad.

–Así que te caíste…, ¿o se tropezó el *txakur* (perro) contigo? ¿O tú con él?

–Me mordió… (Yo haciendo pucheros, como si fuera a llorar).

–Hijo mío, no pasa nada, pero otro día no te acerques a él cuando esté comiendo. Porque cuando come no quiere amigos cerca de él.

–Sí, mami…

Un par de besos mi madre zanjó la cuestión.

Pues bien, Jesús, hablando del nombre, a ti no te eligieron el nombre ni san José ni la Virgen, sino el mismo Dios a través del ángel:
–*"Y le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados*" (Mt 1,21). Más adelante se te conoce como *Cristo*, que en realidad es sinónimo de Jesús, Salvador, o Mesías, de ahí la traducción del hebreo, Cristo. Y de ahí los *cristianos*, tus seguidores. Vale. Pues si el nombre nos identifica, tú, Jesús, ¿quién eres? Muchos tenemos la dicha inmensa de conocerte y seguirte. Otros no. A éstos ¿qué les decimos? Que eres el Hijo de Dios. Y, por consiguiente, Dios. Que te has hecho Hombre para salvarnos. Que naciste de la Santísima Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo.

Eres Dios, por ser la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Y eres Hombre verdadero porque te encarnaste en el seno virginal de la Virgen María. De esta manera cumpliste la promesa que Dios había hecho en el paraíso terrenal de salvar al Hombre, cuando éste se apartó de Dios por el pecado. Y mira a qué precio. Para comenzar, naciste pobre en Belén. Predicaste el Evangelio, o Buena Nueva de la Salvación. Y como puntualiza tu apóstol Pedro:
–*"Pasaste por el mundo haciendo el bien, curando toda dolencia y enfermedad",*
tal como recoge Hechos 10,38. Y, por último, moriste por nosotros en la cruz, resucitando al tercer día.

Vida dramática tu vida, Jesús. Pero que termina en el triunfo total de la Resurrección y la Glorificación junto al Padre. Porque ésta es otra. Nos has revelado al Padre y al Espíritu Santo, con los que formas, como el Verbo que eres, la Santísima Trinidad. Y por medio de los Apóstoles has formado la Iglesia, maravillosa e imprescindible Comunidad de Salvación. Y en ella te has quedado para siempre con nosotros, en tu Palabra, en los Sacramentos, en la Eucaristía.

Nos revelaste al Padre como el Dios Amor. De ahí que, nunca excluías a nadie, por pecadores que fueran. Sólo les pedías que creyeran, que estuvieran abiertos a Dios. Y creyentes y abiertos a Dios estuvieron los leprosos, los paralíticos, los ciegos, los marginados en general. Los pobres y los excluidos se sintieron preferidos de Dios. Tuvieron un corazón abierto y más disponible para acoger el Reino.

Y como nunca llueve a gusto de todos, tuviste también adversarios: los *instalados*. Pero también a ellos llegó mensaje salvador. A poderosos e instalados les avisaste de que el egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia, el encerrarse en sí mismos, solo podían conducir a la perdición. Avisados quedaron, pero siempre respetaste su libertad.

Así las cosas, era natural, Jesús, que tu proyecto liberador entrara en choque con la atmósfera de egoísmo y de opresión que dominaba al mundo que te tocó vivir. Las autoridades políticas y religiosas se sintieron

incómodas. No estaban dispuestas a renunciar a privilegios de poder, y dominio. No estaban dispuestas a desinstalarse y a aceptar la conversión que les proponías. Y terminaron llevándote a la cruz.

Ya ves, Jesús, *nombre*, *genio* y *figura*. Tres palabras que nos caracterizan. A ti también. Y si tus seguidores añadimos el sobrenombre de *cristianos*, tenemos el pleno al quince.

NUESTRAS PENURIAS AL DESIERTO

Jesús, en la tierra que elegiste para encarnarte hay mucho desierto. Entiendo el desierto, más allá de la orografía, que también y por supuesto, es símbolo de muchas cosas. En primer lugar, de lo inhóspito, aparentemente al menos. Es símbolo de lucha, de esfuerzo, de soledad, de supervivencia. De tantas cosas más. ¡Y de encuentro consigo mismo! ¡Eso! ¡Y de encuentro con la vida! ¡Eso, sobre todo! Porque el desierto está lleno de vida.

El Evangelio constata que te retiraste al desierto. Retirarse, retiro. El tuyo, fue un retiro voluntario. Quisiste hacer una toma de conciencia de tu propia personalidad; también de la responsabilidad que adquirías ante Dios, ante el mundo y ante ti mismo, al asumir libremente la voluntad del Padre. Fue el modo de comenzar tu vida pública, con la proclamación de la Buena Nueva, o Evangelio. Y lo primero que hiciste fue ponerte en actitud de oración, que es mirar hacia dentro de uno mismo y al mismo tiempo mirar a Dios. Eras muy consciente de la responsabilidad que adquirías. A continuación, sufriste las tentaciones. La verdad es que no fueron distintas de las nuestras. Eso sí, seguramente más espectaculares. Era la representación de un drama en un escenario ideal, no exento de un ambiente un tanto bucólico. Lo agreste del lugar geográfico no se diferencia mucho de lo agreste que puede resultar nuestra vida.

Retiro y desierto se conjuntan para ayudarnos a interiorizar en nuestro yo personal y hacer un examen, en íntima soledad, y ver la escueta realidad de nosotros mismos antes de salir a la intemperie de la vida.

En la pedagogía de la exposición catequética de este pasaje, tú, Jesús, entablas un diálogo muy serio, contigo mismo, sobre las cuestiones que realmente preocupan y cuestionan al ser humano. Cuestiones que le pueden llevar a la realización plena como persona o al fracaso más estrepitoso. La Sagrada Escritura te sirvió de base. En la escenificación, dos interlocutores: Tú y Satanás. Lo importante en este proceso en el que se desenvuelve la conciencia personal es la revelación que encierra este episodio. Los narran los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas. En síntesis, es un drama que trascurre en tres actos:

Acto 1º: *Tentaciones de Jesús*
Acto 2º: *Identidad de Jesús y su función mesiánica.*
Acto 3º: *Vencimiento de las tentaciones.*

Es correcto, ¿no? Pues bien, si decoramos el escenario, veríamos el desierto; como marco ideal del drama que se desarrolla. Reina un ambiente de soledad y silencio. En medio de la escena, tú, Jesús, a solas consigo mismo. Tienes por delante todo el tiempo del mundo para la toma de ciencia que hace de ti mismo. Mil caminos posibles se te abren en un horizonte infinito. En pie, firme como una estatua identificada contigo mismo, tu libre albedrío. Al frente, en colores muy vivos, tu vida. ¿Qué vas a hacer de tu

vida? Esta es la cuestión. Cualquier decisión que tomes será tuya y sólo tuya. Esa es la prueba. Ese el sentido de la tentación. La vida está llena de posibilidades. Hay muchas voces de sirena. Peligro.

En el acto 2º contemplamos tu identidad. Haces que Dios ocupe el primer plano en tu vida y en la de los demás. No será la ambición, el poder, la riqueza, o los ídolos del honor, etc. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer otros, hasta las mismas religiones, tú nos presentas a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar:

–*"En espíritu y verdad".*

Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. No te dejas manipular y aceptas tu misión mesiánica. Y en esa misión está la dignidad y grandeza de Dios; y también del hombre. Y Satanás, en el esplendor fatuo de toda su soberbia, es derrotado apabullantemente.

En el acto final, te vemos, Jesús, concluyendo exitosamente tu toma de conciencia, tras la experiencia de las tentaciones a las que te has sometido como hombre, dándonos ejemplo, y enseñándonos a vencer las nuestras propias. En la apoteosis del triunfo definitivo y final, con voz espléndida, se alza tu grito:

–*"¡Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto!"* (Mt 4,10).

Mientras va bajando el telón de este drama de *"Las tentaciones",* me quedo pensando, Jesús, que las tentaciones no han acabado, que continúan también hoy, y bien seductoras. Y que andamos despistados. Solemos pintar al diablo con cara de malo, con rabo, y cuernos. Y mientras andamos distraídos imaginándonos un ser de mitológica ficción, no nos damos cuenta de que el verdadero diablo viene disfrazado, más que un carnaval; muy bien vestido, galante, seductor. Porque nos presenta,

–*"La ambición"*, como responsabilidad, y competencia.
–*"El afán de poder",* como líderes para el bien de todos.
–*"La falta de honradez",* como ingenio.
–*"El libertinaje",* como libertad.

Y un largo etcétera. Y así, por ejemplo, decimos: somos dueños de nosotros mismos; yo con mi cuerpo hago lo que quiero. Es entonces cuando el diablo hace lo que quiere de nosotros. No lo haría, si de verdad fuéramos dueños de nosotros mismos. De ahí que, nuestras penurias debemos llevarlas al desierto, lugar de purificación.

NUESTRO DIAL EN LA FRECUENCIA DE DIOS

Jesús, sé que el cristiano, incorporado a ti por el bautismo y consciente de ser un seguidor tuyo, representa y lleva en sí mismo la síntesis más hermosa de lo humano y lo divino. En realidad, el cristiano es, en verdad, ciudadano simultáneo de dos reinos. Que, a la hora de la hora, no son dos, sino uno solo, con dos dimensiones. Me recuerda esto la historia y vida de santo Tomás Moro.

De un lado, el cristiano pertenece a la *"ciudad terrena",* si empleamos el símil agustiniano. Y pertenece, al mismo tiempo, a la *"ciudad celestial*", en términos del Apocalipsis. El cristiano es el hombre, o mujer, de la temporalidad y de las realidades eternas. Su tarea es construir la ciudad eterna; para lo cual, ha de comenzar por construir primero la ciudad terrena, llevando a cabo el mandato de Dios le señaló ya en el primer capítulo del Génesis, de gobernar la creación. Para llevar a cabo esta empresa magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Para lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual y la acción. Sin la fuerza y gracia de tu Espíritu, Jesús, con que tú actúas, tal conjunción sería imposible. Si no tiene experiencia de Dios, el hombre no podrá tener la experiencia de sí mismo. Sintonizar con Dios es garantía de sintonizar con los demás. Necesitamos, por lo mismo, colocar nuestro dial en la onda de Dios; como hacemos con un aparato de radio.

El cristiano, primero por vocación, es decir, porque tú, Jesús, lo has llamado; y luego, haciendo honor a su nombre de *cristiano*, es un seguidor tuyo. De este modo, está llamado a trabajar para hacer posible un mundo más humano. Me gusta leer y meditar el salmo 8. En referencia al ser humano dice:

–*"Lo hiciste apenas inferior a un dios"* (Sal 8,4).

En el ser humano hay una parte de la divinidad de Dios. Al haberlo convertido en imagen y semejanza suyas, Dios le tiene reservada su gloria. Por consiguiente, tanto individual como socialmente, el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera transcendencia; que revalorice, no sólo al mismo hombre, sino a toda la creación. Pues por designio de Dios, la creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también una intransferible responsabilidad. No llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación.

Jesús, siendo tú la síntesis de la Creación, los cristianos en primer lugar, y también todos los hombres y mujeres de buena voluntad, necesitamos, reitero, colocar nuestro dial en la onda de Dios. De lo contrario, las cosas no resultarán. No podemos salirnos del modelo que eres tú. En ti reside la plenitud del Espíritu. En ti se une lo divino con lo humano, bajo la

soberanía y fuerza del amor de Dios. El cristiano necesita ser un comunicador de vida. No puede archivar o esconder su fe. De otro lado, bien sabemos que sin santidad de vida no se es verdadero cristiano. Ahora bien, la santidad no consiste en andar vegetando y flotando como una nube. Por ser imagen de Dios, hechura de Dios, se parece a Dios. Esa es la dignidad gratuita que Dios le ha conferido. Por consiguiente, está llamado a la santidad. La verdadera santidad lleva al hombre, varón o mujer, a luchar por ayudar a salir del subdesarrollado, a todo nivel. Para eso Dios nos ha dado la inteligencia, la libertad y la voluntad. Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios.

Jesús, también está claro que el cristiano está llamado a mantener vivo el sentido de la esperanza. Y a trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien. Y a ser testigo de la Verdad, porque Dios es la Verdad. Y a tener encendida la lámpara de la fe; a pesar de que nos toque vivir en un mundo zarandeado por la guerra y la violencia. Donde hay tanto desorden, tanta agresividad necesitamos responder con la paz. El Amor siempre vence al odio. Por eso necesitamos poner nuestro dial en la frecuencia de Dios.

PALABRAS SIN MONOPOLIO

Jesús, está claro que sólo Dios tiene la última palabra sobre cada cosa. Y también está claro que nadie tiene el monopolio de la verdad. Nadie tiene el monopolio de las palabras. Las palabras trasmiten conceptos, ideas, deseos, aseveraciones. Pero, ¿alguien tiene la plena seguridad de estar en lo cierto? Solemos decir que las palabras se las lleva el viento. Y que los hechos permanecen. Para bien o para mal. Pero el poder de Dios está por encima de las cosas.

Esto resulta fácil de entender si echamos mano del libro de los Números. Moisés comunicó al pueblo lo que Dios le decía. Era Moisés enlace entre Dios y el pueblo. A su vez, el poder de trasmitir el mensaje de Dios lo infundió Moisés sobre setenta ancianos. Entonces, ellos también podían hablar en nombre de Dios. Pero resulta que este poder le fue conferido también a Eldad y Medad. Como no eran del grupo de los setenta, ¿qué pasó? Esto:

–*"Un muchacho vino corriendo y comunicó la noticia a Moisés: Eldad y Medad están profetizando en el campamento"* (Num 11,27).

Josué se puso de parte del muchacho, y pidió a Moisés:

–*"Moisés, señor mío, no se lo permitas"* (Num 11,28).

¿Qué hizo Moisés, hacerle caso, darle la razón? No, señor. Por el contrario, contestó:

–*"¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu!"* (Num 11,29).

Efectivamente, a veces hay gente que tiene celos, envidia, del bien que otros hacen. Incluso están dispuestos a comprar el poder de hacer el bien. Es el caso de aquel hombre llamado Simón. Se dedicaba a las artes mágicas. En esto, los apóstoles Pedro y Juan bautizaron a unos samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo.

–*"Porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo"* (Hech 8,16-17).

Simón, el mago, no salía de su asombro. ¿Qué hizo?

–*"Al ver que por la imposición de las manos de los Apóstoles se confería el Espíritu Santo, Simón les ofreció dinero, diciéndoles: Les ruego que me den ese poder a mí también, para que aquel a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo"* (Hech 8,18-19).

Es evidente que no pretendía colaborar con los apóstoles en la extensión del Reinado de Dios, sino aumentar la cantidad de artimañas para atraer gente y aumentar sus ganancias. La respuesta de Pedro fue contundente:

–*"Maldito sea tu dinero y tú mismo, porque has creído que el don de Dios se compra con dinero". "Tu corazón no es recto a los ojos de Dios"* (Hech 8,20-21).

San Pedro le instó a que se arrepintiera de su pecado. Que pidiera perdón a Dios. Simón fue lo suficientemente humilde para reconocer su error:

–*"Rueguen más bien ustedes al Señor, para que no me suceda nada de lo que acaban de decir"* (Hech 8,24).

La Palabra de Dios es de Dios. Sólo de Dios. Ahora bien, él elige a quien quiere, como eligió a Moisés, para difundirla. Porque es Palabra de Salvación. Y quien es elegido para tal misión debe hablar, no la palabra de hombre, sino la de Dios. De otro modo, sólo serían palabras de un charlatán de feria.

Jesús, es en el Bautismo, donde nos has convertido en profetas, sacerdotes y reyes, para anunciar el Reino de Dios. ¿Crees que muchas de las personas bautizadas son conscientes, o conocen siquiera, esta hermosa realidad? De ser así, nadie se daría de baja. Nadie iría, mal informado por los enemigos del cristianismo, a que borraran de los archivos su acta bautismal. Pero la ignorancia, en unos, la mala fe, en otros, llega hasta el absurdo.

Por el contrario, nos encontramos con personas que sí son conscientes de su misión. Pero que, se les ha subido a la cabeza tal dignidad, como si se tratara de un mérito personal, o una misión en exclusiva. Algo de esto les pasó a algunos de tus discípulos. Les diste poder no sólo de predicar, también de echar demonios. Y mira por dónde y con qué me salieron un día.

–*"Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu Nombre, y tratamos de impedírselo porque no es de los nuestros"* (Mc 9,38).

¿Qué pensaron, que les hacían la competencia? ¿O que ellos, los apóstoles, tenían la exclusiva del don de Dios? Tú los regañaste. Y les dijiste:

–*"No se lo impidáis, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está con nosotros"* (Mc 9,39-40).

En definitiva, Jesús, se trata de estar en sintonía conmigo. Entiendo que el Reino de Dios no es para los fanáticos. Tampoco es exclusividad de nadie. El Reino de Dios no es un gueto cerrado, ni un redil cerrado, sino bien abierto, donde tienen cabida todas tus ovejas. Lo que cuenta es la gloria de Dios, del cual tú eres su Palabra viva, Jesús.

PAN EN LA CASA DEL PAN

Jesús, no hace falta decirlo, que a la vista está. De tus tiempos a los míos, no hay mucha distancia. Dos mil años son un soplo. No obstante, te pregunto: ¿Eran otros tiempos los tuyos? Me figuro que, en cierto modo, sí. Con esto, voy a lo siguiente. Sucede que las naciones, todas, pasan por momentos de bonanza y por momentos de escasez. La economía de las naciones es insegura. Pega saltos imprevistos y salta más que una ardilla de rama en rama. A Dios gracias, no recuerdo que en mi más tierna infancia faltara el pan en casa. Aunque eran tiempos de escasez. Ya sabes, había pasado aquella incivil Guerra Civil española. Y sí recuerdo que, si de pronto en un descuido, se caía de la mesa un trozo de pan, mis padres, y sobre todo mi madre, al recogerlo me hacía besarlo.

–Bésalo, hijo mío. El pan es sagrado.

Y es que, al pan siempre se le ha tenido como algo sagrado en la mesa. Reminiscencias, sin duda, de otro Pan, sin duda. Este, en mayúscula. Este, referido directamente a ti, Jesús. El Pan de la Eucaristía.

Esto de besar el pan era una costumbre muy popular. Lo viví en mi familia. Y lo he visto en otras familias. Era señal de respeto. Era recordar que en el *Padrenuestro* decimos:

–*"Danos hoy nuestro pan de cada día".*

Pero sigamos. Cuando San Lucas nos cuenta tu nacimiento, dice:

–*"Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño*" (Lc 2,8).

Detalle importante, teniendo en cuenta que la celebración de tu nacimiento, la situamos, convencionalmente, el 25 de diciembre. Sólo que, en nuestro hemisferio el 25 de diciembre es invierno, y en Belén hace frío. Y en invierno, a nadie se le ocurre pasar la noche a la intemperie. Ni pastores, ni rebaños. De modo que, difícilmente pudo ser tu nacimiento en diciembre. En cambio, a partir de la primavera se dan las condiciones que relata el autor del *Evangelio de San Lucas*. Y mejor que mejor, en verano.

Pero la fecha es lo de menos. Lo importante es el hecho mismo de tu nacimiento. Porque lo que en realidad celebramos es el hecho salvador y el comienzo de tu vida como Hijo de Dios entre nosotros.

Los entendidos dicen que el arrianismo tuvo mucho que ver con la asignación de la fecha de tu nacimiento. ¿Y por qué el arrianismo? Arrio fue un obispo culto, y muy elocuente el hombre. Atraía a la gente, incluyendo a otros Obispos. ¿Por qué? ¿Qué enseñaba Arrio? Pues, ¡ay, Jesús!, que no eras Dios, sino un hombre. Excepcional, sí, pero hombre. Decía que Dios te había creado para salvar la humanidad. Que habías ganado el título de Hijo de Dios al prestarse a morir por todos.

Así que, ¡ver para creer!, el arrianismo no aceptaba tu divinidad. Y lo peor fue que muchos cristianos aceptaron esta teoría. Naturalmente, esto no quedó ahí. La cosa era seria. Tanto que, el Papa convocó un concilio en Nicea, (en la actual Turquía). Asistieron las figuras eclesiásticas más relevantes del momento, como Alejandro de Alejandría, ayudado por, en ese momento todavía diácono, Atanasio. Igualmente asistieron Marcelo de Ancira, Macario de Jerusalén, Leoncio de Cesarea de Capadocia, Eustacio de Antioquía. Incluso algunos presbíteros en representación del Obispo de Roma, ya que éste no pudo asistir por su avanzada edad. Estuvo además presente Osio, obispo de Córdoba que, según parece, presidió las sesiones. Por supuesto, tampoco faltaron los amigos de Arrio, como Eusebio de Cesarea, Eusebio de Nicomedia y otros. Se juntaron en total unos trescientos los obispos.

La polémica no estaba solo dentro del concilio. También fuera. Tanto que, hubo enfrentamientos de la gente en las calles. Unos, que eras Dios; otros que no.

Ya ves, Jesús, *fuiste piedra de tropiezo* para mucha gente. Se cumplía lo escrito por tu querido apóstol Pedro:

–*"Para los incrédulos, la piedra que los constructores rechazaron ha llegado a ser la piedra angular, piedra de tropiezo y roca de escándalo. Ellos tropiezan porque no creen en la Palabra".* (1Pe 2,7-8).

Y unos años antes, el simpático ancianito Simeón, cuando estabas recién nacido, al acogerte en sus brazos profetizó:

–*"Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción"* (Lc 2,34).

Perdieron Arrio y sus seguidores. Su doctrina fue condenada por más de 300 obispos y la fuerte oposición de san Atanasio, obispo de Alejandría. Bajo su mano se redactó el *Credo de Nicea.* A muchos clérigos arrianos no les quedó más remedio que colgar los hábitos, o ir al destierro acompañando a Arrio.

Pero no perdamos de vista el título de esta reflexión: *Pan en la Casa del Pan.* Quedamos, pues, en que tu nacimiento no pudo ser en invierno, ¡uff, que hace mucho frío! Tiempo no apto, por consiguiente, para pasar las noches al raso; ni para desplazarse a hacer ningún censo, sea por decreto del emperador, llámese Augusto, le guste o no le guste; y sea gobernador Quirino, queriendo o sin querer.

Nos situamos, pues, en Belén. Mira qué interesante, Belén: *"Casa del Pan*". A buen seguro, Jesús, que cuando ibas a nacer le dijiste al Padre: Quiero nacer en Belén. ¿En Belén? ¿Por qué? Está claro, Eterno Padre, es la *Casa del pan*. Y si es la Casa del pan, yo soy el Pan de Vida. Me imagino la sonrisa de Dios Padre. Y para que de este Pan todos podamos participar, te mandó nacer en la Casa del Pan: Belén.

Al Papa Julio I, que no debía tener miedo al frío, se le ocurrió celebrar tu nacimiento, Jesús, el 25 de diciembre. Aunque su criterio no lo marcó el frío o el calor, sino que siendo esa fecha la fiesta pagana romana del *Sol invencible*, pensó que no había Sol más invencible que tú. Y fue así cómo el 25 de diciembre pasó a ser el Día de Navidad. Y ya puestos, te pido que no falte a nadie el pan de cada día.

PAPÁ Y MAMÁ

Jesús, resulta agradable evocar aquellos recuerdos primeros de la vida. Porque son recuerdos que nada tienen que ver con la nostalgia. Por el contrario, refuerzan la alegría de vivir. Y, ya sabes, las cosas buenas, agradables, permanecen para siempre. Sucede como con las semillas que germinan bajo tierra. Llega la primavera y brotan con pujante vitalidad. Así pasa con los recuerdos. Y es que, la vida es una perenne primavera. No importa el paso de los años y los achaques inherentes. Dicen que los mayores somos igual que una casa vieja. Todo son goteras. Ni tanto. Y que, a veces, hasta se hunde el tejado. Pues, aun así, quedan los muros. Y la vida continúa. Siempre quedará un rescoldo en el fuego del hogar de la propia existencia a donde arrimarse para no pasar frío al llegar el otoño de la vida. Y para poder, en la tranquilidad de la tarde y del ocaso, dar gracias infinitas al buen Dios que nos dio la existencia.

¿Y sabes, Jesús? Uno, con el tiempo, aprende que cuando se es todavía un bebé, a los papás les entran unos pequeños celos. Ven que el niño está a punto de decir, de balbucear, su primera palabra, y el padre espera que la primera palabra sea "papá". Lo mismo le sucede a la madre, quiere que el niño diga "mamá". Y cuando al fin el bebé suelta su lengua, dice algo, pero no queda claro si ha dicho papá o si ha dicho mamá.

Una cosa muy buena que tenemos es la memoria, bendita ella. De este modo, recuerdo, y admirado quedo, de hasta dónde es capaz de llegar la memoria. Si era el padre quien me tomaba en sus brazos al bebé, entre besos y caricias, repetía, para que el niño aprendiera, el sonsonete: *"pa-pá, pa-pá, pa-pá…"*. Y el bebé, feliz, se limitaba a sonreír. Ese modo de enseñar tiene truco, busca ganar la apuesta. Que la primera palabra sea "papá". La madre, a su vez, hacía lo mismo: *"ma-má, ma-má, ma-má…"*. Con lo cual el niño se lo pasaba en grande, disfrutando de las caricias de papá y de mamá.

–¡Ha dicho *"papá"!*

–¡Que no, que ha dicho *"mamá"*!

Me figuro la cara de felicidad que debieron poner José y María, tus padres, cuando balbuciste tu primer sonido en forma de palabra. Apostaría a que dijiste ¡*Abbá*! Pero más felicidad debiste sentir tú, Jesús, cuando nos enseñaste a invocar a Dios, no como un ser lejano, aséptico, intocable, hierático, sino como Padre. Tan cercano que parece que le podemos tocar. Y ciertamente decir, con toda la ternura del mundo: *¡Abbá!* Es lo que tú nos enseñaste. Es lo que tú vivías. Incluso quisiste que no nos quedáramos con la sola expresión: *Abbá*. Y nos enseñaste el por qué debemos invocar a Dios como Padre. Lo resumiste en la bella oración del *Padrenuestro.*

Esta hermosa oración del *Padre Nuestro* nos obliga a hacernos preguntas reflexivas y serias a nivel personal. La primera pregunta sería:

¿Qué imagen tengo yo de Dios? ¿La de un Dios severo? Si es así, debo tenerle miedo. Pero Dios no es un Dios de miedo, sino un Dios de Amor. Un Dios Padre. Y a un padre no se le tiene miedo. Respeto sí, miedo no.

Y porque es un Dios de Amor, está en los Cielos, que es la plenitud de la felicidad. No un Dios perdido por la estratosfera, al estilo de los dioses de la mitología griega y de otras civilizaciones. Pues bien, a este Dios que está en los Cielos, le decimos:

–"S*antificado sea tu Nombre…".*

Es decir, deseamos que Dios sea reconocido por todos. Y en consecuencia, que la Salvación alcance al corazón de todos los hombres. Para lo cual necesitamos estar incorporados a su Reino. Reino que no podemos alcanzar por nosotros mismos. Por eso le decimos:

–"Venga a nosotros tu Reino".

Ese es el Reino de la Justicia, del Amor, de la Paz, de la Libertad, de la Fraternidad... En definitiva: de la Salvación.

Al mismo tiempo, sabiendo que no somos ángeles, sino humanos, que necesitamos el alimento espiritual, pero también material, nos dijiste que le digamos al Padre:

"Danos hoy nuestro pan de cada día…".

Ciertamente, todos necesitamos el sustento material diario, simbolizado en el pan. Y el pan representa también otras cosas necesarias para vivir y llevar una vida digna. En definitiva, necesitamos el Pan de la Salvación.

Y conociéndonos como nos conoces. Sabiendo del barro del estamos hechos, y que somos pecadores, nos dices que acudamos al Padre con humildad y que, sintiéndonos pecadores, porque lo somos, le digamos:

–"Perdónanos nuestras ofensas…".

Sólo en esta actitud humilde y sincera es posible rezar el Padre Nuestro. El odio no va con Dios. Si tenemos odio en el corazón no podemos acercarnos al Dios que es Amor. Y si no perdonamos, tampoco seremos perdonados. Necesitamos ser perdonados, igual que necesitamos perdonar. No hay amor donde no hay perdón.

Otra cosa importante que nos dices en esta bella oración:

–"No nos dejes caer en la tentación…".

No nos dices que acudamos al Padre para decirle que no tengamos tentaciones, sino que no sucumbamos, que no caigamos en ellas. Las tentaciones siempre estarán con nosotros. Se trata de no caer. El bueno de san Pedro advierte al respecto:

-*"Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor vuestro buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe"* (1 Pe 5,8).

Dice, pues, que no caigamos en ellas. Como sería, por ejemplo, perder la fe y apartarnos de Dios. Las tentaciones son innumerables. Cierto. Pero la

conciencia, que es como la voz de Dios en nuestro corazón, nos advierte de lo que está bien y de lo que está mal.

Sólo me queda, Jesús, darte las gracias por todo, y en particular por esta bella oración del Padre Nuestro. Qué hermosa es, en boca de un niño, la palabra *papá* o *mamá*. Y qué gratificante resulta poder invocar a Dios como *Abbá=Papá*. Y es que, no hay como la oración para estar en sintonía y amistad con Dios.

La oración es el mejor remedio para estar en paz con Dios, consigo mismo y con los demás. Y sentir la caricia y ternura del Padre Dios.

PASAR EL ITV DE LA VIDA

Jesús, lejos de mí comparar a las personas con los coches. Pero hay un punto de comparación con el que estoy de acuerdo. Me explico. Sabes que lo coches tienen que pasar periódicamente revisión. Lo que llamamos el ITV. Hay que llevar los coches a revisión periódica. Vale. Me digo, ¿y cuántas veces no tenemos que ir nosotros al médico? A veces, a revisión rutinaria, otras, por necesidad.

Dicho esto, creo, Jesús, que también la Iglesia, y aquí abarco a los cristianos en general, necesita pasar de vez en cuando su *itv*; es decir, hacer *"revisión de vida"* y preguntarse cuántas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación, por ejemplo, de la *compasión*, en el sentido del Evangelio. Y mira que tú tanto insististe en esto.

Las obras buenas, por ejemplo, una limosna, que cualquiera puede realizar, son, a veces, un puro sucedáneo. Más una forma de aquietar la conciencia, que una obra de *"compasión evangélica".* Tú, Jesús, eres el Dios encarnado que sabe que la sociedad en general, y las personas en particular, necesitan -necesitamos- orientación moral. Pero también atención concreta, personalizada. Porque las personas no somos entes de razón, sino gente concreta con sus gozos y alegrías, con sus sufrimientos, soledad, marginación, incomprensión, dolor, esperanza, etc. Por eso, la Iglesia, está urgida de ser signo de la misericordia del Padre. Así nos lo has enseñado en el Evangelio.

Tu constante experiencia y cercanía con los pobres, los enfermos, los parias del mundo, te hizo exclamar:

–*"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9, 12).

El Evangelio se mueve siempre no en lo espectacular, sino en la línea de la cercanía. Que es lo que tú hiciste, Jesús, estar siempre cercano a la gente, compadecido, porque los veías

–*"como ovejas sin pastor"* (Mt 9,36).

Sabes bien, Jesús, que en nuestro mundo el tema religioso, en sí mismo, sin ponerle adjetivaciones, es siempre tema de acuciante actualidad. Y acentúo lo de *religioso*, más que lo *místico.* Lo religioso es más real, asienta sus bases en la realidad. Lo místico tiene una dimensión más corta y cerrada, y corre el peligro de flotar en una especie de nube poética, utópica, autocomplaciente. Pero hay que tener los pies en la tierra. Cuenta más la realidad cotidiana. Las utopías valen en la medida que reflejan o empujan a alcanzar la realidad. El sentido religioso en el ser humano, está en la realidad del día a día.

El sentido congénito de lo religioso, el ser humano la expresará de muchas maneras. A veces más, a veces menos conscientemente. Pues hay que tener en cuenta que estamos condicionados por el ambiente, la cultura,

la gente que nos rodea, y hasta por la misma religión, con sus normas y preceptos.

De ahí deduzco, Jesús, que tanto insistieras en la oración. Ya que, una de las dimensiones básicas de lo religioso, es la oración. Constantemente estabas en comunicación con el Padre. Incluso, te pasabas noches enteras en oración. Pero nunca fuiste un místico. Por el contrario, fuiste un hombre con los pies bien firmes en la tierra que pisaban. Compasivo, misericordioso. Atento siempre a las necesidades de los demás. ¿Cómo no iban a acudir a ti los ciegos, cojos, leprosos, necesitados en general?

Nunca estuviste cerrado en ti mismo. ¿Por qué? Porque no te andabas por las nubes, sino que pisabas fuerte la realidad. Ese mismo realismo te hacía ser creíble. Hasta convertirte en conciencia acusadora de quienes optaban por el mal. Era, pues, lógico que la gente confiara plenamente en ti. Estabas con la gente, te dabas a la gente. Eras profundamente realista. Y te acercabas a todos para hacer el bien. Para curar las dolencias materiales y espirituales, e infundir esperanza.

PERSEVERAR EN LA ORACIÓN

Jesús, el ser humano tiene una imperiosa necesidad de hacer oración. No digo rezos. Sin duda, hay que gente que jamás reza. En cambio, hacen oración. Esta consiste en mirar en dos direcciones. Hacia dentro de uno mismo. Y hacia fuera de sí mismo. Si hacia fuera, lógicamente se dirigen a Dios. Aun sin saber a qué Dios. Pero sí hacia Algo. Así, en mayúscula. Cada ser tiene un personal concepto de Dios. Incluso sin llamarlo Dios. Pero Algo.

Pareciera que no, pero hay mucha diferencia entre rezar y orar. El Evangelio constata que tú, Jesús, hacías oración. Es verdad. Estabas en constante comunicación con el Padre. Que eso es oración. Rezar, en cambio, lo puede hacer también un disquete. Lo pones en marcha, y va repitiendo lo que previamente se le ha grabado. Pero no se entera. Es decir, que ni siquiera es rezo. Nos encontramos con personas que rezan mucho. Por costumbre, ese rezo se vuelve mecánico. ¿De qué sirve? No se enteran ni de lo que recitan. Y su mente se distrae. Ahora bien, a favor de estas personas hay que decir que es gente buena. De otro modo, no rezarían. Bueno es el rezo cuando es sinónimo de oración. Y en todo caso, si nos ayuda a acercarnos a Dios.

Quiero fijarme en aquel pasaje del Éxodo. Cuando Josué luchaba contra los amalecitas. Ilustra muy bien este tema. Lo que es, y el sentido, de la oración. Bien. La batalla estaba encarnizada. Los amalecitas atacaron a Israel en Rafidim. Israel tenía todas las de perder. Moisés sabía que sólo Dios podía salvarlos. ¿Qué hizo? Se fue al monte, a ponerse en contacto con Dios. A hacer oración. Brazos en alto, Moisés oraba. Mientras oraba, la batalla se decantaba a favor de Israel. Pero, claro, llega un momento en que se cansó de tener los brazos en alto. En cuanto los bajaba, la batalla se inclinaba a favor de Amalec. Pidió entonces que le sostuvieran los brazos en alto.

–*"Moisés se sentó sobre la piedra, mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado"* (Ex 17,12).

Fue así como Josué derrotó a Amalec. Es el poder de la oración. Nada que ver con los rezos. Y no digo que los rezos estén mal, siempre y cuando sean un modo, aunque imperfecto, de orar.

Una manera segura, eficaz, práctica, fácil, de hacer oración, al menos para mí, es tomar la Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento. Concentrarse en lo que se lee. Sin prisas. Casi sin darse cuenta, de inmediato te pones en comunicación con Dios. Porque, la oración consiste fundamentalmente en abrir el corazón a Dios. Ponerse en comunicación con él. Con la confianza de un hijo. Para esto no hace falta preparar discursos. ¿Hay algún niño que para hablar con su padre prepare antes las palabras que le va a dirigir? Evidentemente, no. El niño va directo a su padre. Se expresa con las palabras que en ese momento se le ocurren. Y aunque se trabuque, su padre le entiende perfectamente. Y lo abraza. Y lo acaricia. Ese Padre es Dios. No nos pide discursos. Dios deja la literatura para otros momentos.

Y bien, Jesús, ya que estamos hablando de la oración, y sobre todo de la necesidad de perseverar en ella, me fijo en este parrafito del

–*Documento conclusivo de la Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, en Aparecida* (Brasil) (13-31 mayo 2007):

Dice textualmente:

–*"En las Comunidades eclesiales de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada. Se demuestran fundamentales muchas obras católicas educativas, asistenciales y hospitalarias. Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudorreligiosas".*

Como si fuera una diapositiva. Queda bien nítido el pensamiento expresado en este párrafo.

–*"Madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor".*

Muy bien reflejado. Y dice también:

–*"Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana".*

Cierto también. Me pregunto: ¿Dónde se encuentra la clave de tal debilitamiento? Para mí no hay duda. Se ha aflojado en la oración. La oración es fundamental. Es el cimiento de todas las obras que se realizan en pos de la evangelización tiene que estar la oración.

Y ya que he traído a colación el Documento de Aparecida, concluyamos con otro parrafito de Aparecida, cuando lanza esta pregunta:

–*"¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y Él, "que está en el seno del Padre, lo ha contado" (Jn 1, 18).*

Lo dicho, Jesús, el mejor modo de conocer a Dios es por medio de la oración.

POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ

Jesús, hablemos hoy, si te parece, del Espíritu Santo. Un solo Dios en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Al evocar a las tres divinas Personas, solemos santiguarnos, trazando una cruz, de la cabeza al pecho, primer trazo; del hombro izquierdo al derecho, segundo trazo. Este trazo, los ortodoxos lo marcan del hombro derecho al izquierdo. Es gesto de santiguarse, lo denominamos: hacer la señal de la Cruz.

–*"Por la señal de la santa Cruz".*

Pues bien, y es otro de mis primeros recuerdos cuando aún andaba sentado en el regazo de mi madre. Familia católica, creyente y practicante, mi madre me enseñó a rezar antes de que yo pudiera comprender las cosas. Agarraba mi manita, mientras me sonreía con inmensa dulzura, y yo le correspondía también sonriendo y como queriendo balbucir alguna palabra. Llevaba mi manita a la frente, luego la bajaba al pecho. Y así. Hasta que trazaba la señal de la cruz. Para mí, aquello era un juego. La mamá jugando con el bebé. Por supuesto, más allá de que fuera un juego, yo no entendía nada. En ese momento. Pero a fuerza de repetir este *"juego"* todos los días, llegué a entender pronto su sentido religioso. Y más cuando de su boca aprendí a rezar el *Padrenuestro*.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Bien. Engloba a las tres Divinas Personas. Un solo Dios verdadero. Del Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad, decimos que procede del Padre y del Hijo.

–*"Que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria".*

Así decimos en el Credo. Y san Pablo:

–*"Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: ¡Abba!, Padre"* (Ga 4,6).

Jesús, acostumbrados como estamos a un determinado lenguaje, corremos el riesgo de cotidianizar, y hasta trivializar, la realidad y no entenderla. Las mismas palabras no siempre significan lo mismo. Con la palabra *persona*, sabemos que nos referimos a los seres humanos. Pero la misma expresión para referirse a Dios nos lleva a no entender nada. Varias personas, significa varios individuos. Pero tres Personas en Dios, no significa tres individuos. Dios es uno solo. Sabemos, Jesús, que tú fuiste enviado por el Padre, que te identificas con Él; eres el Hijo. Y del Espíritu Santo se afirma que es el Espíritu del Hijo. Luego, no tres individuos. En tal caso serían tres Dioses. Y tú jamás nos hablaste de tres Dioses, sino de un solo Dios al que, con infinito cariño llamas Padre. De lo que concluyo que a Dios se llega no desde la teología, sino desde el corazón, que es donde reside la fe y el amor. La fe y el amor, los caminos de acercamiento a Dios.

De lo dicho, una cosa me queda clara. Y es que tu misión como Hijo y la del Espíritu Santo son inseparables. Como inseparable es tu unión con el Padre. Ahora bien, ¿qué podemos entender de Dios? Eso me pregunto. Y me respondo, nada. O si quieres, por matizar. Salvo que Dios es amor y que nos ama y nos salva. Eso sí lo entiendo.

También entiendo que la Trinidad es indivisible. Puesto que es un solo Dios. Que el Hijo y el Espíritu son distintos, lo mismo que el Padre. Pero inseparables. Qué interesante resulta echar mano a la Biblia y ver, desde lo que tú, Jesús, nos has explicado en el Evangelio, que, desde el principio hasta el fin de los tiempos, Dios actúa en toda la Historia, del cosmos y de la Humanidad. Nos ha enviado a su Hijo. Y nos envía también su Espíritu, que nos une a ti en la fe. Siempre nos movemos en la fe, no en el conocimiento, excepto en lo que tú nos has dado a conocer. Y todo, para que podamos, como hijos adoptivos, llamar a Dios:

–*"Habbá" "Padre"* (Rm 8,15).

Al Espíritu Santo lo llamas también Espíritu Paráclito, es decir, Consolador, Abogado; y Espíritu de Verdad. San Pablo, a su vez, lo llama Espíritu de Cristo. Dice:

–*"Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él"* (Rom. 8,9).

Jesús, lo dicho. Dios actúa constantemente en la Historia. El Espíritu de Dios se mueve. Una de esas actuaciones es a través de los profetas, es decir, de hombres inspirados por el Espíritu Santo para hablar en nombre de Dios. Son transmisores de la Palabra de Dios. Palabra que culmina en ti. Las profecías del Antiguo Testamento hallan su cumplimiento en la revelación plena del misterio de Cristo en el Nuevo Testamento. De ti, Jesús. Y es en este momento cuando entra en acción tu Madre, la Virgen. Porque el Espíritu Santo culmina en María todas las expectativas surgidas en el Antiguo Testamento sobre y para tu venida al mundo. Para eso, la llena de gracia y hace fecunda su virginidad. Te da a luz. Se dice pronto. Pero aquí no se trata de un niño más, uno de tantos, sino del mismo Hijo de Dios. Y por eso, desde el primer instante de la Encarnación, fuiste consagrado Mesías, cumplidor de la promesa hecha a los Padres, Piedra angular de la Iglesia que nacerá a su tiempo tras la Resurrección.

Es más, en Pentecostés, cincuenta días después de su Resurrección, infundiste tu Espíritu copiosamente sobre la naciente Iglesia. De este modo, la misión de la Iglesia, bajo la fuerza de tu Espíritu va a ser anunciar y difundir al mundo entero el misterio del amor de Dios, que es Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

Es, pues, el Espíritu Santo el que edifica, anima y santifica a la Iglesia; como Espíritu de Amor. El que devuelve a los bautizados la semejanza divina, perdida a causa del pecado. El que los hace vivir en ti, Jesús, la vida

misma de la Trinidad Santa. El que nos envía a dar testimonio de tu Verdad. El que hace posible que todos den:

–*"El fruto del Espíritu, que es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza"* (Gal 5,22).

Cuántas cosas va uno aprendiendo a lo largo de la vida. ¿No es así, Jesús? Y ya ves, la iniciadora de la fe cristiana en los hijos depende, en grandísima parte, de la madre. Benditas las madres cristianas.

PROFETAS DE HOY (y de siempre)

Jesús, hablemos hoy de los profetas. La Biblia, además de ser un buen escaparate de los mismos, está escrita por muchos de ellos. Voy a esto. El pueblo te tenía por profeta. Y no se equivocaba. Estaba en lo cierto. Y así dice el Evangelio:

–*"Cuando El entró en Jerusalén, toda la ciudad se agitó, y decían: ¿Quién es éste? Y las multitudes contestaban: Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea"* (Mt 21,10-11).

Eres el verdadero profeta. El profeta por excelencia. Pero voy más allá. La Biblia nos presenta una serie de profetas. Ellos son como los mojones indicadores del devenir de la Historia. Paradigmas luminosos que iluminan la conciencia de la humanidad. Pero además de los profetas verdaderos, que la Biblia preconiza y consagra, también nos dice que había falsos profetas. Jesús, tú mismo nos lo advertiste:

–*"Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis"* (Mt 7,15-16).

Entiendo que el verdadero profeta es aquel que, mirando al pasado, desde el presente, analiza la realidad y, a continuación, lanza su voz como conciencia universal al futuro. En la Iglesia, ha habido profetas fehacientes, intrépidos, valientes, en todos los tiempos. Ahí están sin ir más lejos los miles de mártires de todos los tiempos del cristianismo. Todo un paradigma, hombres y mujeres, de fe y entrega generosa.

¿Qué te parece?, Jesús. A la lista de profetas oficiales, yo añadiría otra. La de los pobres, en general. Los pobres fueron siempre los predilectos de Dios, como constata el Antiguo Testamento. Y los tuyos. Tu primera bienaventuranza fue para ellos:

–*"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"* (Mt 5,3).

Pero podríamos añadir otros pobres, en particular; por desgracia, tan de actualidad. Me refiero a todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son exterminadas, cruel y criminalmente, por el aborto, abanderado por los profetas nefastos de la cultura de la muerte. Una auténtica idolatría social, negación nefanda de la conciencia, tanto individual como social. Dicho lo cual, voy a referirme a uno de los profetas bíblicos: Jeremías.

A Jeremías, profeta bíblico donde los haya, se le castigó acusado de haberse pasado a los caldeos. Era una traición. Pero no había tal. Le comunicó al rey Sedecías, abiertamente:

–*"Tú no escaparás de su mano, sino que ciertamente serás capturado y entregado en las manos del rey de Babilonia, Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, y él te hablará cara a cara, y a Babilonia irás"* (Jer 34,3).

¿Motivo? La falta de arrepentimiento de los pecados. Del propio rey y del pueblo. Pero decir la verdad, sobre todo cuando ésta duele, ya se sabe que es "políticamente incorrecto". Esto ocurre hasta en la historia no bíblica. Por poner, a modo de ejemplo, está el caso de Casandra. Se le tilda de enajenada por atreverse a vaticinar que aquel caballo de madera colocado a las puertas de Troya, a modo de regalo de los aqueos, sería la destrucción de la ciudad. Y así fue. Y es que, la idolatría embrutece, y no acalla las conciencias.

También la Iglesia es profeta. La Iglesia, hoy por hoy, y siempre, es quizá ya, la única defensora de la vida. En este sentido, se está quedando sola, aparentemente. Sus mejores profetas han sido y serán siempre los pobres. Lo proclamaba Benedicto XVI, *la Iglesia, no debe renunciar al don de profecía*. Dejaría de ser Iglesia. Su voz es siempre una voz de esperanza y vida. Es necesario, pues, *"un cambio de ruta individual",* y social. Y es necesario *"el trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones".*

Pero *"escuchar"*, Jesús, no es lo mismo que *"oír".* Por ejemplo, pasa una ambulancia por la calle, *oímos* el ulular de la sirena, pero nos quedamos impasibles. Tantas veces la oímos. En cambio, *escuchar* es poner atención; es abrir no sólo el oído, también el corazón. Se escucha más con el corazón que con el oído. Abrir el corazón, sin prejuicios, a los demás. Preocuparnos e interesarnos por sus problemas. Naturalmente, esto no es posible si estamos encerrados en nosotros mismos, en nuestros individuales problemas.

¿Sabe el mundo actual escuchar? ¿No estaremos perdiendo el don de escuchar? El Dios en el que todos creemos es un Dios de amor, Padre de todos. Pero sus hijos no hacemos honor a esta maravillosa realidad. Y lejos de abrir el corazón, es decir, escuchar al otro, lo golpeamos sin piedad. ¿Qué es si no la guerra y la violencia? ¿Acaso Dios quiere la guerra? ¿Acaso Dios quiere la muerte de gente inocente?

PROFETAS POBRES

Jesús, se sabe que los profetas son paradigmas luminosos que iluminan la conciencia de la humanidad. ¿Estoy en lo cierto? Hacen salir a flote la conciencia, personal y social de la humanidad para airearse. Así, todo mundo queda en evidencia. Quedamos. Todos. Yo el primero. Me pregunto, ¿y qué hace un profeta? Hablo de los profetas verdaderos, por supuesto. Entiendo que la labor del verdadero profeta es mirar al pasado desde el presente. De esta manera, trata de analizar la realidad y lanza su voz de fuego al futuro, dejando en evidencia la conciencia oscura de los pueblos. Por eso el profeta no cambia las cosas. Primero, porque no tiene medios humanos para hacerlo; pero indica cómo cambiarlas, pues señala las pistas por donde se debe ir.

Y, ¿a dónde hay que ir? Te cuento. Eso mismo que pregunté un día, de esto hace mucho tiempo. Ya no era yo tan niño, había hecho ya la primera comunión. Estudiaba en los Escolapios. Ese día no había clase. Y andaba yo jugando en la calle, junto a la puerta de casa. Llega un marista. Se me acerca.
–Chaval, ¿dónde viven tus padres?
–Aquí. Aquí mismo.
Lo acompañé al piso. Se quedó hablando con mis padres, y yo volví a la calle, a seguir jugando. Al poco rato me llaman. Subo. Entro en casa. Mis padres callados. El Marista me dice:
–Anda, majo, siéntate.
A esto, ya tenía colocado sobre la mesa un papel y un lápiz. Me dice:
–Escribe.
Yo alucinaba.
–¿Y este qué querrá?,
me dije a mí mismo.
No lo conocíamos de nada.

Dijo que venía de Bilbao. Vale. Total, que me manda copiar una frase previamente impresa. Examen de caligrafía. Luego me manda hacer unos quebrados. Después, alguna suma y alguna multiplicación.
–Muy bien. Estás muy bien preparado.
Yo callado. Mis padres se miraban. Tampoco decían nada. Y el Marista:
–Tal día, que se presente en Bilbao.

Ya me dirás, Jesús, si esto no es una *vocación al vapor*. Se marchó el buen Hermano Marista. Nunca más supe de él. ¿Bilbao? Aún deben estar esperándome. Cuando por primera vez conocí Bilbao, ya estaba yo con los Redentoristas. Sí conocía Fuenterrabía (Hondarribia, hoy), San Sebastián, Irún... Pero eso es Guipúzcoa. En Bilbao, por más que me apasionaba coleccionar cromos del Atletic, nunca antes había estado. Está claro que, como dice un profeta importante:
–*"Los caminos del Señor no son nuestros caminos"* (Is 55,8).

Sólo los de Dios son verdaderos caminos. Porque llevan a la Salvación. Es en esos caminos de Dios donde está la Iglesia. En la Iglesia, que es *divina por Cristo*, y que es humana, tremendamente *humana por nosotros*, te encontramos a ti, Jesús. Si en el Antiguo Testamente ha habido profetas fehacientes, y valientes, lo mismo pasa en la Iglesia. Con todo lo pecadora que pueda ser la Iglesia en su vertiente humana, es al mismo tiempo santa, por ti, y por la fuerza del Espíritu Santo.

Como muestra, ahí están sin ir más lejos, los miles y miles de mártires de todos los tiempos del cristianismo. También en los actuales. ¿Qué son, si no, los mártires cristianos masacrados actualmente en Siria, Turquía, Egipto, y en tantos otros países musulmanes de Asia, de Europa, del norte de África y del África profunda?

Mártires, es decir, testigos vivos y valientes en todas las ramificaciones del cristianismo. Pensemos en los coptos de Egipto hoy, sin ir más lejos. ¿Y qué decir de los y las *vírgenes*, y *confesores*? Esa pléyade de religiosos/as. Y están, sobre todo, los pobres. Sí, los pobres. Los de Yahvé, en el ámbito bíblico. Y los pobres de la actualidad, entre los cuales ocupan el primer lugar todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son exterminadas cruel y criminalmente por el aborto, cuyo abanderamiento pertenece a los nefastos profetas de la contracultura de la vida, que es la muerte.

Uno se queda admirado contemplando a los profetas. Pongamos por caso a Jeremías, profeta bíblico donde los haya. Fue castigado acusado de haberse pasado a los caldeos. No había tal. Era una traición. Le comunicó al rey Sedecías, abiertamente:

–*"Serás entregado en manos del rey de Babilonia"* (Jer 37,17).

¿Motivo? La falta de arrepentimiento de los pecados. Tanto del propio rey como del pueblo. Y es que, decir la verdad, sobre todo cuando ésta duele, ya se sabe, Jesús, que es "políticamente incorrecto". Cierto, ¿no? Y si vamos a la historia extra bíblica, como se narra en la literatura, encontramos muchos otros ejemplos. Recordemos tan sólo, a modo de ejemplo, el caso de Casandra. Se le tildó de enajenada mental por atreverse a vaticinar que aquel caballo de madera colocado a las puertas de Troya, a modo de regalo de los aqueos, sería la destrucción de la ciudad. Dicho y hecho. Así fue.

Jesús, te digo que cuesta aceptar que hoy por hoy, ya es casi solo la Iglesia la única defensora de la vida. Se está quedando sola, en este sentido. Cuesta creer que en un mundo tan desarrollado a nivel técnico no hayamos desarrollado los sentimientos humanitarios. Ya no es sólo la indiferencia general ante el dolor y muerte de los demás. Es la falta elemental de ética. ¡Qué pena!

Pero, a pesar de los pesares, en un mundo rico quedan los pobres. Son la riqueza de la Iglesia. Porque son sus mejores profetas. Y entre los más pobres de los pobres, ¿sabes?, están los niños. Los que deberían nacer y no

nacerán porque se le mata por el aborto. La Iglesia, lo dijo Benedicto XVI, no debe renunciar al don de profecía. Dejaría de ser Iglesia. Su voz es siempre una voz de esperanza y vida. Es necesario, pues,

–*"Un cambio de ruta individual".*

Y social. Y es necesario, expresaba también el papa emérito,

–*"El trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones".*

En aras de esa conversión, y tomando prestadas las palabras del profeta Isaías, Juan el Bautista proclamaba en el desierto:

–*"Preparad el camino del Señor"* (Lc 3,1-6).

Fue el gran profeta que cerraba el Antiguo Testamento y abría el Nuevo. Tu precursor. Su vocación tampoco fue al vapor.

El mundo está lleno de profetas. La Biblia constata *profetas Mayores* y *profetas Menores*. A los que debemos añadir los *profetas Pobres*. Englobo, en esta denominación a tanta gente, cristiana o no, que son testigos de la dignidad de la persona, de los valores humanos. Que no se callan ante las injusticias. Y, naturalmente, terminan siendo masacrados. Pero:

–*"De ellos es el Reino de los Cielos"* (Mt 5,3). Son Bienaventurados.

QUÉ HACÉIS AHÍ PARADOS

Jesús, se constata con agrado que cada día es más la gente que se dedica a estudiar teología. Está muy bien. Porque se necesita salir de la pasividad, y, sobre todo, adquirir mayor formación personal en los temas religiosos. Aunque me parece escuchar tu pregunta: ¿Qué sabéis de Dios?

Pues mira, Jesús. Estrictamente, lo que nos has contado en el Evangelio. El misterio de Dios os rebasa. Tú mismo nos desbordas. Dios es un misterio. El más grande que tenemos planteado. Tu apóstol Juan lo dijo abiertamente:

–*"Nadie ha visto jamás a Dios"* (Jn1,18).

Y completa la frase diciendo:

–*"El que lo ha revelado es el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre"* (Jn 1,18).

Con esto, quiero decir que sí, que está muy bien indagar en el misterio de Dios. Para algo Dios nos ha dado la inteligencia. Pero, simultáneamente, es necesario que no sólo miremos al cielo. Es necesario que miremos también a la tierra. ¿Por qué? Porque es más fácil encontrar a Dios en la tierra.

Al respecto, adquiere mucho realismo la escena de tu Ascensión a los cielos, Jesús. Te fuiste, pero te quedaste. Te quedaste en tus hermanos, los hombres y mujeres de todos los tiempos. De ahí el sentido, siempre tan real y tan actual:

–*"Galileos, ¿qué hacéis ahí parados mirando al cielo?"* (Hch 1,11).

Es como hacerles despertar de un trance, y que vuelvan a la realidad. Que se pongan a trabajar. Que sigan buscando a Dios. Pero que lo busquen donde se le puede encontrar: en medio de los hombres.

Dios no se ha desentendido de nadie. No es un Dios lejano. Al completar la Redención, es verdad, te fui a los cielos, junto al Padre. Y al mismo tiempo te quedaste entre vosotros.

Sí, la buena teología no es la que mira al cielo, sino la que mira a la tierra. A Dios se le encuentra en la tierra. En cada ser humano. Mirando al cielo, se expone uno a no ver nada. Una nube, como el día de la Ascensión, impedirá ver el cielo. En cambio, la tierra se ve perfectamente. Y es que, Dios tiene rostro humano. Lo tiene en ti, Jesús, que eres su Hijo Unigénito. Y también en nosotros, sus hijos adoptivos.

Me viene a la memoria, al respecto, lo que dice el Documento de Puebla. Se fija en rostros muy concretos en los que deberíamos poner más atención. Habla de:

–*"Reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela".*

Y va citando rostros con los que yo tú, Jesús, te identificas. Por ejemplo:

–"Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;
–Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;
–Rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;
–Rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;
–Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;
–Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;
–Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;
–Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen".

Todos esos, y más, son rostros de Dios. Son tus rostros, Jesús. Y están en la tierra, a nuestro lado. Sin duda nos preguntarás: ¿Qué hacéis por ellos? ¿Nunca se os ha ocurrido pensar que son el rostro de Dios?

Lacerantes preguntas, Jesús, que nos exigen pronta respuesta. Así que, menos mirar al cielo, y no quitar la vista de la tierra.

QUIENES BUSCAN ENCUENTRAN

Jesús, lo dijiste en cierta ocasión:

–*"Quien busca encuentra"* (Mt 7,8).

Pues mira por dónde, todo el que te busca te encuentra. Incluso, cuando y si alguien no te busca, procuras hacerte el encontradizo. La historia está llena de personas cuya vida ha cambiado tras haberse encontrado contigo. Si repasamos la Historia, verás esa ingente muchedumbre de hombres y mujeres que a lo largo de los siglos han optado por una vida religiosa, coherente, cristiana. Y se han consagrado a ti. Muchos y muchas, a través de la consagración por los votos religiosos en las distintas Órdenes y Congregaciones religiosas. La Iglesia no sería lo que es sin la vida religiosa. La Iglesia no ha crecido por el poder, aunque haya quien se haya arrimado al poder, sino por una profunda espiritualidad, tanto a través de la vida conyugal, como de la vida consagrada dedicada a servir a los demás.

Tu apóstol Juan, enamorado de Dios, quiso transmitirnos lo maravilloso que es Dios. Y lo resumió en tres palabras:

–*"Dios es amor"* (1Jn 4,8).

Que Dios es Amor, a la vista está. Y Pablo añadió:

–*"En Cristo Dios nos eligió desde antes de la creación del mundo para andar en el amor y estar en su presencia sin culpa ni mancha"* (Ef 1,4-5).

Cierto. Y este amor ha sido derramado en el mundo a manos llenas por medio de ti, Jesús. Por eso y para eso te envió el Padre al mundo.

Mira, Jesús, se me está ocurriendo un ejemplo. Pensemos en estos dos personajes, tomados al tun-tun entre millones, como pueden ser: K. Gibrán y M. Lutero. También ellos se quedaron contigo. Si los traigo a colación, es simplemente por resaltar un par de frases. K. Gibrán decía:

–*"Cuando ames, no debes decir: Tengo a Dios en el corazón", sino "estoy en el corazón de Dios".*

Bonito, ¿verdad? Muy acertado. Hay que estar en el corazón de Dios. Y Martín Lutero, tan detestado por muchos, equivocado en unas cosas y acertado en otras, qué importa, escribió:

–*"Dios no me ama porque soy bueno y hermoso, sino que me hace bueno y hermoso porque me ama".*

Cierto. Dios es Amor. Y lo bueno del amor, que es difusivo.

Tú, Jesús, te identificas con el Padre. Dijiste abiertamente:

–*"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30).

Más, Dios es la Verdad. Sabes que a Pilato le respondiste, en el juicio sumarísimo que romanos y judíos te hicieron, y en el que te condenaron sin piedad:

–*"Yo he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad"* (Jn 18,37).

Dios-Padre-Amor. ¡Qué tres palabras! Las tres se proyectan sobre las personas, y por las que resulta fácil entender el sentido real de nuestras vidas.

Lo dicho, el Amor es difusivo. De ahí que la primera proyección del Amor se dirija a la vida. Sin Dios no existiría la vida. Nada existiría. La vida es propiedad de Dios. Por eso la vida es sagrada. Y por serlo, la vida tiene que desembocar en santidad. De otro modo se produciría un terrible desajuste.

Dios es Santo. Por consiguiente, todos estamos llamados a ser santos, como Dios es Santo. El ser humano no es un simple animal, que nace, se reproduce y muere; sino un ser racional dotado de alma y cuerpo. La llamada a la santidad es inherente a todo ser humano, independientemente de la religión que profese.

Entiendo que la Santidad, en primer lugar, consiste en ser gente normal y corriente. Veo gente que piensa que la santidad no va con ellos; que la santidad es para gente de otra galaxia, o algo así. Pero tú, Jesús, has hecho que la santidad esté al alcance de todos. No consiste en hacer milagros. Si tú los hiciste, fue por el poder de Dios, pero siempre exigías una actitud de fe en quien imploraba una curación, o algo semejante. La fe obra milagros, solemos decir. Es que, sin fe no hay sintonía con Dios. De modo que, la santidad no es para unos cuantos privilegiados, o para gente rara. Nada de eso. Es para gente común y corriente. Tú, Jesús nos has enseñado que ante Dios todos somos iguales. Está escrito en el Evangelio:

–*"Sed santos como yo soy santo"* (1 Pe 1,16).

Pedro recoge y cita el pasaje del Levítico, al hablar de la santidad del Padre:

–*"Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy el Señor vuestro Dios"* (Lev 19,2).

Simplificando lo dicho, la santidad consiste en imitar la Santidad de Dios.

Sé, Jesús, que no es suficiente con decir:

–*"Creo en Dios"*.

O bien,

"Soy creyente".

Sino que hay que

"confesar con el corazón y con los labios" (Rom 10,10).

Confesar con el corazón es estar convencido. Confesar con los labios significa dar a conocer a los demás el amor que Dios tiene a todos. El Amor es la señal de Dios. El universo entero está lleno de las señales de Dios. Comenzando por la vida. Es la primera señal de Dios. ¿Y qué es la vida sino la ternura de Dios, de la que hace partícipes a todos los seres creados?

Reitero lo que dijiste en el Evangelio:

–*"Quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre"* (Mt 7,8).

Que, resumido, nos da el siguiente titular: Quienes buscan encuentran.

RAÍCES CRISTIANAS DE EUROPA

Jesús, tú has estado siempre en *las raíces cristianas de Europa*. Me interesa hablar de este tema. Si decimos, raíces cristianas, tendremos que añadir: y culturales. Cierto es que la cultura europea es muy anterior al cristianismo. ¿No llamamos a la antigua Grecia la cuna de la cultura occidental? Sabemos que con la caída del Imperio Romano de Occidente se produjo el fin de la Edad Antigua. Esta dio paso a la Edad Media. Luego vendría el Renacimiento, rico en humanismo. Y por fin, la Edad Moderna. Vale. Esto es de Historia elemental. Pero, cuando llega la llamada Revolución Industrial, ¿dónde está su base? La respuesta es sencilla: en el Reino Unido. Estamos, pues, en el siglo XVIII. Es entonces cuando se produce un cambio radical. A muchos niveles: económico, cultural y social, fundamentalmente. Pero, como el tiempo corre que vuela, llega el siglo XX. Y, ¿con qué nos encontramos en el siglo XX? Con las dos vergonzosas Guerras Mundiales. Se implanta el *comunismo*, sobre todo en la Unión Soviética, y yo me pregunto, ¿dónde quedó el *cristianismo*? No me refiero en cuanto *religión*, sino como referencia cultural orientadora viva.

Jesús, ¿qué nos pasa a los humanos, que avanzamos, sí, pero damos bandazos a derecha e izquierda? No hace mucho, un medio de comunicación social señalaba:

–*"El 40% de los españoles no leen un libro al año".*

Es para quedarse viendo visiones. Sin libros no hay cultura que se precie. Hemos sustituido en muchos casos la cultura que tramiten los libros por la pseudocultura de la economía. La economía hace ricos, pero no sabios.

Preocupa que haya bajado el número de lectores. Porque, la lectura, además de ser fuente elemental de cultura, es la mejor receta contra el aburrimiento. Y hoy se ve mucha gente aburrida por la calle. Hay gente que, para no abandonar completamente la lectura, la dejan aparcada para las vacaciones. Menos es nada. Y hablando de vacaciones. Te diré, Jesús, hoy se viaja mucho. ¡Cómo han facilitado el desplazamiento los aviones! Y la economía, tan mejorada. La gente trata de disfrutar, de pasarlo bien. Se hace mucho turismo. Como quiera que la palabra turista significa espía, y el espía tiene que moverse, estar aquí y allí, así el turista. Los turistas están en todas partes. Cámara en mano. La lástima es que muchos no ponen atención alguna a los guías, y casi no se enteran de nada. Menos mal que muchos monumentos, arqueológicos, o no, quedan guardados en las cámaras fotográficas, sustituidas hoy por los móviles.

Fotografía va y fotografía viene. ¡Qué bonito! Pero si te digo, Jesús, lo que siento, me quedo, de entre todas, con una fotografía: la naturaleza. Es la más bella. El mejor monumento no construido por hombres, sino por el Creador.

Pero sigamos con el tema de las Raíces de Europa. ¿Cuáles son las raíces de Europa? Sin duda alguna: las cristianas. Son raíces que tienen más profundidad de lo que muchos creen. El cristianismo comenzó en Oriente próximo. Aunque ya en los primeros momentos llegó a Roma, la capital del imperio. Y mira. Pongo un símil. A veces se corta un árbol a ras de tierra. Desaparece del entorno y del contorno. Las nuevas generaciones desconocen que ahí hubo un árbol. Aparentemente, no quedó ni rastro. Pero quedaron las raíces. Y ésas, algún día brotarán. ¿No fue la actual Turquía el primero y más pujante país cristiano, donde se desarrolló el cristianismo de modo colosal, donde tuvieron lugar los primeros grandes Concilios de la Iglesia? Y, ya ves, Jesús, ¿qué queda hoy en Turquía de sus orígenes cristianos? Aparentemente, nada. Sin embargo, quedan *las raíces*. Y esas raíces son cristianas. Llegará el momento, en que brotarán de nuevo. Y, donde parecía no haber nada, brotará pujante un renuevo que, naturalmente, será cristiano. Brotado desde las raíces. Y las ramas de ese árbol volverán a extenderse por Europa.

Pienso, Jesús, que Europa está necesitada de que se le eche una mano. Pues, mira por dónde, y es mi sentir, igual que un día Europa llevó el cristianismo a América, y otros Continentes, estos devolverán la visita. Felizmente.

También las semillas del bien se propagan. Y siendo verdad que todas las religiones tienen cosas buenas, también es cierto que la Redención no la hizo Buda, ni Mahoma. Ni ningún otro fundador de religiones. La hiciste tú, Jesús. Sólo tú eres el verdadero Hijo de Dios, el Redentor.

Jesús, ayúdanos a retornar a nuestras raíces. Que no nos dejemos idiotizar por la sociedad del consumo y el bienestar. Y si no podemos negar que el *becerro de oro* del *capítulo 32 de Éxodo* se queda pequeño junto al becerro de la economía actual, también es cierto que aún somos capaces en Europa de implantar un humanismo cristiano, donde impere el respeto, la convivencia, el intercambio de ideas, la cultura, la fe cristiana.

RAÍCES DAÑADAS

Jesús, todos los días, al comenzar la misa hacemos un reconocimiento público de nuestra condición de pecadores. Pedimos perdón porque:
–*"he pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión".*
Individualizamos. He pecado. Así es. Pero por más que pidamos perdón, cada día tenemos que repetir la misma cantinela:
–*"…he pecado mucho…".*
El pecado es una realidad que no se puede ocultar. Ha estado presente en el mundo desde que el hombre quiso *"ser como Dios",* pero prescindiendo, naturalmente, de Dios. El hombre usó mal su inteligencia y su libertad. Y lo pagó y sigue pagando, muy caro. Y así, el pecado se convierte en una realidad lacerante y omnipresente.

Jesús, al asumir sobre ti todo el peso del pecado de la Humanidad terminaste en la cruz. Ingente tarea cargar con la culpa de la Humanidad. Y dramáticas las consecuencias. Y es que, el pecado está presente a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta que al final, como se expresa la 1ª Carta a los Corintios, sean vencidas
–*"las dominaciones y potestades"* (1 Cor 15, 24),
y todos los poderes hostiles al Reino de Dios. Diríase que la humanidad es un árbol con las raíces dañadas por el gusano de:
–*La arrogancia* (Rom 1-3).
–*La concupiscencia* (Rom 7).
–*La codicia* (1 Tim 6,10; Col 3,5).
Y un largo etcétera. Son gusanos que, como en el caso de Jonás, roen y secan la raíz. En ese largo etcétera caben también:
–*La comodidad.*
–*La indiferencia.*
-*Y el miedo.*
La indiferencia llega cuando se pierde la sensibilidad ante el dolor ajeno.

Meditar en la realidad del pecado, es necesario; hay que ser realistas. Pero no para quedarse enfangado en ese pozo de iniquidad. De ahí que resulte genial la frase de san Pablo:
–*"Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia"* (Rom 5).
Así es. San Pablo, alude también al:
–*"Misterio de iniquidad"* (2Tes 2,7).
Es decir, el pecado introducido en el mundo. Pero Pablo ve, al mismo tiempo, el
–*"misterio de salvación"*
en el Dios que es misericordioso, que es Amor. Si el hombre cambió la libertad por la esclavitud, Dios no ha cambiado: sigue siendo el Dios Amor, el Dios Padre.

Jesús, da gusto leer y saborear lo que dice tu querido apóstol san Pablo. Qué bien captó lo que estamos hablando:

–*"En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación"* (2Cor 5, 19).

Siendo tú, Jesús, el Mediador entre Dios y el hombre, el puente de unión entre Dios y la humanidad, el Redentor, tu Cruz es Cruz de salvación. Jamás podremos agradecerte lo que has hecho por la Humanidad. Ningún otro nos pudiera haber salvado. La reconciliación sólo ha podido ser llevada a cabo desde el Amor. Y Dios es amor. Y tú el Hijo amado de Dios. El Camino, la Verdad y la Vida. Camino único que conduce a Dios. Verdad que se proclama asumiendo los valores de: justicia, perdón, sinceridad, etc.

Pero que también desenmascara

–la *ceguera culpable* (Jn 9,41)

de quienes no quieren ver la luz.

–La *hipocresía* (Mt 7, 3; 23, 1-35; Lc 11, 37-53).

–La *manipulación* que tantas veces se hace de Dios (Mc 7,1-13; Mt 7,21)

y de las personas.

–La *mentira institucionalizada*. El *cinismo*. La *hipocresía y abuso de poderes* (Mt 23, 13-32; Mc 12, 40; Lc 11, 37-52).

–La *deshumanización* que nos lleva a un mundo sin sentido.

Jesús, por tu parte ya has cumplido. Ahora nos toca a nosotros arrimar el hombro. Porque la reconciliación es necesaria, no sólo como ideal cristiano, sino como necesidad vital para poder sobrevivir. Nos toca pues la tarea de meter al Dios de la Historia en nuestra historia personal. Esto ocurrirá cuando el hombre sea capaz de alzar y hacer desaparecer todas las ominosas tiendas de campaña de la guerra y del odio que ha plantado en el mundo. Y, a cambio, colocar una mesa bien surtida donde puedan todos acercarse a saciar el hambre, no sólo del pan material, también del espiritual y cultural. En el mundo hay muchos hambrientos de fe y esperanza, sin diferencia de credos ni razas. Pero Dios es el Único y mismo Dios para todos.

RELIGIÓN NO ES SINÓNIMO DE SANTIDAD

Jesús, tú fuiste provocativo. Me estoy acordando de aquel gesto tuyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén. Fue un gesto valiente, comprometedor, arriesgado, provocativo. ¡Qué aleteo de palomas, debió armarse! ¡Qué algarabía! ¡Qué imprecaciones no soltarían los vendedores de novillos, corderos y palomas! ¡Qué no gritarían quienes cambiaban moneda extranjera por nacional cuando les volcaste las mesas! Vamos, que se armó la marimorena.

Tu gesto supuso un enfrentamiento frontal con la oligarquía dirigente y dominante del país. Habían convertido el Templo, símbolo de la religiosidad nacional, no sólo en el cuartel general de dominio sobre la gente humilde, sino en un mercado. El colmo.

Tu inusitado gesto, Jesús, iba más allá de la provocación por el abuso de poder de los dirigentes. Denunciabas al mismo tiempo que la religión por sí misma no es sinónimo de santidad, ni el acudir al Templo garantía de salvación personal. Lo dices en una de tus parábolas.

–*"Subieron al templo dos hombres a orar: uno era fariseo, el otro publicano…"* (Lc 18,9-14).

Naturalmente, la fuerza profética con que actuaste desencadenó tu detención y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. ¡Mentira! Jamás atacaste la vida religiosa de nadie. Atacaste, sí, la política corrupta, escudada en la religión, de quienes detentaban el poder. Dejabas en evidencia que el Templo no es patrimonio de nadie, ni la coartada de intereses personalistas. Dejabas en evidencia también a quienes quisieran manipular para sus intereses a Dios, reduciéndolo a un lugar geográfico concreto. Expresabas y buscabas signos del reino de Dios y su justicia. El de Jerusalén, como cualquier otro templo, debía ser casa de oración, no almacén de diezmos y primicias; debía ser lugar del perdón de Dios, no justificación de cualquier clase de injusticias.

A saber, por qué universal mecanismo psicológico de *complejo de poder*, quien se instala en el mando tiende, y de hecho lo consigue, a separarse del pueblo. Y el pueblo queda en un teledirigido e irrelevante segundo plano. La religión puede tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado por la bandera de una religión sin alma. Y naturalmente Dios no podía legitimar una religión como aquella, que crea las clases sociales de dominadores y dominados. Como no puede legitimar una religión que proclame la *guerra santa* como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista. Dios es Dios de paz.

Ante tu actuación, Jesús, cabe preguntarse por el papel que desempeñan las religiones. Cada religión tiene sentido y vale en la medida

que ayuda a sus seguidores a llevar un estilo de vida en consonancia con la santidad de Dios y el respeto que todo ser merece. De lo contrario, no es religión. La religión, si no lleva a la santidad que nos adentra en el reino de Dios, no es religión. La religión verdadera está para unirnos con Dios. Los ritualismos y ciertas prácticas religiosas no pasan de ser simples sucedáneos que nada tienen que ver con la realidad objetiva. Por eso, religión no es necesariamente sinónimo de santidad. Santidad es:
–*"adorar al Padre en espíritu y verdad"* (Jn 4,23).

RELIGIOSIDAD POPULAR

Jesús, suele decir la gente que los apóstoles fueron más afortunados, porque te pudieron ver personalmente Estar contigo. Escucharte directamente. Te veían como un amigo más. Pero no veían la divinidad. Otros dicen que les hubiera gustado vivir en tiempos de tal o cual personaje histórico. ¿Por qué? Porque los personajes importantes de la historia han quedado perpetuados en sus obras. Vale. Personalmente, pienso, aunque esto pueda decepcionar a alguien, que los apóstoles no tuvieron ventaja sobre nosotros. Hasta quizá nosotros te conozcamos mejor que ellos. ¿Cómo? A través del Evangelio. Siempre y cuando el Evangelio no lo coloquemos en los anaqueles de la biblioteca. Sino que lo leamos. Y, sobre todo, lo vivamos.

Pero con esto y todo, pienso también que bien pudiera haber ocurrido que el Evangelio no se hubiera escrito. De hecho, tú no mandaste escribir nada. ¿Entonces? ¿Cómo conocerte? Entiendo que la clave nos la diste tú mismo. Sí, cuando nos dijiste que teníamos que amarnos unos a otros. Que lo importante no es conocer a una persona físicamente. Aquí está la clave, Jesús.

–*"Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros"* (Jn 13,34).

Efectivamente, esa es la clave. Fue tu mandato. Para lo cual, diste orden a los apóstoles de que fueran por el mundo entero y proclamaran la Buena Nueva.

–*"Id por todo el mundo, anunciad la buena nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará" (Mc 16,15-16).*

Esto sí es importante. Mucha gente te conoció, y hasta quizá hablaron contigo. Pero quedaron indiferentes. ¿No pasaría hoy lo mismo? De modo que los de entonces no nos llevan ventaja a los de ahora.

Si en el Antiguo Testamento hubo una Alianza que, por cierto, muchas veces el pueblo incumplió, y de ahí que el profeta Jeremías llegara a hablar de Nueva Alianza:

–*"Llegarán los días –oráculo del Señor- en que estableceré una nueva Alianza con la casa de Israel y la casa de Judá"* (Jr 31,31).

Añadiendo más adelante:

–*"Estableceré con ellos una alianza eterna, por la cual nunca dejaré de seguirlos para hacerles el bien"* (Jr 32,40).

Esa Nueva Alianza es claro que se refiere a ti. La sellaste con tu sangre. Fue la prueba suprema de tu amor. Y a ti se te conoce por el amor. No es, pues, cuestión de conocerte físicamente.

San Lucas, al narrar la última cena, recoge tus palabras:

–*"Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo: Esta copa es*

la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros" (Lc 22, 19-20).

En definitiva, lo importante es que, por amor, te has quedado con nosotros para siempre. ¿Puede haber mejor Buena Nueva que ésta? Te has quedado en la Eucaristía, y en el Amor que nos tengamos unos a otros. Ahora bien, no deja de ser una pena, Jesús, que mucha gente no frecuenta la Eucaristía. Y, ya no digamos lo de amarnos unos a otros. ¡Cuánto nos cuesta amar!

Cuando tanta gente piensa que fueron más afortunados los apóstoles, porque estuvieron contigo, y te conocieron; que, si hubieran tenido la misma suerte, serían mejores; me lleva a pensar que hay un despiste monumental en tales personas. Por lo dicho. La clave no está en el conocimiento físico de la persona, sino en el amor.

Así las cosas, y bien sabido lo anterior, mucha gente acude a una especie de sucedáneos, donde se entremezcla, religión, fe, devociones piadosas. Y agua bendita en abundancia. Bien sé que esto no es lo ideal. Sin embargo, Jesús, rompiendo una lanza en pro de estas personas, habrá que decir: menos es nada. Hay gente, de la que no me excluyo, a la que tampoco se le puede exigir mucho. Influye mucho el ambiente, la falta de cultura, el desconocimiento. Y hasta la falta de interés y de esfuerzo personal. Claro está que, si nos dejamos llevar por posturas acomodaticias, no tenemos excusas.

Luego vienen las gentes que pueden calificarse de inmovilistas. Y, por inmovilistas, ultraconservadores. ¡Peligro al canto! Porque encima se vuelven intransigentes. Se creen dueños en exclusiva de la verdad. ¿De qué verdad? Por supuesto, la de ellos mismos. Son los que ni entran ni dejan entrar.

Cosa distinta es la gente sencilla. Se contentan con una *religiosidad popular*. No se les pude pedir más. Es lo que tienen. Y cuánta de esta gente está más cerca de Dios que muchos avezados teólogos. Mantienen la mecha que aún humea. Lo único que les queda. A favor de ellos está el Evangelio cuando cita palabras del profeta Isaías (Is 42,3).

–*"No quebrará la caña doblada y no apagará la mecha humeante, hasta que haga triunfar la justicia; y las naciones pondrán la esperanza en su Nombre"* (Mt 12,20-21).

Jesús, es necesario, al mismo tiempo, puntualizar que hay también una religiosidad que vale la pena. ¿En qué consiste? En exteriorizar hacia el exterior lo que hay por dentro. Si se tiene fe, hay que manifestarla.

Y otro punto, Jesús, referido a la *religiosidad popular*, no la acomodaticia, que no lleva a nada, sino la buena. Me refiero a la costumbre, tan hermosa, de poner *el belén* cuando llega Navidad. No deja de ser, al mismo tiempo, una preciosa catequesis. Quizá, la primera que los niños

reciben, si han tenido la suerte de nacer en un hogar cristiano. Lo mismo vale decir de las procesiones de Semana Santa. Son otra buena catequesis

Tu verdadero rostro no hay que buscarlo en el ayer, de tu tiempo, ni en el hoy, del nuestro. Se encuentra en cada hombre y mujer que cree en tu Resurrección. Ese es el rostro que quieres que difundamos de ti.

REYES SIN REINO

Jesús, qué te parece si le preguntamos a un niño, a punto de hacer la primera Comunión, ¿qué es un rey? Yo no estaría seguro de cuál sería su respuesta. Y si se tratara de un niño, ya más avanzado en edad, que estudia ya historia, lo más probable es que sepa de memoria la lista de los reyes godos, por ejemplo. Pero es posible también que titubee al tratar de dar la definición de ¿qué es un rey? Una cosa es saber las cosas y otra definirlas. ¿Aquel que gobierna? ¿Qué manda? ¿Una figura decorativa? ¿Todo a la vez? Sin embargo, te garantizo que la respuesta será más acertada cuanto más atrás nos situemos en la edad.

Fueron los niños, los más pequeños, los que descubrieron esta cosa de que hay reyes. Y no sólo eso. Supieron también su origen, nombres y raza. Cuando era yo niño, lo mismo que los demás niños, sabíamos que había tres reyes. Que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar. Que uno llevaba una hermosa y larga barba blanca. Que otro era negro. Que su oficio era hacer felices a los niños trayéndoles juguetes. Se les conocía como los Reyes Magos. Ellos y sus pajes venían de Oriente. También sabíamos que había que portarse bien. De lo contrario, traían carbón, cosa que nunca ocurría. ¡Ay, Jesús! ¡Qué tiempos aquellos tan felices! Eran otros tiempos.

Con base bíblica, estos Reyes cuánta ilusión daban a los pequeños. Siempre era más grande la ilusión que los regalos. Hasta puede que el mejor regalo fuera precisamente la ilusión. Hoy en día, que los juguetes están a disposición de los niños a todas horas, y cualquier, y todos los días del año, salvo para los niños pobres, no hay más ilusión que la de verlos en la cabalgata. Y quizá ni eso. Porque van apareciendo cabalgatas donde la base bíblica de los llamados Reyes Magos es sustituida por espectáculos nada pedagógicos, nada ilusionantes, y de muy discutible gusto. Y es que, cuando los adultos nos metemos donde nadie nos llama lo estropeamos todo. Ilusión que se suprime en la primera infancia jamás podrá ser sustituida.

Así que, ya ves, Jesús, los más pequeños sabían, en aquel entonces, qué es un rey. Y no uno, sino hasta tres. Eran reyes de verdad. Melchor, Gaspar y Baltasar. En este orden. Gozaban del cariño de todos los niños.

Lo recuerdo perfectamente. Aparte de los juguetes individualizados para cada hermano, había uno que se compartía entre todos. Era el parchís. Por las noches, después de cenar, y antes de ir a dormir, nos gustaba jugar al parchís con papá y mamá. Había veces que se alternaba con el juego de la baraja. Ahí aparecían otros reyes. Pero eran de mentira. Sólo servían para jugar. Estos no traían regalos.

Así que, ya ves, Jesús, si sabíamos de reyes los niños de entonces. Pero el tiempo pasa. Y pasó la niñez. Y uno va adquiriendo más y nuevos conocimientos. Y de pronto nos encontramos con que hay un Rey más. Más

importante que los Reyes Magos. Que supera a todos y está por encima de todos. Ese Rey, sobra decirlo, eres tú, Jesús. Y como Rey, tienes un Reino, por más que no sea de este mundo, como tú mismo afirmaste.
–*"Mi Reino no es de este mundo"* (Jn 18,36).
Ahora bien, cabe preguntar:
–¿En qué consiste este Reino?
En primer lugar, en la soberanía de Dios, que está sobre todas las cosas. Un Reino que nada tiene que ver con los reinos o poderes terrenales. En segundo lugar, un Reino que consiste en seguirte a ti, Jesús, en espíritu y en verdad. -
–¿Cómo?
Siendo fieles a nuestro compromiso bautismal; que a su vez conlleva amar a Dios y al prójimo. Y, consecuentemente, sentirse Iglesia. Esta Iglesia que es misionera por esencia y voluntad tuya, y que está para llevar el Evangelio a todas las gentes.

Por otra parte, pertenecer a tu Iglesia conlleva un cambio en la vida. Ese cambio tiene un nombre: conversión. Es lo primero que nos pides: –*"Convertíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15).
Y me pregunto:
–¿Qué es la conversión?
Desde luego, no es algo que sucede como de golpe, en un abrir y cerrar de ojos. Es un proceso continuo. Es tratar de adecuar nuestros pensamientos, actitudes, acciones y deseos a los tuyos, Jesús. Y todo en orden a la implantación del Reino de Dios en el mundo entero.

Y es también crear y abrir procesos de cambio. ¿En qué consiste esto de crear procesos de cambio? En formar comunidades abiertas, en vistas a llevar a cabo la misión de ir por el mundo llevando el Evangelio. Y habiéndonos dicho que tenemos que ser la sal y la luz del mundo, pues que nos preocupemos de ser fermento de fraternidad en la sociedad, para que todos puedan llegar a descubrir el amor que nos tiene el Padre Dios. Algo en lo que tanto interés pusiste que descubriéramos.

Tu Reino, nada tiene que ver con los reinos políticos de este mundo. La misión de tu Reino es la *salvadora universal*. Para implantarlo, no comenzaste en Jerusalén, la ciudad sagrada y religiosa. Tampoco en la pacífica Judea. Comenzaste en Galilea, donde había una amalgama de razas; habitada por judíos y paganos; lugar de paso de distintas civilizaciones. Galilea estaba situada, por así decir, *"en la frontera".* Era conflictiva. Allí se daban desmanes y desvaríos. Lugar de revueltas. Sus gentes no eran las más religiosas. Quizá por eso y más, allí comenzaste a implantar tu Reino. ¿Qué quisiste darnos a entender con esa elección? Ni más ni menos, que la Salvación no es para una élite determinada, para un grupo concreto, sino que es *Salvación universal*. Para todos. Sin excepción. Pero la Salvación que ofreces, Jesús, no es gratuita. Mejor dicho, por parte tuya sí es gratuita. Pero pides a cambio, y quieres, nuestra *colaboración libre y amorosa.* Quieres la

colaboración de hombres y mujeres. De este modo, comenzaste por llamar a unos pocos hombres. Ni mejores ni peores que los demás. Hombres comunes y corrientes que tú fuiste modelando a tu imagen: los Apóstoles. Ellos te respondieron libremente. Lo dejaron todo y te siguieron.

Los Apóstoles fueron los primeros en seguir tu invitación. A ellos se han sumado millones y millones de seguidores a lo largo de dos mil años de cristianismo. El Bautismo nos incorpora a tu Reino. Nos quieres tus colaboradores, como lo fueron los Apóstoles. No importa nuestra condición social, racial, etc. Todos estamos llamados a seguirte y difundir tu Evangelio. Cada quien según sus posibilidades y de acuerdo a su peculiar vocación. En definitiva, nos quieres *profetas* anunciadores de tu Palabra en orden a la salvación de todos.

Jesús, para terminar. Con reyes hemos comenzado esta reflexión. Los Reyes Magos, tan queridos de los niños, comenzando por ti, que fuiste el primero en recibir su visita y sus regalos. Hay otros reyes, de mentira: los de la baraja. Y concluimos con el auténtico Rey de verdad: tú, Jesús. Sólo te pido que seamos tus fieles servidores.

RICA ES LA MIEL

Jesús, además de decirnos,
–*"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6),
nos dijiste también:
–*"El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"* (Mt 16,24).
Es de agradecer tanta claridad. Vistas las cosas de tejas para abajo, seguirte no resulta muy rentable que se diga. Hablas con claridad y dejas las cosas claras desde el principio. No ofreces un ramo de rosas, sino una cruz. De este modo, queda hecha una primera criba. Los forofos del entusiasmo espontáneo desaparecerán del mapa a la primera de cambio. Gente que en un primer momento quedan fascinados ante tu figura y están dispuestos a seguirte, poniéndote como estandarte de sus intereses particulares, pronto se dan de baja. En el fondo no te buscaban a ti, se buscaban a sí mismos.

Seguramente, aunque con distinto signo e intención, se hacen la misma pregunta que un día Pedro:
–*"Señor, tú sabes que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos tocará a nosotros?"* (Mt 19,27-29).
Buena y oportuna pregunta. Y no digamos, la respuesta:
–*"Os aseguro que el que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos por mí y por la Buena Nueva, desde ahora, en este mundo, recibirá el ciento por uno en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y campos, en medio de las persecuciones; y en el mundo futuro recibirá la Vida eterna"* (Mc 10,20-30).
Pedro y los demás apóstoles sí lo habían dejado todo. ¿Qué he dejado yo, y tantos otros?

Sinceramente, Jesús, lo primero que veo en esta tu clarificadora respuesta, es una fina ironía por parte tuya. Es como si dijeras:
–*¡Ya, ya! ¡Estáis buenos si pensáis que con seguirme ya tenéis solucionado el porvenir! ¡Apañados estáis!*
Está claro, pues, que seguirte no garantiza tener el pan asegurado. Y en cuanto a la fina ironía, se deduce, y es evidente, a partir del plural que empleas: *madres, hijos, campos…* ¡Hale, hale…! ¡Todo en abundancia! Ni que nos hubiera tocado la lotería.

Está, pues, meridianamente claro: no admites que nadie ponga condiciones para seguirte. Ni que nadie te siga por interés personal. Por el contrario, seguirte es cargar con la cruz. Así de realista. Sin pelos en la lengua. A partir de este posicionamiento, cada quien que se tome el pulso de la conciencia, y decida. Sabe que seguirte es llevar la cruz de cada día. La cruz, sí. Pero hay algo más en tu respuesta: la Vida eterna.

No hay espacio, pues, ni para las condiciones ni para el chantaje. Y mira, hablando de condiciones y chantajes. Me vienen a la memoria aquellos años lejanos. Eran los años de la postguerra. Yo, lo que se dice, un renacuajo. Años del hambre en España. La gente tenía que currar con ganas, para ganarse la vida. Recuerdo a un señor que venía a mi tierra desde Guadalajara vendiendo miel de La Alcarria. Cada vez que venía, mi madre le compraba. Muy rica miel. A mí me gustaba tanto que hubiera sido capaz de terminarme el tarro. Mi madre me dejaba probarla. Luego colocaba el tarro en una alacena alta a donde yo no podía llegar. Me contentaba con mirar, como la zorra las uvas, de la fábula. ¡Qué remedio! Luego, a la hora de comer, si alguna comida no me gustaba, intentaba dejarla. Y es cuando a mi madre me chantajeaba.

–Si terminas todo lo que te he puesto en el plato, al terminar te daré un poco de miel.

La tentación era fuerte. Me terminaba la comida. La miel era apetitosa. Pero pronto me aprendí el truco, y fui yo quien chantajeaba a mi madre. Aunque la comida me gustara, hacía como que no. Y mi madre entonaba la consabida cantinela:

–Si terminas la comida te daré a probar la miel.

¡Vaya que si la terminaba!

Pero ante ti, Jesús, no hay chantaje que valga. Invitas. No obligas a seguirte. No engañas a nadie. Lo único que ofreces es una cruz. Eso sí, esa cruz no es de muerte. Acaba en la resurrección.

Por tu gracia, Jesús, y ahora sí que, sin mérito alguno de mi parte, me encuentro entre tus seguidores. Con el profeta, también yo me atrevo a decir: –*"El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre mencionó mi nombre"* (Is 49,1).

Cuando uno alza la vista para tener un panorama de conjunto, ¿qué ve? Tratándose de ver el conjunto de tus servidores, es fácil distinguir, a primera vista, tres grupos. Está el grupo que podríamos llamar de los *curiosos*. Buscan sólo satisfacer su curiosidad. Desaparecen como el humo, a las primeras de cambio. Está luego el grupo de los *egoístas*. Aquellos que te siguen, no por ser tú, sino por asegurar su propia salvación. Eso en el mejor de los casos. Incluso, si no hay otros elementos espurios de fondo. Olvidan que la Salvación sólo puede venir de ti, Jesús. Pero han olvidado hacer de ti el centro de su vida. Se quedan pronto por el camino. Desaparecen también. En la vida religiosa no es infrecuente encontrar casos así. Pero, gracias a Dios, está también el grupo de los *verdaderos seguidores*. Son aquellos que te siguen por amor. No ponen condiciones. No se buscan a sí mismos. Y trabajan por el Reino de Dios. A pesar de todos los defectos inherentes a la condición humana.

Para terminar esta reflexión. Entiendo, Jesús, que la cruz que ofreces para seguirte tiene varios significados. Significados que van en el orden de

las Bienaventuranzas. Por ejemplo, el *desapego* afectivo y efectivo a las cosas materiales, como son los mismos, y así llamados, bienes materiales. O la familia. Incluso, la misma vida.

–*"El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí*" (Mt 10,37).

Está también la *disponibilidad*. En el servicio al Reino de Dios hay que estar disponibles a tiempo completo:

–*"Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío"* (Mt 16,24).

Y así podríamos enumerar unos cuantos más, sin que falte la *generosidad*.

En tu seguimiento, Jesús, no cabe el chantaje. Rica es la miel, pero llega a empalagar. Dura es la cruz, pero lleva a la resurrección.

SACERDOTES, PROFETAS, Y REYES

Jesús, sé que la vida, por principio, está llamada a desarrollarse, a crecer. Hablemos del Sacramento de la Confirmación, si te parece. Solemos decir de este Sacramento que es la edad adulta en Cristo. Me parece que conviene matizar un poco este término. Estar maduro en Cristo es muy difícil, por no decir imposible. Tan imposible como cuando tú nos dices que seamos perfectos como el Padre.

–*"Sed perfectos como el Padre"* (Mt 5,48).

Eso, Jesús, es una utopía. La más grande utopía. Y me alegro que haya salido de tus labios. Porque es necesaria la utopía en la vida. Es decir, trazarse una meta, a sabiendas de que no se podrá alcanzar, pero que nos hace caminar, sin detenernos, tras su consecución. De sobra sabías que nadie de nosotros podemos ser perfectos como el Padre, pero de este modo nos estabas indicando la meta, y estimulándonos a poner todo nuestro afán por conseguirla.

Tú eres el modelo, la perfección misma, puesto que te identificas con el Padre.

–*"El Padre y yo somos uno"* (Jn 10,30).

Está claro, Jesús, que, de ti a nosotros, hay una distancia infinita. Sin embargo, nos pides que nos esforcemos por crecer en la fe. Por parecernos a ti.

En la naturaleza, el crecimiento acontece sin sentirlo. En la vida de fe, por el contrario, aunados por la gracia de Dios, que da el crecimiento, tiene que actuar también la propia responsabilidad personal. En el Bautismo, se trata de nacer para Dios. Y en la Confirmación, se trata de que la Vida divina impresa en nosotros llegue a la plenitud más alta posible. De este modo, la Confirmación es al mismo tiempo Sacramento de madurez en la Iglesia.

La responsabilidad que no se le puede exigir a un niño, hay que exigirla, por el contrario, al adulto. En el Bautismo, poco se le puede pedir al neófito. En cambio, en la Confirmación, sí. En el modo habitual de explicar tu mensaje, por medio de parábolas, hablas de la fe como de un crecimiento. Y lo aplicas al Reino. Curiosamente, pones el ejemplo del *grano de mostaza*. Semilla pequeña, pero que crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a anidar en sus ramas (Mc 4, 31-32). Esto lo entendemos muy bien, aplicado a la vida sobrenatural. Los Sacramentos van produciendo en nosotros una transformación continua. En este crecimiento no estamos solos, porque tu Espíritu actúa en nosotros para ir configurándonos a ti.

De esta manera, la Iglesia, que es como un cuerpo, en la bella expresión paulina, cuya cabeza, la parte más importante, eres tú, y cuyos miembros somos nosotros, los bautizados, también va creciendo. Tú creces en nosotros, y nosotros en ti. Esto es fascinante y maravilloso. Resulta muy atinado lo que dice el autor de la Carta a los Efesios:

–*"Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo"* (Ef 4, 14-15).

Al ser adultos en la fe, no podemos estacionarnos en la misma. Aquí es cuando tienes que hacer horas extras, Jesús. Porque a veces caemos en la rutina, o en el cansancio, y nos olvidamos de que somos, tenemos que serlo, el buen olor de Cristo:

–*"Nosotros somos el buen olor de Cristo"* (2Cor 2,15).

Sin olvidar que el aceite, símbolo de la fortaleza hay que llevarlo en la alcuza de la fe para que la luz de ésta nunca se nos apague. La luz de nuestra fe tiene que brillar e iluminar con potencia, pues estamos llamados a ser testimonio y fautores de la evangelización. Nos urge ser testimonio de la verdad de Dios y llevar el evangelio a todos los ambientes donde la vida del cristiano se desenvuelve normalmente. Que ésta es la grandeza del Sacramento de la Confirmación. Y nuestra responsabilidad inherente

Me fascina, Jesús, recordar el día de Pentecostés. Fue cuando el Espíritu Santo inaugura oficialmente tu obra, la Iglesia. Jesús, quisiste tu Iglesia como comunión de unidad y de amor. A partir del momento en que reciben el Espíritu Santo, los apóstoles se lanzan al mundo entero a llevar la Buena Nueva que tú les encomendaste. Pentecostés supuso la madurez en la fe para los apóstoles. Su Confirmación. Si bien es cierto que hasta después de tu Resurrección no te conocieron de verdad, el Espíritu Santo terminó de iluminarlos por completo.

Mucha gente te había confundido. Se pensaban que tú eras un líder político. Seguían pensando con mentalidad y en categorías humanas. Y políticas. Incluso, momentos antes de la Ascensión, aún te pregunta algún despistado de tu grupo:

–*"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6).

Pero tu Reino transcendía el tiempo y el espacio.

Tu Reino, configurado por ti, era el Reino de la Verdad, del Amor, de la Justicia, de la Santidad, alimentado por dones del Espíritu Santo. Por eso, en ti, Jesús, todos somos sacerdotes, profetas y reyes. Sacerdote: para la santificación propia y de los demás. Profetas: para difundir la Verdad del Evangelio. Y Reyes: para servir a los demás, poniendo en práctica el Mandato del Amor que tú nos diste.

Toda esta grandeza nos viene proyectada desde el importante y bellísimo Sacramento de la Confirmación.

SAL Y AZÚCAR

Jesús, en el Evangelio nos hablas de la sal. Más. Nos dices que tenemos que ser la *"Sal de la Tierra"* (Mt 5,13). Haces de las cosas cotidianas ejemplo y las aplicas simbólicamente a nuestras vidas.

Vale. Pues también yo quiero tocar hoy el tema de la sal. Pero vamos a añadirle un poco de azúcar. Extraña mezcla, ¿verdad? Sal con azúcar. Vaya mezcla, me dirás. No, no los mezclo. Pasa lo siguiente. Convendrás conmigo en que los niños, por ley general, son golosos. No fui la excepción. Recuerdo que mi madre me regañaba cuando, en cuanto ella se descuidaba en la cocina, yo, subido a una silla, metía un dedito en el tarro del azúcar, y a la boca. Los niños suelen ser dulceros. Me gustaba el azúcar, debo decirlo. Y no sólo con la leche del desayuno.

Como la escena se repetía a diario, mi madre se lo pensó bien. Y un día me agarró a contrapié. Cambió el azúcar de aquel tarro por sal. Se hizo la despistada, como que no me veía. Y yo, naturalmente y como es de suponer, enfilé el dedito al tarro, y del tarro a la boca.

–¡Puafff…!

–¿Qué…? ¡Hijo, ¿no te ha gustado hoy el azúcar…!?

–¡Mami…, no es azúcar, es sal…!

–Pues…, habrán sido los ratones…

Creo que a partir de ese día no intenté nunca más meter el dedito en el azúcar. Pero esta pequeña anécdota sí me lleva a reflexionar, no en el azúcar, sino en la sal. Es un elemento muy bíblico. Tú, Jesús, la utilizas con gran maestría. La sal, en tu tiempo, como también después, se utilizaba para conservar los alimentos mediante la salmuera. Y también como moneda, o dinero, en un sistema de trueque. Lo mismo que aún hoy siguen haciendo algunas etnias indígenas en los Andes bolivianos. Hombres morenos de sol y curtidos por el frío andino viajan con sus caravanas de llamas portando la sal, arropados por la *Pacha-Mama*, los *Apus* y los *Achachilas*, divinidades protectoras en el viaje de la sal.

Es importante la sal, por más que a los niños les guste más el azúcar. Pues bien, Jesús, al compararnos con la sal, dices que el cristiano debe evitar la corrupción. La sal conserva las cosas sanas. Y hasta cura. Al mismo tiempo, nos das la clave para practicar las Bienaventuranzas. Porque, ¿qué son las Bienaventuranzas sino el mejor modo de sazonar la sociedad? ¿Y de conservar la esencia misma del Evangelio?

Pero no es sólo la sal que aplicas como ejemplo de lo que debemos ser. Si la sal sazona y da sabor, quieres que seamos también luz. ¿Y para qué sirve la luz sino para iluminar? Quieres que ilumines de luz salvadora el

mundo. No te contentas con que mantengamos la luz encendida. Quieres que ilumine a todos.

–*"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,14).

La luz. En tu tiempo provenía de lámparas de aceite. En todas las casas había varios candiles. Al no haber luz eléctrica, al caer la noche las ciudades quedaban a oscuras. Pero si la ciudad estaba edificada sobre un monte, era visible. Edificada en un monte o en la cima de la montaña la ciudad no podía ocultarse. Ahora bien, quieres que los cristianos seamos la sal y la luz del mundo. Si nos falta cualquiera de las dos, o ambas, no somos nada. Nos lo has dicho abiertamente:

–*"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se ha vuelto insípida, ¿con qué se hará salada otra vez? Ya para nada sirve, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres"* (Mt 5,13).

Así pues, la vida del cristiano no puede esconderse. Como tampoco la luz puede esconderse.

–*"No se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone en el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa"* (Mt 5,15).

Jesús, añades algo más. Hablas de la lámpara y dices que es para colocarla en el candelero para que ilumine a los que están en la casa. Hoy nuestra casa es el mundo. Está muy iluminado por la luz eléctrica, pero falta en muchísimos países la luz de la fe. Y nos espoleas para que proyectemos tu Luz sobre la familia y la sociedad.

–*"Así debe brillar ante los ojos de los hombres vuestra luz, a fin de que viendo vuestras buenas obras glorifiquen al Padre que está en el cielo*" (Mt 5,16).

Si tu Luz, Jesús, llega a la familia, tan en crisis hoy en día, la familia a su vez iluminará a la sociedad. ¿Cómo?, podemos preguntarnos. Y me parece oír tu respuesta:

–Siendo coherentes como cristianos.

Que traducido a lenguaje popular sería:

–Que no se nos gaste la batería.

Habrá que meter, pues, el dedo, no en azúcar como el niño, sino en la llaga de una sociedad herida. ¿Cómo?, me pregunto. Y oigo también tu respuesta.

–Que haya sintonía.

Eso es, sintonía. Si hay sintonía con lo que rezamos y practicamos, la gente, que tiene ojos y ve lo que hacemos los cristianos, y por qué lo hacemos, creerán. ¿No les pasaba lo mismo a las multitudes que te seguían? La multitud que te escuchaba, Jesús, quedaba prendada de tus palabras y de tus obras. Y de ser ovejas sin pastor, pasaban a ser parte de tu rebaño.

Para terminar. Mi pequeña reflexión empalma con el principio. El niño es goloso. Pero no basta con serlo. Tiene que ser también avispado, y saber

subirse a la silla, para alcanzar la alacena, y así poder meter el dedito en el tarro del azúcar. Lo mismo el cristiano, necesita ser audaz. Lo dijiste:
–*"Yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, astutos como serpientes, y sencillos como palomas"* (Mt 10,16).

SANDALIAS DE PROFETA

Jesús, ¿qué te parece si hablamos hoy de las sandalias de los profetas? Vale. Digo sandalias por ser el calzado más habitual de los profetas. Calzado muy común en tu tiempo. De hecho, cuando a Juan el Bautista alguien lo comparó conmigo, ¿qué dijo? Respondió:

–*"Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias"* (Jn 1,27).

Las sandalias son un calzado cómodo, sobre todo si se camina por parajes de desierto. Los pies van más descansados, menos sudados. Pero, la verdad, Jesús, si aludo a las sandalias, es por referirme a los profetas. El profeta es un caminante que calza sandalias.

He dicho un caminante, en el sentido propio de la palabra. Y también en sentido figurado. El profeta camina en pos de la justicia. El profeta busca la honra de Dios. Busca que la gente cambie su vida torcida y busque a Dios. O sea, la conversión. Y la conversión consiste en desandar el camino equivocado, y retomar el buen camino. Fue la misión que se tomó muy a pecho el bueno de Juan el Bautista. Tú mismo diste testimonio de él:

–*"¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os aseguro que sí, y más que un profeta"* (Lc 7,26).

Y puntualizaste:

–*"Os aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan"* (Lc 7,28).

Done aparece por primera vez la alusión a las sandalias es con Moisés, en el episodio de la zarza *(Ex 3,1-8.13-15).* Dios se le manifestó en el episodio de la zarza ardiendo. Y le mandó quitarse hasta las sandalias, porque estaba pisando tierra sagrada. Era como decirle que no era digno de estar en la presencia de Dios. Nadie lo somos. Y, sin embargo, Dios se acerca al hombre. En primer lugar, porque Dios ama al hombre. Y también porque quiere encomendarle alguna misión. En efecto, Dios había escuchado el clamor del pueblo. El sufrimiento de la pobre gente, esclavizada por la tiranía del faraón.

–*"He visto la opresión de mi Pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor"* (Ex 3,7).

Y nombra a Moisés como su embajador ante el faraón. ¿Contenido del mensaje de esta embajada? La liberación del pueblo. Es la Palabra de Dios.

La soberbia del faraón hizo que esta primera embajada fracasara. No hizo caso alguno a lo que Dios le decía por medio de Moisés. Y Dios, con infinita paciencia, vuelve a insistir. Al fin, el faraón no tuvo más remedio que acatar el mensaje de Dios. No lo hizo de buena gana. Todo lo contrario. Pero las cosas se le complicaron tanto, sobre todo por los castigos en forma de *plagas*, que al fin no le quedó otra alternativa que dejar libre al Pueblo hebreo.

Es entonces cuando el Pueblo comienza la travesía por el desierto, hacia la Tierra Prometida. Travesía que es un símbolo muy real de la vida. ¿No es la vida sino una travesía, un desierto? Pero también el desierto está lleno de vida. ¿No es así, Jesús? Y hay que vivir, y saber vivir, la vida. El tesoro más grande que Dios nos ha concedido a todos los seres vivos. ¿Qué a veces hay que soportar penurias? Cierto. ¿Hambre? Cierto. Pero Dios no deja desamparado a nadie. En el desierto les dio el *maná*. Me atrevo a hacer una personal reflexión. ¿No son los emigrantes de la actualidad, los sin papeles, los de las pateras, los que huyen de la guerra, los que están haciendo, como entonces los hebreos, la travesía de un desierto muy duro y muy actual?

Los hebreos tuvieron la ilusión de la libertad, y corrieron hacia la Tierra Prometida. La ilusión, como la esperanza, no se pierde. Pero, me pregunto. ¿Qué Tierra Prometida ven hoy quienes huyen de la guerra? Fronteras, alambradas, y gente nada acogedora. Es terrible la cerrazón de los poderosos. Sin embargo, llega el momento en que el sentido común se impone. Y también la justicia. Sino preguntándome, ¿por qué unos van a estar tan bien, y otros tan mal? Se impone la justicia. Lo equitativo. Nadie puede arrogarse derechos de privilegios a costa del sufrimiento de los demás. ¿Es que acaso unos seres humanos son más importantes que otros?

Me gustaría, Jesús, que los poderosos de hoy repasaran, leyeran, el Evangelio. Salvando las distancias, estamos en situación semejante. En cierta ocasión te vinieron con el caso aquel de la torre de Siloé, que se hundió y mató a dieciocho personas. Se pensaban que la desgracia les había acaecido por malos. Con lo cual, daban a entender que ellos, los que vinieron con la pregunta, eran buenos. Nada de eso. Son palabras tuyas:

–*"Creéis que las dieciocho personas que murieron cuando se desplomó la torre de Siloé eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén. Os aseguro que no*" (Lc 13,4-5).

Así pues, creo que sería muy bueno, más, hasta urgente, que quienes gobiernan los países, todos, se acostumbraran a calzar sandalias. Es el símbolo de los profetas. Y hoy, más que nunca, hacen falta profetas que proclamen la justicia.

SANTOS PORQUE MARCAN LA HISTORIA

Jesús, más de una vez me has oído decir que la Historia es una gran novela. Una colosal novela, donde unas cosas se ajustan a la realidad, otras a la fantasía, o a la visión del que cuenta los hechos, y otras a hechos reales. Total, una argamasa de datos, de fechas, de nombres, de acontecimientos, de tiempos, etc., que dan como resultado, lo dicho, una muy entretenida novela. Y hay algo más. La historia, por ejemplo, de una guerra, suelen contarla los vencedores. ¿Puede haber objetividad?

Una cosa es cierta. Tú, Jesús, siempre estuviste contra la violencia. La guerra es violencia. El *Reinado de Dios* que viniste a implantar en la tierra es de justicia y de amor, de verdad y de santidad. ¿Hay algún atisbo de amor o de santidad en la guerra? Nunca. Y bien, en cierta ocasión dijiste:

–*"No he venido a traer paz sino guerra"* (Mt 10,34).

¿No es una contradicción? Veo que no. No la hay. La paz y la guerra que tú expusiste, no es una paz de conveniencias, una paz pactada, no. Ni una guerra para matar gente impunemente. No viniste para establecer ninguna guerra mundial, ni tan siquiera regional. Sino la guerra que debe entablarse en la conciencia, tanto personal como social, contra el mal, contra el pecado. El Evangelio deja al descubierto la conciencia de la humanidad y de cada persona. El Evangelio deja en evidencia hasta los sentimientos más íntimos. Es el pecado el que quita la paz. Sobre todo, de aquellos que quieren vivir su vida según sus propias leyes y no las de Dios. La paz conformista de los que quieren vivir a su antojo, en contra de los planes de Dios. Esa es la paz que viniste a destruir.

Pero la historia de la humanidad está también llena de santos. Gente buena. Son

–*"aquellos que han lavado sus mantos en la sangre del Cordero"* (Apc 7,14).

Son ellos los que van marcando la Historia. Una historia que pasa desapercibida a mucha gente.

Pienso. ¿Quiénes han puesto en práctica tu mandamiento de *amarse los unos a los otros?* Los santos. No hay vuelta de hoja. ¿Que está muy lejos de cumplirse este mandamiento? A la vista está. Pero el reguero de luz, de santidad, que dejaste, sigue y seguirá iluminando el caminar de millones y millones de personas. Los santos son gente de paz y de guerra. De paz, es evidente. De guerra, también evidente. Guerra contra el mal, guerra contra las pasiones desordenadas, guerra contra el pecado. Quizá por eso, los santos no suelen gozar en vida de mucha simpatía que digamos. Incordian. ¿Por qué? Porque son como un juez silencioso e incómodo para la conciencia de mucha gente al quedar en evidencia.

Cuando hablo de los santos, no me estoy refiriendo a los que han sido canonizados, que también. Me refiero ante todo a tantos y tantos, hombres y

mujeres, que han pasado desapercibidos, anónimos. Muchos de ellos tienen más méritos para haber sido canonizados que muchos de los que lo han sido. Gente humilde, desapercibida, que se han sacrificado en silencio por el bien de los demás. En atender a los enfermos, unos. En ofrendar su vida para dedicarse a la oración, otros. Humildes madres de familia sufriendo lo indecible por no tener a veces ni un pedazo de pan que dar a sus hijos. O los misioneros, que arriesgan su vida, tantas veces, en países cuya situación es conflictiva.

Jesús, sé que los santos son un mojón referencial para que todos nos animemos a seguirte. Desde luego, es ingente la labor evangelizadora que lleva a cabo tanta gente, en Hospitales, Escuelas, Misiones… Han rebasado con creces la labor humanitaria de muchos gobiernos. Han sido las Órdenes y Congregaciones religiosas, de hombres y mujeres, las que se han preocupado y encargado de impartir la cultura. De enseñar a leer y escribir a la gente. Sí, leer y escribir. Lo que reyes y poderosos negaron a sus súbditos por mucho tiempo. ¿Con qué fin? Para que, mantenidos en la ignorancia, no supieran, ni pudieran, defender su dignidad y sus derechos personales.

Lo dicho, Jesús. Los santos son hitos históricos. Mártires, Confesores, Vírgenes. Un testimonio vivo. Los santos son un estímulo y un nuevo impulso en la dinámica religiosa y misionera de la Iglesia. Su ejemplo ha hecho posible que la Redención llegue copiosa a todas las almas.

SE FUERON SIN AVISAR

Jesús, por más que nos resulte incómodo, a los humanos en general y a mí en particular, el tema de la muerte, no queda más remedio que abordarlo. A fin de cuentas, no deja de ser algo natural con lo que hay que contar. La muerte es congénita a la naturaleza en general. Pero dependiendo de culturas y países, se procura, o no, tener alejados a los niños de la visión directa de esta realidad. La muerte resulta incómoda. No es bienvenida. Difícilmente, cuando muere alguien en la familia, se deja a los niños ver de cerca a la persona fallecida. Excepto si esa persona resulta ser una criatura. Entonces sí, se les deja a los niños contemplar a ese *angelito* que ha volado a los cielos.

Te cuento. Apenas debía yo haber aprendido a caminar. Murió el abuelo paterno. Me queda aquel recuerdo, sí; pero tan lejano que es como si estuviera envuelto en una nebulosa. Sin embargo, recuerdo que iba a aúpa, en brazos no sé si del padre o la madre. Supongo que, del padre, porque las mujeres se afanaban en la cocina para preparar comida para todos los familiares. Esto de la comida no aprendí bastante más tarde, como es natural. También recuerdo que había mucha gente. Desde la puerta de la habitación, y sin enterarme de nada, vi el ataúd. No supe qué era aquello. Fue todo.

Es todo el recuerdo que tengo de la muerte del abuelo paterno. Más tarde me explicaron que el abuelo, que apenas conocí, también se había ido al cielo. Menos mal que no eran muchos los que se iban seguido al cielo, por aquel entonces. ¿Qué quiero decir con esto? Que no suele afrontarse con realismo y verdad la información sobre la muerte a los niños. Hoy, cuando a todas horas vemos en la tele, todos, incluidos los niños, escenas cotidianas de muerte, producto de la violencia diaria de atentados, guerras y demás, resulta que de tanto repetirse estas escenas nos hemos acostumbrado. Y lo peor, nos hemos acostumbrados a ver este panorama desolador. Hemos perdido la sensibilidad ante tanto horror. Y hasta nos parece que *aquello* pasa muy lejos, que no va con nosotros. Hasta ahí llega nuestra insensibilidad. No deja de ser una degradación de nuestra humana condición.

Como que no nos afecta, ¡vaya! Es triste, Jesús, pero es la realidad. Mientras, la vida continúa. Pero llega un momento en que *"la hermana muerte",* como diría con romántico lirismo san Francisco, tiene la inoportuna ocurrencia de visitarnos. Y sin molestarse en llamar ni pedir permiso a nadie, entra en la casa. Lo mismo se lleva al padre que a la madre. A veces, los hijos son todavía muy niños. Es entonces es cuando el niño cobra conciencia de la muerte. De manera traumática se topa con la realidad de una terrible orfandad. Con el dolor irreprimible de una situación irreparable. Es muy duro perder al padre o a la madre siendo todavía niño.

Creo, Jesús, por más que la muerte nos repugne, y hasta la rechacemos. Incluso, hasta nos pareciera que está lejana, es el momento de hacernos esta pregunta:

–¿Cuál es mi actitud ante la muerte?
¡Hombre!, a bote pronto, actitud de rechazo. Pero, claro, esa no es actitud de recibo. Así que me pregunto de nuevo:
–¿Cuál es la actitud que debo tener ante la muerte?
La verdad, es difícil dar respuesta. Si es que hay respuesta convincente.

A medida que nos vamos haciendo mayores, nos guste o no una cosa y otra, contemplamos ese desfile inevitable de seres muy queridos y cercanos que se nos van marchando. Se van sin avisar. Se van y no vuelven. Es entonces cuando comenzamos a tomar más en serio el tema. Y a profundizar, hasta donde es posible, en el enigma de la muerte. El misterio nos envuelve. La muerte es un misterio. La ciencia no tiene, más allá de la biológica, explicación óntica del misterio de la muerte. ¿Qué hay al otro lado? Misterio. El misterio nos envuelve. Luego, es una pregunta sin respuesta. La ciencia calla. La muerte está más allá de lo empírico. La ciencia podrá dar una respuesta desde la biología. Pero eso es quedarse en agua de borrajas. La metafísica está por encima de la ciencia. Y la fe no le atañe. Son campos paralelos que nunca se juntan.

Es aquí, por consiguiente, cuando desde la fe los creyentes acudimos a buscar explicación. Ahora bien, la fe no da evidencias. Sí esperanza. La fe es una puerta abierta a la transcendencia. Y mientras las lágrimas se convierten en lenitivo humano que suaviza nuestro dolor por la muerte de un familiar, de un amigo, podemos ver las cosas en positivo. Y de este modo, personalmente opto por acudir a la Biblia. En ella encuentro explicación plausible al intrigante tema de la muerte.

Acudo a la Biblia, y me pregunto:
–¿Qué encuentro en la Biblia?
Curiosamente, encuentro también lágrimas. Tus lágrimas, Jesús. Lágrimas sinceras. Tú también lloraste. Y no sólo de niño, como hacen todos los niños. Lloraste ante la sepultura de tu amigo Lázaro. Y sin duda que también te plantearías, como hombre, el enigma de la muerte. Porque la muerte, queramos o no, en lo humano, duele. Y a ti te dolió la muerte de tu amigo. Como te dolían y te duelen todas las muertes. Pues bien, si como hombre no viste solución, al tema de la muerte, como Hijo de Dios, identificado con el Padre, sí. Fue cuando te presentaste como Camino, Verdad y Vida. Eres la Vida. Y la infundiste de nuevo a tu amigo. Ya llevaba cuatro días sepultado, ya *"olía mal"* (Jn 11,39), como dijo Marta, la hermana del muerto. Lloraste. Fue tu expresión irreprimible de amor al amigo. Porque cuando un amigo se va algo nuestro se va también. Tus lágrimas fueron la mejor expresión y demostración de tu verdadera realidad humana. Esas tus lágrimas, Jesús, tienen gran importancia para nosotros los humanos.

La Biblia también reflexiona filosóficamente sobre el enigma de la muerte. Cuando dice:
–*"Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como la flor del campo, que el viento la roza, y ya no existe, su terreno no volverá a verla..."* (Sal 102, 15-16).

Ante la muerte cobra todo su realismo la debilidad e impotencia del hombre. Es el cese definitivo de la vida. Pero para un creyente, es saber que la vida no termina. Que sí, que hay que pasar por ese trance amargo. Pero la vida se prolonga en la eternidad. La fe y la esperanza son fundamentales.

Para finalizar esta reflexión. Queda en pie otra pregunta:

–¿Hay un más allá después de esta vida?

Y la respuesta es que, ni científica ni teológicamente, se puede probar. Sin embargo, hay como un quinto sentido, y sentimos una necesidad existencial, que nos dice que sí, que necesariamente hay otra vida. Desde que el hombre es hombre, ha tenido la intuición de que la vida, de alguna manera, no termina con la muerte. Pero los cristianos, desde la fuerza e iluminación que da la fe, creemos que Dios, nuestro Creador, no puede dejarnos para siempre en el vacío de la nada. Creemos en la Resurrección.

Al morir tu amigo Lázaro, ¿qué le dijiste a Marta?

–*"Yo soy la Resurrección, el que cree en Mí, aunque haya muerto vivirá. El que cree en Mí, no morirá para siempre"* (Jn. 11,25).

¡Hay que ver, cuánto ilumina y qué serenidad y fortaleza da la fe! ¡Qué diferente resulta contemplar la muerte con ojos increyentes, mundanos, a contemplarla con ojos de fe! El mismo San Pablo alerta:

–*"Cuando se manifieste Cristo, que es nuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él, llenos de gloria"* (Col 3,4).

SEGUNDO, DERECHA

Jesús, no vengo hoy a darte mi dirección: *Segundo, derecha*. No es el piso donde vivo. Cada ciudadano, al anotar sus datos en el registro civil tiene que dar, como es lógico, además de nombres y apellidos, la ubicación exacta de donde vive. Calle, número de casa, piso. De este modo, el más beneficiado es el cartero.

Segundo, derecha, por el contrario, corresponde al lugar donde me colocaba, junto con mi madre, los domingos en la iglesia, a la hora de misa.

Dicen que el ser humano es animal de costumbres. Vale. Debe ser así, porque basta ver que la gente suele colocarse siempre en el mismo lugar en la iglesia. Esto viene de antiguo. Llegaba el domingo y la gente se *vestía de domingo*. Todo mundo bien arregladito, bien guapo. El domingo es el día del Señor. Se guardaba fiesta. No se trabajaba. Y cada quien lucía la ropa mejor, la más bonita.

¡Ay que ver, Jesús, cómo vestían las mamás a sus hijos! Hasta podría decirse que las calles eran una pasarela para lucir trapitos. Una vez arregladitos, bien bañaditos y peinados, padres e hijos, todos juntos, iban a misa. Pero curiosamente, una vez dentro del templo, las familias no se colocaban juntas en los bancos. Los hombres se ponían de media iglesia para atrás, con los hijos varones ya mayorcitos. Y las mujeres, de mitad para adelante, con los hijos pequeños. Costumbre que ha llegado casi hasta nuestros días. Y cada quien ocupaba siempre el mismo sitio. Nuestra ubicación era, con mi madre: *Segundo, derecha*. Es decir, segundo banco, a la derecha de la iglesia según se entra.

Siendo pequeño, como era, no recuerdo que me enterara mucho de lo que pasaba en el altar. Seguramente que voltearía la cabeza más de una vez para ver a la gente. Los críos pequeños no pueden estarse quietos. Me imagino que a cada rato mi madre tendría que alargar la mano y agarrarme para que me estuviera formal. Y por descontado que a todas las madres les sucedería lo mismo.

Pues bien, Jesús, tú dijiste:

–*"Dejad a los niños, y no les impidáis que vengan a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos"* (Mt 19,14).

De veras. ¡Cuánto contenido encierra esta frase! ¡Con qué nítida sencillez nos indicas cómo debemos ser para ir al cielo! ¡Qué bien hacían los padres llevando a sus hijos a misa! En familia. Practicantes los papás, enseñaban a sus hijos con el ejemplo. Dios ocupaba el centro de la familia. Dios era la razón de ser de la familia. De paso, los niños, aunque no entendieran, aprendían. Mamaban la religiosidad desde muy pequeños.

Ya ves, Jesús, los tiempos han cambiado. Pero mira por dónde, Dios no. Dios no ha cambiado. Es la familia la que se ha desvinculado de Dios.

De este modo, cada vez más, la familia va careciendo de un centro unificador y estabilizador. Cada vez van menos niños a misa. ¿Por qué? Si sus padres no les han enseñado, ¿cómo van a ir? Y lo peor es que, al no contar con los valores religiosos que deben transmitirse en la familia, al irse apagando la fe, la familia se va desmoronando. Lástima. Con lo bonito que es ver a las familias unidas, que se quieren, que rezan juntos, y que juntos van a misa.

A la vez, esto de ir juntos a misa, de rezar juntos, me lleva al tema de la oración. Me pregunto:

–¿En qué consiste la oración?

Y la respuesta surge espontánea:

–La oración consiste en hablar con Dios, nuestro Padre, para alabarle, darle gracias. Y también, cómo no, pedirle toda clase de bienes que necesitamos. Desde luego, encuentro que la oración por excelencia es el Padrenuestro. Esa oración tan sencilla y profunda al mismo tiempo, que tú, Jesús, enseñaste a los Apóstoles.

También nos dijiste que hay que:

–*"Adorar en espíritu y verdad"* (Juan 4,23).

Lógico. La verdadera adoración nace de la parte hundida y más necesitada, es decir, del corazón. Sobran formalismos religiosos externos o de lugar. Cuando la samaritana te dijo:

–*"Nuestros padres adoraron en esta montaña (el Garisim) y vosotros decís que es en Jerusalén donde se debe adorar"* (Jn 4,23-24),

tú le respondiste:

–*"Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre… Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre"* (Jn 4,24).

De otro lado, *"Adorar en espíritu y verdad"* significa que la oración debe estar limpia de ganga y escoria. Que no sea una oración interesada, egoísta. Porque entonces no buscamos la gloria de Dios, sino nuestros intereses. La adoración verdadera nace del corazón, que consiste en amar con todas nuestras fuerzas.

–*"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo"* (Mt 22,37).

Es decir, con todo lo que uno es: inteligencia, voluntad, educación, generosidad, talentos; incluso con todos los defectos y debilidades que tenemos.

Así que, la *"adoración en espíritu y en verdad",* va más allá y está por encima de nuestras *palabras bonitas*, con sabor muchas veces a lirismo de poetas románticos; de nuestras *promesas grandilocuentes*, siempre tan incumplidas; de nuestras *celebraciones tan estéticas*, con sabor tantas veces a teatro; de nuestras *magníficas devociones*. Lo dijo el profeta:

–*"Cuando la gente se me acerca, me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí"* (Is. 29,13; Mat. 15,7-8).

Finalmente, me pregunto y te pregunto, Jesús.

–¿Estaría yo ahora mismo conversando contigo, aquí, si no hubiera tenido la suerte de nacer en una familia cristiana, que los domingos mis padres me llevaran a misa, por más que apenas me enterara de lo que pasaba en el altar, y sí que nuestro sitio era "*segundo, derecha?".*

SEISCIENTOS TRECE IGUAL A UNO

Jesús, hoy te diré, desde mi real indigencia y fragilidad humana que, a veces, me encuentro con personas que no me caen bien. Y viceversa. Otras veces, al revés. Pues bien, una de esas personas que me caen muy bien, en el Evangelio, es Nicodemo. Sí, aquel que una noche se entrevistó contigo. Me parece un hombre honesto. Y no hay cosa que mejor me caiga que la honestidad. Él tenía la misma inquietud que tantas personas tenemos: ¿Me salvaré? Porque, si después de bregar en esta vida con tantos avatares no nos salvamos, ¡apañados estamos!

Y te digo, Jesús, que me cae bien Nicodemo porque, por honesto, su honestidad le lleva a buscar respuesta a su incisiva y personal duda: ¿Me salvaré?

Le preocupaba la salvación. ¿Me salvaré? Problema crucial. Pero siendo hombre de estudios, y viendo que la ciencia, en general, y la teología rabínica, en particular, no le dan respuesta, acude a ti. ¡Qué buena idea tuvo!

Se ve que te conocía. Ya sea por haberte escuchado cuando hablabas a la gente, o por haberse informado acerca de tu persona, o por algún encuentro intranscendente contigo, o por todo a la vez. El hecho es que acude a ti. Lo hace por la noche, cuando sabe que estás más libre y podrá hablar contigo más distendidamente.

Se deduce, pues, que te conocía. No sólo le has caído bien. Cree en ti. Ha puesto su confianza en ti. En un primer momento, lo dejaste descolocado, al responderle que tenía que volver a nacer. Que los estudios, o el puesto que ocupemos en la vida, no garantizan la salvación.

–*"El que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios"* (Jn 3,3).

Cierto, quedó descolocado.

–*¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?* (Jn 3,4).

Le aclaraste, y comprendió que ese segundo nacimiento es posible por el bautismo. ¡Bendito, Nicodemo!

Hay otra figura, cuyo nombre no da el Evangelio. Se trata de un joven. La pregunta es similar:

–*"¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?"* (Mc 10,17).

La pregunta es importante. La actitud de joven, noble y sincera. Te cayó bien. Le miraste con cariño. Pero cuando le invitaste a desprenderse de su riqueza y seguirte, ahí zozobró. Se fue y nunca más volvió. A buen seguro que perdiste un futuro apóstol. Nosotros también.

Ahora es un doctor de la ley. Un fariseo avieso. Te hace una pregunta con segundas intenciones, a ver si te pesca en falta. También te pregunta:

–*¿Qué debo hacer para heredar la Vida eterna?* (Lc 10,25).

Esto de "heredar" suena un poco comercial. No obstante, tú le respondes:

–*"¿Qué está escrito en la Ley?"* (Lc 10,26).

Es doctor de la ley. Se sabe la ley de memoria. Y te recita los Mandamientos, de carrerilla. Muy bien. Lo felicitas. Pero, este es tu momento. Le aprietas las clavijas al decirle que hay un segundo mandamiento. ¿Cuál? El amor al prójimo. Pero se lo insinúas contándole la
–*Parábola del buen samaritano* (Lc 10,30s).

A continuación, también apretaste las clavijas a un escriba. Otro que, siendo instruido, se hace el tonto. Te pregunta:
–*¿Cuál es el primero de los mandamientos?* (Mc 12,28).

¡Hay que ver! Preguntan, no porque no sepan, sino para ver si tú sí sabes. Con toda tranquilidad, le respondes:
–*"El primero es: Escucha Israel; el Señor nuestro Dios es el único Señor…"* (Mc 12,29).
Pero a renglón seguido añades:
–*"El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Mc 12,31).
O sea, y dicho en nuestro argot: *'fueron por lana y salieron trasquilados'*.

No obstante, cabe pensar que no todo sería 'ir con segundas intenciones'. Con el correr del tiempo, los teólogos rabínicos no se habían contentado con la Ley de Moisés, los Diez Mandamientos, sino que fueron acumulando más leyes. Hasta un total de 613. ¡Casi nada! ¿Quién puede cumplirlas? El primer escollo, habría que aprendérselas de memoria. Un verdadero rollo. Es normal que quisieran colocarlas en orden de importancia. Y ahí, como buen maestro, y bien claro se lo hiciste ver, pusiste en lo más alto de la pirámide, en primer lugar, el Mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas. Y también en primer lugar, *ex aequo*, amar al prójimo como a uno mismo. Es decir, un solo Mandamiento en dos dimensiones. ¡Genial, Jesús!

Dejando la vía de la intelección, por inconsistente, fuiste directo al corazón. O sea, que menos leyes, y más amor. Esos 613 preceptos los sintetizaste en dos: el Amor a Dios y el Amor al Prójimo. Que, a su vez, es uno solo. Con lo cual tenemos la ecuación perfecta: 613=1. Seiscientos trece igual a uno.

SEÑOR, QUE NO SABEMOS ORAR

Jesús, cuánto se aprende, y cuánto conforta, leer el Evangelio. Resulta que, y valga la comparación, cuando nos miramos a nosotros mismos, nos pasa como a los apóstoles. Se dieron cuenta, nos damos cuenta, de que no sabían orar. Y para aprender, acudieron a quien podía enseñarles, al Maestro, a ti:

–*"Señor, enséñanos a orar..."* (Lc 11,1).

Y les enseñaste. Primero, y acomodado a su corto alcance, mediante una fórmula preciosa, el Padrenuestro. Que era mucho más que un simple rezo, o un recitar en la sinagoga pasajes de la *Torá*. Fue la mejor fórmula condensada para luego poder

–"*Orar en espíritu y en verdad"* (Jn 4,23).

La liturgia, en cuanto oración oficial de la Iglesia, debe realizarse en ti y por ti, Jesús. Todo lo que va vinculado a ti, será aceptado por el Padre. De ahí que dijeras:

–*"Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá"* (Jn 16,23).

A nivel individual, toda oración, por muy en privado que se haga, estará siempre en sintonía con toda la Iglesia. Así, por ejemplo, la lectura asidua de la *Palabra de Dios* nos ayudará a sintonizar con el Padre. Porque la Palabra es oración.

Resulta magnífica la escena que presenta el evangelio; aquel encuentro que tuviste con la samaritana en el brocal del pozo de Jacob. Y que más de una vez hemos comentado. Tú, Jesús, le pediste agua. Pero más allá del agua material, que también, le estabas pidiendo más formalidad de vida. Cuando la mujer intuye que eras algo más que un simple caminante sediento que, más que pedir, ofrece otra Agua, su actitud displicente cambió. Comenzó por desviar la conversación hacia el sentido religioso de la vida. No iba desencaminada:

–*"Nuestros padres adoraron a Dios en este monte…"* (Jn 4,20).

¿Era una forma de evitar que siguieras ahondando en su vida íntima y personal? Posiblemente. Se dio cuenta de que estabas dando muestras de conocerla mejor que ella misma. Optó por la evasión, sin darse cuenta que caía en la trampa que le estabas tendiendo. Aceptaste la presunta evasión. Vas derecho al grano y le dices:

–*"Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad"* (Jn 4, 21-24).

Y por la vía del tema religioso, llegaste al tema moral, que era el verdadero problema, y lo que tal vez sin darse cuenta, preocupaba de verdad a esta mujer.

Dices, Jesús, que hay que *orar siempre* (Lc 18,1). Toda oración va dirigida a Dios, que es inefable; por consiguiente, inimaginable para nuestra pequeña capacidad mental humana. En cambio, sí se nos hace fácil entender que Dios es Padre. Lo expresa muy bien el Éxodo:

–*"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida". "Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás"* (Ex 33, 18-23).

Y el apóstol Juan, en el Evangelio, dirá:

–*"A Dios nadie lo ha visto. El Unigénito, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado"* (Jn 1,18).

Jesús, las teofanías, o manifestaciones de Dios, son presentadas bíblicamente, a través de símbolos, el mejor modo de expresar lo inefable, lo inenarrable. Con los símbolos se expresa lo que para el ser humano es una intuición, que no una visión, de la divinidad. Un símbolo recurrente es el de *"la nube luminosa"* (Ex 24,16-18). Hoy, que vivimos en la llamada cultura de la imagen, estamos sometidos a las mediaciones. El más mediatizado de todos los lenguajes es seguramente el religioso. Todo lenguaje, y más el referido a Dios, tiene sus 'límites'. Es profundamente humano. De ahí que, atribuimos a Dios situaciones, estados, pasiones, propias de los humanos. Decimos, por ejemplo:

–*"Dios padece"*
–*"Dios lo ha querido"*
–*"Dios monta en cólera"*
–*"Dios va al frente de los ejércitos"*

Etcétera. Expresiones que abundan sobre todo en el Antiguo Testamento. Por eso se necesitan criterios para configurar una imagen sana y auténtica de Dios. Pero la imagen que más nos aleja de Él, es aquella que conlleve connotaciones fundamentalistas, racistas, o clasistas. En cambio, cuando tú, Jesús, hablas de Dios empleas la palabra *Padre*. Un Padre que, además, siempre es presentado como *misericordioso*, tanto que, además de Padre podríamos también llamarlo *Madre*, por ser la imagen que más nos acerca al misterio inefable de Dios. Lo dicho, Jesús, que no sabemos, enséñanos.

Siempre nos será más fácil aprender a orar si tenemos la idea de Dios como un Padre cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo. Un Padre con corazón de Madre. Y siendo la oración al mismo tiempo búsqueda de la voluntad de Dios, habrá que buscarla como busca el amado a la amada, tan lírica y hermosamente expresada esa búsqueda, en el *Cantar de los Cantares.* (1,7; 3,1-4…).

SIEMPRE SE MUERE A DESTIEMPO

Jesús, todos sabemos que tenemos que morir, pero aparcamos el tema para después. No sabemos cómo ni cuándo moriremos. Tú sí. Eres el *"Cordero llevado al matadero".* Tu muerte era la Redención, y cumpliste a cabalidad. Sobresaliente. Lo había anunciado el profeta Isaías (53,7). Nosotros, en cambio, somos como un mal estudiante que deja asignaturas pendientes para septiembre, sin garantía alguna de que en septiembre las aprobará. El examen debe pasarlo. Pero no ha estudiado en el verano, y suspende. Fracaso.

En la cuestión de la muerte somos vagos de verdad. Vagos, porque descuidamos su venida, sabiendo que vendrá, y que lo hará a la hora que menos se le espera. La naturaleza, también desconoce el día y la hora, pero se cuida de encender la luz ámbar, que es un toque de atención. Si una persona es muy anciana, es inútil que piense que aún le queda mucha vida por delante. Me recuerda aquel músico que, con más de noventa años se puso a componer una cantata en la que pensaba invertir veinticinco años de su ya larga vida. No logró salpicar ni la primera nota sobre el pentagrama. Pero es bueno tener sentido del humor y ponerse romántico y soñador de vez en cuando.

Jesús, sé que el tema de la muerte siempre es políticamente incorrecto. Pero hay que afrontarlo. Por eso, me vas a permitir que, en esta reflexión, me refiera a otro de los momentos y recuerdos primeros de la infancia.

En ese momento, todavía y sólo, éramos dos hijos en la familia. Me seguía una hermanita. Pues mira, ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo, pero a los dos nos entraron el sarampión y las paperas al mismo tiempo. En aquel entonces, eso suponía ser una situación más que peligrosa. Muchos niños morían a causa de estas enfermedades. Y, la que me seguía, una hermanita, fue una de estas víctimas. Las paperas la ahogaron. Yo tuve más suerte. El médico me sajó, y eso me salvó.

Lo recuerdo. Al terminar de hacer la incisión, y dejarme vivito y coleando, me preguntó el doctor si me había dolido. La verdad, no me había dolido. Miré a mi madre, y no respondí al doctor. Debí poner cara de enfurruñado. Me hizo una segunda pregunta:

–¿Quieres una raja de melón?

Era el tiempo. Y mira que me gustaba el melón. Lejos de responder que sí, pues lo estaba deseando, me eché a llorar. Aún no sé por qué. Yo me lo perdí.

Entonces el médico, buen amigo de la familia, derivó su atención hacia mi madre, que bastante hacía la pobre por contener en mi presencia sus lágrimas, por la hijita perdida.

Iban pasando los días. También yo echaba de menos a mi hermanita. Mi madre se desvivía por mí. No se cansaba de decirme:

–Tu hermanita está en el cielo con los angelitos.
Era la manera de consolarse a sí misma.

Y ya que nos hemos subido hasta el cielo, deseo expresarte lo siguiente, Jesús. Cuando hablamos de los santos, no sé por qué, pero siempre nos remontamos al cielo. Como si sólo en el cielo hubiera santos. Los celebramos con gozo. Los nombramos patronos de los pueblos. Y las fiestas se llaman, por lo mismo, fiestas patronales, porque el patrón siempre es un santo, o santa. O bien, la Virgen María. Y ese día, no puede faltar un gran banquete en honor del santo. ¡Hombre!, eso está bien. Un banquete es de las cosas más solidarias que tenemos los humanos.

Pero, Jesús, voy a lo que voy. Nos imaginamos a los santos muy felices *"allá arriba",* en la *Gloria del Padre*. Y sin duda que lo son. Pero me da la impresión de que esa *"Gloria"*, ese *"allá arriba",* nos queda un tanto lejos. Y, de otro lado, nos olvidamos también de los santos de la tierra. ¡Que haber…, los hay! Nos sabemos de memoria el credo que recitamos todos los domingos en la misa. Decimos:
–"Creo en la comunión de los santos".
Es decir, en la *común-unión*. Que es creer y celebrar la triple unión que la Iglesia tiene: Con los que ya están con Dios, con los que todavía deben purificar cosas pendientes, y con los que aún andamos peregrinando por la tierra. Son los santos. Y santos somos todos los que nos esforzamos en seguirte, Jesús, a pesar de nuestras deficiencias.

Resaltamos poco la santidad. En cambio, a todas horas tenemos a los difuntos metidos en casa. A ellos los sentimos muy cercanos. Están *"aquí",* muy junto a nosotros. Pero, curiosamente, empleamos el plural. Un plural universal, como si estuviéramos refiriéndonos a todos los difuntos del mundo. Y no es así. Ese plural se refiere, casi en exclusiva, a los nuestros, muy nuestros. Nuestros difuntos de la familia. Y para de contar, salvo excepciones, que las habrá. En ese plural que engloba a los difuntos, los nuestros, endosamos sentimientos dispares. A unos, los recordamos con inmenso cariño, por ser la buena gente que fueron. A otros, porque quizá no fuimos nosotros lo buenos que deberíamos haber sido con ellos. Y el remordimiento nos acerca a ellos. Pero sentir remordimiento, no deja de ser una forma de querer. Que más vale tarde que nunca.

A lo largo de la historia, el pensamiento sobre la muerte ha sido constante. En ella piensa el rico y el pobre; el patán y el que se da de sabio; el bueno y el malo. Todos. Pero, por traer a colación a personajes que se han preocupado del tema, vayan por delante algunos ejemplos.

Comencemos con Platón. Presenta la muerte como un azar. Un *"azar feliz",* que nos permitirá por fin contemplar sin trabas las verdaderas realidades, es decir, el mundo de *las Ideas.* Otro pensador como fue Hegel, inspirado en San Pablo habla de la muerte como *"lo más espantoso",* pero que *"es vencida por la vida del Espíritu".* Podemos citar también al filósofo

neerlandés de origen sefardí portugués, Spinoza. Junto con Descartes y Leibniz, es uno de los considerados tres grandes racionalistas de la filosofía del siglo XVII. No tenía muy buena opinión que digamos, de la muerte. La consideraba *"un mal encuentro".* En cambio, para Kant la muerte no menoscaba la racionalidad, sede de la dignidad humana. Y queramos o no, a muchos la muerte da repelús. Por ejemplo, a Schopenhauer, al que la muerte causaba angustia. En cambio, Nietzsche apostaba por la vida, a la que hay que dar una salida de eternidad.

Ya sé, Jesús, que son incontables los pensadores que tocan el tema de la muerte. Valga para muestra un botón, como se dice. Pero en las sociedades humanas de todos los tiempos, la muerte ha tenido siempre una presencia permanente y constante, como bien lo refleja la Biblia, según la cual, la muerte se introduce en la vida como consecuencia de algún pecado. *El pecado original,* de la tradición judeo-cristiana.

Pero mira, Jesús, la muerte no es el final. Estamos atrapados, e inmersos, por la vida. Testigo tu Resurrección. En ti recobramos nuestra propia identidad. Tú nos has abierto el horizonte de Dios. Y Dios es la Vida. Y para ese encuentro con la Vida, nos has revestido de ti. Más, para tengamos Vida nos alimentas con el Pan de la Vida. De este modo, viviendo en ti y dejándonos amar por ti, también nosotros resucitaremos un día gloriosos. ¡Viva la Vida!

SITUACIONES ANTITÉTICAS

Jesús, para hacer un pacto, una alianza, un contrato, o algo semejante, son necesarios, al menos, dos interlocutores. Esto es elemental. Parece un Perogrullo. Pero es bueno tenerlo en cuenta. Máxime cuando se trata de cosas serias como las que venimos tratando, de modo tan sencillo y amigable, cada día. Hay una palabra clave que se repite muchas veces en la Biblia: *Alianza*. Dios hizo una Alianza con el Pueblo. Consistió en presentar al Pueblo de Israel los Mandamientos. El Pueblo se comprometía a cumplirlos, que era lo mismo que guardar fidelidad a Dios, y Dios a su vez se comprometía a guardar y proteger al Pueblo. La acogida fue unánime y entusiasta. Israel era consciente de que necesitaba la protección de Dios.

Hacer promesas, incluso en la forma solemne de una Alianza, es fácil. Mantener el compromiso contraído, es harina de otro costal. Sabemos que la santidad es la máxima, y necesaria, aspiración y compromiso de cualquier ser humano, para darle el sentido total y último a su vida. Sin santidad nadie verá a Dios. Pues bien, el amor y la fidelidad a la Alianza, donde se enmarcaban los Mandamientos, digamos la Ley, garantizaban la justicia y la santidad para el pueblo de Israel. Al principio todo iba bien. ¡Hombre!, no faltaban constantes infidelidades. El hombre ha nacido pecador. Pero Dios, que tiene una paciencia infinita con sus hijos, hacía un poco la vista gorda. Fue pasando el tiempo. Todo se devaluó. Sí, sí, la Ley la mantuvieron en pie. Pero, la habían convertido en mera observancia, externa, ritual. Sin alma. ¿De qué sirve, me pregunto, una ley sin alma? Era un cumplimiento mecánico, exterior, sin convencimiento interior.

Naturalmente, esto había que arreglarlo. Los fariseos, y otras gentes, guardaban la fidelidad a la Ley. Pero era una fidelidad puramente material. Fidelidad farisaica. Es el término que mucha gente emplea hoy, como sabes, Jesús, dando a entender que aquello no es serio. Es pues necesaria una fidelidad más profunda. Interior. Así que, dicho y hecho. Y te encaraste con los fariseos y les censuraste su actitud.

–*"¡Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos!"* (Mt 5,20).

A fin de que te entendieran bien, fuiste citando situaciones que ellos conocían perfectamente. Lo hiciste en el sistema que podríamos denominar *antitético*. Es decir, mencionaste lo que la misma Biblia dice, para aterrizar en lo realmente correcto. Así, por ejemplo:

–*"Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo..."* (Mt 5,21ss).

La moral, y el comportamiento ético que propusiste, es más exigente. Las posturas acomodaticias caen en la rutina. No sirven. Y no sirven porque no comprometen a la persona. Quedarse en la Ley, por la ley, es caer en un pasotismo vegetativo.

Y es cuando trazaste la línea roja de las Bienaventuranzas. Lo que llamamos el sermón del Monte. No es suficiente con no matar. Hay que amar. De ahí que:

–*"Todo el que esté peleado con su hermano será procesado"* (Mt 5,22).

Hay gente que no mata una mosca, pero cuya lengua es, a veces, viperina. Y no me excluyo. Lo mismo mienten, que calumnian, que denigran. Hay muertes *físicas*, producidas por la violencia. Pero hay también otro tipo de muerte, que podríamos denominar *psíquica*.

Y bien, Jesús, hablando de muerte. Fíjate. Basta mirar las estadísticas. ¿Qué cantidad de abortos no se provocan? Incontables. Son muertes físicas. Se mata impunemente a seres totalmente inocentes e indefensos. ¿Por qué? Muchas veces son la consecuencia de un pecado previo, donde no se busca, ni por supuesto se quiere, el hijo. Sino el placer por el placer. Máximo egoísmo. Resultado de una fornicación, o de un adulterio. Así que, en este tema, como en tantos otros, te pusiste muy serio y les dijiste tajantemente:

–*"Habéis oído que se dijo: no cometerás adulterio...". Pero yo os digo: "El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su corazón"* (Mt 5,27-28).

También en cuanto al divorcio dejaste muy claro cuál era, y sigue siendo, el plan de Dios. Te argumentaron que Moisés permitió el divorcio. Dijeron, Moisés. No Dios. ¿Acaso desconocían la Ley de Dios? A Moisés lo apabullaron, lo acorralaron, se vio impotente ante tanta presión y cedió. Cierto es que Moisés no concedió un divorcio al vapor, o sea, a la ligera. Basta ver el *capítulo 24 del Deuteronomio, versos del 1 al 5*. Sin embargo, con todo y las excepciones que se quieran aducir, no dejaba de ser una ley machista. Así que, te opusiste, Jesús, a la tolerancia de la Ley mosaica, que, en definitiva, no era la ley de Dios. Y les dijiste, por más que no les supiera nada bien:

–*"Pero yo os digo: "El que se divorcie de su mujer, la induce al adulterio y el que se casa con la divorciada comete adulterio"* Mt 5,32).

No les gustó nada tu actitud. Cierto. Sin embargo, al afirmar la indisolubilidad del vínculo matrimonial, no sólo retomabas la Ley de Dios, sino que, de paso, también rebajabas el machismo imperante en ellos, y defendías el honor de la mujer. Magnífico, Jesús.

SOCIEDAD GRAVEMENTE ENFERMA

Jesús, no es ningún secreto lo que quiero comentar contigo. A la vista está. Nuestra sociedad está enferma. Gravemente enferma. ¿A que sí? El cáncer de la violencia, despiadada y criminal, incurable hoy por hoy, lo demuestra. Basta recordar las inauditas masacres del 11 S, del 11 M, del 7 J. Nueva York, Madrid, Londres, Barcelona... Causa pánico, y vergüenza ajena, todo el horror bestial del terrorismo islámico actual, sin sentido, demencial. ¡Tantísimas muertes de gente inocente! Irak, Siria… ¡Y las estúpidas inmolaciones suicidas! Y para colmo de males, y de modo blasfemo, en nombre de *Alá*. En nombre de Dios. ¿De cuál? ¡Del verdadero no!

Mentes capaces de idear, o de llevar a ejecución, semejantes atrocidades, son mentes satánicas. Por desgracia, conviven con la raza de los civilizados. Cierto es que en el ser humano cohabitan, permanentemente enfrentados, dos instintos: el instinto de muerte y el instinto de vida. Contra el primero, no se ve solución. Hoy, quien quiera hacer el mal por el mal, lo puede hacer impunemente. No hay quien pueda frenarlo.

La naturaleza, siendo como es, genéticamente depredadora, no está programada para actuar con esa irracional brutalidad. El ser humano nació para proclamar la vida, no la muerte. Es verdad que en la naturaleza nos devoramos unos a otros. Por más que sea duro constatarlo, y aunque parezca contradictorio, es ley de vida. Para alimentarnos, nos fagocitamos unos a otros. Es la ley de la supervivencia. Es la ley del equilibrio ecológico. Es la cadena de destrucción irremediablemente necesaria. Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital. Y todo sucede de modo tan natural que ni cuenta nos damos de que todos vivimos a costa de otros. Habrá quien diga: yo tengo tanto amor a los animales que jamás como carne. Soy vegetariano. Muy bien. Pero nadie podrá negar que también las plantas son seres vivos.

Y bien, más allá de esta elemental lógica ecológica que se advierte en la naturaleza, se constata, por desgracia, que nuestra sociedad está gravemente enferma. Y una de dos, o la curamos o se nos muere. Es urgente que, comenzando por los dirigentes de las naciones y siguiendo por los demás ciudadanos, haya una concienciación para empezar una labor pedagógica y urgente a favor de la vida. Urge también que en las universidades, colegios mayores, y hasta en simples colegios o escuelas, los docentes hagan esta labor pedagógica para concienciar a los alumnos en pro de la vida. La misma labor incumbe a los padres de familia en cada hogar, ya que la primera escuela de valores es la familia.

Hoy, más que nunca, Jesús, urge acudir a Dios. Sólo él es el dueño de la vida. Y urge acudir al Evangelio, que tú proclamaste. Hechos 10,38 dice:

– *"Vosotros sabéis cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, el cual anduvo haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con El" (Hch 10,38).*

Hoy más que nunca necesitamos, Jesús, que nos eches una mano, para salir de esta situación absurda en que la humanidad está metida por culpa de la violencia. ¿De qué nos sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué nos sirve una sociedad sin corazón? ¿Qué nos está pasando con una sociedad que crea tales monstruos? La sociedad necesita directrices morales y principios de orientación. La sociedad necesita vivir civilizadamente. Repito. Te necesitamos, Jesús, con toda urgencia.

SÓLO DIOS CABE DE VERDAD EN EL CORAZON

Jesús, ocho siglos antes de que tú nacieras, el poeta griego Hesíodo hablaba de una edad mítica, tiempo de *"una dorada estirpe de hombres mortales"* (Los trabajos y los días). Una edad que no conoce ni la guerra, ni el trabajo, ni la vejez, ni la enfermedad. ¡Felices los que sueñan! ¿No te parece? Un mundo onírico poblado de submundos de felicidad. No está mal. Y si no, que se lo pregunten a los niños.

Pues hablando de niños, recuerdo aún, era yo muy niño. Por aquellos días comenzaba el verano. Nuestra casa solariega tenía dos plantas. Me sentaba, de par de mañana, en un escalón de la puerta de la calle. Resultaba delicioso saborear la brisa de la mañana, tanto que, mi madre optaba por sacarme el desayuno a la puerta de la casa. Me encantaba aquel tazón de leche con pan. Sentado en un escalón me lo tomaba despacio, pues me entretenía viendo correr por el cielo las pequeñas nubes que pasaban. Hasta hablaba con ellas. Lo recuerdo bien. Y seguro que ellas me entendían, a pesar de mi *lengua de trapo*, como solía decir mi madre. ¡Oh tiempos aquellos! ¡Felices tiempos de una infancia feliz! Era una delicia contemplar aquel cielo, tan limpio, por donde pasaban, como te digo, de vez en cuando unas nubecillas blancas, muy puras.

Mi madre me miraba con aquellos ojos, que sólo las madres tienen, llenos de felicidad, viéndome feliz y entretenido. Momento que ella aprovechaba para hablarme del cielo.

–Allá arriba, ¿sabes?, está Dios.

Y me hablaba, en el lenguaje tierno y adaptado que sólo las madres saben emplear al hablar con sus hijos pequeños, de aquel cielo inmenso que Dios había creado.

A la distancia del tiempo, y en el recuerdo de aquel entonces, actualizo la memoria y me pregunto: ¿Por qué y para qué estamos, personalizo, estoy en el mundo? La respuesta, rápida y espontánea, sería decir: Estamos en el mundo porque Dios nos ha creado. ¡Qué fácil resulta decirlo así! Y, sin embargo, habrá gente que no admitan está respuesta, tan obvia como parece.

Bien sé, Jesús, que hay científicos, y otras gentes, que no admiten a Dios. Que no creen en Dios. La materia es eterna, dicen. Y punto. Añaden que todo es cuestión de evolución, donde la materia tiene absoluta preeminencia, precediendo incluso al pensamiento y a la conciencia. Es, el así llamado *Materialismo científico*, para el que la materia es lo primero, y la conciencia el resultado de la evolución de la misma. Con todos mis respetos, diré: ¡una pena! Porque la materia inerte no tiene, ni puede tener, sentimientos, ni autoconciencia. En los sentimientos, cabe tanto el odio como la ternura. Pero lo más grande es el amor. La materia es incapaz de tener sentimientos. De tener o dar amor. No puede evolucionar hacia metas

superiores. En cambio, al revés sí. Una mente, infinitamente superior y primera, Dios, sí es capaz de crear la materia. Además, en la forma magistral de un universo bellísimo e inabarcable, donde, además de la materia, existe sobre todo la vida.

Sólo Dios es Amor. Nadie da lo que no tiene. La materia no puede dar amor, porque no lo tiene. Y Dios, que es Amor, nos ha creado, expresamente, por amor. Y nos ha dotado de un alma inmortal. ¿Para qué? Para que seamos eternamente felices con Él.

Ahora bien, todo esto, tan fácil de entender, sólo lo comprende quien tiene fe. Desde la fe podremos tener una imagen de Dios. Pero esa imagen puede estar distorsionada. Podemos hacernos una imagen mental y vivencial de Dios, más o menos próxima a la realidad. O, por el contrario, completamente falsa. Es importante que nos preguntemos cuál es la imagen que tenemos de Dios. Porque Dios no deja de ser un misterio, aunque, eso sí, teofánico y radiante. De la imagen que tengamos de Dios dependerá nuestro comportamiento. Y, tal como dice el dicho: amor con amor se paga, a Dios se llega más que por la fe, por el amor. Una fe sin amor distorsiona la imagen de Dios.

Desde siempre el hombre ha estado intrigado por el misterio de Dios. El hombre ha buscado a Dios y, curiosamente, no lo ha encontrado. ¿Por qué? Porque el hombre es finito. Sin embargo, Dios sí nos ha encontrado. Dios, que es infinito, ha venido en persona a hablarnos de sí mismo y mostrarnos el camino por el cual es posible alcanzarlo: tú, Jesús. En ti, Dios ha entrado en comunicación con el hombre y lo ha iniciado en el misterio de su vida divina.

Pero además de por ti, ¡qué maravilloso, y mi memoria vuelve a los días idos de mi niñez contemplando aquel cielo veraniego!, Dios ha hablado, y sigue hablando, a los hombres por medio de la Creación, de los Profetas, de nuestra propia conciencia, la misma que la materia inerte no puede tener.

El niño pequeño, contempla la Creación. El adulto, contempla la Creación. Ambos quedan maravillados, sin duda. Que por algo estamos dotados de sensibilidad, la misma de que carece la materia inerte. La Creación es obra de Dios. Es obra de su Amor. Sin Dios no habría amor, ni habría Creación. Ni existiría el ser humano, ni todos los demás seres. Ni un niño pequeño viendo a las nubes correr por el cielo, y hablando con ellas con su lengua de trapo.

El salmista exclama, maravillado:

–*"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra"* (Sal 8,2). Cierto es que no se puede ignorar a cuantos carecen del don de la fe. A cuantos no son capaces de remontarse más allá de la materia. Así es. Pero la fe cristiana confiesa que Dios todopoderoso es Creador del cielo y de la tierra y, por consiguiente, de todos nosotros.

Si imaginamos dos planos al mismo nivel, en uno pondríamos la fe, en el otro la ciencia. Cada uno con su autonomía. No se contraponen. Pero al igual que las vías del tren, no se tocan, fe y ciencia van paralelos. La fe cristiana se sitúa en un plano distinto al plano de la ciencia, y al revés. Pero hay todavía algo muy a tener en cuenta. Y es que, la confesión de fe en Dios todopoderoso y creador no va contra la ciencia. Simplemente, se sitúa en otro nivel. La fe no ataca a la ciencia. Sencillamente, la fe nos está indicando que Dios ha querido hablarnos de sí mismo, como el Dios omnipotente y creador. Por el contrario, jamás la materia podrá hablarnos de sí misma.

Más, Dios nos está diciendo que, siendo el Creador, no cabe en el universo por Él creado, pero cabe en el corazón de un niño inocente que es capaz de contemplar, con ojos limpios, las nubes que siguen corriendo por el cielo. Sólo Dios cabe de verdad en el corazón.

TAMBIÉN LOS NIÑOS SON PALABRA DE DIOS

Jesús, ¿hay algún niño que sepa estarse callado cuando hablan los mayores? Difícilmente, ¿verdad? Y es que, a los niños les gusta meter cuchara, dicho coloquialmente, en todas partes. Los niños son entrometidos. Lo cual es bueno, aunque a veces les tengan que llamar al orden.

–Hijo, calla, que están hablando los mayores.

Cuántas veces me lo tuvo que decir a mí mi madre.

–Hijo, calla, que están hablando los mayores.

Y me callaba. Pero por poco rato. Que los niños, niños son. No hay duda, a los niños les gusta mostrarse protagonistas. Les gusta que los tengan en cuenta. Les gusta mostrar que existen, que son alguien. Que son un adulto en pequeño, sí, pero que hay que contar con ellos. Y no pierden ripio de lo que hablan los adultos. Cuántas veces me ocurrió meterme donde no me llamaban. Y naturalmente, tanto mi madre, como mi padre, tenían que llamarme al orden. Y era yo un renacuajo aún. Jesús, ¿te ocurría a ti lo mismo?

Otras veces, por el contrario, ante alguna salida acertada o pertinente del niño, los adultos se detienen, lo miran, y dicen:

–¡Ay que ver, qué niño más listo, qué despierto es para la edad que tiene!

Es que los niños también tienen voz.

Eso, voz. Lo que me lleva a pensar en otra más sublime, la más importante, y primera voz: la de Dios. Dios habló y sigue hablando. Su voz resuena majestuosa por toda la Creación. Porque la primera, espléndida y vibrante voz de Dios es la Creación, donde todas las criaturas cantan la gloria del Creador. Dios, como su gran director que es, dirige esta universal orquesta de la Creación, donde nada ni nadie desafina. Y es el Hombre el solista que tiene que interpretar el aria dificilísima de la evolución para llevar el mundo, como diría Teilhard de Chardin, hacia su definitiva grandeza. Sí, Jesús, toda la Creación es un salmo de infinita grandeza que canta la gloria de Dios.

Me entristece, no obstante, ver cómo y cuántas veces los seres humanos desafinamos. Desafinamos cuando nuestras voces no son la voz de Dios. La voz de Dios es siempre de paz, de amor, de gozo y de alegría. Pero los hombres irrumpimos de pronto desafinando. Y nos volvemos fanáticos, blasfemos, criminales, violentos en nombre de no sé qué dios inexistente. Porque el Dios verdadero no tiene que ver nada con la violencia, con los fanatismos y los odios. Matar en nombre de Dios es una blasfemia cósmica. Ofende a Dios, ofende a los seguidores de una religión aireada como bandera para matar a los que no pertenecen a la misma, ofende a la humanidad entera, y ofende, si consciencia, conciencia, y vergüenza tuviera el mismo que hace el mal. Son las voces que desafinan. Hoy sobre todo en el islam, que por

desgracia, está lleno voces desafinadas, de gente fanática, satanizada, que ven paraíso donde sólo hay infierno.

Pero sigamos mejor por el camino positivo, el único que vale la pena. La voz potente, maravillosa, de Dios, se nos transmite también por los Profetas. Dios habló de modo particular al Pueblo por medio de ellos. Lo certifica el Deuteronomio:

–*"Dios suscitará de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis"* (Deut 18,15).

Jesús, es un gozo grande abrir la Biblia y repasar la historia del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Es una Historia conducida toda ella por la Voz o Palabra de Dios. Cómo no recordar, con admiración, respeto y cariño, a esos hombres elegidos por Dios, que han sido fundamentales para transmitir su mensaje. Ahí están Noé, Abraham, Moisés, Samuel, David, Salomón y tantos otros, entre los cuales los Profetas ocupan un lugar preeminente.

Pero mira, Jesús, lo más grande y maravilloso es que Dios ha hablado, y sigue hablando por ti. Tú eres su Hijo, el Verbo, la Palabra. Lo dice muy bien Juan en el evangelio: Cristo es el Verbo, la Palabra.

–*"Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios"* (Jn1,1).

Y la Carta a los Hebreos insiste:

–*"Dios, después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final nos habló por medio de su Hijo"* (Heb 1,1-2).

¿No es esto sublime, Jesús? ¿Podría nadie haber soñado cosa igual? Dios pronuncia su Palabra definitiva y más vibrante por ti, su Hijo. Por ti, que eres exactamente eso, su Verbo, es decir, la Palabra suprema de Dios:

–*"La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros"* (Jn 1,14).

Y como si fuera poco, Dios sigue hablando, y habla por la Iglesia. Porque la Iglesia es la que continúa realizando la obra de la salvación. La Iglesia es Cristo prolongado en el tiempo y en el espacio por medio de nosotros. Con todas las luces y sombras que la Iglesia pueda tener, es tu obra. Eres tú mismo, Jesús, como cabeza, y nosotros como cuerpo. Tú eres la luz, nosotros las sombras. Pues a pesar de ser sombras, nos has querido asociar a ti. ¿Cómo no amar pues a la Iglesia? Sólo quien no la conoce, o no se siente parte de ella, es capaz de criticarla, por sus sombras, sí, pero olvidando que tú, Jesús, eres la luz. Ya ves, el Concilio Vaticano II se expresa así:

–*"Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades"* (DV 7).

Esta transmisión, obviamente, se realiza por los apóstoles. Ellos son también voz espléndida de Dios, de ti, Jesús, y que la Iglesia transmite y prolonga como un eco que se prolonga sin fin. La Iglesia es también Palabra

de Dios. La Iglesia, donde los niños tienen algo que decir. También ellos son palabra de Dios.

TENTACIONES Y TENSIONES

Jesús, bien sabemos que el cristiano experimenta y vive constantemente en sí mismo la tensión y la dialéctica de las tentaciones. El ser humano tiene que moverse muchas veces en la ambigüedad, la misma que la vida le presenta. Tú pasaste por el trance de las tentaciones en el desierto. En el desierto, los caminos están difuminados. Y es fácil perderse. Es lo que podríamos traducir como ambigüedad. La vida está llena de ambigüedades.

Quizá sea ésta, la ambigüedad, la mayor tentación que tiene planteada el cristiano hoy. En parte, porque se mueve siempre en el camino de la fe. Y la fe nunca es evidente. Como Dios. Dios no es evidente. Es que, las cosas más sublimes no son evidentes. El amor, no es evidente. Debo hacer un acto reflejo de fe para creer a la persona que me dice: te quiero. Simplemente, le creo. El amor, Dios, la vida, no podemos someterlos a un análisis de laboratorio.

Cuando nos enseñaste la preciosa oración del *Padre nuestro*, no dijiste que *no tengamos tentaciones*, sino que *no caigamos* en ellas. Las tentaciones siempre estarán junto a nosotros. Y hay que andar con ojo avizor. Tampoco podemos evadirnos de ellas. Al respecto, el mismo desierto, puede convertirse en la evasión de uno mismo. Porque es más fácil dejarse llevar de las tentaciones que luchar contra ellas. Tú, Jesús, fuiste al desierto a enfrentarte con tu propia realidad. Y salir triunfador.

Una de las tentaciones cotidianas es la del *consumismo*, tan insidiosa. Es dejar que las cosas nos dominen, olvidándonos de la primacía del reino de Dios. Por eso, Jesús, nos dijiste, dirigiéndote al diablo:

–*"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt 4,4).

Hasta la misma religión puede ser una tentación, cuando se la convierte en algo mercantil, mágico o supersticioso. O en fuente de dominio sobre los demás. Todo eso no deja de ser una pretendida manipulación de Dios.

Otra enorme tentación son *los ídolos*, que muchas veces los hacemos sucedáneos de Dios, como pueden ser: la increencia, el agnosticismo, la política, y hasta la misma Biblia cuando de ella nos valemos, no para una búsqueda sincera de Dios, sino para apabullar a los demás, exhibiendo nuestra más descarada vanidad y orgullo farisaico, infatuados de nosotros mismos. A veces manejamos la Biblia por activa y por pasiva, con sospechosa erudición, pero donde Dios brilla por su ausencia.

Están también las tentaciones de *la ciencia*, de *los falsos profetas*, *del hombre por el hombre*, infatuado de sí mismo, donde no hay cabida para Dios. La referencia indicativa puede ser el grito: *"Dios ha muerto, paso libre al superhombre*" que pregona Zaratustra, de Federico Nietzsche. ¡Qué bien respondiste al diablo, aplastando su orgullo!:

–*"Al Señor tu Dios adorarás"* (Mt 4,10).

Jesús, en el desierto no sólo tomaste conciencia de ti mismo, sino que nos dejaste muy claro que sólo Dios debe ocupar el primer plano en nuestra vida, y en la de los demás. Junto a nuestras falsificaciones de Dios nos presentaste a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar *"en espíritu y verdad".* Evidentemente, Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. Es el Dios que envía a su Hijo, a ti, al mundo para salvar al mundo. Tuviste la conciencia clara de tu mesianismo. Siempre la habías tenido. Pero querías que también nosotros la tuviéramos de ti.

A diferencia de los ídolos, Dios no es un Dios tirano, sino el Dios de la revelación, el *Abbá*, el Padre. El Dios de la dignidad y de la grandeza del hombre, que, habiéndonos creado a su imagen y semejanza, quiere que no seamos esclavos de las cosas. Las tentaciones, por otra parte, son también una lección elocuente de las distintas y múltiples esclavitudes que a diario nos acechan.

TEOLOGÍA EN TIERRA

Jesús, las bibliotecas están llenas de libros de teología. Se habla y se escribe mucho sobre teología. No me referiré a ninguna en especial. Sí en cambio subrayar que, si teología es un *estudio sobre Dios*, me pregunto: ¿qué sabemos sobre Dios? Sobre todo, teniendo en cuenta lo que san Juan nos dice:

–*"Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer"* (Jn 1,18).

Es decir, no sabemos nada. Pero, al mismo tiempo, sí sabemos. Sabemos todo lo que tú, Jesús, nos has dicho de Él. En consecuencia, si sigo pensando en Dios como un ser lejano, inalcanzable, me quedo a dos velas. En cambio, si acudo a ti me doy cuenta de que Dios, más que por el cielo, anda por la tierra. Efectivamente, Dios se ha metido en la Historia. Está en todas partes. Por supuesto. Pero está ante todo en cada ser humano. Sufre con los que sufren. Ama con los que aman. Perdona con los que perdonan.

–*"Dios es amor"* (1Jn 4,8).

¿Lo habremos entendido los hombres y mujeres de todos los tiempos? Y hoy, tanta gente que se ha apartado de Dios, ¿no se dan cuenta de que se han despistado? ¿Y no se deberá este despiste a que lo han buscado donde no corresponde?

El *pensamiento racional*, sometido al laboratorio de la Historia, comenzó un proceso imparable de reflexión y divulgación. De divulgación y de éxito. La cultura es patrimonio de todos. Aunque no todos llegan a alcanzar un nivel razonable de cultura. Dicho esto, quiero señalar, Jesús, un peligro. Me refiero a la dogmatización. Metidos en el terreno teológico, qué fácil resulta dogmatizar. Y hasta promulgar dogmas. Pero ese es otro tema. Por cierto, no deja de admirarme Platón. Fue el primero en usar el término *teología*. Lo hace en *La República*. Se refería a la comprensión que los humanos podemos tener de la naturaleza divina por medio de la razón.

En siglos pasados, cuando se hablaba, o se escribía de teología, el pueblo creyente respondía *amén*. Y nada se ponía en cuestión. Menos aún si lo decía la Biblia. Como el saber teológico lo impartían precisamente los teólogos, que eran los *entendidos*, la gente llana declinaba en ellos la confianza. Decían:

–*Doctores tiene la santa Madre Iglesia*.

Con lo cual, paraban el motor, y su pensamiento lo delegaban en otros. Y tan tranquilos. ¿Para qué esforzarse en pensar? Para eso estaban los doctores. Y el nivel teológico del pueblo era, en general, muy bajo.

Me pregunto, Jesús, ¿a dónde llevaba esta postura? Fíjate. Aún hay gente que se empeña en tomar al pie de la letra lo que dice la Biblia. Curioso. Figúrate, por ejemplo, que Noé hubiera metido en el Arca una pareja de todos los animales de la tierra. Y de todas las especies, como dice la Biblia. Noé

hubiera necesitado un arca más grande que de aquí a la luna. ¿No te parece? Y lo gracioso es que habría terminado con algunas de las especies nada más salir del arca y poner pie en tierra firme. El Génesis dice:

–*"Luego Noé levantó un altar al Señor, tomó animales puros de todas clases y ofreció holocaustos sobre el altar"* (Gn 8,20). Vamos a ver. ¿No habían sucumbido todos, hombres y animales, excepto los que metió en el arca? Pues si nada más salir de la misma, sacrificó animales puros de todas clases, ¿qué queda? Casi ni el apuntador.

Los asuntos de la Biblia son asuntos teológicos, ¿no? ¡Cuidado que se han escrito miles de libros sobre teología! Te diré. Hay una teología erudita, a veces enrevesada. Bien mirado el tema, no pasa de ser literatura. La teología es teología si es vida. Esa es la teología. Supongo que estoy en lo cierto, ¿no, Jesús? Y porque es vida, llega al corazón. Y el corazón sintoniza con Dios. Esto sí que lo capta hasta la gente más sencilla. Gente que con un simple catecismo es capaz de sintonizar muy bien con Dios. Por el contrario, hay grandes tratados, rebosantes de erudición que no llegan al corazón. Les falta vida. Dios no es objeto de estudio, sino de Vida.

Un día, contemplando el magnífico templo de Jerusalén, aprovechaste para referirte al templo corporal. Tú mismo. Templo que iba a ser destruido por la muerte. Y restablecido por la resurrección. No lo entendieron. Se burlaron de ti. Los judíos pensaron en el templo material de Jerusalén, del que estaban muy orgullosos. Ni por asomo se les ocurrió pensar que ellos mismos son templos. Siguieron burlándose de ti.

Más tarde, esta hermosa metáfora la tomó san Pablo, y añadió:

–*"¿No sabéis que sois templo del Espíritu Santo?"* (1Cor 6,19).

Esta sí es buena teología, ver a Dios en cada ser humano. Por supuesto, verlo también en el templo maravilloso del cosmos. Dios es el Creador, el maravilloso artífice de la Creación.

A propósito, me gustan las obras de *Teilhard de Chardin*. Me fascinaron en mis años de estudiante. Teilhard de Chardin, defensor del *evolucionismo teleológico*, tenía una cabeza bien amueblada. Rechazaba, en contra de Darwin, una interpretación puramente mecanicista y materialista del cosmos. El cosmos tiene vida. Todo él es vida. Y tú, Jesús, eres el centro de la Creación.

Cuanto disfruté leyendo *El fenómeno humano, El grupo zoológico humano, La aparición del hombre, La visión del pasado, El medio divino*. Y me fascinó, desde el primer momento, su convicción de que hay una *conciencia pensante del cosmos*. Y su credo:

–*Creo que el Universo es una Evolución. Creo que la Evolución va hacia el Espíritu. Creo que el Espíritu se realiza en algo personal. Creo que lo Personal supremo es el Cristo-Universal.*

En suma, que la materia originaria, según Teilhard, contiene ya en sí una *"conciencia"* que hace que la evolución no sea un proceso puramente mecanicista, como diría Darwin, sino teológico.

Para terminar, Jesús, me reafirmo en que la teología sólo se entiende desde ti. Eres el Dios hecho Hombre. Tú nos has humanizado. Por eso, la verdadera teología humaniza y diviniza.

TERTULIAS Y DESACUERDOS

Jesús, ¡cuántas tertulias hay a diario en la radio, y en otros medios de comunicación! Lo mismo sirven para pasar un rato entretenido que para comerse de los nervios. Se debate y discute sobre todo lo habido y por haber. Da impresión de que los tertulianos son gente dotada de ciencia infusa. De estar por encima del bien y del mal. Lo saben todo y de todo. Omniscientes. Sabios de remate. Arreglan el mundo en un santiamén. Pero el mundo sigue igual que estaba, terminada la tertulia que antes de comenzarla. Hablan todos a la vez, con lo cual, apenas se les puede seguir y entender. Y, sistemáticamente, se atacan y contradicen los unos a los otros. Hay veces que parece que van a llegar a las manos, aunque la sangre nunca llega al río. Y hasta cabe la sospecha de que a continuación se van a tomar una copa juntos. Es el mundo de las tertulias. Puro show. Puro espectáculo.

Al filo de la noticia más llamativa diaria, uno de los temas debatidos suele reincidir sobre la justicia. ¡Que si en tal sitio la justicia se aplica *así*, que si en tal otro se aplica *asao*! ¡Que si la justicia está en la cuerda floja, que si *patatín* que si *patatán*! ¡Qué si no se aplica igual para todos…! Y así por el estilo.

Jesús, traigo este tema a cuento porque, después de dar muchas vueltas en mi cabeza al tema, en concreto, de la justicia, me doy cuenta de que hace mucho tiempo la mejor definición sobre la justicia la dimos los niños. Sí, hace muchos, muchísimos años. Me explico.

Si preguntamos a un niño, ¿qué es la justicia?, posiblemente no sepa dar una definición de manual. Aunque, ¿lo sabemos los adultos? Sin embargo, los niños tienen un criterio muy práctico a la hora de, no tanto de definir, sino de poner en práctica la justicia.

Una vez más, rebuscando en la memoria del tiempo aquellos recuerdos primeros de la infancia, recuerdo lo siguiente. Eran tiempos en que apenas circulaban coches por las calles. De modo que los niños, luego de hacer las tareas de la escuela, salíamos a jugar a la calle. Todo tipo de juegos. Aunque el más socorrido era siempre el fútbol. La calle se llenaba de la algarabía, en re mayor, con las voces de tantos niños y niñas. Ellas tenían sus juegos, sus gritos y chillidos. Ellos, no menos alborotadores, el fútbol. Eran tiempos en que a los niños se les dejaba ser niños. En cuanto terminaban las tareas escolares, y aún con el pan de la merienda en la mano, salían corriendo a jugar en la calle. Era la sociedad en marcha. Me temo que los niños de hoy estén estresados. Los juegos son individuales, nada sociables, a base de juguetes electrónicos, cada vez más sofisticados, pero que tanto aíslan e individualizan.

Pero no nos salgamos de la calle, ni dejemos que el silencio suplante a la algarabía. Y bien, Jesús; como bien sabes, las mamás salían con sus hijitos a pasearlos, a que les diera el aire. Eran tiempos de familias numerosas

y cada madre iba rodeada de varios hijos. Los mayorcitos se las apañaban solos y se juntaban rápidamente para jugar un partido. Los más pequeños quedaban junto a la madre. Los papás, como es natural, a esas horas de la tarde andaban todavía en el trabajo. Las madres, por el contrario, bastante tenían con ser amas de casa; no trabajaban, por lo regular, fuera de casa. Motivo por el cual, los hogares funcionaban bien. Y aunque en muchos hubiera escasez, nadie se moría de hambre. Y era un solo sueldo el que entraba en casa.

Pero sigamos. Si hubiera que dar una definición de justicia, yo diría: –*"La justicia es estar de acuerdo*".

Esto no lo he visto en los libros de Derecho. Pero es una definición, no escrita, sino acuñada en la práctica por los niños. Nada más empezar el partido, comenzaba la discusión. Como las porterías se formaban con cualquier cosa que tuviéramos a mano, y en plena calle, normalmente un par de suéter colocados en el suelo, enseguida saltaba alguno:

"¡Eh…, espabilados, que habéis juntado más la portería, que os hemos visto!".

Así que se volvían a medir los pasos, zapato con zapato. Se hacía la rectificación, quedaba saldada la injusticia, y todos en paz. En cuanto a los equipos, los formaban los dos más gallitos del barrio:

–*"Yo elijo a fulano".*

–*"Yo a mengano".*

No faltaba quien protestara:

–*"Jo…, que éste es muy pequeño".*

–*"Vale, pues que zutano vaya también con vosotros".*

De este modo, tan sencillo, se solucionaban los problemas, desaparecían las injusticias, y se restablecía la justicia poniéndose de acuerdo.

Ya ves, Jesús, esto que es tan elemental, y que algunos sesudos magistrados parece que no alcanzan a ver, ya lo habían descubierto los niños. Pero es que, además, si viene en el Evangelio. Lo dijiste como la más rápida manera de resolver los pleitos:

–*"Reconcíliate pronto con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que tu adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel"* (Mt 5,25).

La mejor manera de dirimir los pleitos entre adversarios: ponerse de acuerdo. Y cuando esto no se pone en práctica, vienen formulaciones y más formulaciones: ¿Qué es la justicia? Pues…, salidos de la línea que marca el Evangelio, o de la solución puesta en práctica por los niños, vaya usted a saber. Tiempos ha habido en que las cosas se hacían sin papeles. Un apretón de manos sellaba un compromiso. La palabra tenía más fuerza que los papeles. Acudir a los tribunales no es garantía cierta de justicia. De los jueces injustos habla la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Pero, en fin. Si hay que dar respuesta a ¿qué es la justicia?, la respuesta no será unívoca. Alguien dirá:

–*"Es la virtud que consiste en dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde, lo que se le debe otorgar".*

Otros evitarán la palabra virtud, para quedarse en términos laicos, y dirán:

–*"Es el trámite de dar solución a un pleito".* Trámite. Vocablo peligroso, porque los enjuagues se hacen precisamente en los trámites.

El número 413 del Compendio del Catecismo de la Iglesia dice:

–*"Existen desigualdades económicas y sociales inicuas, que afectan a millones de seres humanos, que están en total contraste con el Evangelio, y son contrarias a la justicia, a la dignidad de las personas y a la paz".*

Me pregunto: ¿Por qué hay tantas diferencias entre los humanos? Y creo que la respuesta puede ser: Fundamentalmente, porque a veces olvidamos tu mandamiento, Jesús:

–*"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34).

Dios no quiere que la gente pase necesidad. Quiere que los talentos particulares recibidos los compartamos con los demás. Así, si uno tiene riqueza, que ayude a quien está en la miseria. También solemos olvidar que la justicia es la base de la caridad. Sin justicia no hay caridad. Y la caridad es la virtud cristiana por excelencia.

Para terminar. ¿A qué nos lleva la justicia? Lo primero: a que cumplamos las obligaciones para con Dios. En segundo lugar, tan importante como el primero, a que respetemos la dignidad de la persona humana. Y también la de los demás seres (los animales y la naturaleza en general). La justicia nos lleva también a que nos respetemos a nosotros mismos y a los demás, comenzando por la propia familia. Y finalmente, la justicia nos lleva a cumplir las obligaciones profesionales, lo mismo se trate del patrón, del trabajador, como del estudiante, como la ama de casa.

Ya ves, Jesús, cuánto se aprende de los niños. Son más listos que el hambre. Y prácticos a más no poder.

TRES DIAMANTES

Jesús, entre tus parábolas hay una que podríamos calificarla de acuciante actualidad. Me refiero a la del tesoro escondido en el campo; alguien lo encuentra, pero lo vuelve a esconder. Muy contento del hallazgo, y para poder hacerse con él legalmente, consigue suficiente dinero y compra el campo. Está en *Mateo 13,44*. No entraré a investigar si esa extraña forma de proceder era legal entonces, o no. El tesoro no estaba allí como componente natural, aunque ignorado, del dueño del campo. El tesoro tenía dueño, el mismo que lo había escondido, seguramente para evitar que se lo robaran. Hacerse con él de esa manera, por más que ingeniosa, no parece que fuera actitud muy ética que digamos. Pero es claro que tu intención, Jesús, no es cuestionar la eticidad o no. Sino resaltar el tesoro en cuanto tal. Por eso dices:

–*"El Reino de los cielos se parece a un tesoro…"* (Mt, 13,44).

O sea, un valor en sí mismo.

La verdad, cada vez que leo esta parábola la asocio enseguida a los buscadores de petróleo. Ese es el tesoro más cotizado en la actualidad.

Todo mundo busca un tesoro. Unos se confían en su suerte y esperan que les toque la lotería. Otros coleccionan obras de arte. Otros amontonan su dinero en paraísos fiscales. Y así sucesivamente. Aunque, ninguno de estos piense en el tesoro del que tú hablas: el Reino de los cielos.

Hasta los niños tienen sus tesoros. Cuando yo era niño, nos gustaba a los niños en general coleccionar y guardar cromos de futbolistas. Si salían repetidos, hacíamos intercambio. Era nuestro tesoro. En lo personal me gustaba también otro tesoro. Cuando en verano iba con mis padres al río, no era sólo por darnos un baño. Resulta que había cangrejos. Muy a la orillita del río, también yo era capaz de coger algún cangrejo. Pero me gustaba sobre todo coger *chinita*s, es decir, piedras pequeñitas y lisas. Algunas eran muy bonitas. Las guardaba. Eran también mi tesoro.

Entre los tesoros muy valorados y apreciados por la gente están, por supuesto, las piedras preciosas, como son los diamantes, los rubíes, etc. Pues bien, hablando de piedras preciosas, valga la comparación metafórica, encuentro que en el Evangelio aparecen tres. Bellísimas. Son la Fe, la Esperanza, y la Caridad. Las llamamos virtudes teologales. Un verdadero tesoro. Y no está escondido, no, sino al alcance de todos. Porque son dones de Dios. No son conquista ni fruto del hombre, aunque requieren nuestra colaboración libre y consciente. No son virtudes teóricas, sino un modo de ser y de vivir. Van inseparablemente unidas en este mundo. Sólo cuando estemos con Dios en el cielo desaparecerán la Fe y la Esperanza. Ya no harán falta. Porque ya habremos llegado a la meta, a la posesión de Dios, el único

verdadero tesoro. En cambio, la Caridad, entendida mejor como Amor, permanecerá. Lo dice san Pablo:

–*"El amor no desaparecerá jamás"* (1Cor 13,8).

Porque el Amor se identifica con Dios.

–*"Dios es Amor"* (1Jn 4,8).

Sí, Jesús, Fe, Esperanza, Caridad, tres diamantes de infinito valor. La *Fe*. Es un don de Dios por el que somos capaces de reconocer al verdadero Dios. Una luz para poder entender las cosas de Dios. Y al mismo tiempo, un encuentro con Dios. Una adhesión total a Él. Como hizo María. Como hicieron todos los hombres grandes del Antiguo Testamento.

A la Fe le sigue la Esperanza. Yo diría, Jesús, que es una virtud de búsqueda. Igual que hay buscadores de tesoros, minas de oro, de diamantes, etc., los cristianos buscamos también otro tesoro: buscamos a Dios como el Bien supremo, y confiamos alcanzar la eterna felicidad en Él. El fundamento de esta virtud eres tú, Jesús. Tú, como el Padre, y el Espíritu Santo, eres el Dios omnipotente y bondadoso que no puede fallar a sus promesas. Así de bonito lo dice el Eclesiástico:

–*"Sabed que nadie que esperó en el Señor haya sido confundido. ¿Quién que permaneciera fiel a sus mandamientos, habrá sido abandonado por Él, o quién, que le hubiere invocado, habrá sido por Él despreciado? Porque el Señor tiene piedad y misericordia*" (Eclo. 2,11-12).

Las virtudes producen sus frutos. Nos ayudan a poner nuestro corazón en Dios, desasiéndonos de los bienes terrenales. Y nos dan el ánimo y constancia necesarios en la lucha diaria contra el mal. Más, nos estimulan a trabajar eficazmente en el apostolado para llevar tu Mensaje de Amor, Jesús, al mundo entero.

Pero la joya de la corona, si vale usar esta expresión manida, es la Caridad. De nada sirven la Fe y la Esperanza si no desembocan en el Amor sobrenatural o Caridad cristiana. Es la Caridad la que nos hace actuar de acuerdo a las enseñanzas del Evangelio. La que hace posible que amemos a Dios y al prójimo por Dios. Por la Caridad participamos en el Amor de Dios. Y ese es un Amor universal, sin fronteras. Un Amor que ha existido siempre, y que no acabará jamás.

Con el Amor no caben medias tintas. O se ama de verdad o no se ama. La sinceridad es esencial. No podemos engañarnos a nosotros. No valen disimulos. Encontramos a veces matrimonios que se han enfriado en el amor. Entonces, por pereza o conveniencia, procuran disimular la situación. Es inútil. Si se acabó el amor, ¿qué queda del matrimonio? Es como si a una linterna se le acaba la batería. No alumbra.

El amor hay que alimentarlo desde la interioridad de la persona. Las apariencias no sirven. Lo dice el refrán: antes se pilla al mentiroso que al cojo.

En cuestión de Amor, Jesús, fuiste único. Nos amaste hasta dar la vida por nosotros. Tu ternura y misericordia no tuvieron límite. Buscabas siempre el corazón de la gente. Y la gente lo entendió a la primera. Te pasaste la vida curando las enfermedades, consolando a los tristes, ofreciendo el perdón. El perdón y la misericordia. Las expresiones más exquisitas del amor que Dios nos tiene. ¡Ay que ver! ¡Cómo nos cuesta perdonar a los humanos! Es decir, cómo nos cuesta amar. Tenemos muchas veces un amor de bisutería. Solo el Amor de Dios es verdadero. El nuestro también, si se identifica con el de Dios.

Vamos terminando esta reflexión, Jesús. ¿Por qué tenemos un mundo tan convulso? ¿Por qué tantos atentados terroristas? ¿Tantas muertes de gente inocente? Y para colmo de mal, a estos atentados infames hay que añadir que son atentados sacrílegos. Porque, ¿en nombre de qué Dios se puede cometer tanta atrocidad? Del verdadero no. ¿Por qué? Porque nos falta amor. No damos el aprobado en amor. No hemos encontrado el tesoro.

TRES TIENDAS VACÍAS

Jesús, con frecuencia se oye decir: *"Hay que tener experiencia de Dios".* Suena bien. Es una frase bonita. Pero, me pregunto: ¿Qué es tener experiencia de Dios? Porque Dios no es tangible, no es evidente, ni es objeto de laboratorio. Sin embargo, la frase manifiesta una realidad: la necesidad vital que tenemos de Dios. Desde ese punto de vista, la primera experiencia de Dios somos nosotros mismos. Somos conscientes de tener una conciencia; y sobre todo, de que tenemos una sed infinita de eternidad. Cuanto más limitados nos sentimos, más urgidos estamos de una transcendencia que nos plenifique. Sólo Dios puede llenar nuestra acuciante necesidad de eternidad.

Ahora bien, ¿cómo llegar a Dios? Hay muchos caminos, sin duda, para llegar a Dios. Creo que el primero es uno mismo. Nuestra consciente carencia de realización plena nos lleva a Dios. Es lo mismo que decir *"tener el sentido de nuestra propia vida".* Pero, ¿cómo? El sentido de la vida está marcado por las tres lo preguntas básicas de la existencia humana: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi presencia en este mundo?

El segundo camino, transcendental e imprescindible, querido Jesús, eres tú. Nos lo has dicho:

–*"Soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6).

En consecuencia, tú eres quien nos da la pista para solucionar nuestra ansia y necesidad de eternidad, y poder salir de nuestra carencia existencial. Si no, estamos en crisis. Pero no podemos estancarnos en la crisis. El Evangelio nos deja entrever que los Apóstoles estaban en una profunda crisis. Su fe era vacilante. Dudaban. ¿Y qué hiciste? Llevarlos al Tabor para reavivar su fe. Llevarlos a la montaña, símbolo de lo sagrado, de las teofanías de Dios. Dios se manifiesta en la montaña; como en el Horeb a Abraham, o en el Sinaí a Moisés. Y en el Tabor, además de orar, te trasfiguras a la vista de Pedro, Santiago y Juan. (Lc 9:28-36; Mt 17,1-9; Mc 9,2-10). Tu rostro deja transparentar la presencia de Dios. Allí escuchan la voz de Dios:

–*"Este es mi hijo amado, escuchadlo"* (Lc 9,35).

Allí *Aparecen Moisés y Elías* hablando sobre lo que encontrarás en Jerusalén.

De repente, como si hubieran entrado en éxtasis, los apóstoles sienten tal paz y bienestar, que Pedro exclama:

–*"Qué bien se está aquí. Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías"* (Lc 9,33).

En el colmo de su felicidad, se acordó de plantar tiendas, ¿con qué y cómo?, para quienes no las necesitaban; en cambio, se olvida de él y de sus compañeros. Se siente tan a gusto que no necesita tienda que le cobije. Se siente como transportado y asentado en el cielo. Adiós crisis. Sin embargo, con la misma y sorpresiva celeridad con que ha aparecido, desaparece la visión. Y los mandas bajar del monte, a la llanura de la cotidianidad. A seguir

con sus crisis. Pero ahora, con la fuerza y medios de poder orientar sus vidas de un modo trascendente.

Vacías quedaron aquellas hipotéticas tiendas. Nunca llegaron a construirse. Los destinatarios no las necesitaban. Ellos, los apóstoles, tampoco. Más bien, debían seguir enfrentando los conflictos del día a día, pero sabiendo dónde está la meta, que sí saciará todas nuestras ansias de eternidad.

De otro lado, la experiencia que han compartido les ayuda a aceptar lo que se resisten a creer: que tu triunfo, Jesús, pasa por el sufrimiento y por la cruz; y que la cruz no nos es ajena:

–*"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"* (Lc 9,23).

Es decir, no se puede vivir de espaldas a la realidad personal o del mundo en que vivimos.

Desde esta experiencia de la transfiguración, seguramente que adquirieron una conciencia diáfana de la finitud de las cosas, aun las más agradables. En pie quedan los interrogantes básicos sobre los que todos necesitamos preguntarnos: el *por qué* y el *para qué*, de la existencia humana. En esos interrogantes entra, por supuesto, y de modo primordial, el problema Dios. Dios no es evidente. Es objeto de fe. Y, sin embargo, Dios es necesario, es imprescindible. Es el sentido último y total de nuestra existencia. Gracias, Jesús.

TRIGO Y CIZAÑA

Jesús, a la experiencia me remito. Si nuestra sociedad está enferma, entiendo que es porque salud y enfermedad van juntas, en mayor o menor proporción cada una. Según de qué lado se incline el fiel de la balanza, tendremos el resultado correspondiente. Hay una parábola en el Evangelio, muy significativa al respecto:

–*"El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo..."* (Mt 13, 24-30).

Así comenzaste a narrar la parábola del trigo y la cizaña. ¡Buen diagnóstico de nuestra sociedad!

El labrador había sembrado trigo, sobre tierra bien preparada. De pronto notó que, junto a los tallitos del trigo, que al nacer iban formando una preciosa alfombra verde que el viento ondulaba, crecían también otros tallos que no eran de trigo precisamente, sino de hierbas que robaban tierra y alimento al trigo. Cundió la preocupación. Había que poner remedio. ¿Qué hacer? ¿Arrancar las malas hierbas? Corría peligro de ser arrancado el mismo trigo. ¿Dejar que crecieran juntos el trigo y la mala hierba? Mala compañía suponía la mala hierba para el trigo. Habría menos cosecha de trigo de la esperada. Pero era la solución menos mala. Y el trigo y la cizaña crecieron juntos.

Jesús, se me ocurre aplicar una moraleja apócrifa a la parábola del trigo y la cizaña. Y es que, el labrador, además de sembrador, sería también el terreno sembrado, la tierra que espera dar una cosecha abundante. De pronto este labrador, viéndose a sí mismo como tierra de gran porvenir, de cosechas copiosas, se recrea mirándose a sí mismo, y se dice: ¡Hay qué ver...! ¡Qué buena tierra soy! ¡Qué espléndidas cosechas producto! ¡Soy el número uno en todo! Y entonces, sin apenas darse cuenta, prácticamente, de repente se llena de soberbia, de vanidad, y de ambición. Y donde había semilla limpia y buena de trigo, comienza a mezclar otras semillas de, digamos, negocios turbios, asuntos nada claros.

Pero, a diferencia del hombre de la parábola, a este otro no sólo no le importa que haya cizaña entre el trigo. Es que quiere que haya toda clase de malezas. Contra más, mejor. Más abundancia, más riqueza. Que es, en definitiva, lo que le interesa. ¿Y qué le interesa? Fundamentalmente, acumular, tener. Cuanto más se tiene, mejor. La sociedad actual está diseñada para tener. La personalidad de mucha gente hoy se va configurando desde el tener. Sólo que, cuanto más se tiene menos se es. Esto es susceptible de aplicarse a infinidad de campos y situaciones. Lo mismo a la economía, que, a la cultura, o a la religión. La cuestión es tener.

¿Tener qué? ¿Tener dinero, tener riqueza...? Vale. Pero el dinero no lo es todo, aunque abre muchas puertas. ¿Tener conocimientos? Es importante. Pero es más importante poseer una cultura. La cultura echa y tiene raíces.

Los simples conocimientos, a la larga, tienen menos consistencia. ¿Tener fe? La fe es necesaria. Pero no como posesión, sino como crecimiento. Creerse en posesión de la fe resulta, cuando menos, sospechoso, y sin duda peligroso. Quien se instala en una fe acomodaticia difícilmente puede crecer en la fe auténtica.

Voy comprendiendo, Jesús, que la posesión lleva a la manipulación y a la deformación. Desde el momento en que la fe se convierte en la seguridad en uno mismo, se deja de buscar el camino luminoso del evangelio, que es siempre nuevo, sorprendente y fascinante. No basta ser grano de trigo. Por supuesto que en el grano de trigo ya está contenida virtualmente la futura espiga, la futura harina, el futuro pan. Hace falta, sin embargo, que el trigo se desarrolle, crezca en el día a día de la tierra. Entonces sí, entonces es cuando la fe consiste en orientar toda la persona hacia Dios. Porque la fe es búsqueda, es crecimiento.

UN BANQUETE EN LA PRADERA

Jesús, fuiste al revés de Juan el Bautista. Él era austero, penitente. Iba precariamente vestido. Pero era un profeta y la gente le seguía. Tenía sus detractores. Estos nunca faltan y están en todas partes. De él llegaron a decir que estaba endemoniado. *"Y muchos de ellos decían: Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le hacéis caso?"* (Jn 10,20). ¡La pálida envidia! Nunca mejor dicho. Tú, por el contrario, alternabas con 'todo hijo de vecino'. No te importaba si eran fariseos, recaudadores de impuestos, publicanos o pecadores, según se expresa el Evangelio. Así que, a ti te etiquetaron con el sambenito de glotón y borracho. *"Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: ``Mirad, un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores. Pero la sabiduría se justifica por sus hechos"* (Mt 11,19). La sabiduría se justifica por sus hechos. Es decir, 'obras son amores y no buenas razones'.

En los cuatro evangelios se narra lo que se ha dado en llamar *el milagro de la multiplicación de los panes y los peces*. Pero, con tu permiso, Jesús, creo que más que de milagro, se trató de sacar los colores de la cara a más de un egoísta. Este milagro, creo, hay que mirarlo más por pasiva que por activa. Sí. Porque cuando viste que la gente que te seguía estaba hambrienta, lo primero que hiciste, como siempre, fue compadecerte de ellos. Luego dijiste a los apóstoles: *"Dadles vosotros de comer"* (Lc 9,13). Y la respuesta al canto: *"No tenemos con qué".*

Esa, a mi pobre entender, fue la respuesta fácil, evasiva al mismo tiempo. Propia de alguien que no pisa la realidad. Claro que tenían comida. Algunos, no. Pero otros, sí. Y tú, ¿qué hiciste? Invitarles a compartir lo poco que tenían. Así que, preguntaste en voz alta, para que todos te oyeran: *¿Cuánto pan tenéis?* La respuesta primera fue el silencio. Hablar hubiera sido, como se dice hoy, 'políticamente incorrecto'. Hasta que alguien se atrevió a romper el silencio, dando un paso al frente: *¡Cinco panes y dos peces!* Estoy seguro, Jesús, que tu sonrisa de satisfacción la captó todo mundo. ¿Era poco, era mucho? En realidad, pensando en lo *políticamente correcto*, era poco; y, sin embargo, ¡oh contrastes de la vida!, alcanzó para todos, y aún sobró. ¡¿Cómo?! Veamos.

Jesús, tenías el maravilloso don de la ironía. Y de la pedagogía. Aún debes estar riéndote de la doble respuesta que te dieron. Primera: *no tenemos*. Segunda: *sólo tenemos cinco panes y dos peces*. Y ¿para qué más? Basta y sobra. Y con tu habitual psicología, lo primero que hiciste: orar al Padre. ¿Qué le pediste al Padre? Posiblemente, que la gente descubriera que se puede ser generoso. Se es generoso cuando se comparte. Que compartieran, pues. Y compartieron. ¡Vaya que sí! ¿Y el resultado? Que comieron todos.

Y eso que, de sólo hombres, como puntualiza el Evangelio, eran más de cinco mil. (Jn 6,10). ¡Y, oh ironía de la vida!, sobró comida. Siempre sobra cuando se tiene la voluntad de aparcar el egoísmo, y la decisión de compartir. Para eso hay que estar en la realidad. Y la realidad es que hay mucha gente hambrienta, necesitada, ante la que solemos mirar para otro lado. ¿Por qué tanto egoísmo?

Pero tú, Jesús, no miras para otro lado. Importantes los detalles. *Comieron todos*. Todos juntos, en fraterna armonía. ¡Ay que ver, qué milagro!, solemos decir. ¿Milagro? ¿Dónde está el milagro?, me pregunto. Alguien podría pensar que más que milagro fue un sorprendente acto de magia. No hay tal. Para mí, el milagro no consistió tanto en que tú multiplicaras los panes, que también. Sino en que los empujaste a que fueran ellos los que multiplicaran los panes y los peces poniendo en común lo poco que cada uno tenía. Y el milagro se hizo. Hiciste que se desprendieran de lo poco que cada uno tenía, en favor de todos. Unos tendrían más, otros menos, o nada. Pero de esta manera, todos comieron. Y hasta sobró.

El verdadero milagro se produce cuando se comparte de corazón con los demás lo poco que se tiene. Entonces nos damos cuenta de que tenemos mucho más de lo que pensamos. ¡Buena lección para la hipocresía del mundo actual! Entiendo, pues, Jesús, que este milagro nos invita a descubrir que tu proyecto fue hacer que toda la humanidad tomara conciencia de que debemos formar una fraternidad real y universal, donde el signo distintivo y fundamental debe ser siempre el amor. *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34).

De otro lado, Jesús, esta comida celebrada sobre la hierba de una pradera fue un presunto de la Eucaristía: el mayor signo de unidad y amor fraterno. Porque al Reino de los cielos no se va por libre. Es importante saber compartir. Importante saber convivir con y como hermanos. Porque estamos hechos para vivir juntos, para comer juntos, compartiendo nuestra mesa con los demás. Estamos hechos para la amistad. Si los humanos damos tanta importancia a los banquetes, por ejemplo, a los banquetes de bodas, o de distintos encuentros familiares, la Eucaristía pasa a ser, por antonomasia, el banquete de la unidad, del amor fraternal, de la Salvación.

Qué bien se entiende así tu lenguaje, Jesús. Empleaste la metáfora del banquete para hablarnos al corazón, y que entendiésemos la realidad del Cielo. ¿El Cielo? ¿Cómo entender qué es el Cielo? Tú lo explicarte así de sencillo, del modo que todo mundo puede entender. Un banquete. Es el lenguaje de la realidad. No valen místicas etéreas. Lo que cuenta es la realidad. Y la realidad es que, quien tiene, mucho o poco, si lo guarda para sí, al fin se quedará sin nada. Se quedará solo. Pero quien hace partícipes a los demás participa a su vez del Banquete del Reino de los Cielos. Jesús, eres genial.

UN REFRESCO DE AGUA CON VINAGRE

Jesús, ya ves que me gusta contarte mis cosas. Otro de mis recuerdos de aquel entonces, hoy lejano, y vívido al mismo tiempo, es cuando llegaba el tiempo de la siega. Todo ha cambiado, para bien. Hoy las grandes cosechadoras lo hacen todo. Pero entonces, aquellas enormes fincas de trigo había que segarlas a hoz. Venían cuadrillas de segadores, cómo me acuerdo a pesar de ser muy pequeño aún. Venían sobre todo de Galicia. ¡Con el calor que hace en verano en la zona media y la ribera de Navarra…! Los segadores madrugaban, evitando así las horas fuertes del calor. Avanzada la mañana suspendían la siega. Por la tarde, cuando el calor era más soportable, continuaban la labor.

Esto es lo primero. También recuerdo que era gente de muy buen humor. Cantaban y hacían bromas. Yo, que era un crío, siempre los veía alegres. A mí me gustaba estar entre ellos cuando venían a descansar a la sombra, y a refrescarse. Algunos echaban un trago de vino fresquito que siempre había en una bota, en la bodega. Otros preferían un vaso de agua fresquita, a la que añadían un chorrito de vinagre y un poco de azúcar. También a mí me gustaba beber unos sorbitos de aquella agua. Sabía bien. Era refrescante.

Jesús, si traigo a cuento esta memoria antigua, es porque tú mejor que nadie, sabes del calor, y de la sed. Lo cuenta muy bien el Evangelio. Tú andabas, como siempre, en misión permanente. Llevando la Buena Nueva por pueblos y aldeas. Hacía calor, estabas cansado, tenías sed. Todo eso es muy humano, muy natural. De modo que, al llegar al pozo de Jacob hiciste un alto en el camino. Te sentaste en el brocal. Era hacia el mediodía. Cuando más aprieta el sol. Y además, la hora de comer. Así que, mientras tus discípulos iban a comprar comida tú que quedaste sentado en el brocal del pozo. Sabías que el pozo era un lugar muy frecuentado. La gente llegaba allá, para abrevar el ganado; llegaban a buscar el agua necesaria para los quehaceres de la casa. Y naturalmente, para beber. La escena, sublime en su significado y transcendencia. La cuenta y describe tu apóstol Juan. (Jn 4,5-42).

En esto, llega una mujer con su cantarillo en busca del agua. Su sorpresa fue grande. No porque alguien estuviera sentado en el brocal. Eso era cosa normal. La sorpresa fue que aquel desconocido le pidiera agua a ella, mujer. Y para colmo, un judío, siendo ella samaritana. Tu acento te delataba. De repente afloran en la mente de la mujer viejas rencillas habidas entre judíos y samaritanos.

–*"Tú, judío, ¿me pides agua a mí, que soy samaritana"?* (Jn 4,9).

Orgullo de raza y de diferente sistema religioso.

Exactamente, ésa era la respuesta que esperabas de la mujer. Le respondiste:

–*"Si supieras quién es el que te pide de beber…, tú me la pedirías a mí"* (Jn 4,10).

Me imagino el mohín y la risa vacía de la mujer.

–*"Si no tienes con qué sacar el agua…"* (Jn 4,11).

¡¿Qué agua me vas a dar?!, pensaba aquella mujer. Lógica aplastante.

Se había iniciado el diálogo. Por ahí se empieza. Hubo un pugilato verbal. Exactamente lo que tú, Jesús, deseabas. Ella alude a la historicidad del pozo. Es el Pozo de Jacob. Tiempo pasado. Pero tú vas al presente, para empalmar con el futuro. Tú le ofreces un agua que quien la beba no volverá a tener sed (Jn 4,14). La mujer se chancea. Con femenina ironía, te pide que le des de *esa agua*; así se ahorrará tener que venir todos los días a buscarla. Momento que aprovechas para descolocarla, y para su mayor sorpresa, le dices que vaya a buscar a su marido.

–*"Anda, llama a tu marido y vuelve aquí"* (Jn 4,16).

Me imagino la cara que pondría.

–*"No tengo marido"* (Jn 4,17).

¡Toma! Por una vez decía verdad, aunque fuera una verdad a medias. No tenía marido, cierto. Pero sí pareja. Debieron salirle todos los colores del arco iris a la cara, cuando le espetas de golpe:

–*"Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes tampoco es tu marido*" (Jn 4,17-18).

Y lo que comenzó con la cosa del agua del pozo terminó siendo *manantial de Vida eterna*. Aquella mujer era, sin duda, una más de tus ovejas descarriadas. Ese día volvió felizmente al redil. No fue por casualidad que llegaste al pozo. A buen seguro que ese día la mujer descubrió en sí una sed más profunda. Cinco maridos, cinco. Como cinco rosas sangrantes por donde se le iba la felicidad. Ni con cinco ni con muchos más hombres hubiera encontrado nunca la felicidad. Su vacío espiritual era inmenso. Y tú, Jesús, te diste a conocer como *Agua Viva*, capaz de saciar cualquier sed humana. La pobre mujer, confusa en un primer momento, vio la luz. Y, ahora sí, humilde y sincera, te pidió que le dieras de *"esa agua"*.

Y no sólo eso. Es como si la viera. Abandona el cántaro y corre hasta el pueblo para anunciar su descubrimiento. Acaba, ¡por fin!, de encontrar la felicidad que antes no tenía. Radiante, va a anunciar, a todos, el gran descubrimiento. Ha encontrado al Mesías. Te ha encontrado a ti, Jesús.

Curioso, ¿no? Fue por agua. Y encontró agua. Hubo agua del pozo para su cantarillo. Y hubo *Agua de Vida eterna* para su alma. Era samaritana, pero tú, judío de raza, hiciste de buen samaritano. Llenó su cantarillo de agua, para la sed ordinaria. Y llenó su alma del agua cuya sed sólo tú, Jesús, puedes calmar.

UNA BARCA EN LA PLAYA

Jesús, ya sabes, los niños, mientras son niños, viven un mundo muy distinto al de los adultos. La mente de un niño está llena de fantasías. Esto le hace viajar por mundos fantasiosos, y llegar mucho más lejos de lo que llegamos los adultos. De hecho, tú nos has dicho que hay que

–"*ser como niños para poder entrar en el Reino de los cielos* (Mt 18,3).

Pero no me refiero a este pasaje del Evangelio si te digo que quién pudiera ser niño siempre, en el tiempo. El niño vive mundos de fantasía, donde todo es limpio, donde la maldad no existe, donde todo es luz. Pero la niñez biológica dura poco. Luego, cada quien tiene que enfrentarse con el mundo real, a veces en circunstancias muy duras. Pero ese mundo real es así, en el lado negativo, porque lo hemos construido los adultos. Qué pronto dejamos de ser niños, y más pronto aún nos olvidamos de que hemos sido niños, constructores de mundos fantásticos, donde todo era hermoso.

Si te digo esto, Jesús, es porque de vez en cuando me vienen a la mente recuerdos de infancia. Hasta los siete años no conocí el mar. Seguramente, el de mis fantasías infantiles no coincidiría con el real. Cuando pude verlo por vez primera, siendo niño, me quedé fascinado. Nunca me canso de ver el mar, inmenso, inabarcable, la majestuosidad de sus olas, los barcos navegando. Un día, en aquella playa del Pacífico, donde estaba misionando, vi varada una barca. Mi mente voló de pronto a otro mar, así llamado, en realidad un lago: Genesareth. El lago cuyas riberas tantas veces recorriste. Y me fui imaginando la escena.

Lo primero que vi, era un lago lleno de luz. Luz natural, sí; pero otra luz lo embargaba.

–*"El Pueblo que vivía en tinieblas vio una luz grande"* (Is 9,2).

La profecía de Isaías encajaba perfectamente. La luz surgió en el lago. Tú eras la luz, el amanecer del *Pueblo*. La Luz estaba en el lago. La luz que, comenzando a brillar en Galilea, anunciaba la llegada del Reino.

Y aquella barca varada, se comenzó a llenar de pescadores. Y éstos, más que peces, pescaban hombres de todas las razas y culturas. Y tú, Jesús, subido en la barca, anunciabas a todos los hombres la Buena Nueva de la llegada del Reino. Era el comienzo de tu actividad, en una región pobre y oprimida, lejos de los centros económicos, políticos y religioso de su tierra. Tu programa evangelizador nada tenía que ver con eslóganes políticos, o económicos. Tu apertura del Evangelio fue muy diferente:

"Convertíos, porque está el Reino de Dios" (Mt 3,2).

Y para llevar a cabo tu programa salvífico, elegiste unos colaboradores que nada tenían que ver con el mundo de las finanzas o de la intelectualidad. Simples pescadores. Gente sencilla, ruda, sin estudios, hombres trabajadores que sabían lo que es luchar por la vida. Sin más medios que una barca. Oyeron tu llamada y te siguieron.

"Venid, seguidme y os haré pescadores de hombres" (Mc 1,17).

El Reino de Dios, si es correcto decirlo así, comenzó en una barca. –"*Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron"* (Mc 1,18). Se embarcaron en otra barca: la del Reino de Dios. Se embarcaron el Misterio de Dios. En un Reino abierto a todos los hombres. Porque el Reino de Dios es una llamada tuya, querido amigo Jesús, para que los hombres vivan en comunión con el Padre y entre sí. Es tu presencia en los hombres y en el mundo. Es una invitación para ser más más auténticos, más sinceros, más niños, más de Dios.

Qué mundo más maravilloso, si pudiéramos verlo con ojos de niño, donde cada fantasía es real. Con razón nos dijiste que tenemos que hacernos niños.

UNA BRISA SUAVE

Jesús, creo que es mucha la gente que dice,

–*¿Dónde está Dios?*

Es gente creyente, pero que quisieran ver. Buscan seguridades. Tienen fe. Al menos una cierta fe. Pero saben y experimentan que la fe no ofrece seguridad total. La fe, por sí misma no puede mostrar evidencias. ¿No sería más lógico que preguntaran,

–*¿Dónde lo podemos encontrar?*

Esta segunda pregunta es más razonable. Más acertada. ¿Por qué? Yo lo expresaría así, Jesús: Dios no se esconde. Él mismo se ha revelado a los hombres. Sólo hace falta saber descubrirlo. Me remito a *1Re 19,9a.11-13*. Elías, el profeta, sabe que Dios va a pasar. Dios siempre está pasando a nuestro lado. Bien. Elías había pasado a espada a los falsos profetas, los profetas de Baal. Ahora, perseguido por Jezabel, huye, y llega a Bersebá de Judá. Ahí dejó a su sirviente. Exhausto y desesperado, se adentra en el desierto deseándose la muerte. Pero un ángel del Señor vino en su ayuda.

–*"Levántate y come, porque todavía te queda mucho por caminar"* (1Re 19,7).

Una vez reconfortado, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb.

Fue en el Horeb donde tuvo la más sensible experiencia de Dios. Sabía que Dios iba a pasar. Vale. Él, el profeta, como mucha gente, piensa que Dios está en lo espectacular. Pues no. Elías sintió de pronto la fuerza de un huracán. Pensó: aquí está Dios. Pues no. Dios no estaba en el huracán. Luego vino un terremoto. Tan fuerte que hubo hasta incendios. Tremendo. Tampoco estaba Dios en el terremoto. Debió pensar que Dios le estaba tomando el pelo. En esto,

–*"Se oyó el rumor de una brisa suave"* (1Re 19,12).

¡Justo! Ahí estaba Dios.

Pienso. ¿Cómo supo Elías que Dios estaba en la brisa, imperceptible apenas? Yo mismo me respondo: Porque estaba atento. Más que andar buscando lo llamativo, lo espectacular, como tanta gente hace, supo estar atento a la *suave brisa*. Lo espectacular se presta a fantasías, campo preferido de los agoreros. Y, aún añadiré. ¿Dónde se puede encontrar de inmediato a Dios? ¡En la conciencia! Creo, Jesús, que es primer sitio donde se debe buscar a Dios. La gente busca *seguridades*. Sin embargo, son *verdades* lo que hay que buscar. ¡Qué mayor verdad que la conciencia! La misma que no nos deja ni a sol ni a sombra. La conciencia no es algo espectacular. No es un huracán, no es un terremoto. Es como la tenue brisa, pero que penetra hasta los tuétanos.

Ciertamente, Elías fue un buen profeta. Bien pudo decir:

–*"Me consumo de celo por el Señor"* (1Re 19,14).

¿Y por qué profeta?, me pregunto. Porque el profeta es siempre voz de la conciencia. Es el que deja en evidencia la situación de pecado. Cuanto más grande es el pecado, o más importante el que lo comete, más evidente resulta. Lo dijiste en el Evangelio:

–*"Todo lo que habéis dicho en la oscuridad, será escuchado en pleno día; y lo que habéis hablado al oído, en las habitaciones más ocultas, será proclamado desde lo alto de las casas"* (Lc 12,3).

Lo mejor, lo tengo claro, Jesús, es ir por la vida honestamente. No hay mayor tranquilidad que una conciencia en paz. Lo que no significa carecer de problemas. Elías fue un buen profeta. Un profeta, además, valiente. Tuvo enormes problemas. Salió huyendo. Su vida corría grave e inminente peligro. Pero Dios nunca lo abandonó. La triste realidad es al revés. Hay mucha gente que abandona a Dios.

Es fácil constatar que en la vida hay abandonos y hay ausencias. Y enormes sustos. Como el que se llevaron tus discípulos aquella noche. Te habías quedado rezando, mientras ellos se fueron en barca a la otra orilla del lago. También aquí sucedió que vino un viento fuerte. No fue como el huracán de Elías. De acuerdo. Pero sí lo suficiente para poner nervioso a cualquiera que vaya en una frágil barca por el lago a la mitad de la noche. Y, la noche, más se acentúa si la gente se muestra miedosa. Terminaste la oración, y fuiste a su encuentro. ¿Cómo? Caminando sobre el agua. ¡Buena la hiciste, Jesús! Imagínate cuando te vieron. El viento de un lado, el miedo por el otro. Y la imaginación en el centro. ¡Un fantasma! No se imaginaron otra cosa.

–*"Es un fantasma"* (Mt 14,26).

–*¡Soy yo, no tengáis miedo!* (Mt 14,27).

Que si quieres. Hasta que el bueno de Pedro, eso sí, temblando de miedo, dice:

–*"Señor, si eres tú mándame ir a tu encuentro sobre el agua"* (Mt 14,28).

¡Claro que se vino hacia tí! Pero su miedo fue en aumento. Seguía viendo un fantasma en la neblina de su mente. Y de este modo se hundió. Fue entonces cuando debió ver las cosas con más claridad, porque gritó:

–*"Señor, sálvame"* (Mt 14,30).

Jesús, lo malo no es el miedo físico. Este es inherente a la naturaleza humana. Sino el otro. El miedo a ver la propia conciencia. Y en la conciencia, mira por donde, tampoco hay fantasmas. La conciencia es la más escueta realidad. Pero hay que estar atentos a la *brisa suave*.

URGIDOS DE MISERICORDIA

Jesús, hay un misterio que nos desborda por completo. Es el misterio de Dios. Nos desborda absolutamente, y al mismo tiempo condiciona toda la trama humana de nuestra vida. Me explico. Dios nos ha dado la capacidad de intuir su existencia y su presencia envolvente. El problema surge cuando, por querer abarcar a Dios, cosa imposible, recurridos a los sucedáneos y nos hacemos falsas imágenes de Él. Incluso, cuando nos lo imaginamos a nuestra semejanza (un señor, anciano venerable, larga barba blanca… O sea, un hombre más en su morfología). Con lo cual, de nuestra urgencia, o necesidad, de saber de Dios nace una caricatura. Tú, Jesús, no nos has dicho cómo es Dios, digamos físicamente, para entendernos. En cambio, nos has revelado algunos de sus atributos: que es Padre, y que Misericordioso.

Ver, pues, a Dios como Padre, no es una caricatura. Es adentrarnos en su ternura y misericordia. Dios es el Padre por excelencia. Aun así, no dejará de ser un misterio inabarcable, pero al mismo tiempo inefable. Es Padre tuyo, Jesús:

–*"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo"* (2 Cor 1,3; Ef 1,3), exclama Pablo.

Dios es también nuestro Padre. Es Señor de cielo y tierra. Todopoderoso. Misericordioso. Omnipotente... Términos acuñados ya en el Antiguo Testamento: sobre todo en los Salmos; en Isaías; Oseas, etc.

Pero tú, Jesús, nos has descubierto en el Nuevo Testamento una faceta primordial. Nos has presentado a Dios como Padre misericordioso. Así nos lo presentas en la parábola del padre misericordioso y el hijo pródigo. Y en otros pasajes. La carta a los efesios dirá:

–*"Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó"* (Ef 2, 4). Rico en misericordia. Atributo esencial en Dios. O en corintios:

–*"Padre misericordioso y Dios de toda consolación"* (2Cor 1, 3). Consolador. De hondo calado para los humanos. O el matiz que añade Santiago:

–*"Jesús revela el rostro de Dios Padre 'compasivo y misericordioso'"* (Sant 5, 11).

Todas las adjetivaciones que hagamos de Dios nos aproximan a él. Y son una manera de *"experimentar a Dios".* Aunque ese 'experimentar' sea muy entrecomillado, dada nuestra finitud e imposibilidad de abarcar lo infinito. Pero nos ayuda a comprender que Dios es el *"Sentido"*, *"Fundamento"*, raíz de cuanto existe. Y, por supuesto, de nuestra vida.

Dios es quien da "consistencia" y "seguridad" a nuestra vida. Seguridad cada vez más afianzada desde el momento en que nos damos cuenta de cómo se ha revelado y manifestado constantemente en la Historia. La Biblia es fiel exponente al respecto. Pero es bien importante constatar

cómo sigue manifestándose en nuestra historia personal, cosa que sentimos y palpamos de muy diversas formas en cada momento.

Dios es, pues, quien conduce la Historia. Dios no es un Dios ausente, sino presente en la Historia en cuanto tal, y en la Historia humana en particular. Ahora bien, si hemos descubierto que Dios es un Padre misericordioso, eso significa que estamos urgidos de misericordia. Y aquí sí, Jesús, que tendrás que echarnos una mano. Que seamos siempre misericordiosos.

VENCER LAS TENTACIONES

Jesús, me pregunto, ¿y quién no está tentado? Todos estamos sometidos a la presión de las tentaciones. Lo cual es motivo más que suficiente para que nos preocupemos y estemos vigilantes.

Tú también, Jesús, fuiste tentado por el diablo. Y eres el Hijo del Hombre., como tú mismo que autodenominabas. Antes de lanzarte a predicar la Buena Nueva, te retiraste al desierto. Necesitabas hacer un retiro serio. Cuestionarte tu propia identidad, la misión que el Padre te confiaba. En una palabra, estar seguro de cuál era el sentido de tu paso por este mundo. Y en el desierto, en la soledad, donde nadie te distrajese, en oración y penitencia, pasaste cuarenta días y sus cuarenta noches. Sí, fue un retiro largo. A conciencia. Con la intensidad que el mismo simbolismo de *cuarenta* abarca.

El diablo anda siempre muy listo. De ahí que el apóstol Pedro advirtiera:

–*"El diablo, como un león rugiente, anda buscando a quién devorar"* (1Pe 5,8),

El diablo, viendo que estabas debilitado por el ayuno y la penitencia, se dijo: esta es la ocasión. Esta es la mía. A éste lo tumbo a las primeras de cambio. Y se presentó tan campante, tan fresco, tan descarado. El diablo es un descarado.

¿Qué tentaciones te puso? Jesús, dando un repaso al Evangelio, veo que son las mismas que nos pone a nosotros. Incluso, yo diría que las mismas que había puesto a Adán y Eva. *(Gn 2,7-9.3,1-7).* ¿No había creado Dios al hombre, varón y mujer, para ser feliz? ¿No lo había puesto en el paraíso terrenal? Por ahí comenzó el diablo. Les presentó un paraíso aún mejor. Les habló de otra felicidad mayor. Naturalmente, esa felicidad que el diablo ofrecía conllevaba romper el plan de Dios. Muy zalamero, el muy sinvergüenza, les camufló el

–*"Árbol de la vida",*

símbolo de la inmortalidad, por un árbol mortal. Les camufló el

–*"Árbol del conocimiento del bien y del mal",*

convenciéndolos de que podían prescindir de Dios, de que ellos eran autosuficientes. En una palabra, que no necesitaban de Dios.

Cuando quisieron darse cuenta, ya era tarde. Se habían quedado *desnudos*, es decir, los había despojado de su dignidad. Estaban perdidos. Habían perdido la dignidad de la que Dios les había dotado. Todo esto podríamos resumirlo en dos palabras:

–*Ambición* y *orgullo*.

Ambición, ser como Dios, pero sin Dios. Orgullo, creerse lo que no se es. Autosuficientes. Y, Jesús, ya vemos el resultado.

Cuando san Mateo describe las *tentaciones* (Mt 4,1-11) a las que fuiste sometido, no alude a Adán, ni a Eva. Simplemente, describe las tentaciones en versión más actual, a modo de que entendamos mejor. Las tentaciones del *paraíso terrenal,* que presenta el Génesis, están descritas en un lenguaje casi poético. Hasta bucólico, si quieres. No en vano, todo transcurre en un jardín. Pero ¿qué es sino orgullo y prepotencia *convertir las piedras en panes*?
–"Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes" (Mt 4,3).
No sucumbiste a la tentación del orgullo. Ni a la tentación de la riqueza. Tan sutil, "tener más": dinero, bienes, confort, comodidad... En una palabra: ambición. Ni cediste a la tentación del prestigio, ni del poder. ¿A quién no le gusta ser elogiado, que le tengan en palmitas, aparecer en todos los telediarios?

Al rechazar las tentaciones, no pensabas únicamente en ti, Jesús. Tu dignidad como Hijo del Padre estaba por encima de todo. Pensabas también en nosotros. Tu ejemplo es un buen aliciente para nosotros. Sí, pensabas en vosotros. Nos quieres fuentes, valientes. Sabes que somos débiles. Que estamos tocados por el pecado de los orígenes. Pero contigo lo podemos todo.

Y antes de terminar, quiero añadir algo, Jesús. Cuando el diablo se presentó ante ti, tú no huiste. Le plantaste cara. No le tuviste miedo. Veo que esa es otra buena lección que nos das. No huir, no tener miedo. Pero al mismo tiempo pedir al Padre que no nos deje caer en la tentación. No pedimos en el Padrenuestro que no tengamos tentaciones, sino que no caigamos en ellas.

Al diablo hay que retarle en su mismo campo. Y con su mismo lenguaje. Cada tentación que te puso, la adobó con citas bíblicas, el muy taimado. Pues con citas bíblicas lo fuiste apabullando. No tuviste miedo cuando te puso en alero del templo. Ni cuando te subió a una montaña alta para mostrarte sus dominios. ¿Eso de sus dominios? Era una verdad a medias, pero algo de verdad había. Mucha gente se le había entregado, entonces como ahora. Pero tuvo buen cuidado de callar que había también gente que no le pertenecía, entonces como ahora. También hay gente buena. Esa no le pertenece. Por último, te hartaste de sus majaderías y marrullerías, y lo largaste lejos, para siempre.

VIENTO Y FUEGO VIVIFICANTES

Jesús, permíteme volver a otro de mis recuerdos infantiles. Ya sabes que los niños son traviesos por naturaleza. No pueden parar quietos. No pueden estarse quietos ni un momento. Como si tuvieran azogue, según el decir de algunas mamás. Seguro que tú también lo eras, y que le harías más de una y de dos travesuras a la Virgen y a San José. Te cuento una de las mías.

Me gustaba nuestra casa solariega, la llamaban el caserío, rodeada de campos sembrados de trigo. Qué días más bonitos aquellos. Había espacio donde poder moverme a mis anchas. Sin peligros de coches, mi madre me dejaba deambular en libertad. Era muy pequeño y me gustaba jugar al escondite con mi madre. Y a ella conmigo. Me encantaba meterme en medio de los trigales, cuando el trigo estaba ya alto, crecido, pero todavía verde. Y sentir la brisa, suave y agradable. Qué delicia.

Si el juego del escondite tenía lugar dentro de la casa, mi madre no tardaba en encontrarme. Pero había veces que el juego era fuera de la casa. Entonces, no había mejor sitio para esconderme que los trigales. Como era pequeño, tal como he dicho, agachadito el trigo me ocultaba completamente. Entonces mi madre, después de contar hasta diez, comenzaba a buscarme. Pero me engañaba, me hacía trampa, porque hacía como que ya me había visto, y decía:

–¡Eh…! ¡Sal, sal…, que te estoy viendo! ¡Que te he pillado…!

Y yo, ingenuo, me lo creía. Me ponía en pie, asomaba la cabecita por encima del trigal y salía. Me había pillado. Me lo pasaba muy bien. Pero un día, que no estábamos jugando, y que yo andaba por fuera de la casa, me dio por meterme muy dentro de un trigal; me tumbé en el suelo, y me quedé dormido. Ahí sí que mi buena madre tardó en encontrarme. Hasta debió asustarse. Ella llamándome a gritos. ¿Y yo? Dormido plácidamente. Aquella brisa, aquel viento suave rizando los trigos acunaban el sueño. Era como estar en un paraíso de infancia.

Bien. Pasaron unos años. Leyendo cierto día el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que describe la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, cuando dice que

–*"Vino del cielo un ruido, semejante a una ráfaga de viento"* (Hch 2,2),

a mí me vino a la mente el episodio que acabo de mencionar. Asociación de ideas, sin duda. Pero me sirvió para reflexionar.

Y es que, si bien es cierto que lo descrito por san Lucas (Hch 2,1-11) es un hecho solemne, acontecido en Jerusalén en la fiesta judía de Pentecostés, que nada tiene que ver con la suave brisa en los trigales de mi niñez, me llevó no obstante a ahondar el tema.

Veamos. Pentecostés, es decir, 50 días. Inicialmente se trataba de una fiesta agrícola. En ella se daba gracias a Dios por la cosecha del trigo, y se ofrecían las primicias. Más tarde, sirvió para celebrar la llegada del Pueblo de Israel al Sinaí, donde Moisés recibió las tablas de la Ley de Dios. De este modo, la fiesta se convierte para Israel en la fiesta de la Ley, la fiesta de la Alianza.

Bueno, pues ya tenemos. Pentecostés fiesta agrícola. Quieras que no, me recuerda los trigales de mi infancia. Pero si vamos a lo formal, encuentro, Jesús, que san Lucas quiso afirmar que lo mismo que Moisés recibe la Ley antigua, nosotros recibimos la Ley nueva de Cristo, que consiste en recibir el Espíritu Santo. Esta es tu Ley, Jesús. Nos has dado tu Espíritu, el Espíritu Santo. De esta manera, es en Pentecostés cuando se da el pistoletazo de arranque de la actividad misionera de la Iglesia. Y la fiesta judía, sin dejar de serlo, se convierte en fiesta cristiana, bajo el impulso y guía del Espíritu Santo.

Por otra parte, hay una similitud de detalles entre el antes y el ahora. Los fenómenos del Sinaí fueron: truenos, relámpagos, viento fuerte. En Pentecostés: ráfaga impetuosa de viento, llamaradas de fuego, irrupción del Espíritu Santo. Pero es un viento vivificante. Unas llamas de fuego purificadoras. Además, hay un antagonismo total frente a la torre de Babel. En Babel hubo una multiplicación tal de lenguas que produjeron el caos, el no poder entenderse, la confusión, la ruina, la dispersión total. En Pentecostés, por el contrario, a pesar de las distintas lenguas, todos entendieron. Pentecostés es unión, es vida, es gozo en el Espíritu. De este modo san Lucas quiso afirmar que, frente a la fiesta de la entrega de la Ley a Moisés, en Pentecostés recibimos la nueva Ley de Cristo: la Ley del Espíritu.

Es en Pentecostés donde entendemos que la Iglesia es una comunidad de hermanos. Que estos hermanos están reunidos por tu causa, Jesús. Y que es el Espíritu el que da testimonio de tu proyecto salvador.

San Pablo lo explica muy bien al decir que la Iglesia, unida en ti, Jesús, forma un solo cuerpo en la diversidad de dones y ministerios, manifestados para el bien común (1Co 12,3b-7.12-13).

Para concluir. Pentecostés no fue un hecho que pasó. Pentecostés continúa en el tiempo y en la Iglesia. Es un fuego vivo, inextinguible. Y un viento recio. Soplo potente del Espíritu Santo. Viento y Fuego vivificantes, que continúan actuando en cada uno de los bautizados y confirmados, haciendo de cada cristiano un enviado para anunciar el mensaje de la paz, de la reconciliación, del amor. Tú lo dijiste, Jesús:

–*"Como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo..."* (Jn 20,21).

Somos enviados. Estamos en camino. Pero no vamos solos. Tu Espíritu nos acompaña siempre. Tú siempre estás con nosotros, Jesús.

VINO NUEVO

Jesús, ¡ay, Señor! ¡Cómo es la gente! Me refiero a aquel día. Se pusieron a confrontar el perfil de dos personajes de moda. Uno de esos personajes era Juan el Bautista. El otro, por supuesto, eras tú. Al parecer, bien diferentes uno de otro. Juan, austero, penitente, serio. Tú, en cambio, cercano a todos, de trato social agradable, atractivo, campechano, alternabas con todos, aceptabas las invitaciones a comer, sin importarte quién o cómo fuera el que te invitaba.

En definitiva, perfiles diferentes. Y la conclusión al canto: por penitente, Juan estaba endemoniado. Y tú, por comer y beber con la gente, eras un glotón y un borracho. ¡Vaya por Dios! Nunca llueve a gusto de nadie.

Pero cómo te iban a entender… La gente estaba acostumbrada a sus rezos, a su rutina religiosa. Hoy diríamos a su "misa diaria", sin importar todo lo demás. Tú, en cambio, querías menos religión y más humanidad. Querías menos rezos, y más Dios en el corazón de cada persona. Quería una humanidad verdaderamente humana.

Tu predicación fue siempre en la línea de que la gente entendiera que Dios es un Padre, y no un tirano. Que la religión no puede esclavizar a nadie con leyes, preceptos, ayunos y masoquismos. Que lo que Dios quiere es gente feliz. Que el ayuno debe hacerse desde la gratitud y no desde el miedo. Que Dios viene a salvar, no a condenar.

Por qué, Señor, somos tan masoquistas. Lo había dicho Dios, por medio del profeta Isaías:

–*"Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de ganado cebado; y la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me complace"* (Is 1, 11).

Y Samuel alertaba:

–*"¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, obedecer es mejor que un sacrificio, y prestar atención, mejor que la grosura de los carneros"* (1Sam 15,22).

Siendo Dios Amor, nuestra relación con Él ha de ser de amor. Esa es la verdadera religión. Donde el punto de unión es el miedo, ahí no hay ningún Dios por medio. El ayuno hecho desde el miedo no puede unir con Dios, porque el Dios del miedo no existe. Sólo existe el Dios del Amor, el Padre, del que tú, Jesús, nos hablaste con tanto cariño. Aunque me temo que aún no hemos asumido tu doctrina. Siendo tan diáfano el Evangelio, lo hemos embarullado con leyes, preceptos y normas que no se distinguen, muchas veces, del Antiguo Testamento.

Por eso, Cristo Jesús, fuiste tan explícito, en una memorable aseveración:

–"Nadie tampoco echa vino nuevo en odres viejos, pues de lo contrario, el vino hará reventar los odres, y se pierde el vino y los odres; a vino nuevo odres nuevos". (Mc 2,22)

Eso es: *"A vino nuevo odres nuevos"*. Y, ¿qué es lo nuevo? Lo nuevo es la alegría, el gozo, la esperanza. Tú nos has abierto el camino del encuentro con Dios y con los hermanos en una humanidad unida por la tolerancia, la comprensión, el amor. Nos quieres felices. De ahí que, en tu lenguaje, entendible para todos, emplearas tantas veces el símil del banquete. Un banquete es motivo de unión, de alegría, de confraternización. Y así, comparaste el Reino de los Cielos con un banquete de bodas.

Jesús, te hago un ruego: que seamos Vino nuevo. Que todos tengamos un día parte en el banquete eterno de bodas, donde tú serás el Novio de una Humanidad nueva, totalmente renovada.

VISIÓN RUTILANTE EN EL TABOR

Jesús, con qué poca cosa se puede hacer feliz a un niño. Y puesto que estoy dejando aflorar recuerdos semi olvidados de la infancia, no quiero pasar por alto el siguiente. En cada región de España, las mismas cosas reciben a veces nombres diferentes. Así, por ejemplo, a cualquiera le es fácil responder cuánto mide una hectárea. En cambio, es posible que la misma persona no sepa responder cuántas son cien fanegas de trigo. Y menos aún a cuánto equivale, o cuánto mide, *una robada*. Esto, que se lo pregunten a los navarros mayores. Ellos lo saben, por ser medida usada en la región. Cada región tiene sus modismos particulares. Sin olvidar que los tiempos cambian, y lo que hoy está de moda mañana cae en el olvido. O aquello que era normal en años atrás hoy se desconozca. Pues bien, siendo yo niño, la moneda nacional era la peseta. Las dos fracciones de menor valor en la peseta eran la *cuatrena* y la *ochena*, en el argot navarro. Cuatrena, mitad de una ochena. Y la ochena, de feliz recuerdo, eran *diez céntimos* de peseta. Eso en Navarra, como digo, porque en otras partes de España solían llamarlas *perra chica* y *perra gorda*. Así. Supongo que con permiso de las familiares mascotas.

Hoy, a la distancia, me sigue gustando más el nombre de *ochena*. Tan popular siendo yo niño. Me suena más lírico el nombre. Y, sobre todo, me trae muy buenos recuerdos. Porque era la paga que los papás nos daban los domingos a los más pequeños, aunque uno fuera el mayor de los hermanos no dejaba de ser entonces pequeño. Y es que, con aquella bendita moneda, de tan poco valor, se podía hacer feliz a un niño. Se podía comprar un buen helado, mantecado, fresa, limón, lo que uno quisiera. Y hasta dos. Pero esto estaba reservado al domingo. La paga sólo se daba los domingos. La madre nos ponía bien guapos a los hijos, que según pasaba el tiempo éramos más porque la cigüeña iba a buscarlos a París. Como íbamos endomingados, no había que mancharse. Lo primero era ir a misa. Y luego a comprar el helado, o alguna otra golosina. Con una ochena. Eso sí, teníamos la cantinela de la madre:

–Hijo… ten cuidado con el helado, que te vas a manchar…

–¡Mira cómo te estás poniendo…!

¡Cuánta felicidad la de un niño por tan poco precio! ¡Una ochena por un helado!

Jesús, evocar la felicidad de aquellos domingos de la infancia, me lleva la mente a otro momento de felicidad. En esta ocasión, no se trata de niños, sino de hombres y derechos, como eran tus apóstoles. En concreto, Santiago, Juan y Andrés. Los llevaste al Tabor. Está alto, así que la subida les hizo sudar. Una vez arriba, qué bien sabía sentarse a descansar. Y si bien sabe un descanso tras la fatiga, mejor les supo la sorpresa que les tenías preparada. Jamás habían experimentado tanta felicidad. Al menos Pedro. Tú habías

dicho a todo el grupo: *"Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8,12). Y estos tres, tus amigos predilectos, pudieron comprobarlo in situ, en vivo y a todo color. Te transfiguraste ante ellos.

La transfiguración les hizo abrir los ojos del corazón al misterio de tu luz. La luz de Dios presente en toda la historia de la salvación. La luz que ya al inicio de la creación surge con fuerza del Dios Todopoderoso. *"Fiat lux", "Hágase la luz"* (Gn 1,3), y la luz fue creada para siempre. Y se separó de la oscuridad. Pero en la luz hay algo más. Se revela algo de Dios. Está reflejando destellos de su gloria. Dios es la Luz infinita.

La Biblia nos recuerda algunos pasajes donde Dios se presenta como luz. Por ejemplo, en el profeta Habacuc:

–*"Su fulgor es como la luz, salen rayos de sus manos"* (Habacuc 3,4).

En el Salmo 104,2 se dice:

–*Estás vestido de esplendor y majestad y te envuelves con un manto de luz".*

Y en el libro de la Sabiduría se habla de la Sabiduría como la esencia misma de Dios: la Sabiduría, es *"un reflejo de la luz eterna*", superior a toda luz creada (Sb 7,27.29 s).

Sin embargo, Jesús, es en el Nuevo Testamento donde tú te constituyes como la plena manifestación de la luz de Dios. Y hay dos momentos luminosos muy importantes. Uno es la Trasfiguración. El otro la Resurrección.

La Transfiguración. Estamos en el Tabor. Me gustaría estar en la piel de los tres apóstoles. ¿Qué sintieron? La sorpresa, por lo pronto, debió ser mayúscula. El corazón a punto de estallarles. ¿Miedo? También. A pesar de que tú estabas con ellos. Pero es que de pronto… ¿De dónde habían salido Moisés y Elías? Estaban hablando contigo. ¿De qué hablaban? Sin duda, de las cosas de Dios. ¿Y aquella Luz tan intensa? Deslumbraba, pero al mismo tiempo no impedía poder contemplarte. Y cuando, en el colmo del éxtasis, de la alegría, Pedro grita, soltando toda la adrenalina acumulada:

–*"¡Qué bien se está aquí!"* (Mt 17,4).

No disimuló su felicidad. Incluso quiso atraparla y guardarla. Como si la felicidad se pudiera atrapar y guardar en un cofre. Pero aquella visión fue rutilante. Duró un instante. Ellos, como el niño que quisiera que su helado no se terminara nunca, quisieron seguir gozando de la visión.

La felicidad es parte del candor de las almas nobles. Noble es alma de un niño. Noble el alma de Pedro y de sus compañeros. Noble la luz que nos ilumina. Y esa Luz eres tú, Jesús.

Ellos vieron la luz, tu vestimenta deslumbrante. Intuyeron, quisiste que así fuera, intuyeron la Divinidad. Que ver, no se puede ver. Y quisieron quedarse allá. Y no en una acampada de verano. Para siempre.

–*"Si quieres, haré tres tiendas…"* (Mt 17,4).

Pero la visión desapareció y tuvieron que bajar a la cotidianidad.

El otro momento de luz, el más fuerte, fue tu Resurrección. Derrotaste para siempre el poder de las tinieblas, del mal. En ti, Jesús resucitado, triunfan la verdad y el amor sobre la mentira y el pecado. En ti, la luz de Dios ilumina definitivamente la vida de los hombres. Y la historia se convierte en un camino de luz.

No son comparables. Pero guardando las distancias, cuánta felicidad puede dar a un niño una moneda de tan escaso valor como era la ochena. Y en un plano de tono mayor, cuánta felicidad da un destello de tu mágica Luz, Jesús.

VIVIR DE CARA A LA VIDA

Jesús, cuando Dios creó el mundo, vio su obra. Quedó contento. Lo dice el Génesis:

–*"Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno"* (Gn 1,31).

Pero, hay algo que Dios no hizo: la muerte. Dios no quería la muerte. Esta fue el resultado de la mala, malísima, actuación del hombre. Dios le dio el don sagrado de la libertad. El hombre era el guardián y el responsable de su propia libertad. ¿Pero qué hizo? Como si de la mismísima caja de Pandora se tratara, la abrió. El descalabro fue morrocotudo. Vino la muerte. Menos mal que el Padre te envió al mundo para ver de remediar lo que ya no tenía remedio. Mejor dicho, sí. Tenía remedio. Mediante tu propia muerte y Resurrección.

–*"Dios no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27; Lc 20,38).

La muerte supuso para la humanidad un mazazo terrible. Y la gente se apenaba, y lo sigue haciendo, ante la muerte. La separación para siempre de un ser querido suponía una tragedia irreparable. Se dice que el tiempo todo lo borra. Y la gente ha terminado por acostumbrarse a la ausencia de ese hijo, o padre, o madre. La vida continúa. Pero el vacío ahí queda. La misma Biblia, sobre todo en sus primeros libros, no habla claro de la Resurrección de los muertos. Fue mucho más tarde cuando en Israel, el Pueblo elegido, se comenzó a hablar de un *despertar* de aquellos que *duermen* en el polvo de la tierra.

En el credo decimos:

–*"Creo en la Resurrección de los muertos".* Correcto. No obstante, ¿podrán decir esto, al menos con un mínimo de convencimiento, quienes no creen en ti? Está muy bien tener fe. ¿Qué hace alguien que no tenga fe? Es fundamental tener fe. Sin embargo, la fe, no da seguridades metafísicas. La fe es como una escalera que te ayuda a subir. Y el ser humano ha nacido para subir, peldaño a peldaño por la escalera de la fe, hasta llegar a la feliz eternidad. Nos dices:

–*"Yo soy la resurrección y la vida"* (Jn 11,25).

En el Antiguo Testamento tardío se habla de Resurrección. Por ejemplo, cuando la persecución del rey Antíoco. Es decir, en el siglo segundo antes de tu nacimiento. Cimentada en la fe, hubo mucha gente valiente que no renegó de Dios. Y afrontaron con entereza y honor la muerte. Y aquí está la clave: porque tenían esperanza de resucitar. Creían en la Resurrección. Tal como lo cuenta el segundo libro de los Macabeos. Ciertamente, es un hermoso testimonio el de aquella madre y sus siete hijos. Obligados a violar la práctica religiosa de sus antepasados y renegar de Dios, pero fortalecidos por la esperanza de la resurrección, ¿qué hicieron? Afrontar valientemente las torturas y la propia muerte. Se negaron a obedecer a Antíoco. Prefirieron la muerte. No transgredieron la Ley de Dios. *(2Mac 7).*

A partir de tu Muerte y Resurrección, Jesús, se dio un paso de gigante en este tema de la resurrección. En el *Evangelio*, hablaste categóricamente de ella. ¿Por qué? Porque,

–*"Dios no es Dios de muertos, sino de vivos"* (Lc 20,38).

A mucha gente le ha costado meterse esto en la cabeza. Recordemos a los *Saduceos*. No creían en la Resurrección. Pero como la ignorancia es atrevida, hasta se hicieron los graciosos. Para contradecirte y ridiculizar la cuestión de la resurrección, te vinieron con la historia aquella de la mujer que se casó, quedó viuda del primer marido, y se fue casando sucesivamente. Hasta con los siete hermanos llegó a casarse. Lo recoge muy bien san *Lucas en el capítulo 20 del Evangelio*. Y te preguntan, ¿que con quién de ellos sería la mujer en la vida futura? No creían, pero conocían la Biblia. Así que les argumentaste con la Biblia misma. Te fuiste muy atrás en la historia. Cuando Dios se manifestó como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Y esto, muchos años después de que hubieran desaparecido de este mundo. Lo que significa que no están muertos, sino que viven en Dios. Luego, si Abrahán, Isaac y Jacob están vivos, podemos hablar de Resurrección. No sé si los saduceos dieron el brazo a torcer. Me figuro que no. Terquedad y soberbia suelen ir de la mano.

La resurrección da sentido a todo el caminar del cristiano. De este modo, la fe cristiana hace de la esperanza en la resurrección una certeza absoluta. Quien se identifica contigo, nacerá contigo para la vida Nueva y definitiva.

VIVIR LA FE ES VIVIR A DIOS

Jesús, qué duda cabe que cada persona, consciente de su entidad y realidad cristiana, trata de serlo desde unos parámetros de responsabilidad, viviendo activamente la fe. Pero me parece que vivir la fe activamente no es fácil. Lo habías advertido. Para seguirte se necesita llevar la cruz. Hay muchas maneras de llevar la cruz. Una, suavizando su peso y su dureza. Otra, llevarla con el realismo que conlleva siempre una cruz, en cuanto a negación de los propios gustos o intereses, de ir contra corriente, y de saber que quien se determina por ser consecuente con la fe será, muchas veces, el hazmerreír de los incrédulos. Y también de los mismos cristianos menos comprometidos, y menos valientes a la hora de dar testimonio.

Llevar la cruz supone también atenerse al cumplimiento de leyes y normas que, tantas veces, no dejan de ser un fastidio. Un semáforo, pongamos por caso, no deja de ser un freno a la prisa, a la velocidad. Nos come la prisa y quisiéramos llegar rápidamente a cualquier lugar. Pero ahí está el semáforo, frenando, fastidiando nuestra prisa. Y, sin embargo, lejos de fastidiar, es garantía de seguridad y de protección. Algo así sucede con las leyes, comenzando por los Mandamientos de la Ley de Dios. Vistos en frío son un fastidio, porque son un freno a los instintos más primarios, si se miran de un modo parcial y desenfocado. Pero en su espléndida sabiduría son un inmenso bien para la humanidad en general y para la persona en particular. Nos ayudan a actuar con inteligencia y con racionalidad.

La fe no es una entelequia. Hay que llevarla a la práctica real de la vida cotidiana. Esto supone poner en práctica un código determinado de leyes. Supone ajustar nuestro comportamiento a unas normas morales y también eclesiásticas. En la sociedad, cuanto más y mejor organizada está, más leyes aparecen. Son en bien de la misma organización.

También la Iglesia se organiza como una sociedad. Formada, naturalmente, por hombres y mujeres, necesita una trabazón, una coyuntura interna. No se puede ir por libre. Pongamos por caso algo tan familiar como un partido de fútbol. Funciona gracias a que hay unas determinadas leyes de juego. De otro modo, sería el caos, u otra cosa.

Jesús, cuando mandas a los apóstoles ponerse en camino, digamos, para ir a proclamar la Buena Nueva, lo primero que necesitan es tener voluntad de ponerse en camino. Lo segundo, es que haya camino, lo que significa que haya un mínimo de medios para poder cumplir la misión encomendada. Esos medios serán la palabra, el mensaje, y los mismos receptores del mensaje. Y habrá una meta. Es decir, el por qué se hacen las cosas, por qué se proclama el Evangelio. Para construir el Reino de Dios.

Necesitamos, entonces, escuchar tus palabras, Jesús; hacerlas propias, asimilarlas, para poder luego transmitirlas a los demás. Nadie da lo que no

tiene. Como creyentes, situados en medio de una sociedad, muchas veces adversa, necesitamos redescubrir la verdadera dimensión y misión de la fe:
–"Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido. Dad gratis" (Mt 10,8).

Qué difícil, sin duda, resulta poner en práctica esto último, *"dad gratis",* cuando nuestra sociedad, cada día más, desconoce la gratuidad. Cuando son cada día menos hasta las mismas ONGs que trabajan desinteresadamente. Cuando la pobreza de unos se convierte en explotación y riqueza para otros. El Evangelio es proclamación y es tarea. Nuestra primera tarea hoy es proclamar que Dios está cerca del hombre, que está empeñado en salvarlo. Que Dios busca la felicidad de todos y de cada ser humano.

Por otro lado, el Evangelio no son palabras, ni discursos lanzados al viento por las ondas de la radio o de la televisión, aunque éstos sean medios que ayudan; ni puede quedarse en mera catequesis. Es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. Tu Vida, Jesús, que a su vez va a significar curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, o les roba vida y la ilusión de vivir.

Ser creyentes, Jesús, nos exige luchar para tratar de erradicar el mal y el sufrimiento. Y, sobre todo, infundir esperanza en quienes necesitan sanar el alma o el cuerpo y están destruidos por el dolor y la dureza misma de la vida diaria, o la soledad. Una sociedad donde muchos de sus miembros se mueren de hambre es una sociedad injusta. Es preciso resucitar muertos, es decir, liberar a las personas de todo aquello que bloquea sus vidas o mata su esperanza.

El Evangelio es un despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios. Por eso la fe, llevada a la práctica, no puede tener complejos. No se puede ser cristiano en cuanto a las ideas y el convencimiento personales, y luego no serlo en la práctica. Donde se vive la fe se anuncia a Dios.

VIVIR LA SALVACIÓN

Jesús, un día te preguntaron, ¿dónde vives? Los llevaste a tu casa. Vale. Pero la realidad es que vives *en toda la Historia de la Salvación*.

Si retrocedamos un poco en el tiempo, a cuando el Pueblo había regresado del exilio. Se imaginaron que iban a encontrar el país como cuando se fueron. Con la alegría del retorno, se imaginaron un reino de paz, de bienestar y de justicia. Pronto les llegó la desilusión. ¿Qué encontraron? Lo primero, ruinas por todas partes. Es entonces cuando el profeta Malaquías les dice Dios no los va a abandonar. Que Dios interviene en la Historia. Que hace triunfar el bien sobre el mal. Les presenta el

–*"Día del Señor"* (Ml 4,1-2).

Es decir, Dios actúa aquí y ahora. Siempre. Porque Dios está inmerso de lleno en la vida de cada persona. Aunque muchos no se den cuenta.

Cuando san Lucas escribe su versión del Evangelio, han pasado unos cincuenta años de tu muerte, Jesús. En ese breve periodo de tiempo han ocurrido muchas cosas. Ha habido guerras, revoluciones. Ha tenido lugar la destrucción del Templo de Jerusalén. Y los cristianos, tus seguidores, están siendo perseguidos por los judíos y por los romanos. De este modo, san Lucas presenta, en el *Evangelio*, tres momentos de la Historia de la Salvación: La destrucción de Jerusalén, el tiempo de la Misión de la Iglesia, y la Venida del Hijo del Hombre. (Lc 21,5-19).

Los cristianos, nunca lo han tenido fácil. Lo habías anunciado claramente:

–*"Si a mí me han perseguido, os perseguirán también a vosotros"* (Jn 15,20).

No faltó quien pensara que todo eso era una señal del fin del mundo. Pues no. Por consiguiente, era necesario tener las ideas claras. San Lucas, entonces, indica, y recoge, dos actitudes a tener en cuenta, y que tú habías propuesto, a saber: No dejarse engañar por los falsos profetas. Y no perder la esperanza.

El Evangelio nos recuerda aquel día. A los discípulos se les hacía la boca agua mostrándote la grandiosidad del Templo. Parecían guías turísticos. Y ciertamente que el Templo era precioso. Aprovechaste la ocasión para indicarles que esa estructura estaba superada. Que había que cambiarla por otra. Se quedaron mudos de asombro. ¿Por otra? Les dijiste:

–*"Llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todos será destruido"* (Lc 21,6).

Llenos de asombro, te preguntaron:

"¿Cuándo va a ser eso?" (Lc 21,7).

Les contestaste:

"*Habrá grandes terremotos... hambre y epidemias... aparecerán fenómenos espantosos en el cielo…"* Lc 21,11).

¿Crees que entendieron?

No eras profeta de calamidades. Todo lo contrario. Y les alertaste. Que no se dejaran engañar.

–*"Cuidado, no os dejéis engañar, porque vendrán muchos en mi nombre"* (Lc 21,8).

Es verdad, hay muchas personas que hablan, o eso pretenden, en tu nombre, Jesús. Pero no es verdad. No hablan en tu nombre. Hablan por boca de ganso. No hacen sino fantasear. Ante esto hay que ser prudentes. No todo lo que se dice, como si fuera tuyo, lo es. Ni mucho menos.

La Historia de la Salvación no es una historia de miedo. Tú no viniste al mundo para meter miedo. Viniste a traer amor, alegría, esperanza. Por eso remachaste, por ellos y por nosotros, tus seguidores:

–*"Cuando estas cosas empiecen a acontecer, levantaos, alzad la cabeza, porque la Liberación está ya próxima"* (Lc 21,28).

Ahora bien, la Historia de la Salvación es una Historia en constante construcción. Por eso hay que estar muy atentos a los signos de los tiempos. Como quiera que

–*el trigo y la cizaña crecen juntos* (Mt 13,30),

como también señalaste en el Evangelio, hay que estar atentos para no confundir el trigo con la cizaña. Hay signos buenos y hay signos malos. Debemos saber distinguirlos. En la Historia de la Salvación, al final, cuando llegue la criba, sólo quedará el trigo. La cizaña irá al fuego, a la destrucción, porque no pertenece a la Historia de la Salvación, la misma que abarca desde la Creación del mundo, hasta la Parusía final, donde tendrá lugar el triunfo total y definitivo del Bien. Por eso, Jesús, más que vivir en, tú eres la Historia de la Salvación.

¿YO…? ¡CON JESÚS DE NAZARET…!

Jesús, el profeta Ezequiel, según veo en la Biblia, comenzó por denunciar a los "malos pastores" que explotaban y abusaron, todo lo que les dio la gana, del Pueblo. Emplea esta metáfora de los pastores para referirse a los jefes del Pueblo. Condujeron al pueblo tan abusivamente que éste fue de desgracia en desgracia. Y todo terminó, permíteme usar el lenguaje popular nuestro, "como el rosario de la aurora". Todo terminó en ruina total. Fue el final de Jerusalén y la partida al Exilio.

A continuar, tras denunciar este mal comportamiento de los jefes, el profeta consuela al pueblo con un mensaje de esperanza. Les dice que, en adelante, Dios será su guía, su Pastor. Él los liberará y reconducirá a la tierra prometida. Ahora son ovejas dispersas, sin pastor. Pero Dios será su verdadero Pastor.

Jesús, esta profecía se cumple en ti, tú eres el Buen Pastor. Pero, te diré. Desde hace tiempo, me llamó la atención que la liturgia, para cerrar el Año Litúrgico, en sus tres ciclos, termina con una festividad muy bonita, de un lado. Por el otro, como que desencaja. Me refiero a la Solemnidad de *Cristo rey del Universo*. Y te explico por qué me llama la atención. Imaginativamente, en una sociedad vertical, un rey es una figura de autoridad y respeto. Llena de boato, la más alta. Intocable. Grandiosa. En ese sentido, tú eres lo máximo. Bien entonces que te tributemos todo nuestro amor y te aclamemos ensalzándote como Rey. Más, el *Rey del Universo*. Aunque, a diferencia de los reyes, tú, Jesús, no eres intocable. Todo lo contrario. Nadie más cercano y cariñoso que tú. La Iglesia, como estamento vertical, y en una sociedad vertical, te ve como Rey. Y en cuanto tal, te rinde ese ferviente homenaje. Es la demostración de nuestro cariño más grande hacia ti. Nos sentimos felices de ser tus súbditos.

Pero la figura de un rey no deja de ser controvertida. Hoy el mundo ha cambiado. La sociedad ha dejado de ser vertical. Además, cuando Israel pidió a Dios tener rey y así equipararse a los demás pueblos. Lo hacen dirigiéndose a Samuel:

–*"Tú ya eres viejo, y tus hijos no siguen tus pasos. Ahora danos un rey para que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones"* (1Sam 8,5).

Tal petición no le hizo a Samuel ni pizca de gracia. A Dios, tampoco. Samuel acudió a Dios.

–*El Señor dijo a Samuel: escucha al pueblo en todo lo que ellos digan, porque no es a ti a quien rechazan: me rechazan a mí, para que no reine más sobre ellos"* (1Sam 8,7).

Dios, a continuación, le dice a Samuel que explique al pueblo cuáles van a ser los derechos del rey, y cómo los va a tratar. En resumidas cuentas, que iban a ser unos esclavos. Pero se obstinaron en su petición. En

consecuencia, tuvieron rey, en contra de la voluntad de Dios, y así les fue. Fatal. Lo cuenta muy bien el *capítulo 8 del primer libro de Samuel*.

Si bien es cierto que a lo largo de la historia ha habido reyes, y reinas, buenos, y hasta santos, el resto ha dejado mucho que desear. Por arbitrariedades, abusos e injusticias, a la hora de gobernar. Por escandaloso enriquecimiento a costa de los súbditos. Por corrupción. Por el desorden ético y moral, privado y público, en tantas ocasiones.

Ante tal situación, Jesús, es lógico, que, aunque nada tenga que ver tu Reinado con el de los reyes del mundo, es natural, digo, que nos atraiga más tu figura como Pastor, que como Rey. *El Buen Pastor*. Ambos son dirigentes. Me quedo con el Pastor. Es más entrañable, más cercano.

Qué hermoso, al respecto, el salmo 23:

–"El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.
Él me hace descansar en verdes praderas,
me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas" (Sal 23).

También me llama la atención, leyendo a san Mateo en el capítulo 25, cuando narra *el juicio final*, que aparezcas como rey. Un *Rey Juez*. Y, a propósito. Solemos creer que el juicio final será al fin de los tiempos. La preciosa parábola en cuestión presenta al "*Hijo del Hombre*" sentado en su trono, o sea, Rey, separando las personas, como el Pastor separa las ovejas de los cabritos. Curioso, como Rey, pero como Pastor. Te repito, Jesús, me quedo con tu entrañable figura de Pastor. Pastor que sabe discernir entre justos e injustos. Y qué bonita aplicación. Ni el Rey ni el Pastor juzgan, o condenan. Es la persona misma la que se juzga y se condena por las obras de Misericordia que realizó, o no.

Esta escena no es una descripción fotográfica del juicio final, sino una catequesis que nos revela que el amor a los hermanos es una condición esencial para tomar parte del Reino.

Tengo algo más que decirte, Jesús. Alguna vez quisieron hacerte rey. Lejos de ti. No aceptaste. Tu Reino no es de este mundo. En todo caso, hay varios momentos en que no aceptaste ser Rey. Fue en los momentos de gloria. Te las recuerdo:

- *En la Sinagoga, donde hablaste con tanto aplomo.*
- *En el Jordán, donde la Dios te reveló como el Hijo amado.*
- *En el Tabor, cuando apareció con tanta gloria entre Elías y Moisés.*
- *En los milagros grandiosos... como en la multiplicación de los panes.*

En cambio, sí aceptaste:

- Ante Pilatos: *"Sí soy Rey… y para esto he venido al mundo, pero mi Reino no es de este mundo"* (Jn 18,36).
- En la Cruz, en un trono bien diferente, y ante un pueblo hostil que te desafiaba: "*Si eres Rey, sálvate a ti mismo… y baja de la cruz…".*

Y en lo alto de la cruz, para perpetua memoria, quedó el letrero:

–*"Jesús Nazareno Rey de los Judíos"* (Jn 19,19).
Pilatos dixit. Por algo lo mandó colocar. Algo vio en ti, que otros no lograron ver.

Al Buen Ladrón, que reconoció tu realeza y te pidió la salvación:
–*"Acuérdate de mí cuando estés en tu REINO"* (Lc 23,42).
Le aseguraste:
–*"Hoy estarás conmigo en mi reino…"* (Lc 23,43).

Y es que, tu Reino es el Reino de la *Verdad* y la *Vida*; el Reino de la *Santidad* y la *Gracia*; el Reino de la *Justicia*, el *Amor* y la *Paz*…

Ese es tu verdadero Reino, Jesús. Por tanto, para concluir. ¡Gracias, Jesús! por estos momentos tan deliciosos, pasados junto a ti. A cuantos me pregunten que, con quién me quedo. Sin titubear, y desde lo más hondo de mi corazón, responderé: *¿Yo…? ¡¡¡Con Jesús de Nazaret!!!*